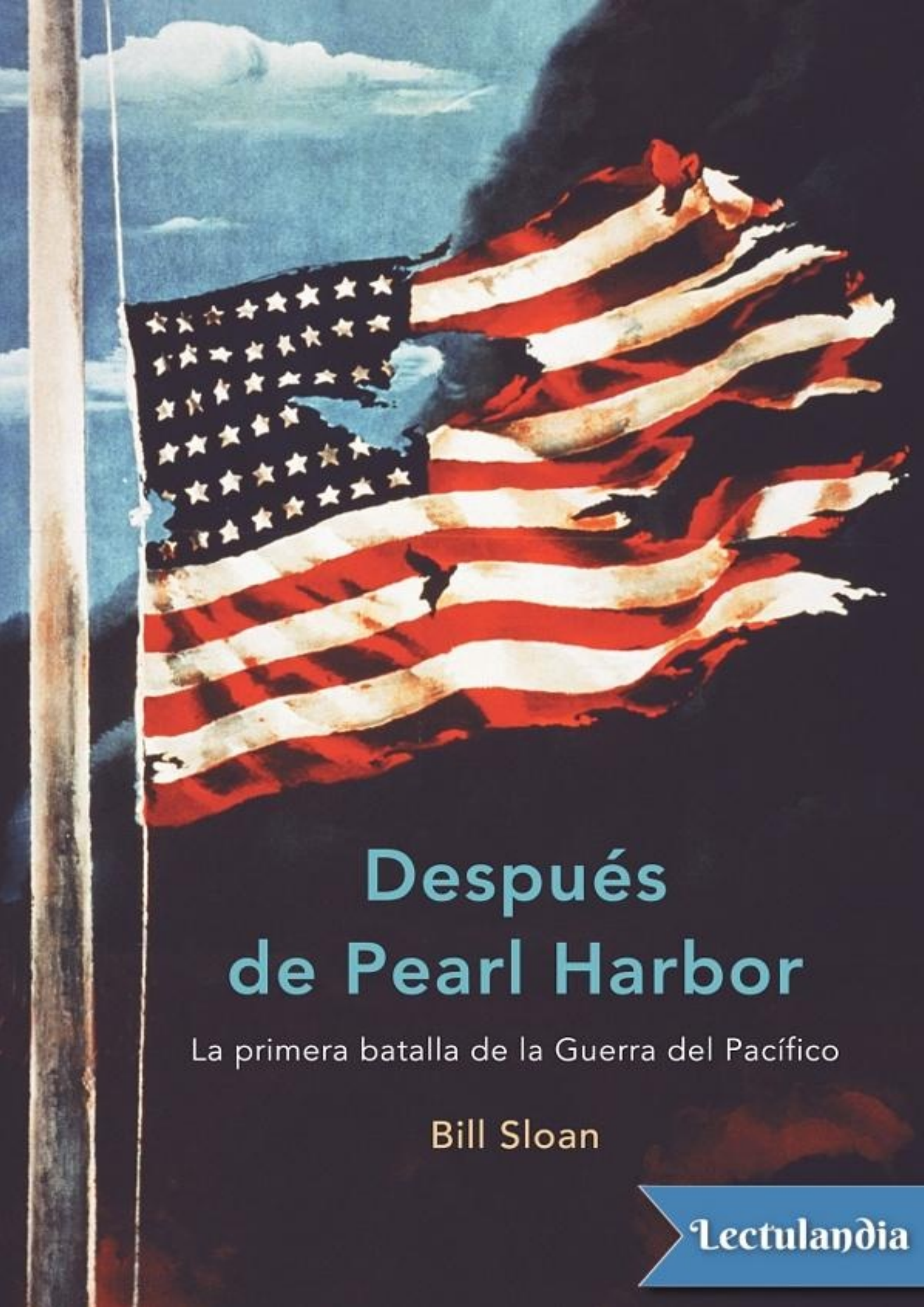




Después de Pearl Harbor

La primera batalla de la Guerra del Pacífico

Bill Sloan

Lectulandia

Bill Sloan, que en *Okinawa* nos ha dejado un memorable relato de la última batalla de la Guerra del Pacífico, nos descubre ahora la primera. El 8 de diciembre de 1941, cinco horas después del bombardeo a Pearl Harbor, los aviones japoneses atacaron Wake, una remota y desierta isla del Pacífico de gran valor estratégico donde había una pequeña guarnición militar norteamericana y un gran número de trabajadores civiles ocupados en la construcción de una base. Era el comienzo de dieciséis terribles días de bombardeos y de combates cuerpo a cuerpo en que este pequeño grupo de resistentes consiguió repeler un primer intento de desembarco japonés, para sucumbir más tarde ante un enemigo muy superior en número.

Sloan ha reconstruido esta dramática batalla a partir de sus entrevistas a unos cuarenta norteamericanos que sobrevivieron a los combates y al cautiverio y a dos japoneses que aportan una visión distinta de los hechos.

Lectulandia

Bill Sloan

Después de Pearl Harbor

La primera batalla de la Guerra del Pacífico

ePub r1.0

Rob_Cole 14.03.2016

Título original: *Given Up for Dead: America's Heroic Stand at Wake Island*
Bill Sloan, 2003
Traducción: Efrén del Valle
Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota del autor

Durante cuarenta y cinco años como periodista, editor y escritor he conocido centenares de buenas historias, pero sólo unas pocas verdaderamente excepcionales. La de la isla de Wake sin duda pertenece a esta última categoría, pues simboliza las cotas que puede alcanzar el espíritu humano en las peores condiciones imaginables. Es un relato de amargura y sufrimiento, de sangre y muerte, de derrota y desesperación, pero también de inventiva, tenacidad, camaradería y un coraje increíble.

A decir verdad, me topé con esta historia de manera accidental. El proyecto arrancó a principios de 2001 con una llamada telefónica de mi agente, Jim Donovan, que me preguntó si conocía algún episodio de la segunda guerra mundial del que la mayoría de los estadounidenses no hubieran oído hablar nunca.

Unos días más tarde, mencioné la petición de Jim a Floyd Wood, un viejo amigo y ávido aficionado a la historia. «Ayúdame con esto», le dije medio en broma. «¿Cuál es la historia más heroica jamás contada que se te ocurre sobre la segunda guerra mundial?».

Las tres primeras palabras que emanaron de la boca de Floyd fueron: «isla de Wake».

Recordaba vagamente la isla de Wake como un pequeño puesto de avanzada del Pacífico que cayó en manos japonesas a comienzos de la guerra. Pero mis brumosas remembranzas no incluían un solo detalle. Floyd no tardó en ponerme al corriente.

«Fue una especie de victoria, o al menos lo fue la primera parte de la batalla», me explicó. «Cuando los japoneses llegaron para asediar la isla, los marines fingieron estar muertos hasta que la flota invasora se acercó a la orilla. Entonces abrieron fuego empleando sus baterías de 120 mm y los pocos aviones de los que disponían, y hundieron o dañaron un gran número de embarcaciones enemigas. Los japoneses tuvieron que abortar la invasión y volver renqueantes a Kwajalein para reagruparse. Era la primera vez que veían frenado su avance».

Floyd me prestó una copia de un libro titulado *The Story of Wake Island*, publicado originalmente en 1947 y escrito por el coronel James P. S. Devereux, que capitaneó el destacamento de los marines desplegado en Wake. Era la clase de historia que te ponía los pelos de punta si había un ápice de patriotismo en ti.

Al leer el libro supe que más de 1100 civiles dedicados a la construcción habían quedado atrapados en Wake cuando estalló la guerra, y una búsqueda en internet arrojó una organización de supervivientes civiles ubicada en Boise, Idaho. Di con el presidente del grupo, Chalas Loveland, quien a su vez me facilitó el nombre y el teléfono de Franklin D. Gross, un ex marine de Independence, Misuri, que publicaba un boletín trimestral dirigido a los supervivientes militares de Wake.

Frank Gross se destacó como un «directorio andante» de excombatientes de la isla y como una mina informativa de historias personales de valor y heroísmo,

algunas de las cuales jamás habían sido narradas en su totalidad.

Frank me puso en contacto con un excombatiente que prácticamente era vecino mío. Un coronel de los marines, ya retirado, de nombre Bryghte D. Godbold, que había sido capitán y comandante del puesto fortificado de Wake y vivía a sólo unos kilómetros de mi casa en Dallas. Godbold fue el primer excombatiente de Wake al que conocí en persona cuando llevé a cabo mi entrevista inicial con él en junio de 2001.

No todas las noticias resultaron alentadoras. Muchos soldados de Wake habían fallecido durante los últimos años, y el ex sargento Charles Holmes, de Bonham, Texas, que reunió una de las colecciones más extensas de objetos relacionados con la isla de todo el país, Llevaba más de una década muerto. Nadie parecía saber qué había ocurrido en el ínterin con la colección de Holmes, y numerosas pesquisas no lograron ofrecer información alguna sobre su paradero.

Pero cuando Gross mencionó al ex soldado de primera clase Wiley Sloman, que por aquel entonces vivía en Harlingen, en el valle del Río Grande, mi grado de excitación se disparó. Aquello era justo lo que había estado buscando: un marine corriente con una historia verdaderamente extraordinaria. Era una saga de coraje personal prácticamente desconocida y un drama sobrecogedor que podía constituir un catalizador para esbozar una panorámica más generosa sobre el valiente combate de los soldados de Wake en circunstancias desfavorables, sobre las fallidas decisiones de mando que condicionaron su destino, y sobre la rendición forzada que ninguno de ellos deseaba.

Sloman, miembro de una batería de 120 mm que hundió el primer gran acorazado japonés en el Pacífico, había recibido un disparo en la cabeza y fue dado por muerto en el campo de batalla. Yació allí durante tres días, hasta que fue encontrado aferrándose a la vida por una cuadrilla funeraria que recogía cadáveres enemigos.

No bien hube escuchado la historia de Sloman de su propia boca, supe que el título de mi libro sobre la isla de Wake debería ser *Given Up for Dead* («Dados por muertos», título original en inglés).



A finales de 1941 y principios de 1942, la batalla de Wake fue considerada un acontecimiento de una inmensa relevancia histórica, pero en años posteriores se desvaneció y pasó a formar parte de una oscura nota al pie sobre la guerra del Pacífico. En este libro, docenas de jóvenes estadounidenses de todos los rincones del país y de todas las extracciones devuelven su épica lucha a la vida. Día tras día y hora tras hora, describen cómo resistieron, se adaptaron, combatieron —y sobrevivieron— en circunstancias dignas de una pesadilla.

Muchos de ellos eran casi unos niños cuando lucharon por su vida y por el honor de su nación en la primera batalla real de Estados Unidos en la segunda guerra

mundial. Pero estaban dispuestos a perecer junto a sus cañones y, de hecho, la mayoría se mostraban tristes o enojados porque no se les había concedido ese derecho. Ahora son ancianos, agradecidos por la vida que han vivido, pero asediados todavía por sentimientos encontrados y por la pesadumbre de no haber podido elegir la muerte en lugar de la deshonra de la capitulación.

Otros libros sobre la isla de Wake han sido fundamentalmente panorámicas generales confeccionadas por altos mandos del Ejército o historiadores profesionales. *Después de Pearl Harbor*, en cambio, sitúa al lector en medio del sudor, el humo y la mugre de los pozos de tirador, donde las balas silban, las bombas estallan, los pedazos de coral saltan por los aires, la sangre borbotea, las ratas muerden, los hombres gritan y la muerte nunca está a más de unos centímetros de distancia.

La saga de Wake es una vieja historia —en muchos casos, una historia pasada por alto o jamás contada— pero que probablemente no olvidarán. Creo que los hombres que defendieron la isla de Wake hace más de sesenta años se merecen un lugar permanente en nuestra conciencia nacional junto a los héroes de Bunker Hill, el Álamo, Gettysburg, San Juan y Argonne.

Nunca he conocido a un grupo de hombres por los que sienta más admiración. Si este libro puede ayudarles a despertar el respeto y el recuerdo que se merecen entre las generaciones presentes y futuras de Estados Unidos, no se puede pedir más.

Bill Sloan
Dallas, Texas
2003

Prólogo

*Isla de Wilkes, atolón de Wake
26 de diciembre de 1941*

El hombre semidesnudo con el agujero de bala en la cabeza gimió al salir de las profundidades de una prolongada inconsciencia. Abrió los ojos, parpadeando y tratando de centrarse en algo que pudiera ayudarle a recordar quién era, dónde estaba y qué le había sucedido.

Poco a poco fue recuperando los sentidos pese al martilleo de su cráneo, mientras trataba de unir las piezas del rompecabezas en que se había convertido su identidad.

Se llamaba Wiley W. Sloman y era un soldado de primera clase del 1.^{er} Batallón de Defensa del Cuerpo de Marines estadounidense, destinado a una dotación de artillería en la isla de Wake. Un mes antes había celebrado su vigésimo cumpleaños.

Sloman supuso que ya debía de estar muerto. Una persona más racional probablemente habría abandonado y lo habría mandado todo al garete. Pero Sloman no había sido racional desde que el soldado japonés le disparó, así que continuaba resistiendo. En ocasiones se sentía desfallecer, pero de algún modo se rehacía, sin saber muy bien qué lo motivaba a asirse a la vida.

No era la esperanza. Por lo que sabía, sus compañeros le habían dado por muerto. Lo habían dejado en el arrecife coralino y no había razón para pensar que fuesen a volver. Tampoco eran el miedo o el valor. Más bien se trataba de una suerte de instinto de supervivencia que escapaba a su control.



El sol brillaba en lo alto. Sloman sentía cómo los rayos se reflejaban en el lecho de coral, y se preguntaba si seguiría doliéndole la cabeza una vez muerto. El ambiente era húmedo, como siempre ocurría en Wake, pero el bochornoso calor no le molestaba. Por el contrario, estaba temblando, y el sudor de su piel era frío.

Al pronto, Sloman creyó que el zumbido de sus oídos respondía al atroz dolor de cabeza que sentía. Entonces se dio cuenta de que eran las olas rompiendo en la playa, a cincuenta metros de distancia. Eran las malditas olas que les impidieron oír a los bombarderos japoneses aquel primer día.

También fue el oleaje el que amortiguó el sonido de las lanchas de desembarco enemigas la noche de la invasión. El estruendo del mar había sido constante durante tanto tiempo que apenas se percibía ya como un sonido identificable. Pero ahora Sloman había recuperado la plena conciencia; reparó en la sangre seca en su brazo y su hombro izquierdos e intentó mover la mano. No había forma. Aquella mano bien

podría haber pertenecido a otro. Como toda la parte izquierda de su cuerpo, estaba paralizada.

Sloman se dio cuenta de que iba en ropa interior y no veía el uniforme por ninguna parte. Aquello le confundió un poco, pero en realidad no le importaba. Ninguna chica mona iba a pasar por allí de camino a la playa ni a verle en aquel estado lamentable y vergonzoso. Hacía sólo un año, Sloman haraganeaba en San Diego, asistía a la escuela de artillería y aguardaba a que el Cuerpo de Marines decidiera adónde iba a destinarlo. Las playas del lugar estaban plagadas de muchachas guapas, pero no había mujeres en Wake.

Sin embargo, lo que sí preocupaba a Sloman era que su rifle también había desaparecido. Supuestamente, un marine y su rifle eran inseparables. No había nada peor que perder el arma; ni siquiera extraviar el casco. El artillero de los marines Clarence McKinstry, el fornido hombre de barba pelirroja que dirigía la Batería L de Sloman, se enojaría mucho si se enteraba.

Sloman había tenido sueños con McKinstry que no guardaban relación alguna con el rifle desaparecido. Al menos creía que eran sueños. En dos ocasiones le pareció oír a McKinstry hablándole, tranquilizándole.

«Resiste, chaval», insistía McKinstry. «Te vamos a sacar de aquí. Te vamos a llevar a un hospital».

«¿Por qué eres tan amable de repente?», le preguntó Sloman. «La última vez que me dirigiste la palabra amenazabas con dispararme en el trasero si no seguía avanzando».

«Demonios, no iba por ti», repuso McKinstry. «Hablaba con otros».

McKinstry no fue el único que visitó a Sloman en sueños mientras yacía allí abandonado e inmóvil. Su madre se le había acercado un par de veces para decirle que le quería. En una de sus visitas, había llevado consigo al viejo doctor Danforth, el médico de la familia que había asistido el parto de Sloman un día de noviembre de 1921, para que examinara su herida. Puesto que Danforth llevaba bastante tiempo muerto, su aparición motivó inquietantes preguntas en la mente de Sloman y le llevó a interrogarse si él también había pasado a mejor vida.

La mirada de Sloman se proyectó a unos metros de distancia hasta los cadáveres japoneses esparcidos en derredor, varios de ellos tan cerca que podría haber extendido el brazo y haberlos tocado con la mano buena. No sabía cuánto tiempo llevaban allí, pero sus cuerpos estaban abotargados y hedían a causa del calor. Enjambres de moscas volaban alrededor de ellos, abstraídas en su labor. También cubrían el cuerpo de Sloman, en especial su cabeza, pero no tenía fuerzas para espantarlas.

Volvió a recostarse en su lecho de coral y cerró de nuevo los ojos. Le dolía mucho la cabeza. Necesitaba pensar en algo para evadir su mente del dolor, de las moscas y de los cadáveres enemigos. Cualquier cosa.

Sloman recordaba vagamente que era Navidad. Los invasores enemigos habían

llegado con sigilo a la costa el 23 de diciembre al amanecer, y los marines habían contraatacado hasta que el sol de mediodía estuvo en lo alto. Los estaban machacando a base de bien cuando la bala trepanó la cabeza de Sloman dos centímetros por encima de la sien izquierda y salió cinco centímetros más atrás.

Desde entonces, había divagado envuelto en una interminable neblina crepuscular, en un estado comatoso. A veces recuperaba fugazmente la conciencia, pero, en el mejor de los casos, sus procesos mentales habían oscilado entre lo difuso y lo inexistente. Ahora, por primera vez desde que se sumiera en un estado de conmoción —y por motivos que no sabía explicar—, estaba despierto. Se sentía sumamente aturullado y confuso, pero del todo consciente. Su sentido cronológico seguía desbaratado, pero estaba seguro de que había transcurrido al menos un día desde la invasión. Eso significaría que era Nochebuena.

En su hogar de Texas, la familia —un extenso clan muy unido que se enorgullecía enormemente de sus raíces irlandesas— estaría congregándose en torno al árbol de Navidad. Habría regalos envueltos en rugoso papel de seda y lazos brillantes. Su madre estaría cocinando un gran pavo con su guarnición tradicional, cociendo uno de sus célebres pasteles de clara de huevo y preparando grandes sartenes de panecillos calientes. La casa estaría llena de gente. Algunos cantarían villancicos, otros sonreirían y otros tomarían ponche de huevo. Había sido así desde que Sloman tenía uso de razón, hasta la última Navidad que pasó en casa dos años antes, cuando acababa de abandonar el campo de entrenamiento de reclutas.

Al ser el menor de cinco hijos, las vacaciones siempre habían sido muy importantes para Sloman, sobre todo cuando cumplió diez años y le regalaron una bicicleta grande y brillante que costó doce dólares. Era de segunda mano, ni que decir tiene. Corrían los tiempos en que la Depresión había alcanzado sus máximas cotas, después de que su padre perdiese su empleo como estibador y se ganara la vida comprando cangrejos salidos directamente de las redes y revendiéndolos en una lonja de Houston. Ningún miembro de la familia Sloman podía permitirse una bicicleta nueva, pero aquélla era lo más hermoso que Wiley había visto jamás. Mientras todos los demás poblaban la atestada casa, charlando, riendo, atiborrándose a comida y, en general, divirtiéndose, él había recorrido unos ochenta kilómetros calle arriba y calle abajo. La bicicleta le venía algo grande y tenía que estirar las piernas para llegar a los pedales, pero eso daba igual. Muy pronto, sus piernas se hicieron más largas y fuertes, y era coser y cantar.

Pasaban más de dos horas de la medianoche cuando oyeron por primera vez los motores de las lanchas de desembarco japonesas. Había niebla y el cielo oscuro escupía lluvia. Para entonces, aunque las dotaciones de artillería hubiesen podido avistar las lanchas en aquella negrura absoluta, los invasores se encontraban demasiado cerca como para que los marines dispusieran sus baterías de 120 mm para

el ataque. Minutos después, las primeras tropas invasoras habían tocado tierra.

El enemigo había desplegado a unos cien hombres en la isla de Wilkes, la franja de coral y maleza que se extendía en paralelo a Wake, donde Sloman se hallaba destacado, y había sólo sesenta defensores estadounidenses para recibirlos. Sin embargo, durante las ocho o nueve horas siguientes los marines habían opuesto una férrea resistencia. Sloman recordaba vívidamente que él y sus compañeros estaban aniquilando los últimos focos de atacantes en Wilkes cuando fue alcanzado.

En la confusión subsiguiente pudo oír las voces de los marines a su alrededor.

«Parece que Sloman ha caído, Mac», dijo su compañero, el soldado de primera clase Gordon Marshall, al artillero McKinstry. «Puede quedarse con su rifle si lo quiere».

«Con que eso es lo que ocurrió con el maldito rifle», pensó Sloman. Bueno, al menos McKinstry no le mortificaría por haberlo perdido.

Luego, tras lo que pareció un intervalo terriblemente prolongado, Sloman oyó un grito de otro compañero de batería, el soldado de primera clase Bill Raymond, que había estado disparando junto a él cuando fue abatido:

«¡Eh, Sloman sigue vivo! ¡Traed a un médico!».

Un médico de la Armada llamado Ernest Vaale apareció en el lugar y cubrió la herida de Sloman con una venda. Mientras Vaale trabajaba, Sloman advirtió que el hombro de su camiseta, donde había apoyado la cabeza, estaba empapado de sangre. También vio un pedazo de masa encefálica gris.

«Eso no puede ser mi cerebro», se dijo con calma, «porque estoy vivo. La gente no puede vivir si le han reventado el cerebro».

Sloman no quería desmayarse otra vez, pero cerró los ojos un momento porque el destello del sol agudizaba el martilleo de su cabeza. Cuando los abrió de nuevo, se sorprendió al ver a su comandante de compañía, el capitán Wesley Platt, inclinado sobre él. Platt era el hombre que había dirigido el contraataque de los marines en Wilkes y uno de los altos mandos más intrépidos que Sloman había conocido en su vida. Por un segundo, se preguntó si Platt se encontraba realmente allí o si estaba soñando otra vez.

Entonces atisbo otras figuras deambulando cerca de allí. Algunas de ellas eran japoneses uniformados. Estaban cargando los cadáveres enemigos y se disponían a llevárselos.

«Escuche, hijo, ¿puede oírme?», preguntó Platt con su fraseo arrastrado de Carolina del Sur.

«Sí, señor», susurró Sloman.

«Lamento que le dejen aquí», dijo el capitán. «Pero no sufra, nos ocuparemos de usted».

Mientras Platt y otro marine lo tumbaban en una camilla, Sloman trató de sonreír. «Menuda forma de pasar la Nochebuena», farfulló.

Platt meneó la cabeza. «Me temo que ha perdido la noción del tiempo, hijo», afirmó. «La Nochebuena y la Navidad ya han pasado».

«¿Cómo me han encontrado?», inquirió Sloman.

«McKinstry nos indicó dónde buscar», repuso Platt. «¿No recuerda que McKinstry estuvo aquí?».

Mientras sentía cómo lo levantaban y lo transportaban sobre la litera, el joven marine con la alarmante herida en la cabeza empezó a divagar de nuevo. Sería un alivio volver a quedarse dormido, especialmente en una cama alejada de las moscas y del hedor de la muerte, pero Sloman pugnó por mantenerse despierto hasta que pudo averiguar qué estaba sucediendo.

Vio que los japoneses de la cuadrilla funeraria llevaban armas, al contrario que Platt y el resto de los marines. Le llevó un momento discernir qué significaba aquello, pero cuando su mente se despejó un poco más lo comprendió todo. Los marines se habían rendido y los japoneses tenían el control. Aunque habían asesinado o capturado a todos los invasores de Wilkes, los marines se vieron forzados a deponer sus armas y capitular.

Sloman no se lo podía creer. Tampoco alcanzaba a entenderlo. ¿Cómo pudo ocurrir tal cosa? Los marines nunca se rendían. Jamás. Bajo ninguna circunstancia. Desde luego, no después de haber ganado la batalla.

Un lugar en los confines de la Tierra

En los más de cuatro siglos transcurridos desde que fueron descubiertas —y rápidamente olvidadas de nuevo—, las diminutas motas de tierra identificadas en los mapas como la isla de Wake han sido descritas empleando numerosos términos poco favorecedores.

Después de descubrir y bordear el atolón en octubre de 1568, el explorador español Álvaro Mendaña de Neyra lo tachó de «inútil». El arrecife que lo rodea, sumado a las virulentas e impredecibles corrientes locales, hacían del desembarco una opción demasiado arriesgada. Disgustado, se alejó sin pisar la orilla, pese a que andaba escaso de comida y de agua, de que había estado buscando tierra durante días y de que muchos miembros de su tripulación estaban aquejados de escorbuto.

El siguiente avistamiento de Wake documentado de manera oficial no se produjo hasta 1796, cuando un mercante británico, el *Prince William Henry*, tropezó con ella accidentalmente. El capitán de la nave, Samuel Wake, desconocía la visita anterior de Mendaña, de modo que bautizó a la pequeña masa de tierra como «Wake» en honor a sí mismo. Pero él tampoco quiso saber nada del arrecife y de sus corrientes, y zarpó sin tan siquiera poner un pie en la isla que todavía lleva su nombre.

Para comprender las adversas condiciones que envuelven a Wake, imaginemos una imponente montaña submarina —un volcán extinguido hace mucho— de la cual sólo asoman a la superficie los extremos más elevados del cráter. Rodeándola completamente a unos cien metros de la costa se extiende un irregular arrecife coralino formado a lo largo de miles de años. Hasta que se abrió un canal a través del arrecife a mediados de los años treinta, el coral convertía a Wake en uno de los lugares más inaccesibles del planeta.

Buena parte del arrecife acecha a menos de medio metro de la superficie, y excepto por una abertura artificial, sólo podían surcarlo sin peligro embarcaciones muy pequeñas de poco calado. Para acrecentar el riesgo, la profundidad oceánica alcanza miles de metros una vez superado el arrecife por las laderas casi perpendiculares de la montaña prehistórica sumergida. Esto propicia un mar agitado de manera perpetua que genera olas enormes que rompen en la orilla.

Incluso en tiempos relativamente modernos, los barcos no encontraban fondeadero seguro en Wake, y —como las de Mendaña y Samuel Wake— cualquier nave que se aventurara cerca de la isla corría un peligro ineludible. Con toda probabilidad, el

arrecife y las mareas engulleron numerosas embarcaciones pequeñas a lo largo de los siglos. Pero su víctima más notable fue el barco de pasajeros alemán *Libelle*, que colisionó con la formación rocosa y se hizo pedazos en marzo de 1866 tras perder el rumbo cuando se dirigía a Hong Kong desde Honolulu. El ancla del *Libelle* y otros vestigios del malhadado barco fueron hallados en Wake setenta y cinco años después.

El 15 de octubre de 1941, siete semanas antes del estallido de la segunda guerra mundial en el Pacífico, el comandante James P. S. Devereux llegó a Wake para tomar el mando de su pequeña guarnición de marines. Los sentimientos de Devereux acerca del lugar eran sorprendentemente similares a los que expresó Mendaña trescientos setenta y tres años antes. El comandante se refería a Wake como «un manchurrón de arena y coral sin ninguna razón de ser». Muchos hombres de Devereux aportaron sus propias valoraciones: «poco halagüeña», «solitaria», «árida», «opresiva», «desolada», «llana y fea» y «nada más que arena y rocas», por citar algunas de las más templadas. Pero el sargento Charles Holmes, un marine oriundo de las ondulantes praderas septentrionales de Texas, quizá lo resumió mejor que nadie. Tras una primera impresión, Wake le pareció «el lugar más aislado del mundo».

Sin embargo, pese a su fealdad, el soldado de primera clase Wiley Sloman se alegraba de estar allí cuando por fin desembarcó el 1 de noviembre de 1941. Hubiese preferido de largo permanecer en Midway, donde había sido destinado anteriormente, pero, dadas las circunstancias, se congratulaba de estar en cualquier lugar siempre que hubiese tierra bajo sus pies.

Cuando el *U. S. S. Castor* zarpó de Pearl, el barco se había encontrado con unas condiciones climatológicas realmente adversas y casi toda la tripulación estaba mareada, excepto Sloman, a quien no perturbaba en absoluto el mar embravecido. No sólo estaba habituado al agua salada y a los barcos, pues se crió en el litoral texano, sino que su bisabuelo había viajado por todo el mundo como capitán de un buque de vela de tres mástiles, y Sloman creía haber heredado algo de la navegabilidad de su antepasado. Pero su saludable estado constituyó un nimio consuelo cuando fue nombrado vigía durante buena parte de la tormenta. Luego, una vez llegado a Wake, el *Castor* había bordeado el atolón durante cuatro días a la espera de que amainara el mar de fondo y pudiera efectuarse el desembarco.

Sloman se hizo un hueco en la primera lancha que abandonó el *Castor*, pero pronto supo que la vida fácil que había disfrutado en Midway era agua pasada. No bien hubo descendido de la lancha, le entregaron un martillo neumático y lo pusieron a perforar el coral para montar postes esquineros para las tiendas de los marines. «Desde entonces hasta que comenzó la guerra no descansamos mucho», recordaba. «En Midway el servicio estaba bien, y solíamos terminar a mediodía. En Wake, el toque de diana era a las cinco de la mañana y nos deslomábamos todo el día».

El atolón de Wake en realidad está integrado por tres pequeñas islas agrupadas en torno a una laguna poco profunda que otrora fue el cráter del volcán extinguido. Wake, la mayor de las tres y en forma de V, está separada de Wilkes y Peale por unos

canales estrechos. Juntas describen una especie de herradura con la abertura apuntando al oeste. Peale constituye el extremo del tramo superior o septentrional de la herradura, y Wilkes el del tramo inferior o meridional.

La isla de Wilkes recibió su nombre del teniente Charles Wilkes, capitán del buque de la Armada estadounidense *Vincennes* y líder de una expedición que realizó una breve visita a Wake en 1841. La isla de Peale fue bautizada así por Tiritan R. Peale, un célebre naturalista de la época que participó en la misma expedición. Al parecer, las opiniones de Wilkes y Peale acerca del lugar eran bastante típicas. A Peale le resultaba «muy desagradable», y Wilkes lo tildó de «inhabitable».

Más allá de las playas de un blanco refulgente salpicadas de rocas coralinas se alza un bajío de escasa altura junto a unos suaves montículos. Gran parte del interior está cubierto por una densa vegetación selvática de arbustos, parras y árboles achaparrados. Casi ningún árbol del lugar supera los cuatro o cinco metros de altura y, en 1941, las majestuosas palmeras que proliferan de manera natural en buena parte de las islas tropicales del Pacífico eran inexistentes. Incluso en el interior, el terreno es predominantemente llano. El punto más elevado de tierra se eleva sólo unos seis metros por encima del nivel del mar. Cada quince años, más o menos, la marea barre la isla durante la temporada de los tifones. Cuando esto ocurre, cada palmo del atolón es proclive a inundaciones.

Las tres islas juntas suman menos de ocho kilómetros cuadrados de tierra —unas 1050 hectáreas— en la vasta extensión del Pacífico occidental. Wake se encuentra tan sólo 3200 kilómetros al oeste de Honolulu. Midway está casi 2000 kilómetros al noreste, y Guam 2250 kilómetros más al oeste. Las áreas importantes de tierra más próximas son las islas Marshall, Marianas y Carolina, que quedaron bajo el control japonés después de la primera guerra mundial. En 1941, estas islas estaban atestadas de armamento hostil y eran cualquier cosa menos territorio amigo. Las importantes bases aéreas japonesas del atolón de Kwajalein se hallaban a apenas 1000 kilómetros de distancia; la gigantesca instalación naval de Truk se encontraba a corta distancia de allí.

Excepto por multitud de aves marinas, incluida una especie sin alas, y una variedad particularmente llamativa de rata (que probablemente llegaron a la costa como polizones en algún barco siniestrado), Wake carece de población nativa. Durante sus últimos setenta años de historia, la ausencia de humanos en el atolón ha sido prácticamente total. Además de su ubicación remota, sus arrecifes y sus corrientes, Wake es una «isla desierta» en el sentido más estricto de la palabra. No posee fuentes naturales de agua potable. Cuando llegaron los primeros residentes a mediados de los años treinta, entre sus prioridades más apremiantes estaban la instalación de equipos de desalinización y la construcción de sistemas de recogida y almacenamiento de aguas pluviales.

No obstante, pese a sus inconvenientes, Wake generó interés en Washington ya en tiempos de la guerra hispano-estadounidense como la posible ubicación de una instalación telegráfica transpacífica y como escala para las unidades navales destinadas al Lejano Oriente. Dado que los británicos todavía conservaban un vago derecho sobre la isla y que también aparecían de cuando en cuando pescadores japoneses, los líderes militares de Estados Unidos adoptaron medidas para consolidar el estatus de Wake como territorio estadounidense.

El día de la Independencia de 1898, una flota estadounidense que transportaba tropas a Filipinas fondeó en Wake. El general de división Francis Green localizó una abertura en el arrecife de coral y se dirigió a la costa, donde ató una pequeña bandera estadounidense a la rama de un árbol y reclamó la isla para su país. El enero siguiente, el cañonero *Bennington* de la Armada de Estados Unidos visitó Wake, y su capitán, el comandante Edward Taussig, instaló una bandera más permanente y declaró formalmente a Wake posesión estadounidense.

Al cabo de unos años, la idea de la instalación telegráfica fue desechada después de que saliera a la luz la falta de agua potable en Wake, y la ruta del cable se alteró a favor de Midway y Guam. En aquella época, a consecuencia de la victoria estadounidense sobre España, Estados Unidos se había forjado un imperio en el Pacífico que se extendía desde Hawai hasta Filipinas. Algunos planificadores militares acariciaron la idea de establecer una cadena de bases estratégicas para proteger estas nuevas posesiones. Si algún día había de ocurrir, el emplazamiento de Wake era idóneo para que la isla pasara a formar parte de dicha cadena.



Aun así, Wake estaba destinada a permanecer prácticamente indemne al mundo exterior —y apenas sería conocida entre la ciudadanía estadounidense— durante las tres décadas siguientes. En Washington, el imperialismo adquisitivo que dominó el pensamiento político durante la guerra hispano-estadounidense dio paso a un rígido aislacionismo tras la primera guerra mundial. La envergadura, fuerza e influencia del Ejército estadounidense decayeron de manera permanente durante los años veinte y principios de los años treinta. Los líderes militares perdieron buena parte de su peso fiscal con un Congreso cada vez más aislacionista. Los legisladores rehusaban asignar dinero a cualquier cosa relacionada con las armas, y más aún para nuevas bases en islas remotas, y la Gran Depresión que sobrevino en 1929 empeoró enormemente la situación. La recuperación nacional era el grito de guerra, y nada importaban unas difusas amenazas en Europa y Asia.

Entonces, en 1933, Hitler subió al poder en Berlín, Franklin Delano Roosevelt fue nombrado presidente en Washington y el péndulo de la política nacional empezó a oscilar paulatinamente en la dirección opuesta. Pero el giro del aislacionismo a la preparación militar sería un proceso agónicamente lento, en especial para el

Departamento de Guerra, el Departamento de la Armada y los almirantes y generales.

A comienzos de los años treinta, la Armada de Estados Unidos había quedado reducida a poco más de un tercio de su envergadura al final de la primera guerra mundial, y gran parte de lo que quedaba de ella estaba viejo, corroído y obsoleto. El nuevo presidente, que había servido como secretario adjunto de la Armada en 1917 y 1918, quedó asombrado al descubrir su deplorable situación. Al Ejército no le había ido mucho mejor, y el Cuerpo de Marines de Estados Unidos apenas era una sombra de lo que había sido.

«Cuando entré en los marines en junio de 1939, había sólo 16 300 hombres en el Cuerpo», rememoraba el cabo John Johnston, que llegó a Wake desde Misuri en calidad de artillero cuando tenía diecinueve años y más tarde combatió con Wiley Sloman en Wilkes. «Contaba con menos efectivos que el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York».



El cambio de actitud nacional tardaría años en hacer su curso, una demora que el diezmado Ejército no podía permitirse. Hasta que la guerra fue del todo inminente, la ciudadanía y los políticos no aceptaron la necesidad de una movilización absoluta.

Entretanto, sería esencial algún subterfugio de la plana mayor del Ejército estadounidense si el país pretendía eludir la calamidad total, o eso creía las mentes militares de Washington. Uno de los máximos beneficiarios de ese subterfugio —así como una de las principales víctimas de la dilación— sería la isla de Wake.

El primer paso para convertir Wake en una formidable fortaleza en el Pacífico llegó con poco ruido y un exiguo conocimiento ciudadano. El 29 de diciembre de 1934, mientras casi todo Washington estaba cerrado por las vacaciones navideñas, Roosevelt rubricó una orden oficial que sometía a Wake a la jurisdicción directa del Departamento de la Armada. La Armada, a su vez, declaraba rápidamente el atolón como reserva aviar y anunciaba una rigurosa serie de normativas para proteger a sus muchedumbres aladas.

Se trataba de una estratagema, por supuesto. El verdadero interés de la Armada eran los aviones, y no los pájaros. Transcurridos poco más de dos meses, el 11 de marzo de 1935, Pan American Airways anunciaba sus planes para establecer la primera línea regular de pasajeros entre California y Oriente a través de la ruta «China Clipper», que pronto se haría célebre. Un día después, la Armada concedió a la aerolínea el permiso para construir pistas de aterrizaje, instalaciones de repostaje y alojamientos para sus clípers y sus pasajeros en tres remotas islas del Pacífico: Wake, Midway y Guam.

Japón protestó sonoramente cuando se dio a conocer la noticia. Los militaristas de Tokio abrigaban firmes sospechas sobre algo que la mayoría de los ciudadanos estadounidenses del período jamás hubiesen adivinado: que Wake estaba siendo

preparada calladamente para un futuro uso militar. Al fin y al cabo, estaba más cerca de Tokio que de Honolulu. También se encontraba mucho más próxima a las islas japonesas que Midway, Johnston o Palmyra, otros eslabones en una cadena defensiva concebida por Washington como escudo protector occidental para Hawai. Aunque el hecho de que un bombardero pudiera tardar sólo tres o cuatro horas en llegar allí desde las grandes bases japonesas de Truk y Kwajalein convertía a Wake en un objetivo prominente, también confería al atolón un enorme potencial ofensivo. Wake no se veía tan expuesta ni era tan vulnerable a un ataque como Guam, que se hallaba en mitad de las islas Marianas y rodeada de bases japonesas, un hecho que ya había llevado a los planificadores estadounidenses a declararla como pérdida inmediata si sobrevenía la guerra.

Para Japón, todos estos factores convertían cualquier intento estadounidense por alterar la centenaria condición de mota de coral en medio de la nada que atesoraba Wake en una amenaza a tener en cuenta. Los clípers de Pan Am serían los primeros aviones que sobrevolaran Wake, es cierto, pero los PBY de la Armada serían los siguientes, y los B-17 del Ejército no les andarían muy a la zaga.

Ajuicio de Tokio, la fortificación de Wake constituiría nada más y nada menos que una daga apuntando al mismísimo corazón de su imperio y, por ende, sería un objetivo de máxima prioridad. La noticia sobre el acuerdo entre la Armada de Estados Unidos y Pan Am instigó a los estrategas navales japoneses a revisar sus planes de guerra. Ahora, Wake habría de ser conquistada en los primeros días de conflicto.

Sigilosa y discretamente, se había puesto en marcha una ominosa secuencia de acontecimientos. Faltaban todavía seis años y medio para el ataque contra Pearl Harbor, pero las manecillas del reloj seguían girando.

Durante la segunda mitad de los años treinta, el grueso de los estadounidenses ignoraba por completo que las relaciones entre su país y Japón habían entrado en una espiral descendente durante décadas. Sus imágenes mentales de los japoneses seguían inspirándose más en los personajes de *Madame Butterfly* —*geishas* trágicamente bellas y divertidos hombrecillos de ojos rasgados que hacían muchas reverencias— que en la realidad actual. Pocos de ellos eran conscientes de que los señores de la guerra con mentalidad expansionista se habían apoderado del destino de Japón antes del conflicto ruso-japonés de 1904. Aún menos sabían que Tokio se había estado preparando activamente para las hostilidades contra Estados Unidos durante casi tres décadas.



La postura cada vez más agresiva de Japón había llevado a los líderes militares de Washington a pergeñar un plan provisional de ataque para un enfrentamiento entre Estados Unidos y Japón ya en 1906, mientras Teddy Roosevelt seguía en la Casa

Blanca. Pronosticaron la sólida posibilidad de que tanto Filipinas como Hawai fueran rápidamente invadidas en dicha guerra.

Los planificadores vaticinaron que a Estados Unidos le llevaría al menos seis meses contraatacar, lo cual daría tiempo a los japoneses para atrincherarse firmemente en los territorios conquistados. Incluso entonces, las líneas de avituallamiento militar estadounidenses discurrirían a lo largo de más de 20 000 kilómetros de océano y territorio hostil. Unas bases navales y unas instalaciones de repostaje bien defendidas en el Pacífico occidental contribuirían a compensar esta enorme desventaja, y ninguna posesión estadounidense era más adecuada para este fin que Wake.

Después de la primera guerra mundial, ahora que Alemania había sido eliminada como potencia marítima, los departamentos de Guerra y Armada de Estados Unidos se centraron rápidamente en Japón como el adversario futuro más factible. En verano de 1919, la preocupación llevó a Josephus Daniels, secretario de la Armada, a dividir ésta en dos flotas de batalla independientes por primera vez en la historia de la nación. Una de ellas sería destinada de manera permanente al Pacífico.

En febrero de 1922, después de las presiones del secretario de Estado Charles Evans Hughes, Japón aceptó firmar el Tratado Naval de Washington, que limitaba al país asiático a sólo 300 000 toneladas de buques insignia mientras permitía a Estados Unidos y Gran Bretaña 500 000 toneladas cada uno. Japón aceptó estas limitaciones a cambio de la promesa estadounidense de no fortificar Filipinas, Guam o ninguna otra posesión estadounidense situada al oeste de Hawai.

El acuerdo incluía claramente a la «inútil» islita de Wake.

Como pudo comprobarse, ningún bando tenía demasiado interés en respetar las condiciones del acuerdo. Pero durante la década siguiente el tratado resultaría considerablemente más perjudicial para Estados Unidos que para su futuro enemigo. Las restricciones que imponía se percibieron como una grave derrota entre algunos altos mandos de la Armada, ya que establecían unas estrictas limitaciones de tonelaje a los portaaviones y acorazados estadounidenses. A cambio, lo único que recibía Estados Unidos era un insignificante margen para embarcaciones más pequeñas y menos potentes. Sin embargo, diplomáticos, legisladores y burócratas de Washington mantenían que se había conseguido atar las manos a Japón y permitieron que el pacto se utilizara como una licencia para la complacencia y la dejadez militar. Las flotas del Atlántico y el Pacífico se combinaron de nuevo en una única flota estadounidense reducida. Sin bases que apoyaran las operaciones navales en el Pacífico occidental y haciendo frente a profundos recortes presupuestarios tras la llegada de la Gran Depresión en 1929, la flota perdió su poder para operar con efectividad —y mucho menos con agresividad— en el Lejano Oriente. En el ínterin, los militares de Tokio seguían preparando su arsenal para la guerra.

La mañana del 9 de mayo de 1935, cuando el barco de vapor *North Haven* llegó a Wake, se preparó el escenario para que Estados Unidos abandonara también su parte

del trato. Apilado en la bodega del *North Haven* y amarrado a sus puentes viajaba un cargamento equivalente a cien vagones de material y pertrechos para las nuevas instalaciones de Pan Am en Wake, y sus camarotes iban ocupados por trabajadores de la construcción preparados para hacer uso de dicho material. La transformación de Wake estaba a punto de comenzar y jamás volvería a ser la misma.

«La isla de Wake cobra vida», rezaba el titular de *The New York Times* el 13 de mayo de 1935.

En aquel momento, 113 trabajadores supervisados por William Grooch, un directivo de Pan Am con experiencia en zonas remotas y circunstancias primitivas, estaban empleándose a fondo. En un primer momento, la aerolínea planeaba ubicar sus instalaciones en Wilkes, que era adyacente a una abertura natural en el arrecife y parecía el lugar más conveniente para trasladar equipos y trabajadores a la costa. Pero Charles R. Russell, el ingeniero jefe de la expedición, descartó rápidamente la isla como emplazamiento para la «población-aeropuerto» ideada por Pan Am.



La playa de Wilkes estaba salpicada de grandes rocas de coral, y el interior estaba cubierto de masas de árboles y maleza casi impenetrables. Los lugares aptos para la construcción escaseaban, e incluso el traslado de suministros resultaba complejo. Para colmo, Russell se percató de que Wilkes había quedado anegada por el agua marina pocos años atrás. La vegetación era igual de frondosa en algunas zonas de la isla de Peale, pero el peligro de inundaciones era considerablemente menor, de modo que se eligió esta última como localización para la base de Pan Am.

Wake no cedió voluntariamente a la civilización. Opuso resistencia a cada palmo, y los caprichos del lugar convirtieron las tareas más sencillas en ordalías extenuantes. El *North Haven* no pudo limitarse a soltar el ancla al norte de Peale y descargar directamente sus pertrechos en el atolón elegido. El océano era demasiado profundo en aquella zona y los vientos excesivamente violentos. Los trabajadores tuvieron que descargar sus suministros en Wilkes y luego trasladarlos a través de la laguna hasta Peale. Les llevó más de una semana, con jornadas de dieciocho horas, y grandes dosis de dinamita el ensanchar el canal que mediaba entre Wilkes y Wake para permitir que una lancha motora y una barcaza transportaran material a través de él. Los trabajadores también construyeron una vía férrea de corto recorrido para acelerar el proceso.

Entretanto, otros cortaban con hachas y machetes la maleza selvática en la que se erigiría el «pueblo» de Pan Am y construían en la laguna un muelle de secuoya de 120 metros de longitud para los hidroaviones. Frente al muelle, levantaron un atractivo complejo en forma de media luna integrado por prolijos edificios blancos, que albergaban las dependencias de los empleados de la aerolínea, varios talleres, oficinas, almacenes y otras instalaciones.

Coronando el complejo se hallaban unas antenas de quince metros de altura en forma de cruz sin las cuales los futuros vuelos de Pan Am quizá nunca hubieran sido capaces de localizar la diminuta Wake. Las antenas podían captar señales de radio emitidas por aviones a 3500 kilómetros de distancia.

En agosto de 1935, el primer hidroavión de Pan Am que llegó a Wake planeó sobre la laguna y se dirigió hacia el nuevo muelle. Sin embargo, el piloto se quejó de que todavía quedaban demasiados obstáculos peligrosos en torno a la pista marítima recién finalizada. Pasarían muchas semanas antes de que las condiciones de aterrizaje se consideraran lo bastante seguras para iniciar el servicio previsto.

Un mes antes, el *North Haven* había regresado a San Francisco, donde se cargaron los componentes de dos hoteles prefabricados, uno para Midway y el otro para Wake. Cuando en mayo de 1936 se completó el Pan American Airways Inn, un edificio de una planta con 45 habitaciones, se convirtió en el epicentro de lo que sus constructores denominaban «PAAville». El hotel ofrecía unas cómodas galerías con mamparas, ventiladores de techo, hermosos muebles de mimbre, un comedor con bonitos acabados *art decó*, bebidas en vaso largo servidas por camareros ataviados con americanas blancas, pistas de tenis y otros servicios especialmente diseñados para hacer el caluroso clima tropical menos opresivo para unos viajeros adinerados que se dirigían a Oriente o regresaban de allí.

Aquel mes de octubre, Pan Am inauguró oficialmente su «autopista celestial» a Asia con dos vuelos por semana, uno hacia el este y otro hacia el oeste. Por fin, los primeros estadounidenses, al margen del escaso personal militar y algunos obreros de la construcción, empezaban a tener acceso al «lugar más aislado del mundo».

En los clípers no había asientos de clase turista. Buena parte de sus mimados pasajeros eran directivos de alto nivel, aventureros adinerados, mandatarios gubernamentales de primer orden o celebridades. Cada uno de ellos desembolsaba unos 1800 dólares, el equivalente a la paga de dos años para un asalariado medio estadounidense de la época, por el privilegio de cruzar el Pacífico por aire.

El viaje de California a Hong Kong llevaba unas sesenta horas de vuelo real, suponiendo que los aviones no se encontraran con grandes demoras provocadas por la climatología. Por norma general, un viaje de ida y vuelta consumía un mínimo de doce días y, por motivos de seguridad, se exigía que los trayectos se dividieran en segmentos diarios de unos 1600 kilómetros con un alto cada noche. Los clípers acostumbraban a llegar a media tarde y partían a la mañana siguiente, lo cual no dejaba a los pasajeros mucho tiempo que matar en Wake.



No obstante, Pan Am se desvivía por ofrecer entretenimientos varios. Independientemente de la temporada, casi siempre hacía calor suficiente para bañarse, y los pasajeros tenían numerosas oportunidades de darse un chapuzón en una

piscina durante su escala. También podían salir en barcos con fondo de cristal y contemplar la «sorprendente variedad» de peces tropicales. El tiro con arco, el tiro al plato y una amplia biblioteca también eran opciones disponibles.

Los directivos de la aerolínea incluso trataron de utilizar la bulliciosa y creciente población de ratas de Wake como una forma de entretenimiento. A los pasajeros del clíper se les entregaba un panfleto titulado «Bienvenidos a Wake», que los invitaba a recoger unos rifles de aire comprimido en la oficina de Pan Am y unirse a las cacerías nocturnas de ratas. Si los invitados preferían ser meros espectadores, podían limitarse a observar mientras los criados guárnenos de la aerolínea atacaban a los destructivos roedores con piedras y palos.

Estas incursiones apenas hicieron mella en la población de ratas. Con alimento humano disponible en grandes cantidades por primera vez durante su existencia en Wake, las ratas proliferaban desorbitadamente e irrumpían en las zonas desarrolladas de Peale, invadiendo los edificios y asaltando los jardines de flores y plantas de Pan Am. No sentían temor alguno de los humanos, y cuando centenares de soldados y obreros civiles estadounidenses llegaron al atolón unos años después, el problema empeoró aún más. Durante el asedio de Wake, pocos marines se libraron de la repulsiva experiencia de despertarse por la noche en sus pozos de tirador y descubrir a unos pequeños y peludos visitantes compartiendo su cama o deslizándose delante de su cara.

Sin embargo, Wake era un auténtico tesoro para los observadores de aves. Este hecho fue enfatizado considerablemente por Pan Am, junto con la excelente pesca de la laguna, en un esfuerzo bastante infructuoso por publicitar su remoto puesto de avanzada como atracción turística. Para intentar incrementar la tasa de ocupación del PAA Inn de Wake, la aerolínea anunció paquetes especiales para quienes estuviesen dispuestos a hospedarse allí durante un par de semanas.

Pocos los contrataron, pero quienes pasaron sus vacaciones en Wake lograron ver de primera mano algunas de las aves más inusuales —y extrañas— del mundo. Había, por ejemplo, un pequeño pájaro de ojos rojos llamado pibí que debía saltar de un lado a otro porque no podía volar.

El comandante Walter Bayler, un especialista en comunicaciones de los marines al que se había destinado temporalmente a Wake en diciembre de 1941 para instalar equipos de radio, describía al pibí como «una esponjosa bola de plumas sin alas ni cola^[1]». El pájaro, del tamaño de un petirrojo, era originario de Australia, y Bayler y otros altos mandos solían especular sobre cómo pudieron llegar los pibís a la lejana Wake. Nadie fue capaz de ofrecer una solución plausible al rompecabezas.

Bayler definió al rabijunco, otro morador de Wake extremadamente raro, como «una molestia torpe y estentórea», que sólo destacaba por el hecho de que «puede nadar hacia atrás, y a menudo lo hace». Excepto por su peculiar «marcha atrás», las dos características más sorprendentes del rabijunco, que tiene el tamaño de una paloma, eran su pico de color rojo sangre y dos llamativas plumas bermellón en la

cola que alcanzaban los cincuenta centímetros de largo. El pájaro pirata de Wake, con su oportuno apelativo, «tenía cara de villano y un temperamento a juego», observaba Bayler, y apostillaba: «Su comportamiento tiene ese auténtico toque pirata. Se eleva bien alto con sus amplias y elegantes alas hasta que ve cómo algún pájaro más pequeño captura un bocado. Entonces, se abalanza sobre su víctima con tal fiereza que asusta al ave más pequeña y la fuerza a regurgitar su comida. El pájaro pirata la atrapa hábilmente en el aire y la engulle».

Pero para los marines encargados de la defensa de Wake, lo peor de los pájaros piratas era su tendencia a volar juntos en ordenadas y densas formaciones. Desde la distancia, los pájaros podían guardar un inquietante parecido con un escuadrón de bombarderos japoneses.

Un gran despertar

Gracias a la cuantiosa inversión de Pan Am, a una tecnología que avanzaba a buen ritmo y al interés de la Armada de Estados Unidos, Wake se había convertido por fin en un lugar habitado, aunque poco. A principios de 1937 contaba con los habitantes justos para alinear dos equipos en un partido de béisbol. Excepto por el personal de tierra, integrado por doce miembros y gestionado por el director de aeropuerto George Bicknell, y unos pocos carpinteros y encargados que se quedaron allí para desempeñar labores de jardinería y obras menores, todos los demás se habían marchado a Estados Unidos.

Más allá de los confines de «PAAville» y las otras instalaciones de Peale, el atolón no sufrió la intervención de la mano del hombre. De hecho, puesto que todavía no existía un puente que comunicara Peale con Wake, ésta y Wilkes eran inaccesibles para los pasajeros de la aerolínea. De todos modos, no había nada que los atrajera a las otras islas: albergaban únicamente más arena, coral, un denso sotobosque y desolación.

En Peale sólo se respiraba algo afín a una actividad humana normal las dos noches por semana en que un clíper encaminado al este o al oeste se encontraba amarrado en el muelle de la laguna y el hotel se llenaba de invitados que pernoctarían allí. El resto del tiempo, incluso alrededor del complejo de Pan Am, los días se desgranaban lentamente y todos parecían iguales. En el mejor de los casos, la rutina resultaba aburridamente repetitiva; en el peor, la soledad y el aislamiento podían ser desmoralizadores.



Por su propio bienestar físico y mental, pronto se concluyó que el personal de la aerolínea no debía permanecer en Wake más de seis meses seguidos. Al principio se recurría a ciudadanos chinos para cocinar, limpiar y servir mesas en el hotel, pero cuando finalizaba su contrato, la mayoría se marchaban y era difícil encontrarles sustitutos. Para mantener el cupo de personal, Pan Am optó por los chamorros, nativos de Guam, que estaban más aclimatados a la vida en una isla pequeña y apartada. A los chamorros no les gustaba Wake mucho más que a los chinos, pero andaban más necesitados de un empleo bien remunerado, así que la mayoría de ellos transigían.

La vida en Wake prosiguió de esta guisa durante casi cuatro años. De cuando en

cuando llegaban pequeños grupos de extranjeros en barco o hidroavión. Los ingenieros realizaban sondeos y mediciones; los cartógrafos trazaban mapas y cartas de navegación; y los observadores militares oteaban, tomaban abundantes notas y hacían fotografías.

En el atolón, nada cambió materialmente durante los últimos años de la década de 1930. Pero en los centros de poder de Washington era una historia muy distinta. Después de casi veinte años al timón, los aislacionistas estaban perdiendo al fin su control sobre el gasto militar, y las fuerzas de Roosevelt en la Cámara y el Senado ganaban solidez. En mayo de 1938 lograron aprobar la Ley de Ampliación Naval, que autorizaba unas 200 000 toneladas adicionales de acorazados estadounidenses y al menos 3000 aviones.

Al mes siguiente, Claude Swanson, secretario de la Armada, nombró al almirante Arthur J. Hepburn, comandante saliente de la flota de Estados Unidos, para liderar una junta de élite compuesta por cinco miembros que debía estudiar la necesidad de nuevas bases y fortificaciones navales. El 1 de diciembre de 1938, la junta había completado lo que se dio a conocer como el *Informe Hepburn*. Éste recomendaba ampliar una docena de bases existentes y construir dieciocho nuevas. Ocupando los primeros puestos de la lista de propuestas se encontraba la isla de Wake.

Estratégicamente, concluía el informe, Wake era «la siguiente en importancia» a Midway como base para aviones, submarinos, fuerzas de infantería e instalaciones de apoyo a la flota en el Pacífico medio.



A juicio de la junta, sólo Pearl Harbor era más relevante que Midway. En otras palabras, Wake era la tercera en prioridad de toda la región del Pacífico.

El *Informe Hepburn* describía a Hawai como la piedra angular del poder naval de Estados Unidos en el Pacífico y como una potente barrera contra cualquier ataque en territorio estadounidense. Los aviones patrulleros que realizaban una vigilancia continuada desde Wake eran vistos a su vez como una pieza vital en la defensa de Hawai. Podían advertir prematuramente sobre movimientos hostiles de Japón y dar tiempo a los aviones estadounidenses estacionados en tierra o en los portaaviones para emprender el vuelo y contrarrestar una amenaza enemiga contra Hawai.

El informe alentaba al Congreso a que destinara siete millones y medio de dólares al rápido desarrollo de una base en Wake. Con todo, los aislacionistas del Congreso no estaban dispuestos a ceder. A comienzos de 1939, líderes republicanos tan poderosos como Hamilton Fish, un congresista por Nueva York que odiaba a Franklin D. Roosevelt, hicieron lo posible por sabotear la aprobación de la ley para las nuevas bases. Fish acusó a Roosevelt de generar histeria bélica y de provocar innecesariamente a Japón.

Una versión revisada del proyecto de ley obtuvo la aprobación definitiva en abril

de 1939, pero en un sacrificio político destinado a cosechar suficientes votos moderados para construir o ampliar bases en Wake, Midway y diez ubicaciones más, Guam fue quien pagó los platos rotos. Cualquier mención a Guam desapareció de la legislación, y nunca volvería a ser considerada seriamente como un puesto de avanzada defendible en caso de guerra.

Wake tampoco estaba a salvo. Aún debía superar el caprichoso proceso de financiación congresal. A principios de 1940, el Comité Presupuestario de la Cámara de Representantes recortó casi cuatro millones de la petición de 9,6 millones de dólares para Wake y redujo las solicitudes para las islas de Midway, Palmyra y Johnston de manera similar. A cambio de restablecer los otros recortes, el congresista por Georgia Cari Vinson, presidente del Comité de Asuntos de la Armada en la Cámara, propuso que la base de Wake quedara «en la cuneta», y su oferta fue aceptada.



Durante varios meses, el proyecto de Wake permaneció en el limbo y parecía estar muerto, pero la plana mayor de la Armada y sus aliados del Congreso seguían buscando un modo de devolverlo a la vida. Lo encontraron en una serie de proyectos de ley refrendados apresuradamente por el Congreso en la primavera de 1940. Uno de estos proyectos era una medida que permitía a la Armada gastar 144 millones de dólares en cerca de una veintena de instalaciones para la aviación naval. Esa financiación contemplaba 7,6 millones de dólares asignados a una «base aeronaval en la isla de Wake» que al parecer pasó inadvertida entre los guardianes aislacionistas. De manera intencionada, sin duda alguna, las disposiciones presupuestarias del proyecto de ley se habían formulado con vaguedad, lo cual permitía que se empleara el dinero para «complejos de aviación en tierra... edificios... accesorios e instalaciones de defensa».

En esta ocasión, la Armada no corrió el riesgo de que el Congreso se lo replanteara. En cuestión de semanas fueron concedidos treinta millones en contratos—incluido el proyecto de Wake— a un consorcio de constructoras privadas estadounidenses que operaban bajo el nombre de Contractors Pacific Naval Air Bases (CPNAB).

Todavía aguardaban otros obstáculos legislativos y escollos burocráticos antes de que se aprobara la partida de veinte millones de dólares destinada a completar el proyecto. Transcurrieron seis meses hasta que pudo remacharse el primer clavo, verterse la primera carga de cemento o iniciarse la primera excavación con explosivos en el coral. Y lo que es peor, se habían desperdiciado dos largos y fundamentales años que jamás podrían recuperarse.

Pero la maquinaria se había puesto en marcha y ahora no había vuelta atrás. En la isla de Wake estaba a punto de producirse un gran despertar.

La publicación del *Informe Hepburn* representó la primera vez en veinticinco años que la cúpula de la Armada abogaba abiertamente por una postura más dura y agresiva de Estados Unidos en el Pacífico. Pero los almirantes eran muy conscientes de que el péndulo de la opinión pública no había oscilado por completo hacia su lado, de modo que todavía se mostraban cautelosos. Pusieron mucho énfasis en el valor defensivo que brindaba el contar con una base plenamente operativa en el extremo occidental del Pacífico y —casi tan importante desde el punto de vista de los estrategias— negar el uso de Wake al enemigo.

Lo que obviaron deliberadamente durante su prolongada pugna por la aprobación y los fondos era que una Wake fortificada también ofrecía unas interesantes posibilidades ofensivas. Los estrategas navales de amplias miras consideraban que el poder aéreo se convertiría en el factor dominante en las batallas marítimas futuras y que Wake serviría como una suerte de «portaaviones estático», capaz de lanzar ataques contra un número ilimitado de objetivos enemigos.

En el Ejército, los principales planificadores militares también preveían un importante papel ofensivo para Wake en el Plan de Guerra Naranja, la «gran estrategia» que estaban concibiendo para lidiar con la creciente amenaza japonesa en el Pacífico. Docenas de nuevos bombarderos pesados B-17, los aviones de guerra más poderosos que el mundo había visto jamás, empezaban a salir de las cadenas de montaje de Boeing Aircraft. Desde una base aérea en Wake, las «Fortalezas Voladoras» podían aprovechar su autonomía de 3200 kilómetros para atacar prácticamente cualquier punto del imperio japonés.

Los marines, entretanto, pergeñaban sus planes especiales para Wake. En mayo de 1939, el coronel Harry Pickett había sido destinado a Wake, Midway y Johnston para preparar los sistemas de defensa antiaérea y del litoral propuestos para las nuevas bases. Un mes después, el general de división Thomas Holcomb, comandante del Cuerpo de Marines, aprobó el esquema organizativo para un nuevo «destacamento defensivo en la isla de Wake».

El esquema pasaba por guarnecer Wake con una fuerza de 510 marines equipados con baterías antiaéreas con dos cañones de 75 mm cada una, veinticinco ametralladoras del calibre 50 y otras tantas del calibre 30. Pese a algunos cambios menores en la estrategia, malabarismos periódicos, reorganizaciones de las unidades y otras maniobras de los mandos castrenses, las defensas de Wake estarían compuestas por los mismos elementos básicos cuando llegó la primera ofensiva japonesa treinta meses después. Sin embargo, habría una diferencia clave: un número considerablemente inferior de hombres.



Allá donde miraran generales y almirantes a medida que se acumulaban las tensiones entre mediados de 1939 y finales de 1941, el problema era siempre el

mismo: podían tramar y planificar hasta que se congelara el infierno, pero mientras no se pudiera producir más armamento y reclutar a más hombres para el servicio militar, no se dispondría de efectivos y pertrechos suficientes.

A la sazón, estaba claro que Estados Unidos nunca podría defender sus intereses en el Pacífico ante este futuro enemigo bautizado «Naranja» con una flota anticuada y diezmada, una escasez crítica de aeronaves de última tecnología y un Cuerpo de Marines más enclenque que el Departamento de Policía de Nueva York.

El 1 de septiembre de 1939, la maquinaria de guerra de Hitler irrumpía en la frontera polaca y sumía a Europa en el abismo de la segunda guerra mundial. Mientras las divisiones Panzer rugían a través de la campiña en dirección a Varsovia y la resistencia polaca se desmoronaba bajo sus tanques y los bombarderos de la Luftwaffe, una nueva palabra pasaba a formar parte del léxico estadounidense: *blitzkrieg*.

Gran Bretaña y Francia declararon de inmediato la guerra a Alemania —no tenían más opción—, pero Polonia cayó en sólo tres semanas.

De la noche a la mañana, las ambiciones y agresiones de Tokio parecían mucho menos importantes para Washington que unas pocas semanas atrás. Incluso entre los más ardientes partidarios de la preparación, la amenaza de una guerra con Japón en el Pacífico debía quedar relegada a un estatus secundario a la luz de la conflagración que había estallado en el otro extremo del mundo. De todos modos, para los estadounidenses más tradicionales Japón nunca había supuesto una causa relevante de preocupación.

Para unos líderes militares que se afanaban en superar dos décadas de declive, deterioro y merma forzada, la crisis en Europa planteaba un monstruoso dilema. Muchos almirantes y generales seguían convencidos de que la amenaza japonesa era real y cada vez mayor, pero el Washington de Roosevelt estaba decidido a hacer todo lo posible por ayudar a los Aliados a frenar la incesante ofensiva de Hitler.



En la primavera de 1940, los ejércitos alemanes arrasaron Dinamarca, Noruega, Bélgica, Luxemburgo y Holanda en rápida sucesión. Francia cayó en cuestión de días. A mediados de junio, los nazis celebraban su victoria en París, y Gran Bretaña se hallaba sola mientras llovían las bombas sobre Londres.

El horror y la incredulidad se apoderaron de Estados Unidos. Ahora que la resistencia aliada desaparecía en Europa, las últimas pretensiones de neutralidad se desvanecían con rapidez en Estados Unidos Roosevelt declaró a Estados Unidos «el gran arsenal de la democracia» y, con una oposición mínima, el Congreso aprobó el envío de miles de millones de dólares en armamento a Gran Bretaña. No obstante, en esta atmósfera, consignar hombres y material a unas operaciones defensivas en ciernes en la zona del Pacífico era como arrancarse la dentadura.

Sin embargo, entre bastidores Roosevelt mantenía su compromiso de poner freno a la agresión japonesa en China y proteger los vulnerables territorios británicos, holandeses y franceses en el Lejano Oriente, amén de los de Estados Unidos. El secretario de Estado Cordell Hull abogaba incluso más que Roosevelt por una línea cada vez más dura en las relaciones con Tokio. Hall, originario de Tennessee, era un hombre recatado de elevados principios que despreciaba la duplicidad, y dado que los criptógrafos estadounidenses habían descifrado el código diplomático japonés de alto secreto, no albergaba ninguna duda de que las autoridades japonesas le habían estado mintiendo de manera sistemática y de que jamás podría volver a confiar en ellas.

El 27 de septiembre de 1940, momento en que Japón firmó un pacto en el que se alineaba con Alemania e Italia y creaba el eje Berlín-Roma-Tokio, fue la gota que colmó el vaso para Hull. No tuvo demasiadas dificultades para convencer a Roosevelt de que anunciara graves sanciones económicas contra Japón a menos que se retirara de la alianza con Hitler y Mussolini.

Diez meses después, en julio de 1941, cuando las fuerzas japonesas ocuparon la que entonces era la Indochina francesa, Roosevelt hizo público un embargo sobre todos los envíos de petróleo estadounidense a un Japón sediento de crudo. El presidente congeló a un tiempo todos los activos japoneses en Estados Unidos y suspendió por completo el comercio estadounidense con el país. Las remesas de otros materiales vitales, como la chatarra, ya habían sido canceladas en un esfuerzo por obligar a Japón a retirarse de China.

Bajo el punto de vista de Tokio, éstos eran actos de guerra, y cortar el flujo de petróleo estadounidense fue el golpe de gracia que convirtió el conflicto armado con Estados Unidos en algo inevitable. Desde aquel momento, ninguna negociación podría estrechar la fisura que se abrió entre ambas naciones. La supervivencia de Japón como potencia moderna dependía de la obtención de un petróleo adecuado, y la manera más rápida de hacerlo ante el embargo estadounidense era conquistar las Indias Orientales neerlandesas, ricas en petróleo y prácticamente indefensas tras la caída de los Países Bajos. Pero el Gabinete Imperial, dominado por el ministro de Guerra Hideki Tojo y su combativo homólogo de Asuntos Exteriores Yosuke Matuoka, sabía que Estados Unidos no se quedaría de brazos cruzados.

La solución pasaba por arremeter primero contra Estados Unidos en una gran ofensiva sorpresa, inutilizar su flota en el Pacífico, diezmar sus fuerzas aéreas, destruir sus bases isleñas y anular su capacidad de revancha. Entonces, Japón tendría que apropiarse de tanto territorio asiático como fuera preciso.

Tras una larga demora y con unas perspectivas tremeundas —y en medio de este precario escenario— se había garantizado la financiación para una importante base en la isla de Wake. Pero construir unas fortificaciones adecuadas, reunir armamento suficiente y encontrar personal cualificado para mantenerla bajo dominio estadounidense frente a un ataque japonés sería una misión hercúlea.

La fase inicial de esa misión tuvo lugar en los muelles de Honolulu durante las

tres primeras semanas de diciembre de 1940. En el embarcadero 31A, los estibadores trabajaron día y noche para subir enormes cantidades de material a bordo del *U. S. S. William Ward Burrows*, un buque de transporte de la Armada. En total eran 2000 toneladas: camiones, tractores, excavadoras, mezcladoras de cemento, generadores, plantas de destilado de agua, equipos de refrigeración, montones de madera y acero estructural, barriles de petróleo y gasolina, miles de cajas de dinamita y montañas de comida.



Cuando la bodega del *Burrows* se hubo llenado hasta su máxima capacidad, se apiló más cargamento en los puentes. Cuando éstos no pudieron alojar nada más, los estibadores fijaron su atención en una barcaza de madera de doce por treinta metros remolcada por el *Burrows* mediante una sirga. La embarcación era conocida como *Wake No. 1*, y pronto crujiría bajo varias toneladas de material pesado.

En palabras del capitán Ross Dierdorff, el *Burrows*, la barcaza y el *Pioneer*, un remolcador de dieciséis metros de eslora que los acompañaba, transportaban «todo lo necesario para establecer una comunidad autosuficiente para ochenta hombres y allanar el terreno para centenares más».

La mañana después de Navidad, varias docenas de obreros de la construcción, algunos de los cuales todavía llevaban collares de flores y soportaban la resaca de la noche anterior, se despidieron de sus esposas y novias con un beso y se embarcaron en el *Burrows* para emprender el viaje hacia la isla de Wake. El trayecto no sería un camino de rosas. Se tardaron dos semanas en cubrir los 3200 kilómetros, y la barcaza se soltó de la nave en dos ocasiones debido a las malas condiciones marítimas. Cuando los trabajadores recalaron en Wake y emprendieron la enorme tarea de descargar sus suministros y maquinaria era 8 de enero de 1941.

El «grupo pionero» de trabajadores que viajaban a bordo del *Burrows* fue la avanzadilla de 1146 civiles que serían conducidos a Wake durante los meses siguientes para abordar una de las obras más descomunales y apresuradas de la historia militar estadounidense. Sus principales cometidos incluían la construcción de un aeródromo capaz de albergar a los aviones militares más grandes de la época, abrir un nuevo canal a través de la isla de Wilkes, dragar la laguna para retirar salientes de coral peligrosos, y construir carreteras, barracones, almacenes, talleres y un hospital.

Lamentablemente, sus contratos no contemplaban la excavación de refugios, terraplenes, pozos de ametralladora y otras fortificaciones en el coral. Las estructuras más cruciales para la defensa de Wake quedarían en manos de los marines, y los primeros no llegarían a Wake hasta siete meses después.

Unos días después de la llegada de los trabajadores, el pequeño atolón pasó de ser uno de los lugares más plácidos de la Tierra a convertirse en uno de los más concurridos. Por las tres islas pululaban trabajadores dragando, dinamitando, zapando

y construyendo en todas direcciones.

El hombre al mando de esta febril oleada de actividad era Nathan Dan Teters, un jefe de obra proveniente de Ohio y licenciado en ingeniería por el Washington State College. Había servido como sargento del Ejército durante la primera guerra mundial, y a decir de todos era tan duro como los hombres que trabajaban para él. Teters, un fornido irlandés con una veta de testarudez y un contagioso sentido del humor, fue descrito por un oficial de la Armada como alguien «que siempre viene bien como compañero de pelea». Casi todos los que trabajaron para él en Wake le tenían por un «jefe excelente».

Teters era un ingeniero experimentado que dirigió una empresa de construcciones durante un tiempo, pero luego se arruinó y se unió a la Morrison-Knudsen Company (M-K), una constructora de rápido crecimiento con sede en Boise, Idaho. Era un empleado tan valioso que la compañía hizo una gran excepción en su normativa y le permitió que Florence, su esposa, lo acompañara a Wake. La señora Teters era una de las tres mujeres que habitaban en la isla, pero en vista de que iban agudizándose las tensiones, ella y las otras dos —esposas de supervisores de Pan Am— fueron evacuadas a principios de noviembre de 1941.

El ascenso de M-K se había visto exacerbado por su trabajo en las presas de Boulder y Grand Coulee, y a finales de los años treinta era reconocido como uno de los líderes nacionales en el ámbito de las obras de gran envergadura. En 1940, M-K se convirtió en una de las empresas que constituían el consorcio conocido como Contractors Pacific Naval Air Bases. Cuando a la empresa se le asignó la tarea de convertir una isla desierta en un bastión del poder estadounidense en el Pacífico con un presupuesto de veinte millones de dólares, Teters fue nombrado director del espectáculo. Sólo respondía ante el capitán de corbeta Elmer B. Greey, el oficial residente de la Armada, y el vicepresidente de M-K George Youmans, instalado en Hawai. Para todos los demás implicados —civiles y militares por igual—, la palabra de Teters era ley en lo relativo a la obra de CPNAB en Wake.

El *William Ward Burrows* realizó seis visitas más a Wake entre enero y noviembre de 1941, en las cuales transportaba más hombres y equipos. La Armada también puso en servicio otros tres cargueros —el *Regulus*, el *Sirius* y el *Kaula*— en su plan de emergencia para la construcción de bases. Pero la mayoría de las casi 43 000 toneladas de materiales de construcción entregados durante este tiempo llegaron a bordo de barcas arrastradas por remolcadores de altura en tediosos viajes de un mes desde Pearl Harbor.

Sin embargo, incluso en este flujo constante de suministros, se daba el problema ineludible de las prisas y las esperas. Desde mayo de 1941, las obras llegaron a un punto muerto en infinidad de ocasiones porque los trabajadores se quedaban sin materiales esenciales. En agosto, el personal de M-K ascendía a ochocientos hombres y había más en camino, pero a Teters le resultaba cada vez más difícil mantener a sus cuadrillas ocupadas.

No obstante, la transformación del atolón a finales de ese verano fue casi milagrosa. Ahora contaba con dos grandes campamentos situados uno frente al otro en la zona más ancha de la laguna, en los extremos de las franjas septentrional y meridional de Wake. El Campamento Uno, la «ciudad de las tiendas de campaña», justo al otro lado del canal y enfrente de la isla de Wilkes, era donde se habían hospedado originalmente los trabajadores, pero ahora estaba ocupado por los marines. Para tratarse de unas instalaciones militares resultaban bastante cómodas. Las tiendas de campaña, con estructura y suelos de madera, estaban distribuidas en hileras ordenadas, sus laterales disponían de mosquiteras para permitir que penetrara la brisa, y la electricidad era suministrada por unos generadores. Cerca de allí se encontraban un comedor totalmente equipado, una oficina de correos y un club de oficiales con neveras rebosantes de cerveza.

En comparación, el Campamento Dos, que prestaba cobijo a los civiles, representaba un auténtico lujo en lo que era sólo un páramo unos meses atrás. Ubicado en Wake, adyacente a la isla de Peale y comunicado con las instalaciones de Pan Am por un nuevo paso elevado, el Campamento Dos consistía en barracones permanentes de madera que superaban en comodidad y servicios a la mayoría de las bases militares estadounidenses del período. El campamento incluía asimismo un moderno hospital, un economato bien abastecido, una barbería, un cine al aire libre, una heladería, pistas de tenis e incluso una pequeña piscina cubierta en la laguna. Al personal militar se le permitía utilizar los servicios del Campamento Dos y podía acceder a ellos a través de una nueva carretera de coral machacado de once kilómetros de longitud que bordeaba la laguna para conectar ambos campamentos.

Al este del Campamento Uno, en la parte más ancha de la V que formaba Wake, la construcción del nuevo aeródromo estaba a punto de concluir. Su pista principal, con sesenta metros de anchura, rondaba el kilómetro y medio y tenía capacidad para los aviones militares más grandes que existían. Lindando con el aeródromo había ocho polvorines parcialmente subterráneos de hormigón reforzado. Cerca de allí estaban construyéndose barracones para pilotos y miembros de la tripulación, así como varias tiendas y almacenes. Próximo a la cabecera oriental de la pista se hallaba un depósito de almacenamiento de gasolina con capacidad para 95 000 litros.

Entretanto, en Peale, junto al PAA Inn, una nueva rampa para los hidroaviones se adentraba en la laguna cerca de donde se estaban erigiendo barracones y un hospital para la flamante base aeronaval. Los dragadores trabajaban en la laguna para ampliar la zona de aterrizaje de los hidroaviones.

Hasta el momento se habían efectuado pocos trabajos en Wilkes, salvo por la construcción de una carretera que recorría toda la isla, pero estaba prevista una base submarina. Se estaba abriendo un nuevo canal para permitir un mejor acceso a la laguna, y el ya existente también se estaba profundizando y ensanchando. Todavía no había un puente que conectara Wilkes y Wake, pero se empleaban pequeñas embarcaciones para trasladar hombres y materiales de un lado a otro, y estaba a punto

de iniciarse la construcción de varios polvorines. Las únicas estructuras prominentes de Wilkes eran un par de depósitos de almacenamiento de combustible que pertenecían a Pan Am.



Teniendo en cuenta que el pleno desarrollo de Wake se ideó originalmente como un proyecto de dos a tres años para CPNAB, los primeros meses de trabajo habían dado unos resultados impresionantes. Sin embargo, el problema era la divergencia de prioridades: se trataba de una situación en la que se había comenzado la casa por el tejado. Los puestos de ametralladora, las trincheras, los refugios subterráneos, el camuflaje, las patrullas aéreas, las defensas costeras y los equipos de alarma por ataque aéreo necesarios para proteger todas aquellas construcciones del impacto de una ofensiva repentina no aparecían por ninguna parte.

En Pearl, la jerarquía de la Armada, cada vez más nerviosa, hacía todo lo posible por acelerar la fortificación de Wake. El 18 de abril de 1941, el almirante Husband E. Kimmel, comandante en jefe de la flota estadounidense en el Pacífico, expresaba su temor a que las medidas defensivas hubiesen comenzado demasiado tarde.

Parece irónico que Kimmel, que sería acusado de la falta de preparación de la Armada en el desastre del 7 de diciembre y obligado a dimitir, lanzara una advertencia tan estridente más de siete meses antes del ataque japonés.

«La importancia estratégica de Wake resulta cada vez más evidente cuando investigamos los medios que pueden permitir a la flota del Pacífico continuar sus operaciones defensivas hacia el oeste», escribía Kimmel en una carta dirigida al almirante Harold R. Stark, jefe de operaciones navales. «Si Wake es defendida, para que los japoneses puedan reducirla precisarían de más operaciones de sus fuerzas navales en una zona en la que podríamos atacarlas... Deberíamos tratar de conseguir por todos los medios que los japoneses expongan a sus unidades navales. Para hacerlo, debemos ofrecer objetivos que requieran dicha exposición^[2]».

Uno de los pasos inmediatos en los que Kimmel hacía hincapié era el despliegue de un importante contingente de marines en Wake, como muy tarde el 1 de junio. Pero era 23 de junio cuando Stark dictó una orden para enviar elementos del 1.º Batallón de Defensa a Wake tan pronto como fuera viable. Pasarían casi dos meses antes de que el pequeño grupo de marines —173 reclutas y cinco altos mandos— llegaran por fin a la isla el 19 de agosto.



Los cabos Frank Gross y John Johnston se encontraban entre esa «1.ª Sección de Zapadores». Los dos jóvenes de Misuri descubrieron que ya se habían enviado a Wake seis baterías de 120 mm, recuperadas de varios cruceros de la Armada que participaron en la primera guerra mundial, para su uso como baterías de playa, pero

no había plataformas o estructuras protectoras para ellas. Asimismo, prácticamente no se había completado ninguna otra obra de naturaleza defensiva.

Al principio, la atmósfera en Wake era pacífica y relajada. Por lo que sabían Gross, Johnson y el resto de su grupo, no existía amenaza de guerra en mitad de la nada, y no se respiraba ninguna sensación de urgencia. Disponían de mucho tiempo libre para pescar, nadar, explorar las playas y jugar a cartas. El apremio no comenzó hasta que el comandante Devereux se personó al cabo de dos meses. «Entonces, se desató el infierno», afirmaba Gross. «No tuvimos un solo día libre hasta que comenzaron los disparos».

Más o menos en aquella época, Gross escribió una carta a su hermana, asegurándole que no corría absolutamente ningún peligro. «La guerra se libra en Europa», le confiaba. «Cuanto más me adentro en el Pacífico, más me alejo de ella».

Demasiado poco y demasiado tarde

Cuando llegó a Wake el 15 de octubre de 1941 a bordo del *U. S. S. Regulus*, el comandante James Patrick Sinnot Devereux había sido marine durante dieciocho años y oficial del Ejército durante dieciséis. Nacido en 1903 en Cuba, donde su padre era oficial médico del Ejército de Estados Unidos, Devereux había servido en China, Filipinas, Nicaragua, Pearl Harbor y diversos enclaves de Estados Unidos. Había sido destinado al río Yangtsé y a la legación estadounidense en Pekín cuando se intensificó el conflicto entre China y Japón, y entró en acción en la «guerra de la banana» en Centroamérica, pero nunca había participado en una misión tan dura como la que afrontaba ahora.

Su misión consistía en tomar el mando del 1.^{er} Batallón de Defensa de los marines, que había empezado a llegar a Wake dos meses antes, y preparar a sus soldados y el armamento para repeler un ataque tan pronto como fuera humanamente posible. A todos los efectos prácticos, eso significaba comenzar de cero y enfrentarse a unas circunstancias que empeoraban cada día que pasaba.

Devereux medía apenas 1,65 metros y su fino bigote y su impoluta vestimenta le conferían un aspecto bastante atildado, pero se había forjado una reputación de comandante sensato, de cumplir a rajatabla las regulaciones y de ser implacable en el desarrollo de las tareas. Añoraba a su mujer, Mary, y a Paddy, su hijo de siete años, que se quedaron en la casa familiar en Maryland cuando partió hacia el Pacífico en enero de 1941, aunque también disfrutaba siendo oficial de los marines y le gustaba actuar como exigía su rol. Uno de los mayores activos que aportó a Wake fue su habilidad consumada para la planificación y la preparación. Allí donde iba, su afianzado estilo de liderazgo y su capacidad le valieron el respeto de sus subordinados, aunque en ocasiones a regañadientes.

«No era una persona particularmente afectuosa, y jamás daba demasiada confianza a sus hombres», observaba el cabo Frank Gross, «pero cuanto más lo conocías, más confiabas en su criterio. Proyectaba la sensación de ser una persona que sabía lo que estaba haciendo».

Bryghte D. Godbold, un erudito capitán de veintiséis años originario de Alabama que sirvió como comandante de puesto fortificado en Peale a las órdenes de Devereux, describía a su superior como «un hombre tranquilo y reservado con un carácter impecable». El comandante no era especialmente carismático o amigable, pero los hombres que sirvieron con él llegaron a darse cuenta de que podían confiar sin reservas en su palabra. Devereux quería que las cosas se hicieran correctamente,

pero no era un entrometido que tratara de decir a sus subalternos cómo desempeñar su labor.

Sin embargo, mientras pugnaba desesperadamente por reforzar las defensas de Wake, Devereux fue bautizado con un apodo nada favorecedor. Cuando el soldado de primera clase Wiley Sloman llegó a Wake, Devereux llevaba allí un par de semanas y estaba sometiendo a los hombres a una fatigosa presión. Uno de los primeros comentarios socarrones que Sloman oyó entre los marines era que las iniciales de Devereux —J. P. S.— correspondían a «just plain shit^[3]». Sloman lo interpretó más como una descripción del penoso trabajo que estaba imponiendo a sus hombres que como un desaire al propio comandante.

Esa labor consistía en un mínimo de doce horas diarias de trabajo agotador siete días a la semana, y prosiguió sin pausa durante todo el mes de noviembre y principios de diciembre. No hubo maniobras, ni instrucción, ni prácticas de tiro, sólo la interminable pesadez de perforar el coral para los nidos de ametralladora, excavar pozos para las baterías antiaéreas, llenar y apilar sacos de arena o construir plataformas para los cañones de 120 mm y sus telémetros hasta bien entrada la noche.



Alguien descubrió que Sloman tenía experiencia como carpintero —en realidad había aprendido algunos rudimentos trabajando en verano con un grupo de albañiles cuando era niño—, lo cual supuso tareas y responsabilidad adicionales para el joven texano. Desde ese día, Sloman pasó gran parte del tiempo serrando tablones, clavando clavos y supervisando cuadrillas.

Muchas peticiones de los marines, que consistían en madera y otros materiales, eran denegadas, pues buena parte estaban reservados para las estructuras de la base aeronaval. En Peale, los marines no recibieron vigas suficientes para consolidar los laterales de un polvorín que trataban de construir para almacenar proyectiles de artillería. Los muros se vinieron abajo, cosa que llevó al teniente Woodrow Kessler, el mordaz comandante de la Batería B, a quejarse de que la munición de sus cañones de 120 mm se hallaba «embutida en pequeños agujeros, cubierta con cartón alquitranado» y desprotegida ante cualquier cosa más amenazante que la lluvia.

Asimismo, no se disponía de suficientes redes de camuflaje, de modo que los marines cortaron tiras de arpillerá y las rociaron con varias clases de pintura. Además, talaron arbustos y maleza y los clavaron a unos tablones que se disponían alrededor de los cañones y se movían cuando llegaba el momento de dispararlos. El teniente John A. McAlister, que capitaneaba la Batería L de Sloman en Wilkes, demostró tener un talante creativo tan notable como su irascibilidad al plantar cepas de rápido crecimiento para cubrir sus cañones de 120 mm.

Los batallones de defensa de los marines, organizados y activados por primera vez en 1940, fueron diseñados como unidades reducidas y flexibles capaces de

responder a varias acciones hostiles. En el lenguaje oficial del cuerpo, eran responsables de «convertir las bases en lugares relativamente seguros ante razias aéreas, ataques relámpago por tierra e incluso desembarcos menores».

Cada batallón era considerado una fuerza sumamente versátil, capaz de ofrecer protección antiaérea y contener ofensivas de acorazados ligeros y barcos de transporte. En caso de un desembarco de las fuerzas enemigas de tierra, se esperaba que el personal del batallón abandonara sus baterías y «combatiera en las playas con armamento individual según la tradición que dicta que todo marine, del primero al último, es un soldado de infantería».

Esto sonaba bien sobre el papel, pero surgían problemas mayúsculos cuando estas teorías se ponían en práctica. Entre los más graves se encontraba una importante escasez de personal. La envergadura recomendada oficialmente para un batallón de defensa se cifraba en 939 reclutas y 43 altos mandos, pero en Wake había menos de un tercio de ese número cuando Devereux llegó allí. Idealmente, se asignaría un batallón completo a cada una de las nuevas bases isleñas del Pacífico, pero el 1.^{er} Batallón de Defensa acabó dividido entre Wake y Midway y —como ilustraba la experiencia de Sloman— sus integrantes fueron trasladados de un lado a otro en el verano y el otoño de 1941.

Cuando Sloman, junto con otros 199 reclutas y nueve oficiales, descendió del *U. S. S. Castor* entre el 1 y el 2 de noviembre, el contingente del batallón defensivo desplegado en Wake creció hasta alcanzar los quince altos mandos y 373 reclutas. No llegarían más efectivos. En aquellas circunstancias, una batería antiaérea de 75 mm carecía totalmente de personal, y las otras dos sólo podían manejar tres de sus cuatro cañones. En otras palabras, sólo podían utilizarse seis de los doce cañones antiaéreos, y había menos de la mitad del personal necesario para mantener en activo las veinticuatro ametralladoras antiaéreas del calibre 50 y las treinta ametralladoras de tierra del calibre 30. Sólo las dotaciones de las tres baterías costeras de 120 mm rondaban su plena capacidad. De todas las baterías de la isla, sólo los cañones de 75 mm de Godbold, desplegados en Peale, contaban con su dotación completa de 62 hombres y dos oficiales, y eso suponía menos de la mitad de los 140 y cuatro altos mandos autorizados para una batería del Ejército estadounidense prácticamente con el mismo armamento.

Éste era un motivo suficiente de preocupación, pero el problema de la escasez y las soluciones provisionales era más profundo y calaba en toda la guarnición. Pese a lo diminuto que es el atolón de Wake, posee 32 kilómetros de playas, y aunque se hubiera dispuesto de personal suficiente para manejar todas las ametralladoras, sólo había una por cada cuatrocientos metros de litoral en las tres islas.

Casi todas las demás secciones de la guarnición se veían diezmadas de manera similar. Entre el personal de Devereux, por ejemplo, el comandante George S. Potter Jr., licenciado en Annapolis y uno de los primeros artilleros que finalizaron su instrucción en armamento pesado en Quantico, Virginia, servía como oficial al

mando, edecán, oficial de operaciones, oficial de espionaje y oficial de avituallamiento. Constituía prácticamente un Estado Mayor unipersonal.

Se echaban de menos pertrechos vitales de diversa índole. Sólo una batería de 75 mm contaba con sistema de control de tiro. Otra no tenía telémetro y debía obtener los datos de altitud por teléfono desde otra batería. Y lo que es peor, el personal de la Armada y el Ejército destinado a Wake justo antes de la guerra no tenía rifles, máscaras de gas ni cascos —ni siquiera los altos mandos llevaban armas ligeras— y a los marines no les sobraban.

El rifle semiautomático Garant M-1 había sido adoptado por el Ejército de Estados Unidos en 1936 y entró en producción ese mismo año, pero su distribución se había llevado a cabo a paso de tortuga. A finales de 1941, los marines de Wake seguían portando Springfield de 1903. También lucían antiguos cascos de estilo británico que databan de la primera guerra mundial.

Otro talón de Aquiles para los defensores era el anticuado sistema de comunicaciones que unía las desperdigadas baterías y avanzadillas con los puestos de mando de las tres islas. Las líneas telefónicas eran vetustas y se hallaban deshilachadas en algunos puntos, y puesto que no había tiempo ni equipos para enterrarlas, todas discurrían por la superficie, donde podían ser cortadas o dañadas con facilidad. Muchas se tendieron a lo largo de las carreteras principales y serían fácilmente visibles en caso de desembarco de las tropas enemigas.

Salvo por una burda y poco fiable red de *walkie-talkie*, estas líneas telefónicas constituían el único medio de que disponían los defensores para mantener informados a sus comandantes sobre las condiciones en el campo de batalla.



A comienzos de noviembre, Devereux sabía con absoluta certeza que, por mucho que espoleara a sus hombres, no cabía esperar que finalizaran todas las fortificaciones necesarias a tiempo. Le angustiaba que pudiera producirse un ataque cualquier día, en cualquier momento, y hallaba poco consuelo en lo que le habían dicho sus superiores poco antes de abandonar Pearl Harbor. Cuando preguntó qué debían hacer él y sus hombres en caso de una ofensiva a gran escala antes de que hubieran concluido los preparativos de defensa, recibió una contundente respuesta de labios del coronel Harry Pickett, oficial adjunto de operaciones del almirante Kimmel:

«Háganlo lo mejor que puedan».

Eso era precisamente lo que Devereux había hecho, pero los picos y las palas de sus marines no eran suficiente. Para tener alguna posibilidad remota de finalizar los estadios más vitales del trabajo antes de final de año, precisaba de la ayuda de los civiles y su amplia gama de equipos pesados.

Además de oficial al mando en Wake, Devereux también era comandante de la

isla, pero no poseía jurisdicción sobre los empleados de M-K, que respondían únicamente ante el capataz de los trabajadores, Dan Teters. Los civiles se someterían a las órdenes de Devereux sólo en caso de emergencia. Carecía de autoridad para apartarlos de sus trabajos habituales en proyectos rutinarios y derivarlos a la construcción de emplazamientos para los cañones u otras instalaciones defensivas esenciales.

Devereux agradeció a Teters y al comandante Greey, que supervisaba los trabajos para la Armada, que ofrecieran a los marines «tanta ayuda como podían» sin privar a sus proyectos de maquinaria y personal. Si Teters no utilizaba una de sus excavadoras, permitía que los marines la tomaran prestada un par de horas. También cedió a los hombres de Devereux algunos martillos neumáticos para que perforaran los pozos de las baterías de Toki Point, en la isla de Peale, y por lo general alentaban a sus asalariados a mostrarse serviciales.

Con todo, como es comprensible, a los civiles les preocupaba primordialmente el finalizar las tareas que les habían sido asignadas. Era una reacción natural, pues les pagaban para eso, pero dejaba a la guarnición militar tantas obras por llevar a cabo que era imposible impartir la formación intensiva que Devereux y sus oficiales habían planeado. Un porcentaje considerable de los marines destinados a Wake eran reclutas que llevaban en el cuerpo sólo tres o cuatro meses.

Para complicar más las cosas, los marines con frecuencia se veían forzados a lo que Devereux se refería como «el asunto del repostaje». Los vuelos de los B-17 aterrizaban en Wake a intervalos regulares de camino a Filipinas (donde casi todos serían destruidos en tierra antes de que emprendieran una sola misión de combate), y dado que no se habían realizado preparativos para su reabastecimiento, los marines heredaron el trabajo.

Los buques cisterna fondeados frente a la costa estaban equipados con bombas automáticas para transferir sus miles de litros de gasolina a los depósitos de almacenamiento de Wake. Pero desde ese momento, el traslado de combustible debía efectuarse manualmente allá donde fuese necesario. Los destacamentos de marines utilizaban pequeñas bombas eléctricas para vaciar los grandes depósitos en bidones de doscientos litros, y luego acarreaban esos pesados recipientes hasta unos depósitos de combustible muy desperdigados que se habían ocultado entre la maleza para protegerlos de ataques enemigos.

Aunque se disponía de un camión cisterna, no había manera de llenarlo lo bastante rápido para que abasteciera a los B-17 y lograr que despegaran según el horario previsto. Por el contrario, los marines se veían obligados a transportar los pesados bidones hasta el aeródromo y bombear el contenido a los aparatos. En ocasiones trabajaban por turnos de veinticuatro horas para finalizar su cometido.

Cada vez que llegaba una nueva embarcación con pertrechos, ello suponía más interrupciones. Los marines eran apartados habitualmente de sus cuadrillas de trabajo para servir como estibadores. Cargar equipos pesados en las embarcaciones ligeras,

descargarlos en la playa y entregarlos donde fuese necesario eran tareas que podían ocupar a docenas de hombres durante varios días.

Muchos de los marines y civiles que trabajaron en Wake durante estos últimos y fugaces días de paz se habían dado cita allí por las mismas circunstancias: una economía renqueante y una falta persistente de trabajo en su país de origen. Pese a una miríada de programas federales de reactivación destinados a estimular el crecimiento económico, la Gran Depresión se había impuesto sin apenas tregua a finales de los años treinta y durante la década de los cuarenta. Los pequeños negocios, las grandes empresas y los agricultores de la nación seguían sufriendo, y las perspectivas laborales para los jóvenes recién salidos del instituto o la universidad oscilaban entre lo poco estimulante y lo funesto. En incontables jóvenes, el dilatado lapso de crisis había instigado un hambre de conocer mundo. Ansiaban escapar, vivir aventuras y comenzar de nuevo, y estaban más que dispuestos a abandonar un entorno monótono y familiar para emprender su búsqueda.

En 1932, harto de la escuela e incapaz de vislumbrar futuro alguno para sí en la pequeña comunidad agrícola de Leesburg, Indiana, Walter Bowsher había decidido probar fortuna en otra parte.

«Me escapé de casa, y mi padre vino conmigo», rememoraba Bowsher. «Viajamos de polizones en trenes de mercancías y fuimos siguiendo las cosechas de mayo a noviembre de ese año. Cuando hubo terminado la última, nos encontrábamos en Oklahoma y decidí alistarme en el Ejército».

Bowsher tenía sólo dieciséis años, pero se había curtido a base de trabajo duro y era tan fuerte como cualquier hombre adulto, así que cuando su padre, un antiguo soldado, le brindó su apoyo, mintió sobre su edad y se enroló. Después de ingresar en Fort Sill, fue destinado a la escuela de artillería, y descubrió que la vida militar era muy de su agrado. Percibía un sueldo mensual y tres comidas decentes al día y tenía un lugar donde vivir, lo cual era más de lo que poseía antes.

Pero cuando el servicio de tres años finalizó en 1935, Bowsher decidió dar una nueva oportunidad a la vida civil. Se fue a Iowa y trabajó durante año y medio, pero entonces volvió a dominarlo la inquietud. En aquella época, Hitler había entrado en acción y los japoneses habían invadido Manchuria. Bowsher sabía que la guerra no se haría esperar, y sintió la necesidad de regresar al Ejército. En esta ocasión, se unió a los marines.

Durante la segunda mitad de los años treinta, Frank Gross vivía experiencias similares a unos centenares de kilómetros de distancia. Gross, el segundo menor de doce hermanos, se había criado en la granja de sus padres, cerca de De Witt, Misuri, y trabajó allí —primero para su padre y luego para su hermano mayor, que cogió las riendas una vez jubilado su progenitor— desde que tuvo edad suficiente para arar hasta que cumplió dieciséis años. Pero entonces brotó la desazón, abandonó la escuela y decidió que estaba cansado de su viejo entorno, así que hizo autoestop hasta Minnesota y luego hasta Dakota del Norte, costeándose el trayecto trabajando en la

siega del trigo. Más tarde se subió a un tren de carga en dirección al estado de Washington.

En 1937, vagabundeo hasta California «sólo por curiosar» y tropezó con los primeros marines que había visto en su vida. También reparó en un cartel de reclutamiento de la Armada que decía: «Alístese en la Armada y conozca mundo», lo cual también le resultó bastante interesante. A su regreso a casa, Gross seguía pensando en ello. Un sábado de diciembre de 1938 se dirigió a Kansas City con la intención de convertirse en marinero, pero de camino a la oficina de reclutamiento de la Armada, se topó con dos marines ataviados con sus guerreras azules y los pantalones con franjas rojas.

«Tendrá que aguardar noventa días para zarpar con la Armada, hijo», anunciaron a Gross, «pero si se alista con nosotros, podemos tenerle en camino en una semana».

«De acuerdo, ¿por qué no?», repuso Gross. «Es mejor que pasar la azada al maíz en la granja». El 5 de enero de 1939, unos días después de su decimoctavo cumpleaños, Gross se dirigió al campo de entrenamiento de reclutas.

Clifton A. Sanders, entretanto, había seguido la misma senda que la población de Oklahoma en la época de la Depresión, que inmortalizó John Steinbeck en *Las uvas de la ira*. Dejó su ciudad natal de Comanche y su célebre terreno semidesértico a finales de los años treinta y se encaminó a California. Allí tampoco tuvo mucha suerte a la hora de encontrar un trabajo decente, de modo que se unió a los marines en Bakersfield en octubre de 1939.

La historia fue muy similar en el caso de Glen Walden, un joven de Arkansas, excepto por el hecho de que él acabó siendo conductor de excavadora en Wake en lugar de marine. Walden formaba parte de un cuerpo de conservación civil en Idaho que estaba a punto de ser clausurado cuando se enteró de que una constructora de Boise buscaba gente para ir a la isla de Wake. Walden tenía sólo diecinueve años, y la edad mínima para los trabajadores destinados a Wake supuestamente era de veintiuno, pero cuando lo examinaron los directivos de M-K, concluyeron que Walden era lo bastante mayor para el trabajo, así que lo contrataron de todos modos.

Los quehaceres no eran ni mucho menos sencillos, pero el salario que cobraban Walden y los otros 1145 empleados en diciembre de 1941 era cuantioso para la época. El sueldo base rondaba los 140 dólares mensuales para unos trabajadores no cualificados que habrían sido afortunados si cobraban entre diez y quince por semana en Estados Unidos, en el supuesto de que logaran encontrar empleo. Los trabajadores cualificados podían percibir hasta quinientos dólares mensuales, el doble o el triple que la media estadounidense. Muchos sumaban a esta cifra entre cincuenta y cien dólares al mes en concepto de horas extra, además de primas por cada mes que permanecieran allí a partir de los primeros noventa días. A modo de incentivo adicional, de camino a su nuevo trabajo los hombres eran invitados a cruceros a

bordo de lujosos transatlánticos y a vacaciones en Hawai alojados en hoteles elegantes. En Wake había poco en lo que gastar el dinero, así que un hombre podía acumular un buen pellizco durante una misión de nueve a doce meses.

El civil John Rogge, de veintiún años, había abandonado el instituto y llevaba unos tres años deambulando por Weiser, su pequeña ciudad natal de Idaho, cuando supo del trabajo en Wake. El 4 de junio de 1941, acudió a Boise a presentar su solicitud, consiguió un contrato como oficinista, y menos de dos semanas después se encontraba a bordo del transatlántico *S. S. Lurline* rumbo a Hawai. «Nos alojaron a seis tipos en la *suite* nupcial —lo más elegante que ninguno de nosotros había visto jamás— y la comida era maravillosa», relataba Rogge. «Nos dimos la gran vida otra semana en Honolulu antes de que nos embarcaran en un viejo buque de transporte, el *U. S. S. Henderson*, para cubrir el trayecto hasta Wake. Eso nos devolvió a la Tierra».

Chalas Loveland, un civil de Boise, también acababa de cumplir veintiuno, y la oficina de reclutamiento le anduvo detrás aquella primavera. Sabía que de un modo u otro acabaría zarpando, pero lo hizo como empleado de la cantina de Wake, donde desempeñaría una labor considerada vital para la defensa nacional. No sólo le mantendría alejado del servicio, sino que además estaba mucho mejor pagada que el Ejército. «El salario de un soldado raso era de veintiún dólares al mes, y M-K me ofrecía 130», decía Loveland, «así que no fue una decisión difícil para mí. Probablemente habría firmado aunque hubiese sabido que se avecinaba la guerra».

Sin embargo, para muchos de los jóvenes reclutas que llegaron al remoto puesto avanzado del Pacífico, un espíritu patriótico y el impulso irrefrenable de «hacer algo» por su país fueron motivaciones importantes. Éstas solían influir tanto como el espíritu aventurero en su decisión última.

Robert M. Hanna, un joven alférez de una belleza despampanante originario de Fort Worth, Texas, y destinado originalmente a Wake como oficial de ametralladora, se erigiría en uno de sus principales héroes y acabaría retirándose del Cuerpo de Marines con el rango de coronel. Pero la primera experiencia militar de Hanna había llegado cuando era un cadete en el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales en la Reserva (CEOR). Cuando se matriculó en el North Texas Agricultural College, en la pequeña población de Arlington, pretendía convertirse en oficial de carrera; sencillamente, le parecía «lo correcto». En 1932, dejó la escuela y se unió al 77.º Regimiento de Artillería del Ejército, pero le llevó seis años y un salto a los marines el entrar en servicio en 1938.

El capitán Bryghte Godbold, un enjuto oficial con un suave acento sureño, unas maneras caballerosas y una licenciatura en ingeniería eléctrica, siguió un camino igualmente indirecto hasta el Cuerpo de Marines y el papel de comandante de puesto fortificado en la isla de Peale. Se había unido al CEOR del Ejército en la Universidad de Auburn, y tras dos años, decidió continuar con el programa e intentar entrar en servicio. En 1936 había sido uno de los dos licenciados con mejores calificaciones en el CEOR, una distinción merced a la cual le fueron concedidos los galones de alférez

que deseaba. «La diferencia», puntualizaba Godbold, «era que la oferta llegó de los marines, y no del Ejército».

Wiley Sloman no había asistido nunca a la universidad, pero tampoco dudaba que quería servir en el Ejército. «Me uní a la reserva de los marines cuando tenía quince años», relataba. «Todos los miembros de la unidad sabían que yo no tenía edad suficiente —el cabo furriel era mi profesor de lengua en el instituto y el brigada mi vecino—, pero miraron hacia otra parte y me admitieron. Pese a mi juventud, tenía muy claro que en breve nos veríamos inmersos en una guerra, pero siempre supuse que combatiríamos a los nazis cuando eso ocurriera. En ningún momento se me pasó por la cabeza Japón».

Hasta que entró en servicio en verano de 1939, Sloman había sido el típico muchacho de pueblo que nunca rebasaba los confines de la ciudad de Texas. Un viaje a la Texas Centennial Exposition, celebrada en Dallas en 1936, había sido el trayecto más largo de su vida, y su mayor logro había sido graduarse en el instituto en una clase de treinta alumnos.

Pero para entonces había aprendido muchas cosas que no se enseñaban en las aulas, algunas de las cuales le resultarían muy útiles en los marines. Su abuelo había sido un experto ebanista, y Wiley había aprendido los rudimentos de la profesión durante las largas horas que pasaron juntos. El abuelo también había sido un excursionista prodigioso que se embarcaba en caminatas de dieciséis kilómetros en cualquier momento, y su nieto había aprendido a emularlo dando largas y resueltas zancadas. Gracias al ejemplo de su padre, que trabajó de estibador, camionero, empleado de un pozo petrolífero y cualquier cosa que pudiera hacer para ganarse un dólar, Wiley había llegado a aceptar la necesidad del trabajo físico e incluso a apreciar sus méritos.

Cuando era adolescente, Sloman frecuentaba un grupo algo mayor que él, y era fornido y musculoso para su edad. Cuando no andaba arrastrando tableros de madera en una obra o de instrucción con los reservas, a menudo trabajaba después del colegio en los muelles de Texas cargando chatarra en los barcos que se dirigían a Japón.

«Solíamos bromear con que los japoneses nos dispararían con aquello», contaba Sloman. «Y resulta que es justamente lo que hicieron».

Durante la primera semana de noviembre de 1941, Devereux y los comandantes de otras bases isleñas incipientes del Pacífico recibieron un escueto comunicado del cuartel general de la Armada en Pearl Harbor: «La situación internacional indica que deben permanecer alerta».

Para Devereux, esta advertencia significaba que había llegado el momento de restringir las obras no esenciales. Quería dirigir la plena e inmediata atención de los civiles a las fortificaciones defensivas: búnkeres, polvorines, emplazamientos de artillería, refugios antiaéreos y terraplenes protectores para el escuadrón de aviones

que supuestamente debía llegar a Wake.

Por supuesto, no podía hacer nada sin contar con el visto bueno del cuartel general, así que lanzó una pregunta tendenciosa a Pearl en un telegrama urgente: «¿Indica la situación internacional la utilización de trabajadores civiles en instalaciones defensivas no terminadas?».

Devereux estaba tan convencido de que recibiría una respuesta inmediata y afirmativa que puso una conferencia con Teters y el comandante Greey para planificar un replanteamiento a gran escala de las actividades civiles. Ambos se mostraron plenamente dispuestos a cooperar, y juntos empezaron a organizar grupos de trabajo y a confeccionar listas de equipos que podían ser trasladados a refugios antibombas, barricadas antiaéreas y otras instalaciones defensivas. No obstante, postergaron la transferencia de trabajadores civiles a proyectos de defensa hasta recibir la autorización oficial desde Pearl. Devereux y los demás esperaban una pronta respuesta, pero cuando ésta llegó por fin al cabo de dos días era negativa. Las labores no defensivas debían proseguir según lo previsto.

Por decepcionante que fuera, la respuesta resultaba en cierto modo tranquilizadora. El mensaje —y la demora en enviarlo— implicaba que la situación no era tan volátil como insinuaba el comunicado anterior. Aun así, Devereux seguía lo bastante intranquilo como para ordenar a sus marines que instalaran más puestos de observación a lo largo y ancho de las islas y que organizaran el traslado de munición para rifles desde el Campamento Uno hasta las posiciones de ametralladora. También se aseguró de que las largas jornadas de construcción de fortificaciones se mantuvieran dentro de los límites impuestos por el cuartel general.



Mientras tanto, entre las distracciones rutinarias a las que hacía frente Devereux como comandante de la isla se encontraba la pesadez de ejercer de anfitrión oficial de varios dignatarios que se personaban periódicamente a bordo de los clípers de Pan Am. En una ocasión durante aquel frenético otoño, el comandante se hallaba ofreciendo a un diplomático británico de alta alcurnia y a su esposa un breve paseo en coche^[4]. Mientras recorrían la isla, Devereux comentó: «Estamos intentando prepararnos lo más rápido posible».

«Sí», respondió la mujer del diplomático británico, «estaría bien tener seis meses más, ¿verdad?».

Devereux se preguntaba qué sabía la mujer que él ignoraba. Aguardó a que el diplomático añadiera algo —cualquier cosa que pudiera ofrecer pistas sobre las tensiones que dominaban el panorama internacional—, pero se impuso un silencio ominoso.

Irónicamente, uno de los visitantes de renombre llegados a Wake en esa época fue el enviado japonés Saburo Kurusu, que se dirigía a Washington desde Tokio para

entablar unas conversaciones de paz desesperadas. Éstas, por supuesto, eran una farsa. Unos días antes, el 3 de noviembre, el almirante Osami Nagano, jefe del Estado Mayor General de la Armada japonesa, había aprobado un calendario para la conquista del Pacífico, incluido el ataque a Pearl Harbor.

El sargento Walter Bowsher, que servía como jefe de la guarnición de Wake, amén de su trabajo habitual como artillero en Peale, se encontraba en el muelle de Pan Am cuando el avión de Kurusu tomó tierra. Mientras descendía por la pasarela, seguido por su secretaria, Kurusu formuló a Bowsher una pregunta directa.

«Quería saber si podían echar un vistazo», recordaba Bowsher. «Supuse que era lo último que necesitábamos, y respondí con una negativa, a menos que obtuvieran permiso del comandante Devereux».

El rechazo del sargento al parecer seguía fresco en la mente de Kurusu cuando fue recibido por Devereux poco después.

«Supongo que ha venido a decirme que no puedo salir del hotel», afirmó Kurusu en cuanto Devereux lo saludó y se presentó.

«No, señor, pero comprenderá cómo funcionan estas cosas», le indicó el comandante. «Ninguno de los pasajeros puede abandonar las inmediaciones del hotel sin un permiso especial».



Durante la hora siguiente, Devereux y Kurusu compartieron varias rondas en el hotel. Kurusu pidió *whisky* con agua e insistió en pagar, aduciendo que disponía de «amplios fondos» para tales divertimentos.

«Voy a Washington y veré qué puedo hacer», dijo en un momento dado. «Espero poder solucionar las cosas y evitar problemas».

Años después, Devereux continuaba preguntándose hasta qué punto sabía Kurusu lo que se avecinaba.

«Puede que mientras hablaba fuera consciente de que Japón estaba decidido a ir a la guerra», reflexionaba Devereux. «Puede que mientras estábamos sentados con nuestros vasos de *whisky* en la isla de Wake supiera que las reuniones en Washington eran sólo una falacia para que bajáramos la guardia».

El 10 de noviembre, Kurusu y el embajador japonés Kichisaburo Nomura se reunían con Roosevelt y el secretario Hull en la Casa Blanca, pero el Parlamento japonés ya había adoptado medidas que convertían la guerra en algo prácticamente inevitable. Como informaba Associated Press aquel día:

En una atmósfera de pesimismo que tal vez resultaba más indicativa de lo que en realidad se dijo, el lunes por la noche el Parlamento japonés dio la impresión de que el imperio estaba resuelto a entrar en guerra con Estados Unidos a menos que Washington aceptara lo que equivaldría a una capitulación en el Pacífico. La Cámara de Representantes japonesa conoció esos requisitos «mínimos» de paz que la Cámara de los Comunes ya había aprobado. Éstos estipulan que Estados Unidos debe cesar su apoyo a China y abandonar su supuesta participación con Gran Bretaña, China y las Indias Orientales neerlandesas en lo que Tokio

tilda de «bloqueo económico» y «asedio militar»...

Nada de lo dicho en la Cámara sugería que el Gobierno fuese a ser consultado en ningún sentido y, excluyendo la posibilidad de que se tratara de una farsa grandiosa y terriblemente arriesgada, parecía que Estados Unidos no podría trabar amistad con Japón a menos que saliera del Lejano Oriente.

Este parte fue ilustrado prominentemente en las portadas de todo el país casi un mes antes del ataque contra Pearl Harbor. Mencionaba asimismo la rápida aprobación en el Parlamento japonés de un presupuesto militar «extraordinario» y el hecho de que se estaban trasladando 50 000 soldados japoneses más a Indochina. La ciudadanía nipona sin duda se estaba preparando para una guerra total, pero el Washington oficial era tachado de «evasivo» y los estadounidenses en general se mostraban extrañamente apáticos, casi como si fuesen sordos y ciegos a la furiosa tormenta que estaba incubándose en el Pacífico.

Esta actitud se ejemplificaba en una carta escrita en torno a esta época al soldado de primera clase Verne L. Wallace, un artillero destacado en Peale, por su novia de Pensilvania: «Mientras debas permanecer lejos, cariño, me alegro mucho de que estés en el Pacífico, donde no correrás ningún peligro si estalla la guerra».

Hasta este momento, Devereux había capitaneado todas las operaciones militares llevadas a cabo en el atolón, pero estaba a punto de producirse un cambio crucial en la estructura de mando de Wake.

El 28 de noviembre de 1941, el portahidroaviones *U. S. S. Wright* arribaba a Wake tras una travesía de ocho días desde Pearl. A bordo viajaban más toneladas de suministros y el primer contingente de 64 marineros de la Armada y once oficiales. La mayoría de ellos iban destinados a la base aeronaval de Wake, aunque ésta no había entrado en funcionamiento, e incluían a varios sanitarios y un oficial médico, el teniente Gustave M. Kahn, que sería agregado al mando de Devereux.

También llegaron en el *Wright* 47 mecánicos y miembros del personal de tierra para un escuadrón de aviones de los marines que se esperaba en breve. Iban acompañados del alférez Robert J. «Strawberry» Conderman, que asumiría labores de piloto cuando llegara el resto del escuadrón, y el comandante Walter Bayler, un especialista en comunicaciones cuya misión consistía en montar instalaciones de radio tierra-aire en Wake antes de hacer lo propio en Midway. El Ejército también había mandado un destacamento a Wake —cinco reclutas liderados por el capitán Harry S. Wilson—, que debía instalar un sistema de comunicaciones independiente para los aviones del Ejército que sobrevolaran la zona.



Asimismo, el *Wright* trajo equipos para el escuadrón aéreo de Wake largamente prometido. Por desgracia, los planes se habían mantenido tan en secreto que nadie sabía si el escuadrón destinado a Wake consistiría en aviones de patrulla o cazas. Surgió un problema cuando se descubrió que a bordo del barco no viajaba material

para uno, sino para dos escuadrones aéreos, uno de cazas y otro de patrullas.

A la postre, alguien decidió que un escuadrón de patrulla era más adecuado para las necesidades de Wake, de modo que se descargó el material correspondiente en la playa. Entonces llegó un mensaje clarificador desde Pearl asegurando que Wake recibiría el escuadrón de cazas. Esto significó volver a cargar todo el equipo y repetir de nuevo el proceso de descarga. Para el capitán del *Wright*, la demora resultante supuso una molestia que devino en una bendición del cielo. Si el barco hubiese podido zarpar según lo previsto, habría estado fondeado en Pearl Harbor el 7 de diciembre.

Pero el cargamento más importante a bordo del *Wright* desde el punto de vista del futuro militar de Wake era el comandante de la Armada Winfield Scott Cunningham, que no sólo se haría cargo de la nueva base aeronaval, sino que también se convertiría en el comandante general de la isla, reemplazando a Devereux.

Pocos o ninguno de los marines rasos que ahora se encontraban bajo las órdenes de «Spiv» Cunningham eran siquiera conscientes del cambio. El nuevo comandante, licenciado en 1919 en la Academia Naval de Estados Unidos y con una carrera en la aviación naval que se remontaba a 1924, se reunió con Devereux, el comandante Potter y otros altos mandos de los marines, pero no se mezcló con las tropas. Pronto se trasladó a uno de los nuevos chalés VIP que se habían construido cerca del Campamento Dos y ocupó una oficina en uno de los edificios de los trabajadores. Los marines se encontraban acuartelados al otro lado de la laguna, de modo que Cunningham por lo general estaba en paradero desconocido; era una figura anónima que acechaba en un segundo plano.

«Ninguno de nosotros abrigaba dudas sobre quién era nuestro comandante», aseguraba el cabo Frank Gross. «Obviamente, era Devereux. Jamás vimos a Cunningham y probablemente no lo habríamos reconocido en caso contrario. Para nosotros, Devereux todavía llevaba las riendas».

En realidad, nadie quería a Cunningham como comandante de un objetivo de alto riesgo como Wake. Le fue asignado el trabajo por pura casualidad cuando el oficial de la Armada elegido originalmente sufrió un retraso inevitable. Cunningham fue despachado como sustituto a corto plazo, simplemente porque era el oficial cualificado más próximo del que se disponía y porque cubrir ese cargo se consideraba una cuestión urgente. En principio, Cunningham había sido destinado a la isla de Johnston, un puesto de avanzada mucho menos prominente que nunca se vio gravemente amenazado por los japoneses y en el que sus habilidades para el mando se habrían evaluado con menos severidad.

A Cunningham tampoco le emocionaba particularmente esta nueva misión. Tras una larga temporada de servicio marítimo a bordo de los portaaviones *U. S. S. Lexington* y *Yorktown*, seguida de dieciocho meses como oficial de navegación del *Wright*, esperaba un destino en Estados Unidos. Se formó en la aviación y era un oficial de navío experimentado, pero su educación no le había preparado para las

tortuosas decisiones de mando que le aguardaban.

Según reconocía él mismo, Cunningham recibió su nuevo destino con la sensación de que su estancia en Wake transcurriría sin incidentes. Una de las máximas prioridades a su llegada fue escuchar el partido de fútbol anual entre el Ejército y la Armada disputado el sábado 29 de noviembre (que comenzó a primera hora del domingo 30 de noviembre, hora de Wake). Los marineros que lo acompañaban carecían del equipamiento más básico para el campo de batalla, pero Cunningham no había olvidado incluir en su equipaje una radio de onda corta para sintonizar el gran encuentro. También se había llevado sus palos de golf, sus uniformes de gala y numerosos accesorios y mudas de ropa.

Entre sus primeros quehaceres oficiales figuraban una reunión con Devereux y algunos de sus comandantes de unidad y una visita relámpago a los preparativos en materia de defensa. Después, Cunningham ofreció una desalentadora valoración:

«Las cosas no marchaban bien», decía. «Sólo esperaba disponer de más tiempo y refuerzos^[5]».



Sin embargo, al principio el estado de las defensas de Wake no constituía la preocupación más acuciante del nuevo comandante. Su máxima prioridad era acelerar los trabajos en la base aeronaval. Pasó casi toda la mañana de su primer día en tierra firme desplazándose en coche y supervisando las carreteras y diversas obras. Después de comer, dedicó su atención, como él decía, a «los problemas de construcción, la eliminación de residuos, el mantenimiento de unos suministros adecuados de agua y demás». También se dio un rápido chapuzón en la piscina de los trabajadores.

Al despuntar el alba en Pearl Harbor el viernes 28 de noviembre de 1941, despegaron doce nuevos Grumman F4F-3 Wildcat del viejo aeródromo de los marines conocido como Ewa Mooring Mast, a veintisiete kilómetros de Pearl. Tras un breve alto en la base aeronaval de la isla de Ford, pusieron rumbo al oeste sobrevolando mar abierto para encontrarse con el portaaviones *U. S. S. Enterprise* y lo que supuestamente debía ser un corto ejercicio de entrenamiento.

Esta clase de misión tenía sentido porque ninguno de los miembros del escuadrón de cazas recién organizado y designado como VMF-211 tenía en su haber más que unas pocas horas de vuelo en los desconocidos Wildcat. Los rechonchos cazas acababan de salir de fábrica, de modo que ni siquiera se habían instalado las ametralladoras del calibre 50 ni las miras correspondientes, ni se los había rociado con pintura de camuflaje azul y gris. Eran aviones rápidos, resistentes y maniobrables, con una buena potencia de fuego y capacidad para transportar una bomba de 45 kilos bajo cada ala, pero su autonomía era relativamente escasa y no eran demasiado apropiados para misiones de patrulla. Tampoco disponían de blindaje protector ni de depósitos de combustible con obturación automática, dos peligros

importantes para sus pilotos. Otro inconveniente de los F4F-3 era que las maniobras de retracción y extensión del tren de aterrizaje debían efectuarse con una palanca manual situada dentro de la cabina. A causa de esto, a menudo se veía cómo los aviones oscilaban hacia delante y hacia atrás después del despegue mientras el piloto trataba de cerrar el tren de aterrizaje.



Paul A. Putnam, el comandante del escuadrón, de treinta y ocho años, cumplía órdenes de no revelar a sus aviadores la verdad sobre la misión. A once de ellos se les había pedido que sólo llevaran consigo el cepillo de dientes y una muda de ropa interior, un buen indicio de que regresarían a Pearl en veinticuatro horas.

Sin embargo, cuando aterrizaron y se detuvieron en la cubierta del *Enterprise*, los pilotos fueron recibidos por unos sonrientes miembros de la Armada que les dieron la noticia: «Os vais a la isla de Wake».

El portaaviones navegó a toda máquina hacia el oeste, surcando el oleaje del Pacífico vigilado por varios aviones de patrulla de la Armada y protegido por tres cruceros y nueve destructores que actuaban bajo la alerta máxima de guerra. El destacamento enviado a la isla de Wake, capitaneado por el vicealmirante William F. «Bull» Halsey, había recibido sus órdenes directamente del almirante Kimmel: destruir cualquier avión o embarcación japoneses con los que se toparan. Bajo ninguna circunstancia, subrayó Kimmel, podía permitirse a los japoneses conocer el propósito de su misión.

«¿Hasta dónde quiere que llegue?», había preguntado Halsey.

«Maldita sea», replicó Kimmel. «Utilice el sentido común».

Halsey acató la orden con gusto. «Si algo se interpone en mi camino», dijo al comandante William Buracker, su oficial de operaciones, «dispararemos primero y preguntaremos después».

La mañana del 4 de diciembre, en un punto situado unos trescientos kilómetros al noreste de Wake, el *Enterprise* situó su proa viento a favor, y los doce Wildcat despegaron con estruendo desde la cubierta. Menos de dos horas después, escoltados por un solo PBY de la Armada enviado desde Wake para guiarlos, surgieron de entre las nubes sobre el atolón en cuatro formaciones en V integradas por tres aviones cada una.

Con Putnam a la cabeza y el grueso de los 1700 civiles y el personal militar destacado en Wake alineado en la pista vitoreándolos, los aviones efectuaron un aterrizaje perfecto y se deslizaron hasta detenerse. Incluso los rabijuncos y pibís observaban con curiosidad.



Putnam, que había abandonado el Iowa State College para alistarse en los marines

como soldado en 1923 y ascendió a alférez sólo tres años después, había obtenido su insignia como aviador de la Armada en 1929. Había participado en numerosas misiones de combate en Nicaragua a comienzos de los años treinta, había recibido distinciones del secretario de la Armada, y había pilotado aviones de casi todos los tipos, desde un Ford Trimotor a un F4F-3, pero jamás había sido objeto de una recepción tan espléndida.

Entre las ovaciones de los curiosos, los once pilotos restantes se quitaron las gafas y descendieron de sus pequeños aviones de morro respingón. A los controles del Wildcat estacionado detrás del de Putnam se encontraba el capitán Henry T. Elrod, de Thomasville, Georgia, el segundo comandante de treinta y seis años, que era marine desde 1927. El siguiente avión iba pilotado por el capitán Frank C. Tharin, de Washington, D. C., oficial de vuelo del VMF-211 y el mejor amigo de Elrod. Tharin venía seguido de cerca por el capitán Herbert Freuler, de Berkeley, California, oficial de artillería del escuadrón, que había pilotado aviones de los marines desde 1931.

Respaldando a estos cuatro avezados veteranos había un cuadro de pilotos más jóvenes y menos experimentados que eran profanos en el combate. El teniente John F. Kinney, de Endicott, Washington, había trabajado como mecánico para Pan Am durante su época en la reserva de los marines antes de completar su formación de vuelo en Pensacola, Florida. En tiempos venideros, su experiencia mecánica resultaría tan valiosa para sus compañeros como sus gestas en el aire. El teniente George A. Graves, de Grosse Ile, Michigan, era el oficial de ingenieros del VMF-211 y amigo y ex compañero de clase de Kinney en la Marine Officers Basic School en otoño de 1939. El teniente David D. Kliever, de Wheaton, Illinois, se había convertido en piloto militar en contra de la voluntad de su familia, de carácter pacifista, y su verdadera meta en la vida era ser médico. El alférez Frank J. Holden, de Tenafly, Nueva Jersey, y su homólogo Cari R. Davidson, de Teaneck, Nueva Jersey, oficial adjunto de artillería del escuadrón, eran otra pareja de grandes amigos que habían cursado juntos su instrucción de vuelo unos meses antes. El alférez Henry G. Webb, de Oxford, Carolina del Norte, era un joven y diestro piloto que aspiraba a asistir a la Facultad de Derecho y llegar a ser abogado después de la guerra.

Completaban el escuadrón dos pilotos reclutas, una variedad bastante común en 1941 entre las diezmadas filas de la aviación de los marines. Eran el sargento William J. Hamilton, de San Diego, California, un habilidoso piloto y mecánico aeronáutico, y su homólogo Robert O. Arthur, de Sacramento, California.

A la luz de los aplausos y la patente emoción generada por la llegada de su escuadrón, puede que Putnam recordara algo que había escrito el día antes en una misiva para un amigo: «Me siento un poco como el becerro engordado al que están cebando para lo que sea que les sucede a los becerros, pero sin duda es agradable mientras dura, y los aviones son hermosos y elegantes».

El teniente Kinney, entretanto, apenas había descendido de su cabina y su mente ya estaba absorta en preocupaciones más prácticas. Por un lado, le inquietaba el

estado de la pista de aterrizaje, cuya superficie no era lo bastante compacta para permitir que aterrizara o despegara más de un avión de manera simultánea. Por otro, no había terraplenes protectores para los aviones. Asimismo, no se disponía de recambios ni de un solo manual de reparación para los Grumman.

«Los F4F-3 eran los mejores y más recientes aparatos que poseía la Armada en aquella época», rememoraba más tarde Kinney. «Pero los mecánicos no habían visto uno de aquellos aviones en su vida, y nuestros pilotos sólo poseían unas treinta horas de vuelo en los Wildcat, es decir, cumplían sólo los requisitos mínimos. Ninguno de nosotros había disparado las ametralladoras o arrojado una bomba desde un F4F-3».

Cuando Putnam vio que no se habían iniciado las labores para la construcción de terraplenes —refugios subterráneos excavados en el coral que podían proteger y ocultar los Grumman— se sintió tan preocupado como Kinney, si no más. Exigió enojado que comenzara de inmediato la excavación de los refugios, y cuando sus quejas sólo sirvieron para que le asignaran un grupo de topógrafos, perdió los estribos. Durante la hora siguiente, desechó sus maneras generalmente apacibles y empleó algunos de los términos más profanamente explícitos que sus hombres le habían oído jamás, pero logró que dos dotaciones de excavadoras trabajaran en los refugios. Luego, algo más calmado, ordenó que los Wildcat se dispersaran lo más posible hasta que los terraplenes estuviesen listos.

Por fin, Wake tenía su «fuerza aérea», pese a lo reducida y limitada que era, y pronto estuvo claro que el VMF-211 cargaría con toda la responsabilidad de la defensa aérea del atolón. La mañana del 6 de diciembre, los doce PBY de la Armada que habían llegado a Wake como cobertura aérea para el destacamento especial del *Enterprise* despegaron para desempeñar la misma función mientras el barco ponía rumbo a Midway. Desde ese momento, el VMF-211 estuvo solo.

Putnam ya había ordenado que cuatro Wildcat patrullaran a diario desde el alba hasta el anochecer, pero los F4F-3 eran aviones de ataque con poca autonomía y no resultaban adecuados para las labores de vigilancia. Estaban diseñados para asestar golpes rápidos al enemigo, y no para reconocer vastas extensiones de océano en busca de aviones y barcos.

Durante meses, se habían dado repetidas indicaciones y vagas promesas de que uno de los nuevos y preciados equipos de radar instalados en puntos estratégicos del Ejército de Estados Unidos iban de camino a Wake. De todos los impedimentos y deficiencias que afrontaban los defensores de Wake, la falta de un radar tal vez fuera el más notorio.

Los marines dependían de vigías humanos ubicados en puestos de observación dispersos y en los dos depósitos de agua de quince metros de altura, las estructuras más elevadas de la isla, para conocer la presencia de cualquier avión enemigo. Sus ojos y oídos eran los únicos dispositivos de detección disponibles, y resultaban deplorablemente inadecuados.

Como la última gran embarcación que transportaría pertrechos y personal a Wake,

el *Wright* fue objeto de una gran expectativa. Sin duda, el equipo de radar viajaría a bordo, decían los rumores, pero no fue así. Cuando el barco levó anclas y regresó a Pearl, el atolón era un hervidero de habladurías y suposiciones sobre la causa de esta última decepción. Una historia repetida con frecuencia era que cuando prácticamente se había terminado de cargar, el *Wright* tenía cabida para un equipo más, pero había dos candidatos para el espacio vacante. «Oímos que se trataba de elegir entre un camión de la basura y el radar», contaba Wiley Sloman, «y alguien decidió que necesitábamos más el camión».

Por aquel entonces, los radares no eran algo habitual, y se libraba una reñida competición por las unidades relativamente escasas que existían. También preocupaba que los dispositivos, en aquel momento de alto secreto, cayeran en manos del enemigo. Muchos miembros de la guarnición de Wake llegaron a creer que la Armada titubeó a la hora de instalar un radar en el atolón por lo vulnerable que era a un hipotético robo. Esas sospechas nunca se confirmaron de manera oficial, pero, mirando atrás, parecen una explicación tan plausible como cualquier otra.

Tras una instrucción matinal el sábado 6 de diciembre —la primera que había dirigido en semanas—, Devereux por fin concedió el resto del fin de semana libre a sus sufridos destacamentos de trabajo. Algunos hombres echaron una cabezada, volvieron a escribir cartas o se limitaron a haraganear.

El soldado de primera clase Wiley Sloman pasó casi una hora redactando una larga misiva para una chica de nombre Mildred que vivía en Texas City, y luego escribió a toda prisa una más sucinta para su madre. «Desde luego, me gustaría estar en casa para disfrutar de esos fantásticos pasteles que preparas cada Navidad», decía, «pero parece que estaremos aquí atrapados sabe Dios cuánto tiempo».

El cabo Ralph Holewinski, un robusto joven de veinte años procedente de una región agrícola del Michigan central y uno de los mayores ratones de biblioteca de Wake, planeaba pasar el fin de semana leyendo. Eligió un par de novelas de la biblioteca improvisada del Campamento Uno y se detuvo en el comedor antes de regresar a su litera para comenzar la primera. La comida no fue peor de lo habitual ajuicio de Holewinski —aunque distaba mucho de los platos caseros de su madre—, pero un par de marines sentados a su mesa empezaron a quejarse sonoramente al sargento de comedor A. R. «Slim» Hughes.



«Mirad, estúpidos, será mejor que disfrutéis de esta deliciosa comida mientras podáis», gritó Hughes, un hombre menudo de voz potente. «La semana que viene a estas horas probablemente estéis comiendo arroz y cabezas de pescado». Todos los ocupantes de la mesa se echaron a reír.

El soldado de primera clase Artie Stocks, de la Batería L, compró una caja de cervezas e invitó a tres trabajadores civiles, viejos amigos que se habían criado con él

en Utah, a que la compartieran con él. «No había neveras, así que tuvimos que bebérnosla caliente», decía Stocks, «pero estaba realmente buena de todos modos».

Otros lo celebraron chapoteando en la piscina, paseando en bote por la laguna o pescando en el arrecife. El cine al aire libre estaba abarrotado de clientes, que se contentaban con libaciones no alcohólicas. Chalas Loveland, el empleado civil de la cantina, recordaba haber preparado aquella noche «al menos quinientos» batidos de leche para el sediento público del cine. Se jugaron varias partidas de póquer. La barra de la tienda de los oficiales hizo una abundante caja. Cunningham disputó varios sets de tenis con un joven alférez, y perdió.

Incluso el ajetreado Devereux se relajó un poco. Recordaba que aquella noche de domingo había filosofado sobre el estado de preparación de su batallón: «Si disponíamos de tiempo para prepararnos, fantástico. De lo contrario, deberíamos arreglárnoslas con lo que teníamos. Entretanto, era absurdo preocuparse».

El día siguiente era el lunes 8 de diciembre en la isla de Wake. Pero en Pearl Harbor, al otro lado de la línea internacional de cambio de fecha, era domingo 7 de diciembre. La guarnición de Wake había efectuado todos los preparativos que le estarían permitidos.

«¡Eso no son B-17! ¡Son japoneses!».

Rondaban las siete de la mañana aquel lunes —hora del desayuno en Wake— y el sargento del Estado Mayor del Ejército Ernest Rogers estaba hambriento. Y también algo aburrido. Bostezó y se desperezó, deseando que el marine que supuestamente debía llevarlo al comedor del Campamento Uno se apresurara.

Cuando oyó aproximarse la motocicleta del conductor, Rogers se levantó de la silla, situada frente a una de las dos emisoras de radio del camión en el que trabajaba. El camión tenía las dimensiones aproximadas de una caravana pequeña, y se hallaba solo en un lugar apartado cerca del aeródromo. No se avistaba nada más cerca de allí, salvo por el camión que contenía el abultado radiotransmisor del destacamento del Ejército, que estaba aparcado a unos ciento cincuenta metros.

En aquel momento, el equipo de radio portátil del Ejército era uno de los cuatro puestos de recepción y emisión de Wake. El que había montado para el VMF-211 el comandante Bayler, el especialista en comunicaciones de los marines que se encontraba allí de visita, estaba a cierta distancia, pero también al borde del aeropuerto. La emisora de la Armada estaba ubicada cerca del Campamento Dos, y Pan Am contaba con unas instalaciones radiofónicas propias en la isla de Peale.

Rogers se había unido al Ejército en julio de 1939, después de ser despedido de su trabajo como telegrafista para Western Union en su Virginia natal. Había disfrutado de su destino en Hawai, pero Wake *era* harina de otro costal. Desde su llegada, él y los demás miembros de su equipo de comunicaciones del Cuerpo Aéreo del Ejército habían pasado gran parte del día frente a los receptores. Ahora mismo, Rogers era el único telegrafista de servicio, pero su turno de ocho horas había terminado y debía ser relevado por el sargento James B. Rex, que viajaba de pasajero en la motocicleta que se aproximaba. El sargento del Estado Mayor Clifford Hotchkiss, el miembro más longevo del equipo y el hombre que dirigía la base del Ejército, dormía en el camión.

Ninguno de los tres había mostrado entusiasmo por el trabajo en Wake cuando se lo ofrecieron por primera vez el 25 de octubre. Pero los cuatro dólares diarios que percibirían durante su estancia, sumados a su salario habitual —con un adelanto de treinta días de sueldo— fueron suficiente para convencer a Rogers y Rex de que emprendiesen el viaje. Hotchkiss había cerrado un acuerdo todavía mejor. Además de la paga diaria adicional, le prometieron un ascenso a brigada cuando se reincorporara a su unidad.

Llevaban en Wake desde el 11 de noviembre, y su único quehacer consistía en ofrecer indicaciones a los vuelos ocasionales de B-17 que sobrevolaban el lugar de

camino a Filipinas. Era una misión tediosa, y el capitán Henry Wilson, su oficial al mando, no facilitaba las cosas. Wilson era un nervioso reservista de mediana edad perteneciente al Cuerpo de Transmisiones del Ejército que había trabajado como funcionario del Servicio de Aduanas estadounidense hasta que fue llamado a filas unas semanas antes, y su inseguridad era manifiesta. El capitán siempre parecía inquietarse o montar en cólera por algo, y Hotchkiss despotricaba con frecuencia a sus espaldas, tachándolo de torpe y de molesto.

Al menos un 95 por 100 del tiempo, las tareas de los operadores consistían en permanecer sentados en el camión, escuchando la radio y esperando mientras las horas iban desgranándose lentamente. No se habían avistado B-17 durante días, y sólo Dios sabía cuándo llegarían más. Los movimientos de los grandes bombarderos eran uno de los secretos mejor guardados del Ejército.

Rogers se disponía a quitarse los auriculares, pensando ya en la panceta humeante y los crep del comedor del Campamento Uno cuando escuchó el estridente pitido de un mensaje entrante llegado desde Hawái. Todo debía enviarse y recibirse mediante un transmisor manual; el equipo no incluía dispositivos de voz.

Los receptores, alimentados mediante un generador portátil, solían mantenerse en la misma frecuencia que Hickam Field, la base aérea del Ejército más cercana, que se hallaba contigua a Pearl Harbor. La mayoría de los mensajes provenientes de Hickam llegaban en un código militar que sólo el capitán Wilson podía traducir, así que a Rogers le pareció extraño que éste viniera en un clarísimo y sencillo morse.

«¡Alguien se va a meter en un lío por esto!», fue lo primero que pensó.

Rogers descifró la transmisión sin dificultad, y sintió cómo un escalofrío le recorría la nuca:

S-O-S... S-O-S... Pearl Harbor está siendo atacado por bombarderos japoneses... Esto es real... No es un simulacro...

El mensaje cesó de repetirse justo cuando el sargento Rex entraba en el camión. Permaneció allí de pie un momento, con una expresión confusa en su rostro, y entonces se acercó y miró por encima del hombro de Rogers. Antes de que éste pudiera terminar de mecanografiar las palabras en su teclado, la transmisión se vio interrumpida y el receptor quedó en silencio.

Rex leyó el mensaje al instante y cogió el teléfono. No había conexión telefónica con el Campamento Uno, pero tuvo el aplomo de llamar a Hotchkiss, que se encontraba en el camión de transmisiones, y despertarlo. Como suboficial del destacamento, no se le ocurrió nada mejor.

«No me puedo creer que sea cierto», balbuceó Hotchkiss medio amodorrado, «pero dígame a Rogers que lleve el mensaje a Wilson a paso ligero».

Rogers sacó el papel de la máquina y echó a correr. Cuando se montó en el sidecar de la motocicleta, su corazón palpitaba con fuerza, y su apetito había desaparecido súbitamente.

Si su chófer se hubiese personado treinta segundos antes, pensaba Rogers, él ya habría salido por la puerta y se dispondría a desayunar cuando llegó el mensaje, y tal vez éste habría pasado desapercibido.

«Písele», espetó. «Tengo prisa». Se preguntaba si debía mencionar el mensaje al marine, pero decidió que no. Recientemente se habían producido varias falsas alarmas y Rogers no quería hacer saltar una más.

El marine dio gas. «De acuerdo, de acuerdo», repuso. «Dios, parece que no haya probado bocado en una semana».

«No es eso», dijo Rogers. «Tengo que ver al capitán Wilson. Vámonos».

La moto avanzó por la angosta carretera de coral.

En ese mismo momento, el comandante Cunningham estaba terminándose su café en el comedor del Campamento Dos, al otro lado de la laguna. Mientras desayunaba, vio al clíper de Pan Am partir hacia Guam, y luego pasó algunos minutos leyendo una hoja mimeografiada de noticias sobre la guerra en Europa recabadas de algunas emisiones radiofónicas nocturnas de Hawai.

Al salir en aquella cálida y nubosa mañana y dirigirse hacia su camioneta *pickup*, Cunningham vio a alguien corriendo hacia él. Aunque Cunningham ignoraba su nombre, se trataba del operador de tercera clase John B. Anderson, un soldado que prestaba servicio en la choza que albergaba la radio de la Armada. Anderson agitó los brazos y gritó algo que Cunningham no pudo descifrar entre el incesante rumor del oleaje.

Anderson estaba colorado y resollaba fuertemente. Tropezó y a punto estuvo de caerse, pero recuperó el equilibrio. Cunningham cogió la desmenuzada hoja de papel que le tendió el operador y leyó las cinco palabras que había escritas en ella:

«Pearl Harbor está siendo atacado».

«Acaba de llegar», dijo Anderson, tratando de recobrar el aliento. «El operador de Pearl no dejaba de repetir: “Esto no es un simulacro, esto no es un simulacro”».

El soldado de primera clase Richard Gilbert, un chico de campo originario de Alabama, intentó por todos los medios llegar temprano al comedor del Campamento Uno aquel lunes por la mañana, pues siempre estaba hambriento. El día anterior, uno de los cocineros le había avisado de que servirían crep, su desayuno predilecto. Desde ese momento, el joven marine había estado relamiéndose ante la expectativa.

«Es curioso lo que te queda grabado en la mente», observaba Gilbert décadas después, «pero lo que más recuerdo de aquel día son esos crep. Estaban riquísimos. Me comí once chismes de aquéllos —de los grandes, casi cubrían el plato— y disfruté de cada bocado. Todavía me siento afortunado por haberme zampado tantos crep como pude digerir aquella mañana. Muchos ni siquiera desayunaron».

Puede que a sus dieciocho años recién cumplidos Gilbert fuese uno de los marines

más jóvenes destacados en Wake y, según sus propias palabras, fue «el chico más feliz del país» el día en que sus padres firmaron para permitirle alistarse a principios de abril de 1941. Estaba harto de labrar la tierra por cincuenta centavos diarios, y el salario de veintiún dólares mensuales de un marine —además de toda la comida y la ropa— casi parecía demasiado para ser cierto.

Cuando se levantó con pesadez de la mesa, Gilbert oyó el sonido de una corneta tocando algo que no pudo identificar, y salió a toda prisa para sumirse en un mar de confusión. Algunos hombres correteaban de un lado a otro, recogiendo sus pertrechos, otros seguían con sus tareas, y otros miraban en derredor con semblante confuso y vacilante.

Minutos después, cómodamente ahito pero con un leve aturdimiento, Gilbert se encontraba dando tumbos en la parte trasera de un camión que se dirigía a su puesto en el telémetro de uno de los cañones de 120 mm, sito en Peacock Point, el extremo más oriental de Wake. Todavía no estaba seguro de qué sucedía, pero alguien le dijo que la guerra había comenzado.

El comandante Devereux se estaba afeitando cuando el capitán Wilson irrumpió en su tienda de campaña sin molestarse en llamar y le entregó el trozo de papel que el sargento Rogers le había puesto en las manos unos momentos antes.



Devereux leyó el mensaje sin mediar palabra. Frunció el ceño mientras se limpiaba la espuma de la cara con una toalla y cogió el teléfono. No obtuvo respuesta en la oficina de Cunningham, así que llamó a la base aeronaval.

«¿Han recibido el mensaje urgente de Pearl Harbor?», demandó.

«Sí, señor», respondió el operador. «Está siendo descodificado ahora mismo».

Devereux no precisaba más verificaciones. Corrió a su oficina, situada a unos cincuenta metros de distancia, llamando al pasar frente a una tienda de campaña al músico de primera clase Alvin Waronker, el corneta del batallón.

En el despacho, el brigada Paul Agar ya estaba sentado a su mesa. Cuando se disponía a dar los buenos días, el comandante le interrumpió.

«Ya ha comenzado», anunció Devereux. «Los japoneses han atacado Pearl Harbor».

Agar se quedó boquiabierto. «No me lo puedo creer», musitó.

Waronker entró a toda prisa. «Toque la llamada a las armas», le ordenó Devereux.

El comandante siguió al corneta afuera y observó cómo éste soplaba las primeras notas, temblorosas y desafinadas. Como sabían todos en la guarnición, Waronker no era un gran intérprete, y lo que estaba tocando no se asemejaba en demasía a zafarrancho de combate.

Devereux echaba chispas al ver que muchos de sus hombres se tomaban su tiempo para acabar lo que estaban haciendo. Tampoco ayudó que sólo dos días antes

hubiesen realizado su primer simulacro de zafarrancho de combate en seis semanas. Como Devereux pudo apreciar, sus hombres creían que era sólo otro ensayo. La mayoría de ellos seguían riendo y haciendo el payaso mientras recogían sus equipos. Cuando los camiones se pusieron en marcha para conducirlos a sus posiciones de artillería, algunos partieron sin la munición de rifle que les habían entregado unos días antes para emergencias de esta índole.

«¡Esto no es un simulacro!», bramó Devereux. «¡Esto no es un simulacro! ¡Hagan correr la voz!».

Algunos lo miraron boquiabiertos durante un segundo antes de caer en la cuenta. Entonces se levantaron todos apresuradamente, tratando de coger todo lo que sus manos les permitían, tropezando unos con otros y corriendo como una exhalación hacia los camiones.

En el espacio de un minuto o dos se corrió la voz por todo el Campamento Uno y se desató el caos. Los estridentes gritos de los sargentos de sección se imponían al sonido del mar: «¡Esto no es un simulacro! ¡Esto no es un maldito simulacro!».

A Wiley Sloman la escena le pareció salida directamente de *Keystone Cops*^[6]. La diferencia es que estaba ocurriendo de verdad y que él se encontraba justo en medio de todo aquello.

«El pobre Waronker era, sin lugar a dudas, el peor corneta del Cuerpo de Marines, y nunca sabías con certeza qué diablos estaba tocando», recordaba Sloman. «Oí la corneta mientras desayunaba y enrollé una salchicha con un crep, cogí tres cananas de munición y eché a correr hacia mi tienda de campaña. Pero cuando llegué allí, el viejo músico debió de confundirse, porque juro que empezó a tocar a incendio». El sargento Henry Bedell también lo creyó así, y gritó: «¡Coged las palas!».

Sloman entró corriendo a la tienda para obedecer la orden de Bedell, un irascible militar con veinte años de experiencia y una voz que parecía una sierra circular golpeando un clavo, y salió con la pala en una mano y el rifle en la otra. Pero en medio de la confusión olvidó el casco. No se percató de que no lo llevaba hasta que se encontraba a medio camino de su puesto de batalla en la isla de Wilkes, y nunca tuvo la oportunidad de volver al Campamento Uno. «Si lo hubiera pensado», dice, «probablemente habría cogido otro casco en alguna parte, pero no lo hice».

A pesar del caos, la mayoría de los miembros de la guarnición se encontraban en sus puestos de batalla asignados menos de cuarenta y cinco minutos después de que el capitán Wilson irrumpiera en la tienda de Devereux. A las ocho de la mañana, los comandantes de los puestos defensivos repartidos por la isla telefoneaban para comunicar que estaban «preparados». Las únicas excepciones notables eran Sloman y los otros marines destinados a Wilkes, que tuvieron que ser transportados en grupo hasta sus puestos al otro lado del canal. Las dificultosas corrientes pusieron trabas, como de costumbre, lo cual acrecentó la demora, pero alrededor de las 8.45 todos los marines de las tres islas se encontraban donde se suponía que debían estar.

Sin embargo, esto era poco consuelo para Devereux. Todavía quedaban

centenares de cabos por atar, y prácticamente no quedaba tiempo para hacerlo. La oficina provisional del comandante estaba atestada de gente formulando preguntas urgentes y buscando soluciones a problemas cruciales, y todos querían respuestas *inmediatas*.

Obviamente, no había suficientes refugios y suministros para todos. Se contaba sólo con un plan extremadamente rudimentario para abastecer a todos los puestos de avanzada con comida, agua y munición adicional. Algunas baterías todavía no se habían protegido por completo con sacos de arena. Debían verificarse las comunicaciones y tenderse líneas alternativas. Luego estaba el personal de la Armada y el Ejército, que carecía de armas de cualquier clase, y también de máscaras de gas y cascos.

En medio de todo esto, Cunningham entró como un vendaval en el despacho de Devereux. El comandante de la isla parecía tan asombrado e incrédulo como todos los demás. Como describía más tarde Cunningham, parte de él le decía que no podía ser cierto, y parte de él le reiteraba que sí lo era^[7].

«Veo que ya lo sabe», dijo a Devereux. «¿Puedo hacer algo?».

«Que yo sepa nada ahora mismo», respondió Devereux.

«Mi puesto de mando estará en el Campamento Dos», informó Cunningham.

«De acuerdo», contestó Devereux. «Yo trasladaré el mío al bosque en cuanto podamos montar una centralita».

Cunningham salió de nuevo a galope. Desde su despacho ya había alertado al comandante Putnam, del VMF-211, y aprobó el plan de este último, que pretendía hacer despegar de inmediato a cuatro de sus Wildcat. Putnam había dispersado el resto de aparatos tan bien como pudo, pero se encontraban en campo abierto en la zona de estacionamiento del aeródromo, a menos de cincuenta metros de distancia unos de otros. Los aviones estaban apiñados en unos tres kilómetros cuadrados, ya que no había espacio para separarlos más.

Cunningham también había llamado al director de Pan Am, John Cooke, y lo apremió a ordenar que el clíper destinado a Guam, que había partido unos minutos antes, regresara a Wake. Si proseguía su ruta, se adentraría directamente en el territorio de las fuerzas japonesas en las Marianas.

Cuando Cunningham colgó el teléfono, el director de construcción de CPNAB, Dan Teters, abrió la puerta del despacho. Era la primera vez que se veían cara a cara.

«Soy Dan Teters», anunció el fornido irlandés. «¿En qué puedo ayudarle?».

Cunningham, Teters y el capitán de corbeta Elmer Greey, el segundo oficial de mayor rango destinado por la Armada a Wake, pronto aunaron esfuerzos. Más de ciento cincuenta civiles, algunos de ellos excombatientes como el propio Teters, se habían preparado voluntariamente para trabajar y luchar junto a los marines en caso de emergencia. Ahora, Teters se ofrecía para reunir a todos estos voluntarios y ponerlos a disposición de Devereux.

Pero, increíblemente, Cunningham parecía incapaz de librarse de unas prioridades

vigentes en tiempos de paz que ahora resultaban irrelevantes. Nadie había revocado todavía las órdenes del almirante Claude Bloch, superior inmediato de Cunningham, que dictaban que nada debía interferir en las labores de la base aeronaval, así que Cunningham se mostró dubitativo.

A la postre, permitió a Teters seguir adelante y congrega a los voluntarios, pero le advirtió que lo hiciera con discreción para que los demás civiles no tuvieran conocimiento de ello. La decisión de Cunningham supuso que casi mil trabajadores no se verían afectados por la noticia del ataque a Pearl Harbor y continuarían trajinando como si nada.

Felizmente ajenos a lo acaecido, el civil Glenn Newell y su hermano Emmett se dirigieron a sus proyectos asignados como cualquier otro día. Después de criarse en un rancho de ganado situado al norte de Boise, Idaho, los dos habían optado por profesiones distintas: Glenn era soldador y Emmett carpintero. Emmett se alistó primero para trabajar en Wake, y luego convenció a Glenn para que lo acompañara. El 8 de diciembre, Glenn se encontraba con una cuadrilla instalando tuberías de cemento para el alcantarillado de Peale, y Emmett trabajaba cerca de allí en uno de los nuevos edificios de la base aeronaval.

Cunningham creía que, por el momento, la dispersión que conllevaba el trabajo de los civiles era suficiente protección. Su decisión de no desvelarles la situación se tomó apresuradamente y sin demasiado tiempo para sopesar los pros y los contras. Sin duda, contaba con que las patrullas de los cuatro Wildcat del VMF-211 alertarían con tiempo suficiente de cualquier peligro para que los trabajadores buscaran cobijo.

Fue un error de cálculo desastroso.

Entonces, el comandante de la isla se montó en su camioneta *pick-up* y pasó la hora siguiente recorriendo la isla de Wake para comprobar por sí mismo que el grado de preparación del aeropuerto y varias defensas era el más alto posible.

A las ocho de la mañana, Waronker se hallaba frente al asta del Campamento Uno e interpretó *Morning Colors* mientras se izaba la bandera de Estados Unidos sobre el campamento, un ritual diario que se llevaba a cabo en las instalaciones de los marines repartidas por todo el mundo. En esta ocasión, la mayoría de los marines se encontraban en sus puestos o de camino a ellos, y la audiencia de Waronker era reducida.

Sin embargo, los que permanecían allí presenciaron algo que nunca antes habían visto. La incapacidad de Waronker para tocar bien *Colors* era motivo de burla en el batallón. Pero en aquella primera mañana de una guerra repentina, el «peor corneta del Cuerpo de Marines» interpretó las nítidas y escuetas notas con una perfección impecable y conmovió profundamente a quienes las escucharon. En palabras de Devereux: «Se te hacía un nudo en la garganta al oírlo». También fue la única vez que ocurrió.

En la emisora de radio del Ejército, el sargento Rex se movía con impaciencia cuando llegaron el capitán Wilson y el sargento Rogers.



Rex suspiró aliviado cuando los vio. Tenía una sugerencia irrefrenable, y la soltó en el preciso instante en que Wilson entró en el camión.

«Me temo que aquí, tan cerca del aeródromo, nuestro transmisor está demasiado desprotegido, señor», dijo Rex. «Creo que deberíamos trasladar el camión a otra parte».

Wilson lo meditó un minuto. «¿Qué ubicación tiene en mente?».

«Algún lugar del bosque donde no pueda ser visto desde el aire».

Wilson asintió. «Usted y Rogers vayan hacia allí», dijo.

La idea era simple y algo que ningún oficial de una zona de combate hubiera tenido que pensarse dos veces en un estadio más avanzado del conflicto. Pero si Rex no lo hubiese mencionado, la población tal vez habría sido ajena a la historia de la defensa de Wake hasta el final de la guerra. «De no haber trasladado el equipo cuando lo hicimos», rememoraba Rogers, «aquella tarde no habría quedado ni rastro de él».

Aunque aquella mañana andaban muy atareados, sólo algunos hombres desplegados en Wake estaban preparados, ya fuera física o psicológicamente, para lo que había de sobrevenir. Pese a los informes sobre el ataque a Pearl Harbor, todavía reinaban sentimientos de irrealidad —y escepticismo— entre los marines.

«Esto tiene que ser una metedura de pata enorme», protestaba el teniente Clarence Barninger, el fiero comandante de la batería de 120 mm apostada en Peacock Point, mientras estudiaba el océano desierto a través de un telescopio. «Esos cerdos no han tenido agallas para atacarnos».

Excepto por algunos veteranos con experiencia previa en el combate, nadie en Wake —militar o civil— se había encontrado jamás bajo el fuego enemigo, y mucho menos había sido blanco de una razia aérea. En su mayoría ignoraban la asombrosa fuerza destructiva que podía desplegar la aviación militar moderna.

En el aeródromo, el comandante Putnam lidiaba con un dilema martirizante: sacar sus aviones de la zona habitual de estacionamiento significaba empujar cada uno de los Grumman, con 1135 kilos de peso, sobre un terreno accidentado y correr el riesgo de causar desperfectos. Dado que no se disponía de recambios, los aviones dañados eran, en esencia, aviones perdidos, lo cual hacía de su traslado una mala opción.

Por otro lado, tras una expedición de cuarenta y cinco minutos, Putnam había visto con sus propios ojos lo tentadores que resultaban sus aviones mientras atravesaba las nubes que coronaban el aeropuerto. Dejarlos allí era una invitación a sufrir contratiempos.

Era una situación en la que cualquier opción resultaba nefasta, pero como Putnam la contemplaba en calidad de comandante de escuadrón, sólo tenía dos alternativas igualmente aciagas y peligrosas: podía dejar los aviones donde estaban o correr el riesgo de moverlos a una zona más segura y deteriorarlos en el proceso.

Aparentemente, Putnam no barajó demasiado una tercera opción que, mirando

atrás, parece demasiado lógica como para obviarla: hacer despegar más Wildcat. Esto podría haber brindado al menos una solución a corto plazo, pero, por el contrario, conteniendo la respiración y cruzando los dedos contó con que los terraplenes protectores que llevaban varios días en construcción se terminarían en breve. Los hombres que trabajaban en los terraplenes calculaban que estarían listos para empezar a recibir aviones no más tarde de las dos del mediodía. Otros hombres cavaban pozos de tirador y refugios antibombas a lo largo del perímetro del aeropuerto. También debían terminar a primera hora de la tarde.

En aquel momento rondaban las once de la mañana. Eso significaba que si el destino les concedía tan sólo tres horas más de gracia, buena parte de los aviones y el personal del escuadrón gozarían de cierta protección. No serían totalmente indemnes al peligro, pero al menos tendrían más posibilidades de sobrevivir a un ataque. Entretanto, Putnam mantuvo cuatro de los F4F-3 en el aire y otros tantos cargados de combustible, bombas y munición en posición de despegue, y rezó para que se le concediera algo más de tiempo.

En ese preciso instante, el capitán Henry Elrod dirigía la misión de patrulla, llevada a cabo por cuatro aviones, y los alférez Kinney y Davidson y el sargento Hamilton volaban con él. No obstante, una vez que hubieron alcanzado una altitud de 4000 metros, Elrod dividió la patrulla en dos secciones. Kinney y Hamilton pusieron rumbo al suroeste, hacia las islas Marshall, una posesión japonesa situada a unos 1000 kilómetros de distancia, mientras Elrod y Davidson viraban hacia el norte.

Putnam consideraba que las Marshall probablemente servían de base para los bombarderos enemigos que tenían a Wake como objetivo. Pero dado que ninguno de los Wildcat estaba equipado con dispositivos de búsqueda, Kinney tomó la determinación de limitar el alcance de la patrulla que se dirigía al sur a un máximo de cien kilómetros. Eso no dejaría mucho tiempo para alertar a la guarnición, pero parecía la única opción inteligente.

Una de las máximas preocupaciones de Kinney era asegurarse de que él y Hamilton encontraban el camino de vuelta a casa, así que mantenían el contacto visual. Gran parte del tiempo evitaban comunicarse por radio, con la esperanza de evitar las escuchas de cualquier barco o avión enemigo desplegado en la zona.

Cuando se dispó momentáneamente un denso banco de nubes, avistaron de súbito dos formaciones en V integradas por unos peculiares aviones que volaban unos 3000 metros por debajo de ellos. A su vez, descubrieron que las radios no funcionaban.

En ese momento, los aviones japoneses —parte de un escuadrón de veintisiete bimotores Mitsubishi «Nell» de doble cola pertenecientes al Grupo Chitose de la 24.^a Flotilla Aérea de Japón— se encontraban unos cinco kilómetros al oeste de Wake. Segundos después, Kinney y Hamilton divisaron unas columnas de humo negro oleoso que se alzaban ominosamente entre las nubes.

Ésta era toda la confirmación que necesitaban Kinney y Hamilton. Prepararon las

ametralladoras y salieron como una centella detrás de los aviones japoneses, que ahora se replegaban a toda velocidad. Pero los atacantes contaban con demasiada ventaja y los pilotos estadounidenses tuvieron que abortar la persecución.

Para entonces, aunque sus radios no hubiesen fallado, ya era demasiado tarde. En el aeródromo ya había sucedido lo peor.

Faltaban unos minutos para mediodía. En el hotel de Pan Am en Peale, los pasajeros del clíper recién llegado estaban comiendo y especulando sobre los posibles daños sufridos en Pearl Harbor. El piloto del clíper, un oficial de la Armada llamado John Hamilton, se encontraba en el embarcadero supervisando la descarga de material y preparándose para partir al cabo de unos minutos en una misión de reconocimiento a petición del comandante Cunningham.

El propio Cunningham estaba en su despacho, invadido todavía por lo que más tarde describió como «una extraña sensación de irrealidad» mientras barajaba ideas para mejorar las defensas de Wake, como sembrar de minas la pista de aterrizaje y amarrar una barcaza cargada de dinamita en el canal de Wilkes para impedir incursiones de aviones o pequeños botes enemigos^[8].

De repente oyó una explosión al sur. En principio creyó que se trataba de un accidente. Entonces oyó otra detonación, y otra, y otra.

Miró su reloj. Era casi mediodía. Se levantó de un salto y corrió hacia la amplia sala de planificación situada justo enfrente de su despacho.

En ese instante, las balas de una ametralladora trepanaron el tejado por encima de Cunningham. Vio a un trabajador civil esconderse debajo de una mesa cercana. Cunningham hizo lo propio.

A lo largo y ancho de las tres islas, desde Toki Point, en el extremo más occidental de Peale, a Peacock Point, en la punta oriental de Wake, los hombres miraron al cielo y sintieron cómo temblaba la tierra bajo sus pies. Sin embargo, la mayoría eran incapaces de comprender la terrible realidad que se desplegaba ante ellos.

«No lo olvidaré mientras viva», decía Frank Gross. «Me encontraba allí, charlando con el teniente Hanna junto a una de las ametralladoras, cuando alcé la vista y vi todos aquellos aviones surgiendo de entre las nubes, justo encima de nosotros».

Los aviones volaban rápido y a muy baja altura. Gross los señaló y preguntó en voz alta: «¿Qué son, B-17?».

«¿B-17?», gritó alguien a unos metros de distancia. «¡Eso no son B-17! ¡Son japoneses!».

Entonces, Gross vio cómo impactaba la primera bomba en el aeródromo.

Cerca de allí, en la Batería E de Peacock Point, el teniente William W. «Wally» Lewis, el comandante de la batería antiaérea de 120 mm, un militar de una serena profesionalidad, estaba al teléfono con Devereux cuando la primera formación de bombarderos sobrevoló la playa a gran velocidad.

«Comandante, se acerca un escuadrón de aviones desde el sur», dijo Lewis. «¿Son amigos?».

Justo entonces, alguien que andaba cerca de allí respondió: «Eh, están soltando el tren de aterrizaje».

«¡Son bombas!», gritó el cabo Robert Haidinger, a cargo del cañón número cuatro de la batería. «¡Abran fuego!».

Haidinger, originario de Chicago, había navegado por todo el mundo en barcos mercantes antes de unirse a los marines, y al instante demostró por qué sus compañeros lo consideraban una persona con iniciativa. Corrió tanto como pudo hasta llegar a su cañón, gesticulando y llamando a gritos a los tres miembros de su dotación, que se hallaban ocultos en unos arbustos cercanos. Negándose a esperar a los demás, empezó a cargar proyectiles en la recámara y realizó dos o tres disparos sin apuntar. Por supuesto, ninguno se acercó tan siquiera a los aviones atacantes.

Cerca de allí, varios marines disparaban a los bombarderos con sus rifles, un gesto igualmente fútil.

Aproximadamente unos dos kilómetros al oeste, en el bosque próximo a la pista principal del aeródromo, el sargento Ernie Rogers oyó el estruendo de los aviones y dejó de limpiar el Cosmoline gelatinoso de un rifle que le había entregado un marine momentos antes. Por encima del techo del camión receptor vio aviones, muchos aviones. De inmediato advirtió su peculiar forma, pero no se le pasó por la cabeza la idea de que fueran japoneses.

«Vaya», se dijo, «nunca había visto aviones estadounidenses de doble cola como éstos. Deben de ser nuevos».

Apenas un segundo después, Rogers distinguió los llamativos círculos rojos pintados en la parte inferior de las alas. También vio unos objetos oscuros caer desde los aviones. «¡Japoneses!», pensó. «¡Bombas!».

Se zambulló entre los arbustos cuando las primeras explosiones rociaron el camión de polvo y fragmentos de coral.

El comandante Bayler, el especialista de radio de los marines, estaba a punto de almorzar en la tienda del escuadrón, situada en la pista de estacionamiento, a un extremo del aeródromo. Con él se encontraban Putnam y otros cinco pilotos del VMF-211: el capitán Tharin y los tenientes Graves, Holden, Conderman y Webb. En total había nueve personas, incluidos varios suboficiales, ganduleando bajo el toldo de la tienda de campaña y esperando la llegada de unos bocadillos, cuando oyeron lo que Bayler describió como «un profundo zumbido desde el cielo».

Se agolparon fuera y vieron dos formaciones en V integradas por grandes aviones que hendían el cielo a gran velocidad desde el sur. En un abrir y cerrar de ojos, los aparatos se encontraban justo encima de sus cabezas y, como muchos otros en aquel aciago mediodía en la isla de Wake, Bayler y sus compañeros de almuerzo tardaron en reconocer el peligro.

«Deben de ser nuestros B-17», comentó alguien con naturalidad.

Pero uno de los pilotos del grupo fue más avisado. «Dios mío, esos aviones no

son nuestros», espetó. «¡Son japoneses!».

Eran exactamente las 11.58.

Bayler, un californiano educado en Harvard, tenía la hora precisa grabada a fuego en la memoria porque había consultado su reloj un segundo antes. Salió como una exhalación de la tienda y corrió tanto como pudo. Mediaban unos sesenta metros entre la tienda de campaña y el cobijo que proporcionaban los confines del bosque. Bayler lo consiguió. Se refugió entre la maleza, se abrazó a un pequeño árbol y apretujó su rostro contra la tierra mientras las bombas de fragmentación de 45 kilos sacudían el lugar.

Frank Holden y «Spider» Webb, que llevaban sólo un segundo o dos de retraso con respecto a Bayler, no fueron tan afortunados. Una ráfaga de ametralladora atravesó el paracaídas de Holden, le horadó el cuerpo y acabó con su vida al instante. Cayó de espaldas sobre un charco de sangre. Una bala de la misma ráfaga alcanzó a Webb en la barriga, y quedó salpicado de metralla de la cabeza a los pies. Uno de los fragmentos le rompió una de las botas y le hirió en tres dedos del pie. Pero sorprendentemente seguía vivo.

El sargento del Estado Mayor Walter T. «Tom» Kennedy, de Orange Cove, California, se había unido a los marines en 1934 porque era un trompetista bastante diestro y aspiraba a tocar en la banda.

No lo consiguió, y después de cuatro años como corneta abandonó el cuerpo, pero pronto se alistó de nuevo y asistió a la escuela para convertirse en operador de radio de la aviación. En noviembre de 1941, fue transferido desde un escuadrón de bombarderos en San Diego y enviado a Wake para lo que supuestamente serían sólo «unas maniobras de seis semanas».

La mañana del 8 de diciembre, Kennedy había llevado al comandante Bayler al aeródromo desde el Campamento Uno y luego había pasado un rato montando una antena de cuadro que serviría de dispositivo de orientación para el escuadrón de cazas. Pero se encontraba en la tienda esperando comida junto a los demás cuando se desató la locura.

«Recuerdo que alguien retiró la portezuela de la tienda de campaña y los aviones estaban allí mismo», relataba Kennedy. «Juro que algunos no volaban a más de trescientos metros de altura y tuvimos tres o cuatro segundos antes de que estallaran las primeras bombas».

Kennedy corrió a cobijarse entre los arbustos y la zona se cubrió de explosiones. Algunos de los aviones estacionados ya eran pasto de las llamas cuando pasó junto a ellos. Oyó algo salpicando el suelo a su alrededor y por un segundo creyó que era lluvia. Entonces se dio cuenta de que en realidad el sonido lo causaban las balas de ametralladora.

Justo cuando se sumergió en la maleza, una de las «gotas de lluvia» le alcanzó y sintió un punzante dolor en el brazo. Momentos después, al intentar levantarse, descubrió que un fragmento irregular de metralla se había alojado en su pierna sólo

unos centímetros por encima del tobillo. Kennedy se desplomó de nuevo.

El capitán Herb Freuler vio cómo los aviones descendían en picado mientras se encontraba frente a la tienda que albergaba la munición del VMF-211. Saltó a un pozo de escasa profundidad situado cerca de allí justo cuando una bomba caía a pocos metros, pero dos reclutas que estaban con él segundos antes no se apresuraron lo suficiente a buscar refugio. Ambos saltaron en pedazos.

Otros dos pilotos que ocupaban la tienda del escuadrón esquivaron las balas en un valiente esfuerzo por llegar hasta sus aviones. George Graves acababa de encaramarse a la cabina de su Wildcat cuando una bomba impactó a escasos metros de allí, envolvió en llamas el aparato y arrojó su cuerpo inerte debajo de él. Momentos después, el depósito de combustible hizo explosión, y el cadáver de Graves fue devorado por el fuego.

«Strawberry» Conderman, un amigable y pecoso pelirrojo que había salido de la Universidad de Carolina del Norte hacía sólo dos años, se encontraba a unos pasos de su Grumman cuando las balas de ametralladora le segaron las piernas. Mientras yacía sobre el asfalto, otra bala le atravesó el cuello. Su F4F-3 también se incendió, y las llamas se propagaron con rapidez a las tiendas y los equipos cercanos ante la mirada impotente del soldado herido.

La escena que se desarrollaba frente a los ojos moribundos de Conderman parecía salida de las profundidades del infierno. Todo el aeródromo ardía en llamas. Uno de los primeros objetivos de los asaltantes fue el surtidor principal de combustible del VMF-211, donde se concentraban dos depósitos de gasolina de 95 000 litros y centenares de tanques con una capacidad de doscientos litros junto a la pista. El surtidor estalló en una gigantesca bola de fuego que proyectó una columna de humo negro a centenares de metros de altura.

Los ocho Wildcat estacionados fueron destruidos o gravemente dañados. Siete aviones ardían con furia, y el octavo era un amasijo agujereado por las balas. Algunos miembros del personal de tierra que se hallaban cargando los aviones de bombas y munición se habían cobijado insensatamente debajo de los aparatos, y sus cuerpos salpicaban ahora el pavimento.

Había muertos y heridos por todas partes. Los bidones de gasolina saltaban como si fueran petardos. En los aviones en llamas, las balas trazadoras del calibre 50 explotaban y salían disparadas describiendo trayectorias imposibles. De cuando en cuando, una de las bombas de 45 kilos adosadas a las alas de los Wildcat estallaba con un estruendo ensordecedor. Una riada de gasolina en llamas proveniente del surtidor de combustible propagó un muro de fuego por toda la zona de estacionamiento, y un brioso viento del sur lo empujó hasta una docena de heridos que habían quedado atrapados.

Dos marines, uno de ellos herido de gravedad, intentó apartar a Conderman de la trayectoria del fuego.



«Dejadme», les dijo. Intentó señalar a los otros soldados que yacían a su alrededor. «Ocupaos de ellos».

Cuando los bombarderos se alejaron del aeródromo y pusieron rumbo a nuevos objetivos, Bayler salió del bosque, debilitado y cubierto de polvo de coral, pero ileso. Vio a Putnam aturdido en la pista de aterrizaje, a cierta distancia de allí. El oficial al mando del escuadrón sangraba por una herida que presentaba cerca del hombro izquierdo y se encontraba en estado de conmoción. A Bayler le pareció «un sonámbulo caminando sin rumbo».

Había dos cuerpos a escasos metros de la maleza en la que se había refugiado Bayler. No se podía hacer nada por ellos, así que avanzó hacia donde se encontraba tendido el teniente Webb, que estaba cubierto de sangre a causa de las heridas que le había provocado la metralla pero seguía consciente cuando Bayler se arrodilló junto a él.

En ese momento apareció un alto y desgarrado marine y ayudó a Bayler a improvisar una rudimentaria litera con un trozo de arpillera. Cuando tumbaron a Webb y se dispusieron a levantarlo, el piloto herido irguió ligeramente su pierna izquierda y contempló los restos de su bota y el lugar que ocupaban sus dedos.

«Mirad ese maldito pie», dijo disgustado.

Dieciocho de los bombarderos que participaron en este primer ataque concentraron su furia en el aeródromo. Cuando finalizaron sus pasadas iniciales, prácticamente lo único que quedó intacto fue la propia pista de aterrizaje. Sin duda, el enemigo planeaba utilizarla más adelante para sus aeronaves. Casi todo lo que jalonaba el perímetro de la pista fue aniquilado.

La razia fue un ejercicio modélico en bombardeos de precisión y despejó —de una vez por todas y de forma absoluta— los mitos populares según los cuales los pilotos japoneses eran mediocres y los artilleros, unos tiradores de escasa valía.

Una vez consumidas sus bombas, la mitad de los Nell atacantes —nueve aviones— regresaron para consumir otro ciclo de destrucción. El número de bajas tal vez se hubiera acrecentado de no ser por una cortina de humo que ahora cubría el aeródromo y les impedía avistar sus blancos.

El humo probablemente salvó la vida a diversos marines valerosos que corrieron hacia las llamas para ayudar a los heridos en medio de aquella carnicería. El cabo Robert E. Lee Page y el sargento Andy Paskiewicz trabajaban juntos cuando comenzó el ataque, y varios fragmentos de una de las primeras bombas habían destrozado la pierna derecha del segundo. Page arrastró al aturdido sargento, que sufría varias hemorragias, y lo apartó de la trayectoria del fuego. Acto seguido, regresó a buscar a otro sargento malherido, cuya pierna colgaba de una hebra.

Mientras Page acarreaba al segundo hombre a un lugar más seguro, se sorprendió al ver a Paskiewicz, miembro del cuerpo desde hacía veinte años, reptando de nuevo

hacia el infierno para ayudar a otros hombres heridos y moribundos. Page arrastró a Paskiewicz una segunda vez, pero el testarudo marine se negó a quedarse quieto.

Paskiewicz rebuscó en un montón de escombros hasta que dio con un palo carbonizado que pudiera utilizar como muleta. Luego se acercó renqueante a los heridos, intentando prestarles los primeros auxilios con sumo empeño.

Con balas impactando a su alrededor, Page persistió obstinadamente en sus esfuerzos, envuelto en un calor tan intenso como una antorcha. A menudo tenía que pegar el rostro al suelo para encontrar suficiente oxígeno para respirar. Su camisa y sus pantalones se incendiaban una y otra vez, y Page se veía obligado a apagar las llamas con la gorra. Cuando hubo finalizado su tarea de salvación, tenía las cejas y el pelo chamuscados, buena parte de su ropa había desaparecido por completo y su cuerpo estaba cubierto de ampollas.

El sargento Robert Bourquin, un miembro del personal de tierra del VMF-211 procedente de Oregón, se encontraba a unos dos kilómetros del surtidor central de combustible cuando arrancó la ofensiva y, en su huida, los Nell pasaron justo por encima de él, tan cerca que pudo distinguir las compuertas de bombas abiertas. Bourquin volvió corriendo al aeródromo para hacer frente a un mar de llamas y a un amigo moribundo.

«Fue el golpe más grande de mi vida», recordaba Bourquin. «Mi viejo compañero de tienda, el sargento Bob Edwards, seguía vivo cuando llegué hasta él, y no se me ocurrió otra cosa que llevarlo al hospital. Se acercó un civil en un camión y se lo requisé. El tipo estaba decidido a seguir adelante, así que tuve que encañonarlo con una pistola para que se detuviera. Supongo que de todos modos no importaba demasiado. Creo que cuando llegamos al hospital Bob ya estaba muerto».

El VMF-211 se vio diezmado por la ofensiva. De 55 miembros que integraban el personal de tierra cuando irrumpieron los atacantes sólo veintiuno escaparon indemnes. Edwards figuraba entre los veintitrés hombres fallecidos en el acto o heridos mortalmente —el teniente Conderman permaneció consciente casi todo el día pero murió aquella noche— y otros once sufrieron lesiones inhabilitadoras.

En total, el número de bajas de la unidad de aviación fue de más del 60 por 100, entre ellas cuatro de sus pilotos. Esto no incluía heridas menores sufridas por otros tres pilotos —Putnam, el capitán Frank Tharin y el sargento Bob Arthur—, que consiguieron seguir volando.

Pese a las nefastas circunstancias, la destrucción del escuadrón de cazas era tan sólo parte de aquella historia. Mientras el horror se apoderaba del aeródromo, los otros Nell escupían bombas y fuego de ametralladora sobre el resto de Wake, Peale y Wilkes.

Las balas incendiarias silbaron por todo el Campamento Uno, arrasando el comedor, el club de oficiales y numerosas tiendas de campaña. Por fortuna, el

campamento estaba prácticamente vacío en ese momento y no se produjeron bajas.

No puede decirse lo mismo del Campamento Dos. Un amplio grupo de trabajadores civiles se había dado cita allí para comer, lo cual los convertía en un objetivo irresistible. Varias docenas resultaron muertos o mutilados cuando los atacantes pasearon sus ametralladoras por los nuevos barracones y otras estructuras.

En Peale, una bomba prendió fuego al Pan Am Inn y acabó con la vida de diez chamorros de la aerolínea. Otros consiguieron huir saltando a los cimientos de un edificio en construcción. La flamante base aeronaval también se vio afectada, y el clíper recalado en la gima fue perforado por docenas de balas pero no quedó gravemente dañado.

Justo antes de mediodía, el civil Glenn Newell oyó el fuego de las ametralladoras y salió del agujero en el que estaba trabajando. En el momento en que se arrastraba bajo un pequeño arbusto, una bomba cayó sobre el hotel, situado a unos cien metros de allí, y otra estalló casi simultáneamente al otro lado y lo cubrió de tierra. Preguntándose por el paradero de su hermano Emmett, echó a correr hacia el lateral de uno de los edificios en construcción, pero no alcanzó a ver más que «tablones, rocas y escombros volando por todas partes».

Cuando los atacantes viraron hacia el sur, realizaron una última pasada sobre Wilkes. En aquel momento se les habían agotado las bombas, pero todavía contaban con numerosas balas para una última ronda de destrucción. Se cobraron la vida de los marineros de la Armada Thomas Kilcoyne y Richard Jacobs y del civil Johnny Hall, que se vieron atrapados al raso cuando los aviones atravesaron el canal que se abría entre Wake y Wilkes.

Entonces, cuando los atacantes sobrevolaron la playa de Wilkes a baja altura, uno de los objetivos más tentadores que aparecieron en sus miras telescópicas fue Wiley Sloman.

Sloman, el manitas de la Batería L, había estado dando los últimos retoques a un nuevo pozo de tirador que acababa de excavar para el teniente John McAlister, su comandante. La parte más compleja del trabajo había finalizado, y Sloman apilaba ordenadamente unos sacos de arena alrededor de su creación cuando oyó gritar al ocupante de una atalaya cercana: «¡Están bombardeando el aeropuerto! ¡Están bombardeando el aeropuerto!».

Sloman había percibido el tenue sonido de las explosiones, pero creyó que los trabajadores estaban dinamitando el nuevo canal. Colocó un último saco, salió trabajosamente del agujero y se levantó a tiempo para ver el cielo atestado de bombarderos japoneses que se dirigían hacia él.

Los aviones planearon a toda velocidad sobre la batería de Sloman con sus ametralladoras arrancando fragmentos de coral. Estaban tan cerca que le pareció que podría alcanzar uno de los círculos rojos impresos en la parte inferior de las alas con una pelota de béisbol.



Sloman vio las columnas de humo negro de una de las baterías antiaéreas de 75 mm alzándose con las nubes grises de fondo, pero ninguna de ellas acertó a los aviones atacantes. Era como si los artilleros verdaderamente estuviesen arrojándoles pelotas de béisbol.

Como todos salvo uno o dos de sus compañeros de batería, Sloman jamás había sido objeto del fuego. No tardó en demostrar su inexperiencia, y estuvo a punto de morir por ello. En lugar de volver al agujero que acababa de excavar, Sloman echó a correr hacia su pozo de tirador, donde había dejado su rifle. «Fue una estupidez», reconocía, «y resultó que ese maldito agujero estaba mucho más lejos de lo que yo pensaba».

Según pudo calcular, la distancia era de unos cuarenta metros. Fueron los cuarenta metros más largos de su vida. Las balas impactaban detrás de sus talones a cada paso que daba, y no comprendía por qué no le alcanzaban. Por una décima de segundo le vino a la mente la imagen de su abuelo, que corría maratones. Casi pudo oír su voz: «¡Vamos, maldita sea! ¡Da zancadas más largas!».

Entonces, cuando por fin llegó a la meta, Sloman encontró a otros tres marines embutidos en el refugio, concebido para una sola persona, lo cual no dejaba espacio para él. Desesperado, saltó detrás de una roca de coral y se agazapó allí boca abajo hasta que remitieron los disparos.

Sloman vio regueros de sangre recorriéndole los brazos y las piernas y notó un «escozor de mil demonios» en la piel. Por un momento creyó que había resultado herido. Entonces se dio cuenta de que había sufrido docenas de cortes por los afilados fragmentos de coral que salían despedidos.

«Estúpido novato», musitó para sus adentros, agitándose y resollando mientras veía a los aviones desaparecer sobre el océano.

A unos cien metros de distancia, el cabo John Johnston ocupaba un lugar mucho mejor protegido que Sloman, y tenía algo con que disparar. Sentado al frente de su ametralladora del calibre 50, en la playa meridional de Wilkes, Johnson también había oído las explosiones en el aeropuerto. Debido a la alta maleza que separaba su posición del aeródromo no podía ver lo que ocurría, pero reconoció casi de inmediato los sonidos como bombas.

Entonces vio los bombarderos, nueve aparatos que habían dado media vuelta para efectuar otra pasada sobre el aeródromo y ahora se dirigían a toda velocidad hacia él desde el norte. Cuando oyó que una de las ametralladoras abría fuego, hizo girar la suya y apuntó al bombardero que iba en cabeza.

«Supuse que el piloto del primer avión era el líder de la misión, así que me centré en él», relataba Johnson. «Cuando pasó sobre nosotros y se dirigió hacia el mar, vi humo saliendo de uno de sus motores, pero se mantuvo en formación y siguió adelante».

Johnson maldijo para sí. Realmente quería darle su merecido a aquel tipo, y se sintió defraudado y enfadado consigo mismo.

No obstante, al menos le había alcanzado a *algo*, que era más de lo que podían decir aquel primer día la mayoría de los artilleros de la Armada, sobrecogidos y faltos de experiencia. Hasta donde puede determinarse, no más de tres o cuatro aviones enemigos recibieron disparos, y ninguno sufrió desperfectos graves. Los veintisiete atacantes regresaron sanos y salvos a su base.

Mientras se alejaban de las escenas de muerte y devastación que habían dejado en Wake, un observador japonés que viajaba a bordo de uno de los aviones pudo ver a los pilotos esbozando amplias sonrisas en sus cabinas. Todos los aviones, incluso los que presentaban algunos agujeros de bala, agitaron sus alas a los demás. Era su manera de gritar: «¡Banzai!».

Volver a empezar

Unos doce minutos después de que cayera la primera bomba todo había terminado. Los aviones japoneses habían desaparecido. En el tiempo que llevaba hervir un huevo, los atacantes habían sembrado un asombroso panorama de destrucción en todo el atolón de Wake. Muchas de las estructuras visibles construidas desde 1935 estaban en ruinas. Gran parte de lo que habían erigido centenares de marines y trabajadores civiles durante meses había quedado arrasado en un ataque de una eficiencia imparable y una ejecución soberbia.

En el aeródromo todavía estallaban depósitos de gasolina debido al calor abrasador, y las llamas continuaron ardiendo furiosamente hasta bien entrada la tarde. Pasarían más de tres horas antes de que la zona de estacionamiento donde se encontraban los maltrechos Wildcat, que parecían palomas chamuscadas, se enfriara lo suficiente para que alguien examinara qué quedaba de ellos.

Siete de los ocho F4F-3 que habían permanecido en tierra eran poco más que montones de chatarra carbonizada. Sólo el octavo ofrecía una remota posibilidad de ser recuperado. Para empeorar las cosas, cuando los cuatro Wildcat que habían salido de patrulla regresaron al aeródromo alrededor de las doce y media de la mañana, el pilotado por el capitán Elrod topó con unos escombros que habían caído en la pista, lo cual dobló la hélice y dañó la bancada de los motores. Eso dejó al VMF-211 con tres aviones pilotables.



La escena con la que se encontraron los pilotos a su regreso era una pesadilla en pleno día. Incluso antes de aterrizar, el teniente Kinney percibió la enormidad de los daños y fue presa del peor ataque de nervios que había sufrido jamás. Le temblaban los pies de tal manera que apenas podía mantenerlos en los mandos del avión.

Todas las tiendas de campaña y los edificios del aeródromo habían desaparecido. También se desvanecieron el material de mantenimiento del escuadrón y el equipo de radio aire-tierra montado por el comandante Bayler. Excepto por el sargento Earl Hannum, hospitalizado por disentería, todos los mecánicos del escuadrón estaban muertos o heridos. Conforme iba quedando patente la magnitud de lo acaecido, algunos hombres que sólo unos minutos antes se habían medido con el estallido de las bombas y las balas incendiarias sin estremecerse sucumbieron al miedo, a la conmoción y a los sentimientos de indefensión.

Ese día, nadie en Wake desempeñó una labor más angustiosa que el soldado de primera clase Joseph E. «Ed» Borne, un camionero del parque móvil de los marines, que fue despachado al aeródromo con un vehículo basculante para recoger a los muertos y conducirlos a un contenedor refrigerado en el Campamento Dos hasta que pudiera llevarse a cabo la inhumación.

Borne había llegado al aeródromo justo antes de la ofensiva con órdenes del artillero John Hamas de repartir máscaras de gas entre los miembros de la unidad de aviación. Hamas, un soldado profesional de origen checo, había combatido en ambos bandos durante la primera guerra mundial, primero para el Ejército austrohúngaro, y después en el bando aliado para Checoslovaquia. Había emigrado a Estados Unidos a comienzos de los años veinte, se alistó inmediatamente en los marines y obtuvo la Cruz al Valor de la Armada en Nicaragua. Ahora constituía una especie de figura paterna para los jóvenes de Wake, y Borne sabía que si alguien en el atolón comprendía el valor de una máscara de gas, ése era Hamas. Sin embargo, la recepción del VMF-211 no fue en absoluto cordial.

«En el aeródromo todo era un auténtico caos y la gente estaba cabreada porque no tenía lo que necesitaba», recordaba Borne. «Estaban tan enfadados que cuando les pregunté dónde querían que les dejara las máscaras de gas respondieron: “¡Métetelas por el culo!”. Dejé las máscaras de todos modos, y acababa de llegar a Toki Point, en el extremo de la isla de Peale, cuando empezaron a caer los artefactos».

Al finalizar la razia, el sargento de comedor A. R. «Slim» Hughes ordenó a Borne que llevara el camión de vuelta al aeródromo para «recoger los fiambres».

«Jamás había visto nada igual, y espero no volver a verlo nunca», decía Borne, que ya había presenciado su ración de estampas desagradables frente al río en Nueva Orleans, en su Luisiana natal. «Había cuerpos desmembrados por todas partes y olía a carne humana quemada».

Algunos cuerpos habían quedado reducidos a montones de extremidades cercenadas y órganos destrozados que complicaban sobremanera su recogida, y el cadáver calcinado del teniente Graves se hizo trizas al levantarlo. «El avión todavía estaba caliente, y cuando el cuerpo se quebró, emanó de él una especie de vapor hediondo», relataba Borne. «Al principio no podía soportarlo. Me puse tan enfermo que creí que nunca pararía de vomitar. Me encontraba tan mal que me marché y volví al taller, pero Hughes me hizo regresar otra vez».

En su segundo intento, Borne recibió ayuda de una pequeña cuadrilla de marineros de la Armada y algunos civiles. Juntos, consiguieron llenar el camión de restos, y Borne los llevó al contenedor. Al día siguiente, cuando la morgue provisional fue alcanzada durante otra razia, Borne se vio forzado a trasladar los mismos cuerpos por segunda vez.

Entretanto, los heridos fueron cargados en otro camión y conducidos al hospital civil del Campamento Dos. Allí, el teniente Gustave Kahn, licenciado recientemente en medicina por la Universidad de Texas en Galveston y el único médico militar

destacado en Wake junto con el doctor Lawton E. Shank, un cirujano de una pequeña población de Indiana contratado por los trabajadores civiles, se ocuparon sin descanso de las bajas hasta el día siguiente al amanecer. Asistidos por ocho sanitarios de la Armada y varios enfermeros civiles, se dedicaron primero a los casos más graves y luego trataron a los heridos leves.

Hasta pasadas las once de la noche un exhausto doctor Kahn no pudo examinar a James Darden, un marinero de Carolina del Norte perteneciente al Estado Mayor de la base aeronaval. Darden presentaba un enorme agujero en el muslo izquierdo, un recuerdo de una bomba de fragmentación que estalló en el aeropuerto.

Para entonces, los médicos se habían quedado sin antiséptico, anestesia, suturas y casi todo lo demás. Kahn sólo tenía sal de mesa disuelta en agua caliente para desinfectar la pierna destrozada de Darden mientras retiraba hojas, ramitas, arena y fragmentos de coral de la herida, y algodón para unir los músculos y tendones cercenados.

«Esto te va a doler, Darden», advirtió Kahn.

Tenía razón. La solución salina quemaba como si de fuego líquido se tratara, y Darden hacía lo posible por no gritar cada vez que Kahn se la aplicaba. Pero incluso en su agonía, el marinero no cesaba de recordarse que el dolor era mejor que una gangrena.

Tres pilotos que se encontraban entre los «heridos que podían caminar» —el comandante Putnam, el capitán Tharin y el sargento Arthur— optaron por recibir los primeros auxilios en el aeródromo y siguieron de servicio. No se podía prescindir de ningún hombre que pudiera moverse por sus propios medios, indicó Putnam a los restos de su unidad. Había mucho que hacer y muy pocas manos.

Una de las primeras medidas relevantes que adoptó Putnam fue nombrar a un nuevo oficial de ingenieros para reemplazar al teniente Graves. El VMF-211 todavía contaba con tres Wildcat intactos, un cuarto que precisaba reparaciones, y otro que podría llegar a volar de nuevo si se echaba mano de retales y oraciones suficientes. Pero se requeriría una persona con una energía inagotable y sobradas habilidades mecánicas para mantener la exigua fuerza aérea de Wake en acción.

Putnam recurrió al teniente Kinney, cuya dilatada experiencia como aviador y mecánico civil antes de unirse a los marines le otorgaba todas las cualificaciones necesarias.

«Kinney», dijo, «ahora eres el oficial de ingenieros del escuadrón. Nos quedan cuatro aviones. Si puedes conseguir que sigan volando, me aseguraré de que te concedan una medalla del tamaño de un pastel».



«De acuerdo, señor», repuso Kinney con una sonrisa forzada, «pero sólo si me la entregan en San Francisco».

El sargento Hamilton fue nombrado ayudante de Kinney, y acudió inmediatamente al almacén de la Armada, en el Campamento Dos, para aprestarse de herramientas y recambios de avión que pudiera utilizar. En cuanto los aviones destruidos se enfriaron lo suficiente, también fueron examinados en busca de componentes salvables que pudieran emplearse para poner en marcha los dos cazas dañados. Durante las dos semanas siguientes, Kinney y Hamilton obrarían un pequeño milagro tras otro para mantener en el aire al VMF-211.

El escuadrón no podía permitirse más sorpresas, de modo que los tres Wildcat que habían salido indemnes no tardaron en volar otra vez, tanto para buscar posibles aviones o barcos japoneses como para evitar que permanecieran en tierra. Todos los hombres disponibles trabajaron para finalizar los pozos de tirador y los refugios antibombas que se habían comenzado en el aeródromo antes de la ofensiva. Las obras también prosiguieron a toda máquina en los terraplenes inacabados para los aviones supervivientes, así como un taller subterráneo que podía oscurecerse para efectuar reparaciones nocturnas.

Putnam ordenó que se colocaran cargas de dinamita a intervalos de cincuenta metros a lo largo de la pista para impedir cualquier intento de invasión aerotransportada. Se excavaron hoyos profundos en las áreas colindantes al aeródromo para que los aviones japoneses no pudieran aterrizar allí, y se llevaron al lugar tractores y otros equipos pesados que durante la noche ejercían de barricadas en las pistas, después de que los últimos F4F-3 regresaran de patrullar.

Putnam sabía que lo más ansiado por los japoneses era aniquilar al VMF-211 de una vez por todas. Pero al contemplar los rostros de los supervivientes, percibió que el sentimiento era mutuo. Anhelaban saldar cuentas y estaban dispuestos a asestar un nuevo golpe al enemigo.

Según todos los indicios, no tendrían que esperar mucho a que llegara su oportunidad, pero el gran interrogante era cuándo.

A buen seguro, los bombarderos japoneses habían partido de una base ubicada en las Marshall. Wake estaba demasiado lejos de Hawai para ser atacada por los mismos aviones que habían azotado Pearl Harbor. Estimando la distancia que los aparatos enemigos debían recorrer desde las Marshall —unas 1100 millas náuticas— y su velocidad, el escuadrón de Putnam sería capaz de pronosticar el momento del siguiente ataque japonés con una precisión considerable.

Conforme a sus mejores cálculos, cabía esperar otra cita con los Nell al día siguiente en torno a mediodía.

De un extremo a otro de Wake, hombres posicionados en nidos de ametralladora, pozos de tirador y refugios subterráneos se formulaban preguntas similares acerca del próximo movimiento enemigo. Sus conclusiones se cimentaban en informaciones mucho menos precisas que las que Putnam y Kinney tenían a su disposición, pero se reducían a lo mismo: el enemigo quería Wake, y quería ver muertos a los estadounidenses que la poblaban. Regresarían, y probablemente lo harían muy

pronto.

Casi igual de desconcertante que la pérdida de hombres y material resultaba la idea de que las penurias de la guarnición no habían hecho más que empezar. Sin radar ni dispositivos de escucha de ninguna clase, ¿qué impediría a los japoneses repetir su éxito al día siguiente? Obviamente, el primer ataque era sólo un aperitivo. Los japoneses volverían una y otra vez hasta asegurarse de que los defensores se hallaban desamparados. Entonces enviarían sus naves y grupos de desembarco para acabar con ellos.

Para Devereux era especialmente descorazonador que el golpe se hubiera producido sin represalias, pese a que todos los hombres del batallón se encontraban en sus puestos y, en principio, preparados para un ataque. No era precisamente un consuelo el saber que sus cañones estaban listos y que, aun así, la guarnición había sido cogida por sorpresa. Con un radar, el escuadrón del comandante Putnam habría emprendido el vuelo para recibir a los bombarderos japoneses, en lugar de tener a la mayoría de sus aviones estacionados e indefensos en tierra firme.

«Independientemente de lo que hubiese podido ocurrir de haber tenido un radar, el hecho es que perdimos el primer asalto de la batalla por la isla de Wake», concluía Devereux. «El enemigo nos había asestado un golpe sorprendente y había huido casi impune».



Por tanto, ahora el gran interrogante era si ocurriría lo mismo en una segunda ocasión.

Buena parte del Campamento Uno había quedado reducida a montones de lona despedazada, pero en un sentido práctico, su naturaleza inhabitable no cambiaba gran cosa. Los marines ahora estaban repartidos en torno a sus puestos de batalla y no deseaban volver a sus vulnerables tiendas de campaña.

Los nuevos barracones y otras estructuras del Campamento Dos sólo habían recibido el impacto de las balas, así que los daños eran bastante leves, pero constituían un blanco demasiado tentador como para eludir la atención del enemigo por mucho tiempo.

Sin embargo, en el complejo de Pan Am en Peale los desperfectos fueron asombrosos. La emisora de radio, el taller de máquinas y el hotel de la aerolínea estaban totalmente en ruinas, y algunos de sus depósitos de combustible habían saltado por los aires. El clíper fondeado en la laguna fue acribillado por las balas, pero los artilleros enemigos habían errado sus componentes vitales y todavía era apto para volar. Todos sus pasajeros también sobrevivieron milagrosamente y no sufrieron lesiones de gravedad.

La idea de utilizar el clíper para una misión de reconocimiento se había desechado para entonces. Lo más razonable era coger el gran hidroavión y tantos no

combatientes como cupieran a bordo y abandonar la zona de guerra lo antes posible. El problema era que el número de personas que debían ser evacuadas superaba con mucho la capacidad normal del clíper. John Hamilton, el piloto, esperaba despegar con sesenta personas en un avión que habitualmente transportaba menos de un tercio de esa cifra en sus vuelos transpacíficos.

Tras deshacerse de cualquier carga no esencial, incluido el correo saliente, los veintisiete empleados estadounidenses de Pan Am, entre ellos dos con heridas leves, se agolparon en el gran hidroavión junto con los pasajeros regulares. Sin embargo, a unos veinticinco chamorros, los nativos de piel oscura originarios de Guam que también trabajaban para la aerolínea, no se les permitió embarcar. Cuando dos de ellos trataron de viajar de polizones, fueron expulsados rápidamente.



«Sabía que el avión contaba con un espacio limitado», decía más tarde el comandante Cunningham, «pero me pareció un momento poco afortunado para erigir la barrera de color».

Sobre la una y media, Hamilton realizó el primer intento de despegue. No obstante, en dos ocasiones tuvo que apagar los motores y abortar en el último momento para evitar estrellarse en la costa opuesta de la laguna. Por fin, a la tercera intentona, el sobrecargado clíper se levantó vacilante del agua. Apenas pudo esquivar los árboles del extremo sur de Wake y mantuvo una altura peligrosamente baja al encaminarse al noroeste, hacia la seguridad que brindaba Midway.

Atrás quedaron dos pasajeros que, por algún motivo, no tuvieron conocimiento de que el clíper se marchaba. Uno de ellos era August Ramquist, un mecánico de Pan Am, que perdió el vuelo mientras ayudaba a trasladar a los chamorros heridos al hospital. El otro era Herman Hevenor, un representante de la Oficina de Administración y Presupuesto de Washington, que supervisaba las obras de Wake para asegurarse de que no se estaba malgastando el dinero de los contribuyentes estadounidenses.

Por suerte, entre las malas noticias se colaba alguna nota positiva. Pese a las enormes pérdidas que acusaron los suministros de combustible de las islas, todavía quedaba mucha gasolina en seis depósitos dispersos entre la maleza. Unas reservas subterráneas almacenaban aún más de dos millones de litros de agua potable, cantidad suficiente para satisfacer las necesidades derivadas del consumo y la cocina durante meses, aunque las plantas de desalinización de agua marina hubiesen quedado destruidas. En varios polvorines a prueba de bombas se había acumulado suficiente munición para un asedio prolongado.

Se disponía también de existencias de comida para seis meses, pero hacerlas llegar a los hombres hambrientos desperdigados por las tres islas suponía un problema logístico importante, máxime cuando podían destinarse escasos marines a

labores de comedor. El encargado de CPNAB, Dan Teters, vino al rescate, ocupándose personalmente de los alimentos y utilizando mano de obra y equipos civiles para preparar y repartir raciones dos veces diarias a todo el personal.



La mejor noticia que llegó la tarde del 8 de diciembre fue que el 1.^{er} Batallón de Defensa de Wake y su red minuciosamente construida de emplazamientos antiaéreos, baterías de costa y pozos de ametralladora habían sobrevivido al ataque virtualmente indemnes. Ni un solo miembro del contingente de Devereux había perecido y, salvo por algún que otro rasguño sin importancia, nadie resultó herido.

Sin embargo, el comandante sabía que el único motivo de este golpe de suerte obedecía a la preocupación de los cazadores enemigos por diferentes presas aquel primer día. Casi con absoluta certeza, los atacantes se concentrarían en el batallón defensivo y su artillería la próxima vez. Los cañones de 120 mm de los marines estaban bien atrincherados y camuflados, pero las baterías antiaéreas de 75 mm eran más fáciles de detectar por los atacantes, sobre todo cuando los cañones entraban en acción y, por lo tanto, resultaban más vulnerables. Todavía quedaban más pozos de tirador y refugios por excavar para las dotaciones de artillería, y otros debían ganar profundidad. Había que acumular reservas de comida, agua y munición y almacenarles en localizaciones repartidas por las tres islas. A la sazón, las instalaciones sanitarias de campaña eran de gran importancia, así que debían excavar trincheras y construirse letrinas cubiertas. De lo contrario, un brote de disentería podía exterminar a los hombres tan despiadadamente como las balas japonesas. Todo ello suponía una sucia labor que se prolongaba veinticuatro horas diarias.

Para afianzar las capacidades defensivas de la guarnición, Devereux actuó con rapidez para asignar a todos los empleados, cocineros y demás personal sin un puesto de combate primordial —73 hombres en total— a un nuevo contingente de reserva móvil. Se eligió para capitanearlo al teniente Arthur Poindexter, un joven de Kansas cuyo semblante amigable ocultaba un fiero deseo de proclamarse ganador en todas sus empresas. Para facilitar al contingente una potencia de fuego adicional, se montaron cuatro ametralladoras en la plataforma de un camión, de modo que el personal y los experimentados artilleros pudieran ser trasladados a cualquier lugar donde fuesen necesarios.

Aunque estaban exhaustos, a los marines les resultaría difícil dormir en sus pozos de tirador aquella noche. Los comandantes de campo ordenaron que sus ametralladoras contaran con personal en todo momento, y todas las baterías mantuvieron un alto grado de alerta. Las patrullas de playa montaron guardia por todo el litoral. Incluso los hombres que se sumían en un sopor intermitente mientras no vigilaban tendían a despertarse de una sacudida cada pocos minutos. Muchos de

ellos persistían en excavar unos pozos y refugios que nunca parecían lo bastante profundos.

Junto con sus hombres, Devereux también buscó cobijo, levantando un puesto de mando provisional en un refugio frío y húmedo bien camuflado entre la maleza.

En medio de todo esto, al comandante Cunningham todavía le costaba zafarse de unos procedimientos y prioridades vigentes en tiempos de paz que ya no importaban y centrarse en las necesidades más acuciantes propias de la guerra. Aunque el comandante de la isla permitió la derivación de algunos miembros de la Armada a tareas defensivas, se negó a reasignar a otros destinados a la base aeronaval.

Por motivos que conocía mejor el propio Cunningham, también insistió en que prosiguieran las obras en la base aérea, aunque las posibilidades de que se completaran, o tan siquiera de que sobrevivieran a futuros ataques japoneses que sin duda se producirían, eran prácticamente nulas.

Por una incursión aislada, razonó Cunningham, no debían paralizarse todos los trabajos que se estaban efectuando en la base aeronaval. Por el contrario, la urgencia de las obras de construcción era incluso mayor que antes. Sólo debían interrumpirse cuando fuese imposible proseguir con normalidad, reiteró.

La mayoría de los hombres destacados en Wake a buen seguro habrían afirmado que ese momento ya había llegado. A la luz del desastre de aquel día, seguir invirtiendo mano de obra y materiales en un proyecto de construcción desprotegido era el equivalente a tratar de moldear un muñeco de nieve en un horno.

Sin embargo, esto no significa que Cunningham no estuviese haciendo nada de valor. Envío a tres mecánicos de la base de hidroaviones al aeródromo para que ayudaran al teniente Kinney y al sargento Hamilton con los Wildcat. También despachó a dieciocho marineros a la reserva móvil del teniente Poindexter.



Aquella tarde, Cunningham transmitió un mensaje radiofónico urgente a Pearl Harbor detallando el ataque a Wake, la pérdida de los ocho Wildcat, los veinticinco fallecidos y la treintena de heridos. Recordaba que al momento había contactado con los submarinos estadounidenses *Tritón* y *Tambor*, que navegaban frente a la costa de Wake. Ambos habían permanecido sumergidos todo el día y no estaban localizables por radio. Cuando Cunningham se apercibió de que desconocían el ataque sufrido en Wake e incluso el estallido de la guerra, dictó a su operador, el alférez Bernard Lauff, un mensaje que pormenorizaba a los capitanes de los submarinos lo ocurrido y los conminaba a mantenerse alerta ante posibles buques enemigos.

Poco después, llegaba una transmisión en ocho palabras desde el cuartel general del 14.º Distrito Naval en Pearl:

Cunningham no sabía si reírse o llorar. Los maltrechos defensores de Wake por fin tenían permiso oficial para contraatacar.

Por otro lado estaba el alarmante problema de la falta de personal para las baterías y ametralladoras de las islas. Estas armas podían infligir un duro castigo a futuros atacantes, y posiblemente marcar la diferencia entre la supervivencia y la aniquilación, pero sólo si podían encontrarse hombres suficientes a los que poner en acción.

Aunque Cunningham había aprobado el uso de todo hombre disponible, el personal militar de Wake no podía satisfacer esas necesidades por sí solo. Afortunadamente, poseían un sólido y habilidoso aliado con el que los japoneses tal vez no contaban: un pequeño ejército de trabajadores civiles, que iban desde adolescentes de mejillas velludas a abuelos de pelo gris.

Desde luego, no todos los empleados de CPNAB tomaron parte en esta sacrificada labor de voluntariado. Muchos de ellos desaparecieron entre la maleza minutos después de esa primera razia aérea, llevando consigo tanta comida y pertrechos como pudieron, y se ocultaron allí mientras duró la batalla. No sólo se negaban a exponerse al combate, sino también a desempeñar cualquier tipo de trabajo. Teniendo en cuenta que pocos de ellos habían sido advertidos del peligro inminente, que apenas se hizo nada por protegerlos del ataque inicial, y que un número desproporcionado de muertos y heridos eran civiles, es comprensible que algunos siguieran ese curso.

Los marines estaban programados para actuar de manera distinta. Algunos de ellos habían combatido en la primera guerra mundial, y un número considerable habían prestado servicio en Nicaragua, pero hasta el recluta más novato había sido adiestrado desde su primer día en el campo de entrenamiento para considerar la guerra su profesión. Su actitud era que luchar —y matar o morir si era preciso— formaba parte de sus deberes. Dado que los civiles carecían de este condicionante psicológico, es fácil comprender por qué muchos de ellos intentaron esquivar el peligro. Pero esta misma carencia sólo hacía a los que participaron en el combate más dignos de admiración.

En total, entre trescientos y cuatrocientos civiles optaron por convertirse en un poderoso contingente auxiliar en la defensa del atolón. Proporcionaban munición a numerosas ametralladoras y baterías. Repartían comida y agua. Montaban guardia para relevar a unos marines absolutamente agotados. Llenaban sacos de arena, manejaban equipos pesados, ayudaban a enterrar a los muertos y a atender a los heridos. Una de sus mayores aportaciones fue ayudar repetidamente a trasladar las baterías antiaéreas de 75 mm para impedir que los bombarderos japoneses pudieran centrarse en sus localizaciones y destruirlas.

«La noche después del primer ataque, unas doscientas personas nos reunimos con Dan Teters», recordaba Glenn Newell, de Idaho. «Nos dijo: “Vamos a trabajar con los marines y cuando vuelvan los japoneses vamos a joderlos”. A mi hermano le

asignaron un camión y lo pusieron a transportar sacos de arena. Por la noche, yo ayudaba a trasladar los grandes cañones y llevaba munición».

«Nos llamábamos los Doce del Patíbulo», decía Chalas Loveland sobre su grupo de voluntarios civiles. «Íbamos allá donde nos necesitaban y trabajábamos de sol a sol. Una noche que no había cañones que mover, cargamos unas vigas en hache de unos diez metros de longitud para construir un gran refugio subterráneo en Peale».

«Esa primera noche, los marines nos hicieron sentirnos solos», apuntaba el civil Ed Doyle, que había viajado a Wake para trabajar en una nueva base submarina y luego enviaba unas elogiosas cartas a su hermano, Bob, al que también había enrolado en M-K. «Bob y yo queríamos largarnos de allí, pero no había dónde ir. Entonces nos dijeron que todos éramos necesarios, y creo que la mayoría de los civiles respondieron. Me dieron un camión y me pidieron que estuviese disponible día y noche. Transporté hombres, comida, munición y cualquier cosa que pudiera transportarse».

De hecho, bastantes civiles cogieron las armas y combatieron como soldados hechos y derechos.

Ningún superviviente de Wake conoce mejor la importancia de la contribución civil que el sargento Walter Bowsher, y nadie trabajó más duro para desarrollarla. Por una serie de circunstancias excepcionales, al veterano artillero le fue encomendada la tarea de reclutar, entrenar y capitanear a la única dotación de artillería integrada únicamente por civiles en todo el atolón. Sin estos voluntarios, que trabajaron para Bowsher en un cañón antiaéreo en la isla de Peale, el arma de 75 mm jamás habría disparado un solo proyectil al enemigo por falta de personal.

Bowsher se encontraba en la enfermería por una lesión de rodilla la mañana del 8 de diciembre cuando le fue notificado el ataque a Pearl Harbor. La rodilla le dolía y estaba hinchada, por lo que se le diagnosticó una trombosis o coágulo sanguíneo, y a Bowsher se le advirtió que no apoyara la pierna y guardara reposo.

El sargento se mostró inquieto por un momento y entonces se incorporó. «No pienso quedarme aquí postrado esperando a que me disparen», se dijo a sí mismo el otrora granjero de Indiana. «Si los japoneses van a tirotearme, prefiero estar de pie cuando ocurra».

Bowsher cogió las muletas y una canana de munición y se dirigió cojeando hacia su puesto de batalla en la Batería D, el emplazamiento antiaéreo situado en la costa norte de Peale. Una de las primeras personas con las que se encontró fue el capitán Godbold, el comandante de puesto fortificado de la isla.

«No debería estar aquí con la pierna en ese estado», le dijo Godbold. «Tiene que volver al hospital».

«No me siento bien allí, señor», respondió Bowsher. «Tengo la impresión de que debo hacer algo».

Godbold frunció el ceño, y Bowsher estaba convencido de que sería relegado de nuevo a la enfermería, pero tras unos segundos el capitán transigió. Envío a Bowsher a un polvorín cercano, donde podía sentarse al menos parte del tiempo mientras clasificaba y distribuía munición.

Durante el primer ataque, Bowsher permaneció en el polvorín, uno de los lugares más seguros del atolón, pero el estruendo de las bombas y los cañones de la batería le indujeron un violento bombeo de adrenalina. Esa noche, físicamente exhausto y emocionalmente consumido, se durmió sobre un montón de proyectiles de 75 mm.

Bowsher nunca supo exactamente cómo ocurrió, pero al despertar a la mañana siguiente, la hinchazón de su pierna había mermado. Un sanitario la examinó y especuló que la excitación vivida durante las últimas veinticuatro horas había disuelto el coágulo de algún modo. Indicó a Bowsher que podía apoyar la pierna sin problemas pero que fuese cuidadoso.

Ahora que podía moverse de nuevo, Bowsher estaba listo para personarse en su puesto habitual en la batería, pero Godbold tenía una misión más importante para él.

«Como sabe, no hay dotación para nuestro cañón número tres», dijo Godbold. «Al ser usted uno de los más experimentados, ¿por qué no trata de reclutar civiles suficientes? De lo contrario, será un trasto inútil».

Era una orden delicada. Si se ceñían a las normas, se precisaba un mínimo de catorce hombres para manejar un cañón de 75 mm, pero cuando Bowsher inició su búsqueda, la suerte le sonrió enseguida. Alguien le dirigió a Amos White, de Rahway, Nueva Jersey, un veterano del Ejército que se había entrenado con cañones antiaéreos de 75 mm en la Artillería Costera de Estados Unidos. Era sólo el comienzo, pero parecía prometedor.



Durante las horas siguientes, Bowsher entrevistó a unos treinta civiles, y White era el único con experiencia real en materia de artillería. Por tanto, Bowsher empezó a concentrarse en los hombres que habían pertenecido a unidades del CEOR o la Guardia Nacional, o incluso a la Asociación Nacional del Rifle. Cuando menos, supuso, tendrían nociones sobre armamento, las suficientes para sentir un saludable temor.

Antes de que cayera la noche, el sargento había encontrado a sus catorce hombres, y constituían una interesante muestra de los trabajadores que CPNAB trajo a Wake. En un extremo del espectro se encontraba George Lawback, un hombre de setenta y dos años proveniente de Milton, Georgia. Su edad no le permitía operar el cañón en plena batalla, pero estaba tan decidido a ayudar que Bowsher le dejó encargarse del mantenimiento general. En el otro extremo estaba Eldon Hargis, un joven de veintidós años originario de Roseburg, Oregón, que se encargaría de facilitar proyectiles a los artilleros.

Merced a su experiencia en la Guardia Nacional, Elmo «Doc» Robinett, de Milton, Oregón, fue nombrado segundo capitán de artillería y encargado del graduador de espoletas. Don Ludington, capataz de un taller de chapa metálica de McCall, Idaho, que tenía experiencia en armas ligeras y maquinaria, fue nombrado operador del acimut, un instrumento para medir la dirección horizontal. Earl «Shorty» Row, de Jasonville, Indiana, se encargaba de la llave de espoleta, en parte porque cuando era estudiante de secundaria había mostrado interés en la vida marcial durante un campamento militar de verano.

Otros miembros de la dotación incluían a Harold Cleft, de Nampha, Idaho, cargador número uno; Arthur Griffith, de Fairfield, Idaho, artillero auxiliar; Harvey Burdett, de Oakland, Oregón, encargado de la munición; Darwin Miners, de Spokane, Nevada, encargado de la recámara; William Myrdock, de Elco, Nevada, encargado de municionar; Marshall Talbot, de Los Ángeles, California, supervisor de elevación; y H. Floyd Turner, de Platsburg, California, también encargado de pasar proyectiles.

Ludington, el único miembro superviviente de la dotación civil en el momento de escribir este libro, se había ofrecido voluntario para servir en los cañones de 75 mm incluso antes de que estallara la guerra y había participado en diversas maniobras prácticas con la batería. «En realidad no disparábamos», decía, «pero conocíamos todos los pasos. Aun así, todo cambiaba cuando te arrojaban bombas de verdad. Parecía que todas iban a alcanzarte directamente en la nariz». Tras el primer bombardeo, Ludington, que en aquel momento tenía veinticinco años, quedó impresionado, pero ardía en deseos de combatir, y no dejó pasar la oportunidad que Bowsher le ofrecía de contraatacar a los japoneses.

Durante doce horas de orientación ininterrumpida, Bowsher se reunió uno a uno con todos los miembros de su nueva dotación, y les explicó con paciencia sus tareas específicas. También sometió a los hombres a un curso intensivo de tres horas en el manejo del cañón como unidad.

«Al principio mostraron algunos problemas de concentración», recordaba Bowsher. «Cada vez que disparaban se detenían y alzaban la vista para comprobar dónde había caído el proyectil, pero al cabo de unos días lograron corregir ese hábito y lo hicieron bien. Eran voluntariosos y trabajaron duro, y al poco tiempo su cañón rendía tanto como los demás de la batería».

No pasaría mucho tiempo hasta que la única dotación civil de artillería de Wake sometiera su rudimentaria formación a la primera prueba de importancia.

El martes 9 de diciembre amaneció radiante y despejado. El toque de diana sonó a las cinco de la mañana, y los marines, con los ojos enrojecidos, salieron a rastras de sus pozos de tirador para recoger la comida y el café caliente que repartían los trabajadores de Teters. Engulleron el desayuno y volvieron apresuradamente a sus puestos de batalla.

Devereux declaró el Nivel Uno de Alerta, lo cual significaba que todos los teléfonos de campaña, las baterías, las ametralladoras y los puestos de vigilancia

repartidos por Wake debían contar con personal en todo momento. En el aeródromo, después de trabajar toda la noche para reparar el Wildcat dañado durante el ataque, Kinney y Hamilton informaron de que ya estaba listo para volar y centraron su atención en el caza con la hélice doblada. A las 5.45, dos aviones despegaron para realizar una patrulla matinal. Los dos aviones útiles que quedaron en tierra se encontraban ocultos en terraplenes protectores.

Más o menos una hora después, cuando los F4F-3 se aseguraron de que ningún barco japonés se había infiltrado en la zona durante la noche, Devereux rebajó el estado de alerta a Nivel Dos, lo cual requería que sólo la mitad de los cañones dispusieran de una dotación completa. No es que la amenaza de ataque hubiese disminuido —por el contrario, el peligro podía ir en aumento a lo largo de la mañana—, pero el Nivel Dos permitía a muchos de los marines dedicarse a numerosos preparativos de defensa inacabados. Uno de los más relevantes consistía en llenar quinientos sacos de arena y amontonarlos alrededor de las baterías antiaéreas de Wilkes.

En los emplazamientos antiaéreos, las dotaciones debatían si la próxima razia se produciría a tan baja altura como la primera. El teniente «Wally» Lewis, comandante de la Batería E en Peacock Point, había sido uno de los primeros en divisar a los atacantes el día anterior, y también uno de los primeros en apreciar lo inefectiva que era su batería contra la rapidez de los Nell volando a quinientos metros de altura o menos. No obstante, hoy pronosticaba abiertamente un ataque a gran altitud.

«Ayer no alcanzamos un solo blanco, pero disparamos muchos proyectiles», afirmaba Lewis. «Eso hará que los japoneses hoy se sientan más a salvo a mayor altura. Sin embargo, no estarán más seguros; sólo creerán estarlo».

En esta ocasión, el factor sorpresa caía del lado del VMF-211.

Cuando se acercaba el mediodía, los cuatro cazas pilotables del diezmado escuadrón habían despegado y escudriñaban el cielo en busca de aviones enemigos. Sobrevolaron el sur de Wake el sargento Hamilton, que había pasado la noche en vela remendando agujeros de bala en el dañado Wildcat pero aun así insistió en cubrir su turno en la patrulla de mediodía, y el teniente Dave Kliever.

Alrededor de las once y media de la mañana, los dos pilotos vieron algo que les resultaba escalofriantemente familiar: veintisiete Nell de doble cola en tres formaciones en V volaban directos hacia Peacock Point a 4000 metros de altura.

Mientras tanto, en una atalaya, el artillero Harold C. Borth también vio a los bombarderos acercándose y dio el aviso por teléfono. De inmediato, la única señal de ataque aéreo efectiva que había podido idear la guarnición —tres disparos efectuados en rápida sucesión con un rifle o una pistola— resonaron a lo largo y ancho del atolón. Las dotaciones de artillería empezaron a seguir la trayectoria de los aviones, y todos los demás se pusieron a cubierto a toda prisa.

Hamilton y Kliewer hicieron descender en picado sus F4F-3 y se abalanzaron sobre el bloque de nueve aviones más próximo con sus ametralladoras del calibre 50 escupiendo balas en un intento por disgregar la formación. Los bombarderos mantuvieron el rumbo y sus artilleros respondieron con un intenso fuego, pero los Wildcat viraron para realizar una segunda pasada, y luego una tercera.

Uno de los aviones enemigos empezó a tambalearse, y los pilotos estadounidenses olieron la sangre. Hamilton realizó una aproximación para rociar el Nell con una lluvia de proyectiles. Ya estaba en llamas cuando Kliewer acabó con él.

En aquel momento, el resto de los aviones enemigos se encontraban muy cerca de Peacock Point, y las bocanadas negras de las baterías antiaéreas salpicaban el cielo. Los Grumman informaron por radio a las baterías de que los atacantes habían descendido a 3400 metros. Entonces se replegaron para evitar el fuego amigo y observaron cómo el bombardero japonés en llamas se hundía en el mar.

Los defensores de Wake se habían anotado su primer derribo oficial, y la jornada no había tocado ni mucho menos a su fin.

Los cañones de 75 mm del teniente Lewis cercaron a los atacantes con proyectiles y efectuaron casi cien disparos en un minuto. Otro Nell empezó a echar humo y se desprendió de la formación. El sargento Charles Holmes, que supervisaba el control de tiro de la Batería E, sonrió al ver que habían acertado el blanco y comprobar la efectividad general de la batería.

Pese a la intensa descarga antiaérea, gran parte de los atacantes mantuvieron el rumbo y soltaron una línea de bombas en la base de Wake, desde Peacock Point hasta la laguna, y obligaron a las dotaciones de artillería a cesar los disparos y ponerse a cubierto. Las bombas impactaron peligrosamente cerca de la batería de 75 mm destacada en Peacock, lo bastante para rociar el cañón y los pozos de tirador colindantes con polvo de coral y escombros.

Muchas de las bombas emitían un estremecedor silbido al caer. A unos doscientos metros de la posición de Holmes, su amigo y paisano de Texas Jesse Nowlin se agazapó en un pozo de tirador cerca de la Batería A, el cañón de 120 mm de Peacock, e intentó evitar mirar hacia arriba. Cada bomba, decía, parecía apuntar directamente a su «ombligo».

Nowlin, Holmes y la mayoría de sus compañeros de batería sobrevivieron al ataque con poco más que unas contusiones, pero el soldado John Katchak no tuvo tanta suerte. Una bomba explotó a unos dos metros del novato de diecinueve años perteneciente a la Batería A, hizo pedazos su cuerpo y convirtió su pozo de tirador en su tumba. Cuando se pudo salir sin correr peligro, los compañeros de Katchak construyeron un pequeño cúmulo con fragmentos de coral sobre su cuerpo, mascullaron una oración y dejaron sus restos allí. Fue el primer miembro del Batallón de Defensa muerto en combate.

Desde Peacock, los aviones se dirigieron hacia el norte y el oeste sobrevolando Wake, y malgastaron algunas bombas en el flanco septentrional del aeródromo, donde no había más que matorrales desiertos. Pero alcanzaron de lleno a un camión cisterna cargado de combustible que llevaba a tres marines, cuyos cuerpos fueron hallados diez días después.

Entonces, los atacantes cruzaron la laguna y desataron toda su furia sobre el Campamento Dos. Después de sobrevivir a un único bombardeo durante la primera ofensiva, casi todos los edificios modernos de madera que ocupaban el campamento quedaron gravemente dañados. Los barracones en los que habitaban los civiles, las instalaciones que albergaban al personal de la base aeronaval, almacenes, talleres de máquinas y un enorme garaje lleno de vehículos quedaron prácticamente reducidos a astillas.

Pese a la directriz de Cunningham que exhortaba a los civiles a mantenerse dispersos, muchos trabajadores habían regresado a sus cómodos barracones después de pasar una noche a la intemperie. Decenas de personas se concentraron en el campamento, aparentemente ajenas al peligro, mientras los bombarderos enemigos rugían sobre sus cabezas. Más de treinta murieron en el acto o resultaron heridos de gravedad, y otros veinte sufrieron lesiones.

Dan Teters y otro hombre escaparon por los pelos de la carnicería del Campamento Dos escondiéndose en un sótano y cerrando la pesada puerta de acero a su espalda. Segundos después, una bomba combó la puerta de tal manera que no podían abrirla, y la pareja quedó atrapada en el interior, con la consiguiente amenaza de morir asfixiados, hasta que llegó ayuda para liberarlos.

Los atacantes prosiguieron su avance con la intención de ocasionar cuantiosos daños en la isla de Peale, donde sus bombas martillearon la base aeronaval inacabada, derribaron la emisora de radio de la Armada, hostigaron un gran almacén abarrotado de material por valor de un millón de dólares, y destruyeron lo que restaba del hotel de Pan Am.

Pero para los defensores de Wake el acto más cruel e imperdonable del enemigo en esa segunda jornada fue el ataque deliberado al hospital del Campamento Dos.

La estructura de madera en forma de T tenía una gran cruz roja pintada claramente en el tejado, pero los bombarderos japoneses o bien no la vieron, o bien hicieron caso omiso. En su interior, docenas de hombres heridos yacían indefensos, incapaces de moverse y mucho menos de ponerse a salvo. Muchos estaban inconscientes o aturdidos por el dolor o la medicación, pero otros pudieron oír nítidamente el sonido de las bombas aproximándose.

Cerca del puesto de mando de Devereux, al otro lado de la laguna, los marines contemplaron horrorizados cómo los bombarderos se abatían sobre el hospital. Cuando se dieron cuenta de la trayectoria que describían las bombas, no pudieron sino cerrar los ojos y maldecir.

El sargento Tom Kennedy, del VMF-211, cuyas heridas en el brazo y la pierna

eran dolorosas, pero en modo alguno tan graves como las de muchos otros de su sala, oyó las primeras explosiones. Después de lo del día anterior, no le cabía la menor duda de que se trataba de bombas, pero no estaba muy preocupado.



«Tómatelo con calma», aconsejó al marine que ocupaba la cama de al lado. «Aquí no nos molestarán. Saben que esto es un hospital».

Justo entonces, una lluvia de balas de ametralladora perforó el techo sobre sus cabezas. Kennedy no podía levantarse, pero se escurrió tanto como pudo hacia los pies de la cama con la intención de apartarse de la línea de fuego.

Unos metros más allá, el doctor Kahn se refugió debajo de una cama y colocó una taquilla encima para protegerse mientras otra andanada de fuego de ametralladora tachonaba el suelo a escasos centímetros. Las balas destrozaron unos zapatos que se encontraban junto a la cama, y una de ellas rebotó y atravesó la pernera del pantalón de Kahn, pero no le perforó la piel.

Momentos después, media docena de bombas alcanzaron un ala del hospital de manera casi simultánea y lo convirtieron en un infierno estruendoso. Kennedy podía oír los gritos de los heridos.

El comandante de la Armada Campbell Keene, un afable aviador al cargo de la incipiente base de hidroaviones de Wake, y el sargento Glenn Tripp, que había empezado la semana como ayudante en el despacho de Cunningham, recorrieron aquel caos gritando a todos que salieran antes de que el fuego llegara hasta ellos. Varios civiles heridos les tomaron la palabra y salieron corriendo y se cobijaron bajo un tractor. Al cabo de un segundo, otro artefacto cayó sobre el vehículo y éste desapareció junto con los hombres escondidos debajo de él.

Keene sacó a Kennedy de la cama y trató de hacerlo caminar, pero su debilidad y el dolor eran demasiado intensos. Pese a lo corpulento que era Keene, precisó la ayuda de otro hombre para llevar al sargento herido al exterior y conducirlo a un edificio cercano que no había sido bombardeado. Otro paciente, el marinero de primera clase William Manning, alcanzado en tres ocasiones por el fuego de ametralladora el 8 de diciembre mientras llegaba al aeródromo en un camión en el que viajaban otros compañeros, había sufrido siete nuevas heridas por los fragmentos de bomba. Manning sangraba profusamente, pero consiguió salir a rastras del hospital en llamas.

Entretanto, Tripp corrió directamente hacia la cama en la que yacía el piloto «Spider» Webb, gravemente herido e inconsciente.



Tripp lo levantó en vilo y sorteó como pudo las llamas de camino a la salida más próxima.

El hospital ardía como una antorcha cuando «Ed» Borne apareció con su camión. Momentos antes, Borne había resultado herido en la pierna por un fragmento de metralla, pero cuando vio a Kahn intentando sacar del edificio un montón de suministros médicos arrebujados en una sábana, corrió en su ayuda.

«¿Qué quiere que haga, doctor?», preguntó Borne.

«Coja todo lo que pueda», resolló Kahn. «De lo contrario, lo perderemos todo».

Borne se adentró en el hospital, protegiéndose la cara de aquel intenso calor con los brazos. Rasgó las sábanas de la cama más cercana y volcó en ellas parte del contenido de un armario. Después lo envolvió y lo arrastró hacia la puerta.

Cuando llegó fuera, Kahn lo ayudó a transportar el material a un lugar seguro, y Borne se dirigió de nuevo hacia el edificio.

«Será mejor que no entre ahí», exclamó Kahn. «Está a punto de estallar».

«Puedo hacerlo una vez más», aseguró Borne.

En el interior las llamas lo invadían todo y el calor era casi insoportable, pero Borne vio otro armario abarrotado de grandes botellas de cristal. Avanzó como pudo para examinarlas más de cerca y vio que contenían un litro de líquido transparente.

«Las etiquetas decían “vodka” y empecé a cogerlas», recordaba Borne muchos años después. «Agarré cuantas pude y eché a correr como alma que lleva el diablo».

Encontró a Kahn esperándole nervioso en el exterior. El joven médico de la Armada, originario de Amarillo, Texas, estaba demacrado, iba sin afeitar y parecía estar a punto de desmayarse por el estrés y la falta de sueño, pero cuando vio las botellas, su rostro cubierto de hollín se iluminó levemente.

«Eh, pásame una de esas», dijo.

Kahn abrió una botella de vodka, se la ofreció a Borne y ambos degustaron un trago largo y poco ceremonioso, cortesía de las últimas existencias de alcohol medicinal que quedaban en Wake.

«En este momento le besaría, Borne», dijo Kahn. Fue un raro momento de frivolidad en medio de un holocausto. Detrás de ellos, en las ruinas del hospital, el ataque se había cobrado un alto precio entre los heridos. Al menos tres marines convalecientes y cuatro o cinco civiles perecieron, y el marinero Manning fue uno de los que sufrieron nuevas heridas.

Cuando los bombarderos japoneses sobrevolaron Peale en su trayecto hacia el norte, la Batería D del capitán Godbold en Toki Point les lanzó todo lo que pudo. Los tres cañones de la batería —incluido el operado enteramente por los civiles del sargento Bowsher— dispararon más de cien proyectiles antes de que los aviones abandonaran su radio de alcance.

Godbold contó cinco Nell que echaban humo al poner rumbo hacia el sur. Mientras todavía era visible, uno de los aviones estalló y sus fragmentos llameantes cayeron al océano. «Los demás aparatos dañados escupían tanto humo», decía Devereux, «que nuestros aviadores pronosticaron que jamás negarían a casa».

Aunque era una mera ilusión, los atacantes al menos habían pagado un precio en

esta ocasión. Pero, una vez más, el enemigo había asestado a los defensores de Wake un golpe mucho más devastador de lo que habían recibido a cambio.

Ahora había llegado el momento de recoger los cuerpos de los recién fallecidos. Era hora de ocuparse de los heridos casi sin suministros médicos y nada que se asemejara a un hospital como es debido. Era hora de volver a empezar.

También era el momento de aceptar la innegable certeza de que el día siguiente traería más de lo mismo, o incluso algo peor.

La araña y la mosca

Con tres cuartas partes de los edificios convencionales de Wake reducidos a escombros, cuatro grandes polvorines situados al este del aeródromo cobraron una importancia capital para los defensores del atolón. El hecho de que se construyeran parcialmente bajo tierra con techos abovedados al estilo de los iglús o con cemento reforzado los convertía en las estructuras más seguras de las islas. Cada polvorín medía unos doce por seis metros, con un techo de cuatro metros de altura y la protección adicional que conferían varios palmos de tierra apilados sobre él.

Estas edificaciones recibían el calificativo de «lomo de elefante», ya que ése era el aspecto que ofrecía la estructura exterior terminada. Estaba prevista la construcción de más polvorines similares en Wake y Wilkes, pero sólo estaban prácticamente finalizados estos cuatro cuando atacaron los japoneses.

Poco después de la segunda razia aérea, la guarnición abordó la tarea de trasladar a todos los pacientes que habían sobrevivido y las pequeñas reservas de suministros recuperadas del hospital bombardeado en el Campamento Dos a un par de polvorines. El ubicado más al norte fue asignado a los heridos civiles y supervisado por el doctor Shank; el situado más al sur albergaba a las bajas de los marines y la Armada, con el doctor Kahn al cargo.

Había capacidad para veintiuna camas en el interior de cada uno de los polvorines-hospital. Pequeños generadores proporcionaban electricidad, y su localización subterránea les permitía permanecer iluminados toda la noche sin interferir en el apagón que se imponía a toda la isla. En aquel momento estaba claro que el acero y el hormigón estructurales procuraban una protección hartamente más fiable a los heridos estadounidenses que un símbolo de la Cruz Roja en el tejado.

El comandante Cunningham ordenó que la radio portátil del Ejército —que ahora era el único medio para establecer contacto con el mundo exterior desde el atolón— fuese instalada en uno de los dos polvorines restantes. Cunningham también desplazó su puesto de mando allí, aunque seguía durmiendo en su chalé VIP cerca de las ruinas del Campamento Dos.

Para su puesto de mando independiente, Devereux eligió un rincón de la playa sur de Wake, donde hizo excavar un refugio de dos metros y medio de profundidad en la roca, con un techo de pesada madera cubierta con una capa de coral y arena de varios metros de grosor. El techo ofrecía una buena panorámica del mar, pero se hallaba en un lugar mucho más vulnerable y, al cabo de unos días, Devereux trasladó el puesto de mando al cuarto polvorín.

Estos movimientos permitían al Estado Mayor de Wake resistir casi cualquier embestida de los barcos o aviones enemigos. Por desgracia, no sirvieron para garantizar que Cunningham y Devereux mantuvieran contacto con sus puestos defensivos, ampliamente desperdigados en previsión de que el enemigo desplegara fuerzas de tierra en las islas.

Otra preocupación crucial era mantener los cañones antiaéreos y las baterías de la costa funcionando a pleno rendimiento. Hasta el momento, los cañones habían respondido sorprendentemente bien, pero el segundo ataque había planteado varios problemas. Uno de los cañones antiaéreos de 75 mm del teniente Lewis había sufrido desperfectos en la ofensiva sobre Peacock Point, de modo que Devereux conminó al artillero Clarence McKinstry a reunir una dotación para trasladar el arma a la isla de Wilkes y luego traer uno de los cañones de la batería no utilizada allí para reemplazarlo.



El tosco atractivo de McKinstry era un prototipo de la imagen del marine «duro y preparado». Antes de dejarse crecer su barba pelirroja, había aparecido en varios anuncios de crema de afeitar en revistas nacionales. «Big Mack» era tan rudo como denotaba su aspecto, pero al igual que su compañero de tienda, el artillero John Hamas, sentía una enorme debilidad por sus hombres.

Aquella noche, Devereux también ordenó el traslado de la batería de Lewis quinientos metros más allá, hasta una nueva posición adentrada en la isla. Para la dotación, aquello supuso un extenuante suplicio que se prolongó durante horas, y fue el primero de numerosos trabajos nocturnos efectuados por el personal durante los días siguientes para impedir que el enemigo averiguara la localización de los cañones antiaéreos. Cada uno de los tres cañones que la batería de Lewis tenía en funcionamiento pesaba ocho toneladas, y debían levantarse y montarse sobre un boje, un carretón que consistía en un eje y dos neumáticos de gran tamaño, y luego se llevaban rodando hasta una nueva ubicación.

Pero eso no fue todo. Hubo que llenar sacos de arena y amontonarlos alrededor de la nueva posición. La munición tuvo que acarreararse y almacenarse en depósitos de armas a una distancia de los cañones que permitiera un manejo cómodo. La nueva posición también tuvo que ser camuflada y, a modo de toque creativo final, en la antigua ubicación se erigieron falsos cañones hechos con tablones de madera para que todo pareciera igual desde el aire.

Era una labor ímproba: uno de los marines no terminó hasta las cinco de la madrugada siguiente. Las dotaciones de artillería apostadas en Wake deberían jugar al gato y el ratón durante el asedio. De lo contrario, pronto perderían su capacidad para contraatacar a sus torturadores.

Más tarde, Devereux fue blanco de ciertas críticas por alejar más sus cañones

antiaéreos de la playa. Cabe reconocer que su orden contradecía la teoría de que las baterías antiaéreas debían posicionarse con vistas a contener a los aviones atacantes mientras todavía se encontraban lo más lejos posible de sus blancos. Pero Devereux debía lidiar con muchas más cosas al margen de los problemas teóricos. Existían pruebas convincentes de que el enemigo había localizado la posición de Lewis. Los aviones japoneses no sólo habían dañado un cañón, sino que uno de los aparatos se había apartado de la formación y había volado en círculos sobre la batería, probablemente para hacer fotos que guiaran a la próxima oleada de atacantes. No había forma de sustituir los tres cañones de 75 mm si eran destruidos y, sin ellos, el enemigo podría bombardear las islas casi a placer.

Al día siguiente, el 10 de diciembre, los bombarderos japoneses se dejaron ver un poco antes de lo habitual. Eran sólo las 10.45 cuando realizaron su tercera aparición sobre Wake.

En esta ocasión, la mayoría de los observadores cifraron el número de Nell en dieciocho, divididos en dos formaciones en V integradas por nueve aviones cada una, pero otros afirmaban haber contabilizado hasta veintisiete aparatos. Volaban a una altura de unos 5500 metros, y una de las secciones se dirigió directamente a la vieja posición antiaérea de Peacock Point. En cuestión de segundos, se hizo patente que sólo el testarudo sexto sentido de Devereux y el sudor e insomnio de sus hombres habían salvado a la batería del desastre.

Desde su puesto de avanzada en Peacock, el teniente Clarence Barninger describía la escena en términos que cualquier jugador de bolos podía apreciar: «Los japoneses rodaron por la pista en la que se encontraba la vieja posición de Lewis en busca de su bolo número uno».

La antigua posición pronto estaba infestada de cráteres de bomba, y varios blancos directos destruyeron dos de los falsos cañones. La incursión demostró con asombrosa claridad la capacidad del enemigo para «ejecutar unos bombardeos excelentes», como reconocía amargamente Barninger.

Incluso en su nueva posición, la batería antiaérea estuvo a punto de ser alcanzada y sufrió un gran sobresalto. Una bomba cayó entre un centenar de proyectiles de 75 mm almacenados en un nuevo depósito situado cerca de allí, lo cual provocó una rápida cadena de explosiones que sacudieron el terreno y llenaron el lugar de humo y polvo. «Aquel día besé los viejos sacos de arena», decía un agradecido sargento Charlie Holmes.



Sin embargo, aquella mañana los japoneses reservaron lo peor de su furia para la Batería L de Wiley Sloman en Wilkes.

El enemigo azotó la Batería L con un bombardeo de saturación que destruyó los dos visores de uno de sus dos cañones de 120 mm. También inhabilitó uno de los

cañones antiaéreos de 75 mm ubicados cerca de allí y destruyó un reflector y el camión que lo sustentaba. En ese momento, Sloman se encontraba tan agazapado como podía en lo que él denominaba su «lujoso pozo de tirador», que no sólo era extremadamente profundo, sino que había sido excavado al amparo de la maleza. «Me encontraba bastante bien», relataba, «pero cuando cayeron las bombas, arrancaron todas y cada una de las hojas de los arbustos y me sacudieron como a una muñeca de trapo».

No obstante, el destino todavía velaba por Sloman. A menos de veinticinco metros de distancia, varios de sus compañeros de batería, apostados en pozos poco profundos, saltaron literalmente por los aires a causa de la onda expansiva.

Uno de ellos, el cabo Paul Tokryman, salió despedido y sufrió heridas mortales cuando su cuerpo se vio desgarrado por los fragmentos de bomba. El soldado de primera clase Herbert Byrne, un miembro de la Batería L tranquilo y ligeramente atlético, saltó por los aires y cayó de nuevo al suelo sangrando por las múltiples heridas de metralla que había sufrido, pero consiguió sobrevivir.

El soldado de primera clase Jack Skaggs, un joven de Oklahoma que había cumplido diecinueve años hacía sólo cuatro semanas, evitó por bien poco un destino similar. Skaggs compartía un gran refugio con Dempsey Smith, un nervioso soldado de dieciocho años con el pelo rubio rojizo y, como Sloman, durante los últimos dos días ambos habían pasado su tiempo libre cavando lo más profundo que pudieron. Pero Skaggs ocupaba un pozo de tirador más reducido cuando vio llegar a los bombarderos japoneses y emprendió una frenética carrera hacia el más grande.

Estaba más o menos a mitad de camino cuando la primera bomba estalló unos cien metros por detrás de él. Skaggs cayó al suelo en la playa y buscó cobijo allí, aguantando la respiración y rezando mientras una hilera de explosiones se acercaba cada vez más. Esperaba que la siguiente bomba le alcanzara «directamente en la nuca», pero los aviones se replegaron justo a tiempo.



Casi simultáneamente, otra bomba impactó en un hoyo subterráneo que contenía 3000 cajas de dinamita almacenadas allí por los trabajadores para su uso en la obra del nuevo canal de Wilkes. Había 125 toneladas, y todo estalló en un ensordecedor cataclismo y dejó un cráter del tamaño de un lago de pequeñas dimensiones. «Nos dio la sensación de que la isla se había levantado un metro por encima del agua y había caído a plomo», decía Sloman.

La deflagración de la dinamita, sumada a las bombas, lo destruyó todo en un radio de más de cien metros. «No sé cómo no acabé hecho pedazos por todas las cosas que salieron despedidas», decía Skaggs, «pero de algún modo no me alcanzaron».

A su vez, nueve de los bombarderos realizaron dos pasadas sobre Peale, pero el

efecto fue mucho menos espectacular y los daños desdeñables. Aunque el generador de la batería antiaérea de Peale falló, las dotaciones del capitán Godbold lanzaron una lluvia de proyectiles que hizo tambalearse a un avión enemigo y mantuvo a los otros a demasiada altura como para bombardear a los estadounidenses con precisión. La mayoría de sus artefactos cayeron en la laguna o en el arrecife que discurría frente a Toki Point sin causar daños, pero dos marines resultaron heridos cuando uno impactó cerca de un nido de ametralladora.

Los cuatro Wildcat útiles también estaban en el aire, internándose repetidamente en las formaciones enemigas. Al capitán Henry Elrod, que aquel día recibió el apodo de «Hammering Hank», se le atribuyeron dos derribos antes de que los atacantes regresaran a su base.

En total, las pérdidas ocasionadas por este ataque eran las más bajas hasta el momento. En Wilkes, el cañón de 120 mm, perteneciente a la Batería L, pronto fue reparado, aunque sólo se disponía de un visor para reemplazar los dos que habían quedado destrozados. Transcurrida una hora o dos, el gran cañón estaba preparado de nuevo para la acción.

La batalla de Wake estaba a punto de entrar en una fase totalmente nueva y más peligrosa si cabe. Aquella tarde, los hombres de la Batería L no eran conscientes de ello mientras reparaban su cañón, pero la mañana siguiente se haría un hueco en la historia de los marines.



El 11 de diciembre antes del amanecer, Devereux y sus artilleros aparcaban temporalmente su táctica del «gato y el ratón» para decantarse por otro desesperado juego de azar.

Éste podría responder acertadamente al apelativo de «la araña y la mosca».

El 10 de diciembre a altas horas de la noche, los vigías repartidos por Wake detectaron algunos movimientos sospechosos mar adentro, en dirección sureste. Faltos de sueño, se frotaron los ojos, esforzándose por adivinar si esos movimientos eran reales o meras ilusiones ópticas inducidas por el agotamiento y tres días de insomnio forzado. El cielo nocturno estaba despejado —lo cual era muy poco frecuente—, con sólo algunas nubes aquí y allá y una media luna proyectando su luz. Con la llegada de la medianoche, el número de avistamientos se incrementó.

«Me pareció ver algo a lo lejos», dijo Jack Skaggs, que miraba hacia el sureste desde la playa de Wilkes. «A veces parecía el perfil difuso de un barco, pero era difícil saberlo con certeza».

¿Se trataba de barcos o de fantasmas? Y si *eran* barcos, ¿serían amigos o enemigos?

Para muchos marines, la idea de que unas embarcaciones pudieran estar acercándose no era necesariamente motivo de alarma. Era de todos sabido que

submarinos estadounidenses y holandeses operaban cerca de allí, y los optimistas que quedaban entre los hastiados defensores de Wake estaban convencidos de que había partido de Pearl un numeroso destacamento especial con refuerzos. Por otro lado, todos eran conscientes de que una invasión enemiga era una posibilidad creciente, y buena parte de los oficiales del Batallón de Defensa tenían la certeza de que era inminente un intento de desembarco. La cuestión no era si se produciría, sino «cuándo».

El 11 de diciembre, alrededor de las tres de la madrugada, el capitán Wesley Platt, comandante de puesto fortificado de Wilkes, se encontraba frente a su bunker, a corta distancia de la posición de Skaggs, y miró con sus prismáticos al horizonte apenas visible. Durante un largo momento permaneció inmóvil, frunciendo el ceño. Entonces maldijo entre dientes y se volvió rápidamente hacia el teléfono del refugio.



Entretanto, en Wake, al otro lado del canal, los vigías observaban el mar y discutían sobre lo que estaban viendo. Algunos estaban seguros de haber detectado movimientos. Otros lo ponían en duda. Al cabo de un rato, uno de ellos cogió el teléfono de campaña y llamó al cabo Robert M. Brown, un experto mecanógrafo que había trabajado como ayudante del comandante Devereux y ahora servía como «telefonista» en su puesto de mando.

«Algo parece moverse en el agua», dijo a Brown. «Me ha parecido avistar una luz tenue parpadeando». Al cabo de unos segundos, el soldado repetía su mensaje a Devereux.

Platt telefoneó casi simultáneamente. «Parece que hay barcos al sur, señor», anunció.

«Sí, estoy recibiendo otros informes sobre movimientos en el mar», respondió Devereux. «Voy a echar un vistazo yo mismo».

Platt era un líder firme y baquiano cuya tenacidad y audacia lo convertirían en una leyenda entre sus subordinados en los días venideros, pero también era reconocido como una especie infrecuente, un alto mando que, ataviado con una camiseta, ayudaba a abordar las tareas más sucias y exigentes junto a sus hombres. Devereux conocía a Platt desde hacía largo tiempo, y sabía que nadie en Wake era menos proclive a aceptar conclusiones precipitadas o a ver cosas que no estaban allí. Pero Devereux quería conocer con absoluta certeza a qué se enfrentaban antes de alertar a la guarnición.

Minutos después, Devereux y Brown se dirigieron hacia la posición de un reflector, situado junto a una atalaya de quince metros de altura en la playa meridional de Wake, cerca del canal de Wilkes, donde otro grupo de marines había informado de actividades sospechosas hacia el sur.

«En la posición éramos seis turnándonos para vigilar», decía «Ed» Borne, que fue

destinado al camión del reflector aquella noche. «Algunos hombres llevaban allí tres días, desde que sonó la primera alarma. Todos estábamos cansados, pero no teníamos ninguna duda de lo que habíamos visto. Le dije a Devereux que habíamos avistado varios barcos y le pasé unos prismáticos».

Como recordaba Devereux más tarde: «Estudié el mar a través de los potentes prismáticos nocturnos, que ofrecían un amplio campo de visión. Si algo se había aproximado a la costa, se había alejado de nuevo. El mar parecía desierto, pero entonces...».

El comandante quedó paralizado con los prismáticos pegados al rostro. A varios kilómetros de distancia, en el horizonte, pudo distinguir varias formas borrosas, ligeramente más oscuras que las olas y el cielo que las rodeaban. Sin duda alguna eran barcos.

«Bien», dijo calmadamente, «aquí están».

Eran doce o más, según los cálculos aproximados de Devereux, y como sabía que no había ningún destacamento estadounidense de esa envergadura allí cerca, sólo quedaba una conclusión ineludible: una flota de invasión japonesa se cernía sobre la isla de Wake. Al despuntar el alba, las tropas enemigas pisarían tierra firme, a menos que los marines encontraran un modo de ponerles freno.

Con toda probabilidad, el primer barco hostil divisado por los defensores de Wake había sido un destructor japonés que efectuaba labores de reconocimiento unos quince kilómetros por delante del convoy principal. El barco se había acercado lo suficiente para ser avistado desde el atolón el 10 de diciembre poco antes de la medianoche, y fue seguido por el submarino estadounidense *Tritón* durante más de una hora.

A las 12.17 del 11 de diciembre, creyendo que el destructor podía haber descubierto la presencia del submarino, el capitán del *Tritón*, W. A. Lent, disparó cuatro torpedos a la embarcación enemiga desde los tubos de popa. Fueron los primeros torpedos lanzados en combate por un submarino estadounidense en la guerra del Pacífico. Los tripulantes del *Tritón* afirmaron haber oído una explosión sorda, lo cual indicaba que al menos uno de los proyectiles había acertado el blanco, y poco después cesaron los ruidos que emitía la hélice. Sin embargo, el destructor al parecer abandonó la zona sin darse cuenta de la existencia del submarino, y mucho menos de los torpedos que le fueron disparados. Tiempo después, el resto de la armada invasora pasó desapercibida junto al *Tritón*, y puesto que Lent no podía utilizar la radio sin salir a la superficie, no llegó a Wake ningún parte del encuentro con el destructor hasta doce horas después.



Los contornos borrosos que vio Devereux a través de los prismáticos nocturnos correspondían a una flotilla de quince acorazados pertenecientes a la 4.^a Flota

japonesa y capitaneados por el contraalmirante Sadamichi Kajioka. Enumerada en el plan de batalla de la Armada Imperial japonesa simplemente como «Fuerza invasora de Wake», la Armada iba encabezada por el crucero ligero *Yubari*, que Kajioka había designado como su buque insignia. También incluía otros dos cruceros de las mismas características, el *Tatsuta* y el *Tenryu*; seis destructores, el *Mutsuki*, el *Kisaragi*, el *Yayoi*, el *Mochizuki*, el *Oite* y el *Hayate*, dos destructores reconfigurados como barcos de transporte de tropas y rebautizados como *Patrulleros n.º 32* y *n.º 33*; y dos barcos mercantes armados, el *Kongo Mam* y el *Kinryu Maru*.

El contingente invasor también contaba con el apoyo de dos submarinos, que navegaban 120 kilómetros por delante de los barcos para reconocer la zona que rodeaba Wake en busca de torpederos estadounidenses, con los que Kajioka se mostraba muy cauteloso.

El *Yubari*, con sus 3587 toneladas, era uno de los cruceros más longevos de Japón y fue botado en 1923, pero contaba con seis cañones de 140 mm, mientras que los otros dos cruceros llevaban cuatro cada uno. Sumados a los cañones de 120 mm de los destructores, esto confería al contingente japonés una ventaja abrumadora en potencia de fuego y capacidad para permanecer fuera del alcance de las baterías de Wake y machacar el atolón a placer.

El 8 de diciembre, más o menos a la misma hora en que el primer escuadrón de bombarderos japoneses había despegado en dirección a Wake, el destacamento especial del almirante Kajioka zarpaba desde el fondeadero de Ruotta, en Kwajalein, rumbo al mismo lugar. Pero, pese a los rotundos éxitos de sus compatriotas en Pearl Harbor y varios puntos del Pacífico, el vicealmirante Shigeyoshi Inoue, comandante de la 4.ª Flota japonesa, ordenó a Kajioka que fuese extremadamente cauto. En lugar de dirigirse directamente a su objetivo, la fuerza invasora de Wake hizo una finta exagerada hacia el oeste para ocultar sus intenciones, y luego puso rumbo al noreste siguiendo una ruta que la llevaría a Wake en unos tres días.

Ni siquiera esa maniobra contentó a Inoue, que la juzgó demasiado prematura. Él habría preferido continuar los bombardeos aéreos durante otra semana antes de intentar un desembarco, pero Tokio se mostró categórico. El almirante Isoroku Yamamoto, comandante en jefe de la flota conjunta y artífice de la gran estrategia de Japón en el Pacífico, se negó a alterar su calendario para la conquista. La invasión de Wake tendría lugar el 11 de diciembre, según lo previsto.

No obstante, los celos de Inoue estaban justificados, aunque en parte se basaran en información imprecisa. Sabía que Wake estaba mucho mejor defendida y fortificada que otras islas que sus fuerzas debían conquistar: Guam, Makin y Tarawa, controladas por los británicos; y Rabaul, una posesión australiana. Pero los informes de espionaje que había recibido Inoue plasmaban un número erróneo de militares y civiles desplegados en Wake. Los partes situaban los efectivos en mil hombres, más del doble de su envergadura real, y el número de trabajadores de la construcción en sólo seiscientos.

Estos datos inexactos infundieron mayores preocupaciones a Inoue, pero la caída de Guam el 10 de diciembre, tras una resistencia meramente simbólica, tal vez sirvió para tranquilizarlo. El grupo especial reunido para someter a los 424 marines y los trescientos milicianos nativos de Guam fue liderado por cuatro cruceros pesados y un contingente invasor integrado por casi 6000 hombres. Sin duda fue excesivo —el equivalente a emplear una apisonadora para exterminar una cucaracha—, y Guam capituló con tal rapidez que los cruceros ni siquiera tuvieron la oportunidad de disparar sus cañones de 200 mm. Quizá Wake podría conquistarse con la misma facilidad.

Kajioka se sintió todavía más aliviado cuando cayó un aguacero sobre su armada unos ciento sesenta kilómetros al sur de Wake. Las inclemencias del tiempo zarandearon sus embarcaciones, pero también descartaban cualquier posibilidad de toparse con una fuerza naval estadounidense de envergadura, y ahora resultaba evidente que no había torpederos enemigos desplegados por la zona.

Cuando la oscura y silenciosa Wake despuntó en el horizonte sin signo alguno de vida, la principal preocupación de Kajioka seguían siendo los escasos efectivos de su contingente de desembarco. En parte como consecuencia de la facilidad para tomar Guam y en parte debido a los informes sobre los graves daños ocasionados a las fortificaciones de Wake por los pilotos de los bombarderos japoneses, Inoue había asignado a Kajioka un grupo de sólo 450 hombres. Una tercera parte de ellos desembarcaría en Wilkes, y el resto lo haría en la playa meridional de Wake. Si se precisaban más fuerzas de asalto, Kajioka planeaba fondear sus seis destructores y utilizar a la tripulación para reforzar al contingente de desembarco.

Desde la torre de vigilancia de la playa, Devereux regresó a toda prisa a su puesto de mando y ordenó a los comandantes que prepararan a sus unidades para la batalla. Se indicó por teléfono a todas las posiciones que mantuvieran el nivel máximo de alerta, que guardaran silencio absoluto y que permanecieran a oscuras. En esta ocasión, Devereux no quería que el estruendo de una corneta anunciara a los japoneses que los marines sabían de su presencia.

Cuando todos los puestos estuvieron listos y los cañones cargados de munición, Devereux dictó una orden para todo el personal: «No disparen hasta que yo dé la orden».

Sólo entonces se tomó un momento para llamar al comandante Cunningham e informarlo de la situación.

«Frente a nuestra costa sur se encuentra un convoy de barcos enemigos preparado para atacar», afirmó Devereux.

La respuesta de Cunningham fue dubitativa, incierta. «¿Está seguro?».

«Lo he visto con mis propios ojos», dijo Devereux lacónicamente. Entonces, el comandante resumió con brevedad su plan de acción al comandante de la isla: los barcos todavía se encontraban demasiado lejos y estaba demasiado oscuro para determinar su tamaño y número. Se había pedido a todas las dotaciones de artillería

que estuviesen alerta pero que no dispararan hasta nuevo aviso, con la esperanza de que los japoneses entraran en el radio de alcance de los cañones de 120 mm de los marines. Era un plan sencillo, y no había garantías de que funcionara, pero era cuanto tenían.

«Me pareció que nuestra única posibilidad era atraer al enemigo lo suficiente para que nuestros cañones de 120 mm le asestaran golpes desestabilizadores al inicio del ataque», observaba Devereux. Cunningham parecía aprobar la estrategia. «De acuerdo», dijo. «Adelante».

Después, Devereux llamó al aeródromo y preguntó al comandante Putnam cuántos aviones eran aptos para volar. «Cuatro», respondió.

«¿Y cuándo habrá luz suficiente para el despegue?», inquirió Devereux.

«Falta una media hora para que amanezca», dijo Putnam. «Antes no se podrá atacar con efectividad».

«Tendrás muchas oportunidades para entrar en acción, Paul», dijo Devereux. «Pero no despegues hasta que yo abra fuego. Estoy intentando atraerlos, y los aviones podrían delatarnos».

«De acuerdo», repuso Putnam. «Buena suerte».

Cuando Devereux colgó el teléfono, una oleada de inquietud se apoderó de él. ¿Qué ocurriría si un portaaviones japonés acechaba en algún lugar en medio de la oscuridad? De ser así, ¿qué clase de cobertura aérea enviaría el enemigo en apoyo a la invasión que con toda seguridad estaba a punto de producirse? ¿Y qué podían hacer cuatro pequeños Grumman para contrarrestarla?

«Bueno», se dijo con gravedad, «ya veremos».

En la isla de Wilkes, al otro lado del canal, la llamada del capitán Platt a zafarrancho de combate había llegado a todos, salvo a la sección de ametralladora del calibre 30 liderada por el cabo John Johnston. A medianoche, éste había abandonado las tareas de vigilancia para tomarse unas horas de descanso, y cuando se levantó a las cuatro de la madrugada para regresar a su cañón, ignoraba por completo que a sólo doce kilómetros de la costa acechaba un contingente invasor enemigo.

La noche anterior, la sección de otro de los marines de Johnson, el soldado de primera clase Marvin McCalla, y seis civiles habían trasladado dos cañones desde sus posiciones originales a otros lugares cerca de Kuku Point, donde el arma de Johnson podía cubrir la playa meridional de Wilkes y la de McCalla hacer lo propio con la laguna. Los otros marines solían burlarse de McCalla por sus profundas —y, según algunos, radicales— convicciones religiosas, pero Johnson había servido en el mismo grupo que McCalla desde las maniobras de artillería en San Diego, y confiaba en el tranquilo veinteañero de Alton, Illinois, de manera implícita.

Habían ubicado los cañones con una separación de unos ciento cincuenta metros y a unos veinticinco metros de la orilla, tras unas barreras de sacos de arena

amontonados en hileras de a cuatro. Estos preparativos preveían claramente un posible desembarco enemigo. Sin embargo, la dotación de artillería todavía abrigaba esperanzas de que eso no llegara a suceder y se aferraba al rumor tranquilizador de que una fuerza de rescate había partido de Pearl.

Aterido por el frío de primera hora de la mañana, Johnson cogió sus prismáticos y realizó un barrido rutinario sobre el Pacífico, moviéndose lentamente de este a oeste a lo largo del horizonte meridional. Cuando divisó a lo lejos un breve parpadeo, se detuvo y escudriñó el punto en el que había detectado la luz.

«Debe de ser un relámpago», se dijo Johnson. Pero entonces vio otras luces más pequeñas titilando. Apenas eran visibles sobre la línea en que se encuentran el cielo y el mar, pero seguían un patrón, como los barcos cuando emiten señales.

Curiosamente, teniendo en cuenta los preparativos de la noche anterior, la primera reacción de Johnson fue de puro júbilo. Cuando se dio cuenta de que los barcos estaban cerca, le invadió la excitación y sintió el impulso de gritar con entusiasmo.

«Son nuestros refuerzos», susurró con júbilo. Su mente era un hervidero de ideas. «Tal vez esté en casa por Navidad. Quizá llegue incluso para mi cumpleaños, el 23 de diciembre. Ya es hora de tomarme un descanso. No he disfrutado de un permiso en casi dos años».

Johnson cogió el auricular para comunicar a Platt lo que había visto, pero antes de poder articular palabra, escuchó una conversación urgente entre el capitán y el comandante Devereux. Sus palabras hicieron añicos sus hondas esperanzas.

«... pero los barcos podrían ser estadounidenses, ¿no es así?», preguntaba Platt. «O quizá holandeses o australianos».

«Todavía no lo podemos descartar», respondió Devereux, «pero las posibilidades de que sean japoneses son de diez a una, así que a menos que demuestren lo contrario, considérellos hostiles. Asegúrese de que sus cañones están preparados, pero no disparen hasta que yo se lo diga».

Cuando acabó la conversación, un Johnson alicaído y cada vez más aprensivo se identificó a Platt y pidió ayuda.

«Nuestras ametralladoras están preparadas para entrar en acción, señor», dijo, «pero McCalla y yo somos los únicos que tenemos rifles por aquí. ¿Hay alguna posibilidad de que nos faciliten armas para los civiles?».

«Lo lamento, hijo», respondió Platt. «No tengo armas. Enviaré un par de cajas de granadas de mano. Es lo más que puedo hacer».

Johnson colgó el teléfono y fue a despertar a McCalla y a los demás. Cuando aparecieron las granadas, abrieron una de las cajas y él y McCalla ofrecieron breves explicaciones a los civiles sobre cómo utilizar las «pinas».

Entonces, Johnson se colocó en posición tras su ametralladora, miró con pesadumbre al mar y esperó, como todos los demás en Wake. Envuelto en la penumbra, su reloj marcaba las 4.17. Costaba creer que hacía menos de diecisiete minutos estaba feliz como unas pascuas.

Portando un teléfono con una línea de extensión, Devereux salió de nuevo para observar con sus prismáticos al convoy japonés que se aproximaba. Ahora, el cielo estaba bañado en una luz algo más intensa, y aunque el enemigo todavía estaba a bastante distancia en dirección sur, los barcos se acercaban con rapidez. Mientras Devereux se encontraba frente a su refugio, vio a Cunningham dirigirse hacia la playa con su camioneta y vigilar también la llegada de los barcos. A su regreso, Cunningham se detuvo a unos metros de allí.

«¿Cuál es nuestra situación?», gritó, imponiéndose al sonido omnipresente de la marea.

«Todas las posiciones están listas», respondió Devereux. «Ahora sólo podemos esperar».

Cunningham asintió y volvió a su puesto de mando. Devereux retomó la vigilancia.



A las cinco de la mañana, los barcos se habían allegado a la costa, y había luz suficiente para distinguir la composición de la armada enemiga. Para alivio de Devereux, al parecer no figuraba ningún portaaviones entre el destacamento, pero lo que vio no resultaba en absoluto alentador.

Pudo apreciar dos cruceros ligeros, seis destructores, dos barcos de transporte y cuatro naves más pequeñas que probablemente eran cañoneras. Otros observadores afirmaron haber divisado varios barcos más, entre ellos cruceros y destructores. En todo caso, ajuicio de Devereux el grupo especial poseía todo lo necesario para la conquista de Wake, y más.

Los cruceros por sí solos contaban con más potencia de fuego que las tres baterías de 120 mm juntas, lo cual significaba que podrían fondear a una distancia segura y hacer pulpa el atolón. Después podrían enviar centenares, o tal vez miles de soldados desde sus buques de transporte para aniquilar cualquier vestigio de las fuerzas estadounidenses.

Devereux cogió otra vez el teléfono y repitió severamente sus órdenes a todos los comandantes de artillería. «Bajo ninguna circunstancia abran fuego hasta que yo dé la orden».

Las luces parpadeantes que habían visto el cabo John Johnston y otros marines a lo largo de la costa meridional de Wake probablemente respondían a un intento abortado por transferir al contingente invasor japonés desde los buques de transporte a las lanchas de desembarco mientras se encontraban todavía varios kilómetros mar adentro.

Como muchos otros navegantes experimentados antes que él, el almirante Kajioka había deducido que las fuertes mareas y el oleaje que batía la costa norte de Wake imposibilitaría un desembarco en aquella zona. Esto le dejaba sólo una opción

real: enviar a sus tropas al sur de Wake, donde los estadounidenses aguardaban el intento de invasión y donde sus defensas eran más sólidas.

Cuatro informes de espionaje de la 4.^a Flota aseguraban a Kajioka que la mayoría, si no todas las baterías desplegadas por los marines en el litoral habían sido silenciadas y su escuadrón de cazas prácticamente aniquilado. Pero el comandante del destacamento especial decidió desembarcar a sus tropas de asalto mientras la operación estaba fuera del alcance de la artillería estadounidense y ordenar el avance de las lanchas al abrigo de la oscuridad.

Sin embargo, el problema era llevar a los hombres hasta las lanchas. Kajioka esperaba que fuese un procedimiento rutinario, pero no tuvo en cuenta los fuertes vientos y las mareas que revolvían las aguas, zarandeaban las barcas como si fuesen pedazos de corcho, y convirtieron aquella maniobra en una pesadilla.

Cuando dio comienzo el intento de desembarco sobre las tres de la madrugada, muchas de las barcasas volcaron al tomar contacto con el agua. Algunos soldados cayeron al mar y hubieron de ser rescatados. Tras una hora, quedó demostrado que lanzar la invasión en aquellas condiciones sería un auténtico suicidio. Por su parte, Kajioka y los frustrados capitanes de sus buques de transporte pasaron esa hora enviándose señales luminosas.

Kajioka finalmente desechó su planteamiento original, y optó por trasladar el desembarco a aguas más tranquilas y próximas a la costa. Alineó su flotilla en una columna, con su buque insignia, el *Yubari*, en cabeza, seguido de los otros dos cruceros, y a la cola los seis destructores. Los acorazados utilizarían sus grandes cañones para «ablandar» las fortificaciones que quedaban en Wake, y luego formarían un escudo para los barcos de transporte y los patrulleros mientras el contingente de asalto era transferido a las lanchas.

Si los informes de espionaje hubieran sido certeros, el plan revisado de Kajioka podría haber funcionado. Pero no lo eran, y debido al fiasco de las lanchas de desembarco el contingente invasor había sacrificado el elemento sorpresa y la posibilidad de efectuar su incursión antes de que fuera pleno día.

A las cinco de la mañana, el *Yubari* se encontraba a unos ocho kilómetros de las playas meridionales de Wake y el resto de la Armada acechaba a mayor distancia. El capitán hizo virar el crucero y emprendió un nuevo rumbo, navegando en paralelo a la isla a escasa velocidad.

Aunque aún procedía con cautela, Kajioka cometió el error letal de subestimar las capacidades defensivas de su enemigo. A cada minuto que pasaba, el almirante estaba más convencido de que la operación de Wake sería un mero paseo, tal como había predicho uno de los oficiales del Contingente Especial de Desembarco.

Sin duda, las baterías estadounidenses ya habrían disparado si alguna de ellas todavía era capaz de hacerlo, pensaba Kajioka. Obviamente, cualquier avión estadounidense útil ya habría emprendido el vuelo y estaría preparado para atacar. Tal vez era cierto que, después de todo, Wake era tan sólo otra Guam.

A través de sus prismáticos, Kajioka estudió la oscura masa de tierra que se extendía ante él. Mirando de un extremo a otro del atolón no detectó indicio alguno de actividad humana. Ni un solo atisbo de luz. Ni un solo movimiento. Era como si todos los habitantes de la isla estuvieran profundamente dormidos u ocultos como ratas en sus madrigueras. Incluso era concebible que el grueso de los defensores hubiese perecido.

Kajioka ordenó a sus dotaciones de artillería que entraran en acción y alertó a los otros dos cruceros y a tres de sus destructores para que hicieran lo mismo. Quizá una ráfaga de artillería despertaría a los estadounidenses y suscitaría algún tipo de respuesta.

A las 5.30, el *Yubari* cabeceaba a unos 6500 metros de la costa cuando sus seis cañones de 140 mm abrieron fuego.

Durante los cuarenta y cinco minutos previos a la llegada de los primeros proyectiles enemigos a la isla, la Batería A del teniente Clarence Barninger, destacada en Peacock Point, había estado siguiendo la pista al crucero japonés que encabezaba la expedición. Antes, suponiendo acertadamente que el terreno elevado que se alzaba detrás de su posición impediría a los atacantes ver la batería bajo la tenue luz del amanecer, Barninger había ordenado con impaciencia que se retirara el camuflaje que rodeaba sus cañones. Ahora, los dos cañones de 120 mm estaban cargados, y las sudorosas manos de los artilleros se asían con firmeza a sus fiadores, dispuestas a disparar al punto de recibir la orden.

Los largos cañones oscilaron lentamente a la derecha, moviéndose con la trayectoria del crucero hacia el oeste. Siguieron a la embarcación de forma implacable mientras recorría la extensión de la isla y luego invertía su curso. El crucero continuó disparando a intervalos al tiempo que seguía su pausado camino, y cada desplazamiento que realizaba a lo largo de la costa sur de Wake lo acercaba más al litoral.

En la lejanía, los otros dos cruceros también abrieron fuego. Proyectiles de alta velocidad estallaron a lo largo de la playa y cerca de los restos abandonados del Campamento Uno. Un par de depósitos de gasóleo escupieron brillantes llamas naranjas y se alzó una humareda negra. Gran parte de las salvas japonesas cayeron en el mar o en la laguna sin causar estragos, y los daños físicos originados por la andanada fueron mínimos. No obstante, el impacto físico fue desmoralizador para muchos marines que se habían echado cuerpo a tierra y escuchaban indefensos la detonación sorda de los proyectiles.

En la Batería L de Wilkes, ningún saco de arena parapetaba a las dotaciones de artillería del teniente McAlister, y Wiley Sloman contaba únicamente con la protección de una pequeña estructura en forma de cobertizo situada a unos dos metros de la batería mientras manejaba el telémetro de uno de los cañones. Sloman no encontraba demasiados motivos de preocupación, pues los artilleros de los barcos japoneses no demostraban una gran puntería. Sloman no vio caer un solo proyectil en

tierra firme. Todo lo que el enemigo disparaba contra la Batería L aterrizaba en mitad del agua.

Sin embargo, varios compañeros de batería de Sloman se mostraban bastante más aprensivos. El soldado de primera clase Henry Chapman había pertenecido al 1.^{er} Batallón de Defensa desde febrero de 1941 y había servido en la isla de Johnston y Palmyra antes de llegar a Wake, pero nunca había sido objeto del fuego hostil. Ahora sentía los temblores y sabía que estaba aterrorizado.

Al alejarse en cuclillas de Chapman y mirar al mar, el cabo Bernard Richardson casi pudo adivinar lo que estaba a punto de producirse. A Richardson, un aspirante a novelista que antes de la guerra pasaba el tiempo libre trabajando en un libro sobre la Depresión, no le gustaba la forma que estaba adoptando la trama de esta historia. Ya había visto cómo su manuscrito de 150 000 palabras se hacía picadillo cuando su tienda del Campamento Uno fue alcanzada en la primera razia, y ahora los defensores de Wake parecían estar rodeados.



Richardson oyó a uno de sus jóvenes compañeros de batería jurar en un estado casi de pánico que podía contar 64 barcos en la flotilla japonesa, más de cuatro veces los que había en realidad.

El temor no era evidente, sin embargo, entre los marines más experimentados y sus comandantes de batería. Mientras la histeria se apoderaba de algunos hombres de la Batería L, el sargento de sección William Beck desenfundó su pistola del calibre 45 y amenazó con disparar a quien intentara abandonar su puesto.

Entre los oficiales, las emociones prevalecientes eran de enojo, impaciencia y desafío ante la continua indecisión de Devereux para responder al fuego enemigo.

«¿Qué cree que está haciendo ese enano hijo de puta?», preguntó en una ocasión McAlister perdiendo los estribos. «¿Piensa dejarlos llegar hasta la playa? ¿Qué demonios está esperando?».

El soldado de primera clase Artie Stocks, perteneciente a la Batería L, conservó la calma, pero comprendía a McAlister y a quienes echaban pestes de Devereux. Los miembros de la dotación de artillería jamás habían hecho frente a una situación semejante, pero estaban bien preparados y tenían mucha práctica. En aquel momento, prácticamente podían ver los ojos del enemigo a bordo de aquellos barcos, y Stocks sabía que nunca estaría tan preparado para la acción real.

Entretanto, el teniente Barninger, cuya batería también se encontraba extremadamente próxima a los barcos enemigos, apenas podía contenerse. El soldado de primera clase Jesse Nowlin, situado junto a Barninger, escuchó a su comandante de batería discutir acaloradamente con Devereux por teléfono. Barninger y McAlister hacían sonar incesantemente el teléfono del puesto de mando, solicitando permiso para abrir fuego, pero el cabo Brown, que atendía las llamadas, no dejaba de repetir la

misma respuesta una y otra vez, como un disco rayado:

«No disparen hasta que el comandante dé la orden».

Eran casi las seis de la mañana. Cuando los barcos japoneses fueron aproximándose cada vez más, incluso Potter, segundo de Devereux y comandante del grupo de cañones de 120 mm, cuestionó abiertamente la estrategia de su superior.



Potter temía que los marines estuviesen perdiendo su oportunidad, y suplicó a Devereux que ordenara el encendido de los reflectores del atolón y que sus cañones abrieran fuego.

Pero Devereux permaneció impassible sobre el tejado de su puesto de mando. Su respuesta fue un sucinto «todavía no».

Para Sloman, la espera se veía agravada por la intensa sensación de encontrarse solo y aislado de sus compañeros. Estaba demasiado lejos del resto de la dotación de artillería para oír a los soldados maldecir y tildar a Devereux de «bastardo estúpido», pero tal vez se hubiese unido al coro de no ser así. Tenía los nervios a flor de piel y contenía la respiración.

Fue mucho más que obstinación lo que indujo a Devereux a oponerse a la mayoría de los oficiales de su mando y a mantenerse firme contra una furia en ocasiones rayana en el amotinamiento. Devereux sabía que no habría segundas oportunidades. Sólo dos de las tres baterías de 120 mm de Wake estaban posicionadas para seguir el curso de los japoneses. Tan sólo dos cañones de Barninger en Peacock Point y los dos de McAlister en Wilkes podían ser efectivos contra la flota invasora, que estaba fuera del alcance de la batería del teniente Kessler en Peale. Tanto la batería de Barninger como la de McAlister se hallaban parcialmente inutilizadas por falta de equipos de control de tiro, que habían quedado destruidos durante los ataques enemigos. Barninger no disponía de telémetro; McAlister debía estimar a ojo el alcance y la desviación. Era una situación que exigía los cálculos más aproximados y el menor número de disparos desatinados.

Como el hombre encargado de atender las llamadas telefónicas de Devereux, el cabo Brown hubo de suavizar repetidamente el tono de los mensajes que transmitía a su comandante. A las seis de la mañana, McAlister y Barninger llamaron a Devereux «hijo de puta redomado» y preguntaron a Brown si el comandante había «perdido la maldita cabeza».

Cada vez que Brown trasladaba una versión aséptica de sus invectivas, la respuesta de Devereux era invariable e imperturbablemente igual:

«Repita la orden», respondía con una serenidad que asombraba a quienes estaban a su alrededor. «Que nadie dispare hasta que yo se lo indique».



El crucero *Yubari* navegaba ahora a sólo 4500 metros de la Batería A de Peacock Point —prácticamente a tiro de piedra de Barninger—, y un destructor japonés particularmente agresivo, el *Hayate*, estaba a la misma distancia de la Batería L de Wilkes. Algo menos de dos kilómetros mar adentro —y también al alcance de las baterías de la playa—, barcos de transporte enemigos se preparaban de nuevo para descargar a sus efectivos.

Para entonces, Kajioka se había convertido en una mosca confiada aventurándose cada vez más en una peligrosa red invisible. No abrigaba duda alguna de que los bombarderos habían destruido o inhabilitado la totalidad de las baterías de Wake. Obviamente, los estadounidenses carecían de medios efectivos para contraatacar a sus barcos, se dijo a sí mismo con firmeza, de modo que la invasión podía continuar sin más demora.

A las 6.10, Devereux ordenó calmadamente a su araña agazapada que iniciara el ataque: «Abran fuego».

Un enemigo ensangrentado y puro júbilo

Los dos cañones de la Batería A dispararon al instante en respuesta a la orden de Devereux, pero su primera salva voló demasiado alta y provocó dos géiseres a gran distancia del *Yubari*. Inmediatamente, el crucero dio un viraje y trató de huir, pero mientras zigzagueaba violentamente mar adentro, sus seis potentes cañones apuntaron a popa y contraatacaron.

Los primeros fogonazos habían delatado la posición de la Batería A, y los proyectiles japoneses cayeron peligrosamente cerca. Uno de ellos impactó a cincuenta metros y algunos fragmentos se incrustaron en el tejado del puesto de mando. No alcanzaron por poco al teniente Barninger, que dirigía visualmente a sus artilleros sobre su puesto de mando a falta de un control de tiro mecánico. Aunque Barninger no sufrió un solo rasguño, el soldado de primera clase Sylvester Gregouire, un artillero que operaba en el cañón número uno, corrió peor suerte. Un fragmento de metralla le abrió un agujero en el muslo del tamaño de un dólar de plata, pero el devoto ex granjero de Luisiana se mordió el labio, murmuró una oración y siguió adelante.

«Acorten el alcance en quinientos metros», exclamó Barninger mientras le cubría la tierra proyectada por la explosión.

La segunda salva de los marines volvió a errar el tiro, y en esta ocasión se quedó corta. Los dos proyectiles siguientes cayeron a uno y otro lado del crucero, que salió indemne una vez más. Dado que la batería disparaba proyectiles antiblindaje que no estallaban al contacto con el agua, la única manera de averiguar dónde impactaban era buscar las salpicaduras de agua, que eran mucho más difíciles de localizar que las explosiones.

«Maldita sea», espetó Barninger, «tenemos que alcanzar a ese hijo de perra». Observó a través de los prismáticos y corrigió de nuevo el alcance.

El *Yubari* se encontraba a 5700 metros de distancia y seguía huyendo tan rápido como le era posible cuando los artilleros de Barninger le dieron caza. Los dos proyectiles cayeron sobre el crucero casi a un tiempo, directamente en su sección central, y abrieron enormes boquetes en el costado, justo por encima de la línea de flotación.

De las brechas emanaban humo y vapor, y el crucero empezó a hundirse, perdiendo velocidad rápidamente pero intentando huir a la desesperada. Sin embargo, ahora que la dotación de Barninger había tomado las distancias, continuó castigando al buque insignia japonés. A 7000 metros de distancia, volvieron a hacer diana en dos

ocasiones, casi exactamente en el mismo punto.

Devereux describía la escena que contempló desde el tejado de su puesto de mando: «El *Yubari* viró bruscamente. El humo y el vapor que salían del costado eran más densos. El barco inutilizado intentó en vano adentrarse en la humareda para ocultarse en la nube que escupían sus propias heridas^[9]».

Entonces llegó un crucero apresuradamente y trató de alzar una cortina de humo entre el *Yubari* y la costa, pero la embarcación, de menor envergadura, se llevó un disparo en el castillo de proa por las molestias. Luego, el aspirante a salvador puso pies en polvorosa y abandonó al crucero.

«Lo del crucero ha sido un golpe de suerte», dijo Barninger a sus hombres, «pero vamos a por él». Estaba decidido a hundir al renqueante *Yubari*, y antes de que desapareciera tras una cortina de su propia humareda negra, sus artilleros se anotaron una quinta diana, que destruyó la torreta de proa y silenció sus cañones. Si un grupo de auxiliares civiles no hubiesen traído inadvertidamente varios proyectiles de fogeo destinados a las maniobras en lugar de la munición antiblindaje, Barninger tal vez habría visto cumplido su deseo y enviado el buque insignia enemigo al fondo del mar.

Después de seguir implacablemente a su víctima durante tres cuartos de hora antes de disparar un solo proyectil, el exaltado comandante de batería estaba empeñado en acabar el trabajo. Incluso después de perder de vista a su presa se negó a abandonar, y elevó sus cañones a un ángulo extremo y siguió disparando en dirección al *Yubari*. No obstante, a una distancia de 12 000 metros, el retroceso de los cañones de 120 mm era excesivo, ya que los empujaba hacia las rocas coralíferas que aseguraban sus plataformas, y Barninger se vio forzado a dejar que el despedazado crucero se alejara.

Cuando Barninger vio por última vez al *Yubari*, que se encontraba fuera de su alcance, el barco seguía echando humo y vapor y permanecía inmóvil en el agua.

Sin embargo, los «chicos de los cañones de 120 mm» desplegados en Peacock Point habían logrado inferir al fin unas alarmantes y gratificadoras heridas a un enemigo que, hasta entonces, siempre había sido inalcanzable. Estaban sorprendidos de lo que habían hecho, y todas las tensiones y frustraciones de los últimos días dieron paso a gritos de júbilo, puños en alto y palmadas en la espalda.

Aunque los hombres de la Batería A tenían todo el derecho a celebrarlo, el honor de hundir al primer buque japonés importante de la segunda guerra mundial recaería en la Batería L del teniente McAlister, apostada en Wilkes. Allí, mientras la Batería A asolaba al *Yubari*, Wiley Sloman y sus compañeros asestaban golpes mortíferos al destructor *Hayate*.

«Estábamos todos más tensos que un muelle mientras esperábamos que Devereux nos diera luz verde y veíamos a esos barcos acercarse cada vez más», decía Sloman. «Pero una vez recibimos la orden de disparar, fue pura rutina, como en el campo de instrucción. Fue algo automático».

McAlister se encontraba en peores condiciones que Barninger, ya que se vio

inmerso en un desesperado juego de suposiciones para determinar la distancia y la desviación. Su batería se vio doblemente perjudicada, ya que sólo contaba con dos miras y carecía de sistemas automáticos de control de tiro. En consecuencia, las dos primeras salvas cayeron en el mar, pero en su tercera tentativa, los artilleros de la Batería L dieron en el blanco.

Sloman hablaba por teléfono con el teniente McAlister, que estaba en la torre de mando, y transmitía las correcciones de éste, basadas en lo que podía apreciar visualmente, al hombre que manejaba el telémetro de la batería. La torre, que había construido el propio Sloman, se erguía unos treinta metros por detrás del cañón y tenía unos cinco metros de altura, y se asemejaba a un molino de viento sin aspas. A tenor del complejo sistema de indicación de alcance, a Sloman no le sorprendieron los errores iniciales, pero estaba convencido de que su puntería iría a mejor. Cuando una buena dotación de artilleros cogía el ritmo, podía disparar un proyectil de 120 mm cada seis o diez segundos, y Sloman sabía que el personal de la Batería L era bueno. También sabía que todos ellos, sin excepción, se morían de ganas por dar una lección a alguien.

El capitán Platt había salido con sus prismáticos para ayudar a realizar un seguimiento de las salpicaduras que provocaban los proyectiles al impactar en el agua. Vio cómo el *Hayate* se situaba en paralelo a la costa a sólo 4500 metros de distancia, tan cerca que prácticamente podía contar los remaches del casco. Vio a los marineros japoneses correr de acá para allá en cubierta y apuntar sus cañones de 120 mm directamente hacia él. El corazón de Platt palpitaba a toda velocidad, pero su voz parecía inalterable, casi inexpresiva, mientras hablaba con McAlister por teléfono.

«Se ha excedido, Johnny Mac», dijo pausadamente después de que la primera salva se pasara de largo.

«Se ha quedado corto, Johnny Mac», indicó con el mismo tono después del segundo disparo.

Pero cuando la tercera salva fue certera, Platt soltó un grito que McAlister probablemente podría haber oído sin necesidad del teléfono: «¡Le ha dado, Johnny Mac! ¡Le ha dado! ¡Demonios, ha desaparecido! ¡Vamos a por otro!».

Todo sucedió de manera tan súbita que los testigos quedaron asombrados. El *Hayate*, ya condenado, ardió como una hoguera y ofrecía una imagen que desafiaba toda descripción; era la estampa más increíble que habían visto jamás. Sloman supuso que el proyectil debió de destruir los depósitos de combustible y los polvorines de munición de manera simultánea. Todo saltó por los aires y el barco se partió por la mitad. Se hundió casi al instante. En cuestión de un minuto o dos se había desvanecido. Parecía imposible que alguno de sus tripulantes pudiese salir con vida de allí.

Al soldado de primera ciase Artie Stocks, el primer artillero del cañón número dos, que segundos antes había disparado uno de los proyectiles letales, le dio la

impresión de que el barco entero se levantaba quince metros por encima del agua y luego caía en picado. Era lo más bello que había presenciado nunca, y sintió el impulso de besar aquel cañón. Hasta entonces desconocía por completo las capacidades de aquel arma.

No hubo supervivientes entre los 167 tripulantes del *Huyate*. Si alguno de ellos no pereció incinerado al instante por la explosión, fue arrastrado con el barco hacia el fondo del Pacífico. Cuando los marines de la Batería L vieron cómo estallaba el destructor y desaparecía entre las olas, muchos se dejaron llevar por la excitación y pronto olvidaron los otros objetivos que se encontraban en su radio de alcance.

Saltaron de un lado a otro, gritaron hasta enronquecer y se felicitaron entre sí hasta que Henry Bedell, el sargento de sección, interrumpió la algarabía. Bedell impuso su voz grave y los hizo volver a la realidad en un tono más amenazante que el que había llevado a Wiley Sloman a olvidar su casco la primera mañana de la guerra.

«¡Ya basta, volved a los cañones!», gritó el veterano con un volumen atronador. «¿Qué creéis que es esto, un maldito partido de béisbol?».

En los días siguientes, los hombres comentaban en tono jocosos que, en realidad, los enemigos habían huido tan rápido porque creían que Bedell les gritaba a ellos y no a los miembros de la batería. Pero en aquel momento ningún marine se atrevió a reírse. «Cuando Bedell te regañaba no se te pasaba por alto», decía Stocks. «Se conocía aquellos cañones al dedillo, y nosotros sabíamos lo suficiente como para obedecer sus órdenes».



Una vez controlada la euforia de los hombres de la Batería L, lanzaron una salvaje andanada contra el resto de los aspirantes a invasores. Centrando su atención en un segundo destructor, el *Oite*, McAlister y sus artilleros alcanzaron con al menos dos proyectiles al barco enemigo en su huida hacia el oeste. Más tarde, los japoneses reconocieron haber sufrido quince bajas a bordo del *Oite* antes de que pudiera parapetarse tras una cortina de humo y salir del radio de alcance^[10].

La Batería L también alcanzó al buque de transporte *Kongo Mam* y destruyó la torreta de popa de uno de los cruceros ligeros, bien el *Tatsuta* o bien el *Tenryu*, que se alejó dejando un rastro de humo tras de sí.

En Wilkes, observando a diez kilómetros de distancia, el artillero Clarence McKinstry afirmó haber visto cómo algunos soldados japoneses eran rescatados del maltrecho buque de transporte por un destructor. McKinstry aseguró que el barco había sufrido graves desperfectos y creía que había explotado y se había hundido, aunque esto nunca llegó a corroborarse.

Los daños infligidos por la Batería L podrían haber sido mayores si sus dotaciones de artillería no se hubiesen quedado sin munición en un par de ocasiones y hubiesen tenido que interrumpir los disparos durante varios minutos mientras marines

y voluntarios civiles llevaban más proyectiles desde el polvorín más cercano. Pese a los retrasos, los artilleros de McAlister efectuaron un total de ciento veinte disparos en unos cuarenta y cinco minutos, y antes de que desaparecieran sus objetivos, los proyectiles habían atinado a casi la mitad de los buques de la armada enemiga.

Cuando el destacamento japonés huyó en desbandada en todas direcciones, los cañones de 120 mm de la Batería B emplazados en Toki Point, en el extremo de Peale, por fin pudieron unirse al combate. El teniente Woodrow Kessler y sus hombres no pudieron hacer otra cosa que aguardar el momento oportuno —con gran impaciencia— durante quince minutos después de las primeras salvas estadounidenses. Pero ahora, tres destructores enemigos —el *Yayoi*, el *Mutsuki* y el *Kisaragi*— huían a ciegas hacia el noroeste y caían en su radio de alcance.



Como las otras dos baterías antes que ellos, los artilleros de Kessler sobrepasaron su objetivo inicial, en este caso el destructor *Yayoi*, que iba en cabeza, cuando abrieron fuego a 10 000 metros de distancia. Los primeros dos proyectiles ni siquiera se acercaron al barco, pero el fogonazo del cañón inutilizó el vetusto telémetro de 1911, que se encontraba directamente en su línea de fuego. Kessler se había hecho personalmente con el viejo aparato en una nave de Pearl Harbor después de saber que a Palmyra y Johnston se les adjudicarían todos los equipos de control de tiro del 1.^{er} Batallón de Defensa. El emprendedor militar de Nueva Inglaterra, que valoraba la eficiencia y la organización, puso el grito en el cielo al comprobar lo sucedido.

Pero eso era sólo el comienzo. Durante los minutos siguientes a la Batería B pareció salirle mal todo lo imaginable. Los barcos habían detectado su posición y habían empezado a responder a las andanadas con inquietante precisión. Asimismo proliferaban los problemas mecánicos.

La misma sacudida que había inutilizado el telémetro también había destruido un dormitorio improvisado que los miembros de la dotación habían construido frente al emplazamiento del cañón. El aire se llenó de una nube de plumas de almohada, lo cual acrecentó la confusión. Sin telémetro, los artilleros debían confiar en cálculos aproximados, y sus tres salvas siguientes resultaron tan ineficaces como la primera.

Después se desprendió parte del cilindro de retroceso del cañón número dos de la batería, lo cual lo dejó fuera de combate y ocasionó lesiones leves al cabo Arthur Terry, el capitán del cañón, que fue golpeado en la barriga por el objeto. Terry se dobló por un momento, agarrando un bulto de unos diez centímetros de largo que parecía una hernia, pero al cabo de un momento el enjuto texano indicó a los médicos que se marcharan, se dirigió cojeando hacia lo que quedaba del cañón de 120 mm, y arrió el hombro para incrementar la frecuencia de los disparos.

Cada proyectil pesaba veintidós kilos, y aunque sólo estuviera disparando un cañón, mantener el ritmo no era tarea fácil. El soldado de primera clase Jack Hearn,

un artillero de la Batería B, era conocido como «Pequeño Langostino» entre sus compañeros, pero estaba preparado para realizar tareas pesadas, ya que antes de ingresar en los Marines cargaba y descargaba sacos de comida para ganado de 45 kilos, trabajo por el que percibía cincuenta centavos diarios. Aquella mañana, entre Hearn y su amigo y compañero Willie Tate, un menudo soldado cajún del sur de Luisiana, transportaron miles de kilos de munición sin aminorar el ritmo.

Un proyectil enemigo también cortó las líneas telefónicas entre la torre de mando de Kessler y la batería, lo cual le obligó a enviar mensajeros que proporcionaran datos de control de tiro a los hombres que manejaban el cañón. Mientras tanto, los artilleros a bordo de los destructores japoneses agravaban enormemente los problemas de la Batería B. Al principio, la mayoría de sus proyectiles cayeron en la laguna, pero su puntería mejoraba constantemente. Es probable que lo único que evitó a los marines un gran número de bajas fuera la disposición de los cañones enemigos, que disparaban siguiendo una trayectoria rasa. Esto hacía que muchos proyectiles que se acercaron peligrosamente a la posición de la Batería B rebasaran con mucho sus blancos originales antes de explotar.

Kessler advirtió que los primeros proyectiles enemigos estallaban formando manchas de color amarillo verdoso sobre la laguna, directamente enfrente de la batería. Luego los proyectiles empezaron a silbar sobre la posición de la batería y a impactar en la playa norte. Incluso cuando los artilleros japoneses por fin definieron la distancia y situaron la batería directamente en el centro de su mira, sus disparos resultaron ineficaces. Era increíble ver cómo un proyectil tras otro explotaba en torno a la posición de la batería pero no causaba ninguna baja o daños significativos.

Un proyectil enemigo cruzó directamente entre dos hileras de auxiliares de artillería antes de explotar sin consecuencias lejos de ellos. Unos metros de diferencia en una dirección u otra podrían haber supuesto fácilmente la aniquilación de la mitad de los hombres de la batería. Sin embargo, ni un solo marine resultó herido de gravedad durante los más de cinco minutos de bombardeo intensivo de los destructores, pero varios —incluido Kessler— fueron alcanzados por fragmentos de coral y otros escombros.

«Tiene la cara ensangrentada, señor», dijo a Kessler uno de sus hombres. «¿Se encuentra bien?». Kessler se tocó la nariz y se sorprendió al comprobar que tenía los dedos manchados de sangre. «Sí, estoy bien. Es sólo un rasguño», respondió, aplicándose un trapo húmedo. «Eh, doctor, deme un par de tiritas».

Pese a todo, los hombres de la Batería B resistían con tenacidad. Siguieron disparando el único cañón que les quedaba, y al décimo intento su obstinada paciencia se vio recompensada. Su víctima fue el *Yayoi*, el objetivo en el que Kessler se había concentrado desde el principio. Un proyectil destruyó la popa del barco, causó dieciocho bajas, según el recuento del enemigo, y desató un virulento incendio^[11].

«Alcanzamos un par de veces al destructor, y lo vimos alejarse ardiendo y

humeando», decía Hearn.

Entonces, Hearn y sus compañeros se volvieron hacia el *Utsuki*, el destructor más próximo al *Yayoi*, y también dieron en el blanco antes de que éste y el *Kisaragi* formaran una cortina de humo y se apartaran junto al *Yayoi* de la línea de fuego.

A las 7.10, con sus planes frustrados, el ataque del almirante Kajioka se derrumbó y sus barcos iniciaron la retirada hacia Kwajalein, de modo que el comandante Devereux ordenó el alto el fuego. Pero aunque los vestigios de la fuerza invasora de Wake se encontraban fuera del alcance de las baterías estadounidenses, no estaban ni mucho menos seguros y sus calamidades no habían hecho más que empezar.

Antes de que los marines de Wake acabaran con sus adversarios aquella mañana, al enemigo le aguardaba una segunda sorpresa desagradable. La tambaleante armada japonesa se encontraba a una hora del atolón en dirección suroeste cuando los aviones del VMF-211 se abatieron sobre ella.

Durante la hora siguiente, los cuatro pequeños Grumman Wildcat debieron de parecer una veintena a los tripulantes de las embarcaciones. Desperdigada en varios kilómetros de océano abierto y carente de cobertura aérea, la flotilla constituía un blanco irresistible para un puñado de pilotos estadounidenses que ansiaban con todas sus fuerzas la venganza.



El comandante Putnam había elegido a sus tres pilotos más fiables y experimentados —los capitanes Henry Elrod, Herb Freuler y Frank Tharin— para que le acompañaran. Los cuatro Grumman habían despegado en cuanto las baterías de la playa abrieron fuego, y esperaban encontrarse una formación de aviones enemigos, con lo cual, el hecho de que no apareciera ninguno supuso una agradable sorpresa. Cada avión llevaba dos bombas de 45 kilos bajo las alas y toda la munición para las ametralladoras del calibre 50 que podía cargar.

Parecía lógico que un contingente invasor de aquella envergadura mereciera al menos un apoyo aéreo limitado, posiblemente cazas con base en un portaaviones fondeado más allá del horizonte, o incluso bombarderos provenientes de tierra, para complementar e intensificar las andanadas de la Armada. Por ello, la primera responsabilidad de los F4F-3 era escudriñar las zonas que rodeaban Wake en busca de aviones enemigos y enfrentarse a cualquiera que se encontraran.

Tres de los aviones despegaron sin incidentes, pero el cuarto tuvo problemas de arranque —algo frecuente— y sufrió una demora de unos quince minutos. Entonces, la patrulla integrada por cuatro aparatos se encontró sobre Toki Point, ascendió a 6000 metros y rastreó el cielo en todas direcciones. No avistaron nada en absoluto.

Cuando sobrevolaron de nuevo la isla de Wake, pudieron contemplar la retirada del destacamento japonés. Se encontraba ya unos veinticinco kilómetros al suroeste del atolón y se dirigía a Kwajalein tan rápido como permitía el peligroso estado de su

buque insignia.

Basándose en sus informes de espionaje, los japoneses estaban preparados para cierto hostigamiento menor desde el aire. Sin embargo, parece poco probable que esperaran los estragos que les causarían los Grumman durante la hora siguiente. Los barcos enemigos hicieron uso de la artillería pesada mientras los Wildcat se abalanzaban repetidamente sobre ellos, y los cuatro aviones fueron alcanzados por el fuego de las ametralladoras.

El método concebido por el capitán Freuler para adosar bombas bajo las alas de los Grumman los dotó de algo más poderoso que el fuego de ametralladora para atacar al enemigo, pero los aviones sufrían aún graves limitaciones. Cada F4F-3 podía transportar sólo dos artefactos de 45 kilos, de modo que debían regresar una y otra vez al aeródromo y recargar después de cada bombardeo. A medida que la flota enemiga fue diseminándose en una amplia extensión de océano, cada viaje de vuelta a tierra llevaba más tiempo, y reubicar los objetivos resultaba más complejo. Los artilleros japoneses salpicaron de agujeros a todos los Wildcat.

Uno de los mayores problemas que acusaban los pequeños aviones —así como los líderes militares que más tarde solicitaron una evaluación exhaustiva de los daños ocasionados aquel día por el VMF-211— era tener tantos blancos entre los que elegir. En su fervor por asestar el mayor castigo posible a cualquier barco enemigo que localizaran primero, a los pilotos con frecuencia les era difícil discernir si estaban descargando sus bombas sobre un crucero, un destructor o un buque de transporte, pues se lanzaban en picado a una velocidad de más de 780 kilómetros por hora.

En total, cada uno de los cuatro Wildcat efectuaron diez misiones de combate aquella mañana y lanzaron un total de veinte bombas y dispararon más de 20 000 balas con sus ametralladoras. A la mitad de su secuencia de ataques y retornos a la base para rearmarse, Putnam y Tharin fueron relevados por el teniente John Kinney y el sargento William Hamilton, de manera que el número de pilotos que tomó parte en la acción aumentó a seis.

Al principio de la ofensiva, los cruceros *Tenryu* y *Tatsuta* fueron bombardeados y ametrallados, probablemente por Elrod y Tharin. La batería de torpedos del *Tenryu* fue destruida, al igual que el equipo de radio del *Tatsuta*. Entretanto, Freuler plantaba una bomba en la popa del buque de transporte *Kongo Maru* que provocó un incendio que se propagó por la cubierta y alcanzó la bodega.

En el puesto de mando central de Wake, el comandante Walter Bayler estaba entre quienes siguieron las exultantes conversaciones radiofónicas entre dos buenos amigos, «Hammering Hank» Elrod y «Duke» Tharin, cuando convergieron sobre el destructor *Kisaragi*, creyendo erróneamente que habían dado con el renqueante crucero *Yubari*.

«Eh, “Duke”, ¿ves ese gordo hijo de puta ahí enfrente?», preguntaba Elrod a Tharin. «Lo veo», respondió Tharin. «¡A por él!».

Las voces se apagaron cuando los dos aviones emprendieron el descenso en

picado. Entonces, Bayler escuchó el agudo tableteo de las ametralladoras, seguido de un grito de Elrod:

«¡Le has dado, “Duke”! ¡Le has dado a la segunda! ¡Mira la humareda!».

«Tú tampoco lo has hecho tan mal», repuso Tharin con total naturalidad. «En la primera pasada lo has cosido a balazos».

Elrod y Tharin bombardearon el *Kisaragi* en dos pasadas y arrojaron un total de cuatro artefactos. Aunque su palabrería indicaba que ambos creían que el otro había logrado un blanco directo, en realidad es probable que sólo una bomba impactara en su objetivo. No obstante, fue suficiente. Aunque ningún piloto se dio cuenta en el momento, dejaron al destructor herido de muerte.

Mientras tanto, a bordo del auténtico *Yubari*, un corresponsal de guerra japonés llamado Akira Ando oyó un zumbido grave, y al mirar al cielo, vio el Wildcat de Putnam dirigiéndose hacia él con el sol a su espalda. El barco ya había empezado a escorarse y apenas podía continuar su avance, y sus únicas defensas aéreas consistían en un cañón ligero y dos ametralladoras. Era el momento propicio para el ataque, y Putnam hizo todo lo posible por hundir el barco, rociando el puente con sus balas.

Pero el asediado buque insignia, que obligó al desgraciado almirante Kajiooka a arrostrar la ira de sus superiores, se negaba a morir. Pese a las afirmaciones de Devereux y otros, ninguno de los tres cruceros que participaron en la invasión de Wake fue hundido. Los tres arribaron a Kwajalein, donde los repararon apresuradamente, y volvieron al combate. Sin duda alguna, el *Yubari* fue el que sufrió los desperfectos más graves, pero permaneció a flote hasta el 27 de abril de 1944, cuando se perdió en la batalla del Mar de Filipinas.

En realidad, el mayor golpe asestado aquel día por el VMF-211 fue la bomba que arrojó «Hammering Hank» Elrod sobre el *Kisaragi*.

El extraño destino del destructor comenzó cuando la bomba penetró en sus tripas y desató un incendio bajo la cubierta. El barco se detuvo por completo mientras los tripulantes combatían el fuego durante casi media hora, y al parecer lo contuvieron lo suficiente para permitir que el *Kisaragi* continuara su travesía, aunque muy lentamente.

Entonces, alrededor de las ocho de la mañana, las llamas alcanzaron lo que más tarde se identificaría como un gran arsenal de cargas de profundidad en uno de los polvorines del barco. En ese preciso instante, Kinney vio la humareda que dejaba el barco en llamas e hizo descender en picado su Wildcat. Según pudo comprobar, las llamas eran fruto de un ataque anterior, y anhelaba asestarle el golpe de gracia. Estaba iniciando su primer bombardeo a bordo de un F4F-3 cuando ocurrió algo increíble: el *Kisaragi* estalló formando una gigantesca bola de fuego.

Kinney se vio invadido por emociones sumamente contradictorias al ver la explosión. En cierta manera, el buque ofrecía una imagen grata, pero también sintió

una punzada de tristeza por no haber tenido la oportunidad de hundirlo él mismo.

Cuando localizó a otro destructor, Kinney despejó sus recelos. Le preocupaba no haber podido practicar el lanzamiento de explosivos desde un Wildcat antes del estallido de la guerra, pero no tardó en poner a prueba su habilidad con este nuevo objetivo. Kinney arrojó sus dos bombas con lo que él consideró una sincronización y un posicionamiento perfectos, pero lo único que le procuró su esfuerzo fue otra decepción. Ambas bombas erraron el blanco por bien poco, y como no tenía nada más que lanzar, meneó la cabeza y emprendió el camino de vuelta hacia Wake.

En aquel momento, Elrod y Freuler lidiaban con problemas mucho más graves que el de «una gran presa a la fuga». Pasaban pocos minutos de las ocho, y ambos pilotos habían permanecido en el aire durante dos horas seguidas, salvo por los altos para rearmarse. Cada vez que atacaban a ras de suelo, sus tiroteados aparatos se llevaban más agujeros de bala de las ametralladoras antiaéreas enemigas.

Sus dos F4F-3 empezaban a asemejarse a tamices voladores, y algunos de los agujeros se encontraban en puntos vitales. Cuando Elrod realizó una última maniobra sobre un barco enemigo, una ráfaga de ametralladora acribilló el morro de su avión y provocó una fuga de combustible.

Entre el piloto y Wake mediaban casi cincuenta kilómetros, pero con el combustible salpicando a borbotones su parabrisas y el motor petardeando y empezando a bloquearse, Elrod puso rumbo hacia la isla a toda velocidad. Estaba decidido a llegar al aeródromo, pero perdía altitud con rapidez —demasiada rapidez—, así que tuvo que conformarse con tomar tierra en la playa. Desde lo alto de su puesto de mando, Devereux y numerosos soldados observaron cómo la mancha que se aproximaba iba agrandándose y descendiendo por segundos.

El último vuelo del Wildcat número 11 culminó en un aterrizaje forzoso en la playa meridional de Wake, una extensión plagada de rocas. Devereux y Putnam fueron de los primeros en llegar hasta el maltrecho Grumman y se esperaban lo peor. Para su asombro, vieron a Elrod salir ileso de la cabina, pero el último pensamiento que ocupaba al piloto era su milagrosa huida. Su única preocupación era el Wildcat, que era un desecho absoluto. Quienes corrieron en su ayuda lo oyeron disculparse una y otra vez por no haber podido salvarlo.

«Os lo juro», decía «Hammering Hank» con lágrimas en los ojos, «siento muchísimo lo del avión».

A Freuler, que pilotaba el Wildcat número 8, el aparato remendado que Kinney y Hamilton habían resucitado del «camposanto de Grumman» en el aeródromo tras la primera razia enemiga, le fue poco mejor que a Elrod, pero él también llegó a casa.

Cuando se alejaba después de efectuar una última pasada sobre el *Kongo Maru*, que era pasto de las llamas, una lluvia de balas trazadoras impactó en el motor y perforó el refrigerador de aceite y uno de los cilindros. Freuler supo al instante que estaba en apuros —de hecho, unos desperfectos tan graves en un motor habrían obligado a muchos pilotos a amerizar—, pero contuvo la respiración y puso rumbo

directo a Wake.

Aunque el motor expiró su último aliento poco antes de que Freuler llegara al aeródromo, el avión realizó un aterrizaje perfecto justo en medio de la pista. Fue otro desenlace milagroso.

Estructuralmente, el malparado Wildcat todavía era seguro para volar, pero el motor había quedado inservible. Dado que los recambios más cercanos se encontraban a 3200 kilómetros de distancia, eso significaba que el viejo número 8 había completado su última misión.

Cuando finalizó la acción aérea aquella mañana, uno de los Wildcat que quedaban realizó dos pasadas sobre el *Patrullero n.º 33*, un destructor convertido que trasladaba a las tropas que supuestamente debían desembarcar en Wake. Media docena de marineros japoneses resultaron muertos o heridos.

Los pilotos del VMF-211 habían hecho pagar un alto precio a la frustrada flota invasora. Fuentes enemigas oficiales, que solían maquillar u ocultar las pérdidas japonesas, atribuirían a los cuatro Wildcat el hundimiento del *Kisaragi* y los desperfectos ocasionados a dos cruceros y un buque de transporte. El 11 de diciembre, teniendo en cuenta que los 167 tripulantes se hundieron con el destructor, el número de bajas provocadas por las razias aéreas contra la flotilla enemiga probablemente superó las trescientas^[12].

Ahora, al escuadrón sólo lo separaban dos aviones de la desaparición total, y ni siquiera era mediodía. Antes de que la unidad de aviación tuviese la posibilidad de descansar —y mucho menos de celebrar sus hazañas— a esos dos últimos Grumman les aguardaba otra gran tarea.

De hecho, los dos aviones pilotables estaban de nuevo en el aire casi de inmediato para efectuar la patrulla habitual de mediodía, y no hacía más de quince minutos que habían despegado cuando sus pilotos, los tenientes Kinney y Davidson, asestaron otro golpe al enemigo. Eran casi las diez cuando localizaron una formación de bombarderos que se acercaban desde el este a 5500 metros de altura.

Conforme a algunas versiones, en aquella ofensiva participaron hasta treinta aviones enemigos, pero según Kinney, que se encontraba en medio de los atacantes, eran sólo diecisiete, y se escindieron en dos grupos al aproximarse. Mientras Davidson perseguía a los nueve aviones que se dirigían hacia el suroeste, Kinney se mantuvo por encima de los ocho restantes hasta que rebasaron las baterías antiaéreas de Wake, y entonces atacó frontalmente dejando el sol a su espalda. Al parecer, la tripulación de los bombarderos estaba demasiado resuelta a acribillar sus objetivos sobre el terreno como para verle, y el solitario Wildcat pudo sorprenderlos. Después de una primera pasada infructuosa, Kinney regresó para un segundo intento.

La segunda aproximación también fue con el sol de espaldas, y en esta ocasión vio cómo el bombardero al que perseguía iba perdiendo combustible. Sabía que lo había

alcanzado, pero no tuvo tiempo para congratularse porque, justo entonces, una bala enemiga atravesó el plexiglás, y se alojó en la lente izquierda de sus gafas de aviador. Sorprendido de haber salido ileso, Kinney contó sólo siete bombarderos en la formación después de su tercera pasada y supuso que el que perdía combustible había tenido que realizar un amerizaje.

La arrolladora ofensiva de Davidson sobre los otros nueve bombarderos fue incluso más productiva. Dos aparatos cayeron en barrena al mar y se le atribuyeron sendos derribos. El objetivo de Kinney se calificó de «probable».

Los equipos encargados de las baterías de 75 mm en Peale y Wake hendieron el aire con más de doscientos proyectiles antiaéreos, y lograron incendiar un bombardero, que se estrelló en el océano frente a Wilkes en medio de vítores. Otros tres aparatos enemigos dejaron una estela de humo mientras se perdían en la distancia.

Aquello fue un digno colofón al mejor día que habían vivido las fuerzas estadounidenses desde el inicio de la incipiente guerra: tres bombarderos derribados y otros cuatro que se encontraban en graves apuros la última vez que fueron vistos.

Aquella tarde, los marines retomaron sus labores habituales, pero la rutina no era la misma de antes. El trabajo no parecía tan duro o amedrentador. La tensión, el temor, la fatiga y la desesperanza de los últimos días cayeron momentáneamente en el olvido. La moral de los hombres era alta, y sus cuerpos se revitalizaron temporalmente. Era algo más que un mero alivio; era una cuestión de orgullo. Estaban muy satisfechos consigo mismos por primera vez, y sabían que tenían todo el derecho del mundo a sentirse así.

Wiley Sloman jamás había experimentado tamaño júbilo, y el sentimiento era contagioso. Sloman y otros miembros de la Batería L se daban palmadas en la espalda y reían a pleno pulmón. Estaban preparados para cualquier cosa. Artie Stocks se sentía capaz de aniquilar él solo a todo un batallón japonés.

El cabo Brown, que había transmitido tantas llamadas telefónicas airadas y blasfemas de los comandantes de batería de Devereux a primera hora de aquella mañana, resumió a la perfección los sentimientos de todos a medida que cayeron en la cuenta de la enormidad de lo que habían logrado los marines de Wake.

«Bueno», comentó a su jefe en una clásica observación mesurada, «menudo día, ¿eh, comandante?».

Desde luego, lo había sido.

«¡Enviadnos más japoneses!».

En un sentido puramente físico, la magnitud de la victoria estadounidense y la vergonzosa desigualdad de la derrota japonesa son difíciles de exagerar. Los daños irreparables ocasionados a los dos Wildcat fueron, con mucho, el golpe más grave sufrido por los defensores de Wake. Aparte de eso, la única pérdida material fue un depósito de gasóleo incendiado por el bombardeo naval. Ni un solo defensor, ya fuera militar o civil, murió en el enfrentamiento. Cuatro marines salieron heridos leves.

En el otro bando, unas estimaciones fiables cifran las bajas japonesas del 11 de diciembre en setecientos u ochocientos hombres, en su mayoría muertos. Con toda certeza se hundieron dos destructores enemigos con la participación de todos. Asimismo, pese a la considerable confusión reinante y ciertas afirmaciones de oficiales de los marines que nunca fueron corroboradas, al menos cinco barcos enemigos más —tres cruceros, un buque de transporte y un destructor reorientado al traslado de tropas— sufrieron bajas y desperfectos importantes. Las pruebas indican que otras dos embarcaciones, con toda probabilidad un destructor y una lancha cañonera, también fueron alcanzadas, pero los daños fueron relativamente menores^[13].

En un esfuerzo por guardar las apariencias, los oficiales japoneses falsificaron los informes sobre la retirada de Wake, y la atribuyeron únicamente a las adversidades climatológicas. Los partes daban a entender que el contingente de Kajioka había iniciado un repliegue ordenado y bien meditado la tarde del 11 de diciembre tras decidir que se precisaban «más planes». El propio Kajioka achacó el fracaso de la invasión a dos factores que aparentemente estaban fuera de su control: los cuatro cazas estadounidenses y el mal tiempo.

Por supuesto, no fue culpa de Kajioka que no se ofreciera cobertura aérea a su destacamento. Pero ninguna excusa o encubrimiento podía ocultar el hecho de que el comandante japonés cometió errores tácticos garrafales en todas las fases del intento abortado de invasión y durante el precipitado repliegue. Dilapidó su tremenda ventaja en potencia de fuego, lo cual habría permitido a sus tres cruceros machacar las posiciones defensivas de Wake desde una distancia de dieciséis kilómetros a la vez que dejaban al enemigo indefenso para contraatacar.

Una vez que Kajioka se dio cuenta de su primer error, su frenética y desorganizada huida expuso a sus fuerzas a más problemas. Demostró que lo único que tenía en mente era alejarse de la isla de Wake y del peligro lo antes posible. Después de la primera salva de los marines, su única respuesta armamentística llegó

cuando estaba en plena retirada, y en ningún momento trató de reemprender la ofensiva saliendo del radio de alcance de los defensores y reiniciando la andanada.

Cuando el contingente enemigo se encaminaba a casa, Kajioka permitió a sus barcos desperdigarse en una amplia área oceánica en lugar de mantenerlos bien agrupados, lo cual habría permitido que su fuego antiaéreo concentrado resultara más efectivo. Esto dejó solo a cada uno de los barcos enemigos ante el ataque de los Wildcat del comandante Putnam, y los cañones antiaéreos escaseaban peligrosamente. Las defensas del buque insignia *Yubari* consistían en sólo dos ametralladoras y un cañón antiaéreo de 75 mm. Kajioka tenía todo los motivos para esperar como mínimo una amenaza limitada desde el aire —sus propios submarinos confirmaron la presencia de cazas operativos en Wake—, pero no hizo nada para prepararse.

Kajioka no era el único culpable. Su superior inmediato, el vicealmirante Shigeyoshi Inoue, que lideraba la 4.^a Flota japonesa, era un firme defensor de la potencia aérea, y aseguraba abiertamente que los acorazados y la estrategia que dependía de ellos para el control de los mares estaban obsoletos. Sin embargo, envió a Kajioka a invadir Wake sin apoyo aéreo y una armada creada apresuradamente e integrada por embarcaciones viejas y faltas de armamento. Ningún acorazado de la flotilla japonesa tenía menos de quince años de antigüedad.

El gran impacto psicológico que causó el pequeño grupo de estadounidenses en Wake fue todavía mayor y más trascendental que su triunfo físico. Hoy en día, los estadounidenses identifican el ataque sorpresa a Pearl Harbor con el estallido de la segunda guerra mundial, pero en los oscuros días de finales de 1941 fue la lucha por la diminuta isla de Wake lo que inspiró al pueblo de Estados Unidos y reforzó su espíritu patriota. «¡Despertad!» se convirtió en un grito de unión para el país.

Como señalaba en un editorial un periodista de *The Washington Post*, Wake representaba «una de esas batallas aguerridas como la que llevó a los texanos a gritar hace ciento cinco años: “¡Recordad El Álamo!”».

Pearl Harbor enojó a los estadounidenses y contribuyó a espolearlos para el esfuerzo supremo que precisaría el ganar la guerra, pero aun así fue la derrota militar más sonada y apabullante que sufrió Estados Unidos en el siglo xx. La isla de Wake, por otra parte, representaba una gran victoria moral. Demostró los arrestos, la determinación y los recursos de los combatientes estadounidenses, y reveló a una ciudadanía desmoralizada que *podíamos* contraatacar, que *podíamos* causar un gran dolor y sufrimiento al enemigo y «hacérselo pagar a esos bastardos».

La noche del 9 de diciembre de 1941, los temerosos estadounidenses se habían agolpado en torno a sus radios para escuchar al presidente Roosevelt decirles lo que ya sabían: hasta ese punto, los partes de guerra habían sido «todos negativos». Pero tres días después, la ciudadanía recibió su primera buena noticia cuando llegaron los informes iniciales sobre cómo los defensores de Wake habían resistido grandes ataques por aire y por mar y ocasionado asombrosas pérdidas al enemigo. La heroica

batalla de Wake ofreció el primer signo alentador de que el gigante japonés no era en absoluto invencible.

En los días venideros, Wake coparía casi a diario las portadas en los periódicos de todo el país. Los informes no se prodigaban en detalles, como era previsible, y a menudo carecían de rigor, pero abundaban en una prosa patriótica, como ilustra el siguiente parte de Associated Press:

WASHINGTON, 19 de diciembre (AP). La pequeña e indomable guarnición de marines estadounidenses desplegada en la isla de Wake todavía se aferraba con tenacidad a su maltrecho atolón el viernes por la noche, después de resistir dos embestidas japonesas más.

Pocos capítulos de la actual guerra han electrizado tanto a la nación como el de la tenaz guarnición de marines de Wake desafiando una serie de ataques, e incluso hundiendo acorazados enemigos frente a sus costas.

«Han defendido el fuerte y mantenido la bandera de Estados Unidos ondeando», rezaba *The New York Times* en alabanza a la tenaz batalla de los defensores de Wake, y la describía como «el gran acontecimiento de la guerra hasta la fecha».

Roosevelt, en la rueda de prensa que convocó el 12 de diciembre, también elogió a los habitantes de Wake. «Por lo que sabemos, Wake sigue resistiendo», decía el presidente, «y está realizando un trabajo magnífico».

La plana mayor japonesa podía despreciar el vapuleo recibido por sus fuerzas en Wake y tildarlo de mero problema técnico sin importancia en su plan general de conquista, pero ello dio que pensar a sus oficiales y un primer motivo para cuestionar su arrogante seguridad en sí mismos^[14].

Pese a las aseveraciones que se vertieron en el período de posguerra, el comandante Cunningham al parecer desempeñó un discreto papel secundario en la acción del 11 de diciembre. Mientras la artillería de los marines disparaba sin tregua a los barcos enemigos, Cunningham se encontraba en las profundidades de su bunker, que era un lugar apropiado para el comandante y el oficial al mando de la isla en esa coyuntura. Hasta donde se puede determinar, todas las órdenes durante el enfrentamiento fueron dictadas por Devereux, y Cunningham sólo se mantuvo informado gracias a una llamada telefónica de cortesía del artillero John Hamas.

Según recuerda Cunningham, la conversación se desarrolló como sigue:

Hamas: El teniente McAlister ha avistado un destructor, distancia cuatro seiscientos, frente a Kuku Point. El teniente Barninger ha detectado barcos frente a Peacock. El comandante Devereux me ha ordenado que se lo notifique.

Cunningham: ¿A qué estamos esperando, John? Abran fuego^[15]. Cunningham estimó la hora de la llamada de Hamas a las 6.15, es decir, cinco minutos después de que Devereux dijera haber dado la orden de abrir fuego. Puede que el reloj del comandante fuese adelantado, por supuesto. Pero la breve descripción de Cunningham sobre la subsiguiente acción de artillería, que se prolongaría durante

cuarenta y cinco minutos y que incluyó en su libro *Wake Island Command*, de 1961, difícilmente se corresponde con la de alguien sumido en plena batalla, y mucho menos con la del hombre que la dirigió. Su relato sobre uno de los episodios más dramáticos de la segunda guerra mundial ocupa poco más de una página y ofrece una panorámica somera acerca de lo sucedido. Su falta de detalle y emoción sugiere que Cunningham estaba simplemente «fuera de juego» en lo relativo a conocimientos directos o participación personal.

No obstante, nadie en Wake ansiaba más que Cunningham el trasladar la aplastante derrota y retirada del enemigo a sus superiores de Pearl Harbor. Unos minutos después de que el VMF-211 concluyera sus últimas misiones contra la flotilla japonesa, Cunningham ordenó al equipo de radio del capitán Wilson, formado por cinco hombres del Ejército, que montara su elevada antena frente a su puesto de mando. Incluso a riesgo de desvelar la posición de la única emisora de radio que quedaba en la isla a los vigilantes aviadores japoneses, Cunningham quería asegurarse de que la plana mayor de la Armada en Pearl obtenía un informe completo sobre las buenas noticias llegadas desde Wake. En palabras del propio comandante, confeccionar y enviar aquel mensaje victorioso fue la tarea que más le llenó de orgullo en toda su carrera en la Armada.

El mensaje salió alrededor de las nueve menos cuarto de la mañana, y en cuestión de minutos, los almirantes Kimmel y Bloch recibieron réplicas gratificantes. La noticia de la victoria suscitó una respuesta de Pearl Harbor que resultó más tranquilizadora de lo que Cunningham podía imaginar, aunque no mencionaba una promesa de refuerzos. Los almirantes elogiaron a los soldados de Wake por cumplir con su deber respetando «las tradiciones más elevadas del servicio naval».

Fue el momento culminante de Cunningham. Irónicamente, también sería la última vez en que se reconocería —y mucho menos se honraría— su estatus como comandante de la isla entre sus superiores del CINCPAC, el cuartel general de la flota del Pacífico. En esta coyuntura, faltaban escasas horas para que el almirante Kimmel fuese defenestrado de su mando, y en la reorganización posterior, la existencia misma de Cunningham pareció caer en el olvido.

Por lo demás, excepto por la rara oportunidad que brindaron los mensajes para celebrar el éxito militar estadounidense y felicitar a sus responsables, es dudoso que alguien advirtiera algo particularmente inusual en el intercambio de transmisiones radiofónicas entre Pearl y Wake aquella mañana. Pero en cierto sentido, las comunicaciones entre el aislado atolón y el mundo exterior fueron notables y estuvieron plagadas de consecuencias inesperadas.

Cuando el mensaje original de Cunningham fue sometido al proceso de redacción, codificación y transmisión, y luego descodificado y mecanografiado en su lugar de recepción, se colaron en él tres palabras históricas. Hasta hoy, nadie sabe con seguridad cómo ocurrió ni quién lo hizo o, de lo contrario, no lo reconocen. Es posible que Cunningham no tuviese nada que ver con esas tres palabras, pero como

aparecieron en un mensaje enviado por el comandante de la isla, él se adjudicaría el mérito —o cargaría con la culpa— de que estuvieran allí.

Los procedimientos de encriptación en tiempos de guerra exigían rellenar los comunicados militares con términos superfluos y carentes de sentido al principio y al final del mensaje en sí. Por lo general, dichos rellenos eran absolutamente incoherentes, pero en el caso del parte remitido a Pearl por Cunningham, eso no era del todo cierto.

Cuando el mensaje fue transmitido por un descodificador, vino precedido de la siguiente serie de palabras aparentemente inconexas:

ENVIADNOS STOP AHORA ES EL MOMENTO DE QUE
TODOS LOS HOMBRES BUENOS ACUDAN EN AYUDA DE
SU GRUPO CUNNINGHAM MÁS JAPONESES...

Si se desechaba todo salvo la primera palabra y las dos últimas y se unían, formaban un provocador mensaje que estaba a punto de convertirse en la base de la que tal vez sería la mayor artimaña propagandística de la guerra:

ENVIADNOS MÁS JAPONESES

Cuando Cunningham tuvo constancia del presunto mensaje por medio de las emisiones radiofónicas captadas por los receptores de onda corta de Wake, el comandante se mostró aterrado. «Yo no había mandado tal cosa», aseguró, «y como el envío de mensajes estuvo bajo mi supervisión directa en todo momento, di por supuesto que la historia obedecía al delirio de algún periodista».

Años después, Cunningham afirmó haberse enterado de que dos de sus criptógrafos, los alférez George «Bucky» Henshaw y Bernard J. Lauff, habían incluido las palabras en una especie de broma privada entre ellos, y no esperaban que el relleno se entregara con el texto del mensaje.

Como quiera que ocurriese, los criptógrafos desde luego no tenían ni idea de la sensación nacional que estaba a punto de causar aquella frivolidad en su país. En Hawai, alguien con buen instinto para las relaciones públicas y una notable falta de veracidad sacó partido de las palabras y las utilizó para crear una leyenda. Por medio de los invisibles y complejos senderos de la radio comercial, la frase llegó a un enorme sector de la ciudadanía estadounidense, y el mito fue rápidamente aceptado como una «historia real» que ilustraba la dureza de los defensores de Wake.

Transcurridos unos días, esos mismos defensores se mostraron sorprendidos y encolerizados cuando uno de ellos captó varios anuncios radiofónicos de Estados Unidos a través de la onda corta en los que se les atribuía esta clásica expresión de desafío y bravuconería.

En peluquerías, restaurantes, trenes de cercanías y tabernas de costa a costa la historia se repitió en incontables ocasiones. Cuando Pearl Harbor les preguntó si

necesitaban algo, los marines de Wake supuestamente respondieron: «¡Sí, enviadnos más japoneses!».

«Tal vez fuera una buena herramienta de reclutamiento», observaba el artillero Frank Gross, «pero cualquiera de los soldados de Wake habría tenido que ser muy estúpido para decir algo semejante».

Los defensores de Wake necesitaban muchas otras cosas: más rifles y munición para el armamento ligero, más medicamentos, más cazas y recambios, más telémetros y equipos de control de tiro para sus baterías y, por encima de todo, más hombres. Pero más japoneses desde luego no figuraba en la lista de una diminuta y asediada guarnición agazapada a las puertas del mismísimo imperio japonés.

Los defensores se enorgullecían enormemente de lo que habían hecho, pero pocos abrigaban la falsa esperanza de que el asedio de Wake se hubiera roto. En aquel momento, la mayoría creía aún que la guarnición pronto sería reforzada. Pero su optimismo se veía atemperado cuando recordaban un viejo axioma del Cuerpo de Marines que muchos de ellos habían oído por primera vez en el campamento de instrucción: «Quizá deberías recibir más, y tal vez recibas más, pero sólo puedes depender de lo que ya tienes».

A medida que se desgranaba la tarde del 11 de diciembre, cualquier vestigio de un ambiente festivo fue desvaneciéndose con presteza, y cuando se puso el sol, dio paso a un sombrío ritual. Había llegado el momento de que la guarnición de Wake enterrara a sus muertos, que en su mayoría habían perecido durante la primera ofensiva aérea. Desde entonces, cada minuto se había dedicado a labores defensivas esenciales, lo cual no dejó tiempo o personal libres para organizar un pelotón de enterramiento. Construir refugios para los vivos era más importante que cavar tumbas, e incluso ahora las inhumaciones se llevaban a cabo en medio de la oscuridad para encubrir el alcance de las pérdidas estadounidenses.

Buena parte de los hombres de Wake estaban ensimismados en la interminable labor de reforzar sus defensas y proteger su armamento.



Aquella noche en particular, muchos hicieron frente a la enorme misión de trasladar la Batería D del capitán Godbold de un extremo de la isla de Peale al otro. Devereux había ordenado dicho traslado después de que la vieja posición de la batería en Toki Point fuese duramente atacada en la razia aérea de aquella mañana. Devereux sabía que los japoneses habían localizado la posición, lo cual significaba que su batería antiaérea mejor equipada corría el peligro de ser destruida inminentemente si permanecía allí. Mover los cañones de 75 mm y todo su equipo era un trabajo monstruoso, pero había que hacerlo. Dan Teters envió a casi trescientos voluntarios civiles a ayudar, y éstos y los marines trabajaron hasta las 4.45 de la mañana siguiente para finalizarlo.

Todas estas necesidades acuciantes dejaban un número limitado de personal disponible para quehaceres funerarios, pero la mayoría de los cuerpos habían sido conservados durante más de tres días en un contenedor refrigerado del Campamento Dos, y la penosa tarea no podía posponerse más. Era hora de rendir un último tributo a quienes no habían sido enterrados donde cayeron y de darles un funeral lo más decente posible.

Los cuerpos fueron envueltos en sábanas, cargados en camiones y conducidos a un lugar junto a la carretera, cerca del Campamento Dos. Allí fueron tendidos unos junto a otros en una fosa común, tanto civiles como militares. Había más de setenta cuerpos en total, entre ellos veintiséis oficiales y hombres del escuadrón de cazas, dos marineros, dos miembros del 1.^{er} Batallón de Defensa de los marines y unos cuarenta civiles. Una draga cavó una extensa trinchera en el coral, y unos pocos testigos observaban en silencio mientras los cuerpos eran introducidos en ella. Momentos después, una excavadora rellenó la tumba.

La guarnición no contaba con un capellán, pero uno de los trabajadores, John O'Neal, de Worland, Wyoming, era un predicador mormón y rezó una breve plegaria. La reducida comitiva también incluía a Cunningham, Devereux, Teters, el padre de uno de los civiles muertos, y cuatro fusileros de los marines, que dispararon salvas al aire con sus Springfield para concluir el oficio.

La ceremonia funeraria minó el ánimo de Cunningham y marcó el lúgubre final de un día por lo demás triunfal y alentador. Aunque el comandante de la isla trató de reprimir sus sentimientos depresivos, era difícil recuperar la confianza y paladear la victoria que le habían invadido unas horas antes.

Habida cuenta de aquel estado de ánimo, Cunningham ordenó que no se celebraran más entierros masivos en Wake. A partir de entonces, los muertos serían inhumados allá donde cayeran o en el espacio práctico más próximo. Un hombre, el soldado John Katchak, de diecinueve años, ya había sido enterrado en su propio pozo de tirador, donde había muerto por la explosión de una bomba. Sus compañeros simplemente apilaron un montón de tierra y coral sobre el lugar, rezaron una rápida oración y dejaron descansar en paz los restos del joven de Pensilvania.

El teniente Barninger, comandante de batería de Katchak, no era conocido por ser una persona sentimental, pero anotó en su diario la sensación que le provocaba el tener a uno de sus hombres enterrado tan cerca de donde sus compañeros de batería pasaban los días y las noches: «Su tumba, en mitad de la posición de la batería, sirve como recordatorio continuo de la labor que nos espera y supone una fuente de inspiración para todos nosotros», escribía Barninger.

Cunningham seguía rumiando mientras caminaba penosamente hacia la casita cercana al Campamento Dos, donde pernoctaba todavía pese al riesgo de un ataque nocturno. De repente vio a alguien corriendo hacia él envuelto en la creciente oscuridad y gritando algo que no alcanzaba a oír. Era casi como una estremecedora repetición de la mañana del ataque a Pearl Harbor, cuando un operador de radio

jadeante se había acercado a él para anunciarle que había estallado la guerra. Sin embargo, en esta ocasión las noticias eran buenas, tanto que levantaron al momento el apagado ánimo del comandante^[16].

Según recordaba Cunningham, la noche de aquel 11 de diciembre, el mensajero gritaba que el teniente Kliewer había hundido un submarino japonés. Pero otros que estaban presentes en el aeródromo inmediatamente después de la misión —incluido el propio Kliewer— situaron la hora del hundimiento la noche del día siguiente, el 12 de diciembre. Al margen de las discrepancias sobre la fecha exacta, el hecho es el mismo: en una de esas dos noches, Kliewer cosechó una importante victoria para los defensores de Wake.



Para tratarse de un piloto de caza de los marines, el teniente Dave Kliewer era cualquier cosa menos típico. Donde sus compañeros de escuadrón tendían a mostrarse desenvueltos y expresivos, Kliewer era tranquilo, reservado e introspectivo, casi tímido. El soldado de sólo veinticuatro años provenía de una familia profundamente religiosa, y muchos de sus miembros creían que arrebatar una vida humana era un pecado mortal, con independencia de las circunstancias. Por ello, se comentaba entre otros suboficiales que Kliewer tenía «un problema personal» en lo tocante al combate. Algunos afirmaban que podía suponer un gran lastre llegada la hora de la verdad.

Religioso o no, el alto y delgado joven del sur de Illinois ya había demostrado su voluntad y habilidad para luchar. Había recibido una mención oficial del comandante Putnam por contribuir al primer derribo de un bombardero por parte del escuadrón de cazas. Aun así, algunos dudaban que Kliewer poseyera la dureza mental necesaria para no mostrar piedad hacia un adversario.

Alrededor de las cuatro de la tarde, Kliewer se encaramó a uno de los dos malparados Wildcat que le quedaban al escuadrón e intentó ponerlo en marcha para emprender la patrulla vespertina habitual. Como ocurría a menudo, al avión le costaba arrancar y se necesitaban unos quince minutos para hacerlo despegar. Una vez en el aire, Kliewer ascendió a 3000 metros y se dirigió hacia el sur, lugar del que provenía buena parte del tráfico enemigo.

Kliewer se encontraba unos cuarenta kilómetros al suroeste de Wake escudriñando las infinitas extensiones de océano cuando avistó un submarino en la superficie, con su oscuro casco gris claramente perfilado contra el azul del Pacífico. El submarino apenas se movía, y nada indicaba que su tripulación hubiese detectado la presencia de Kliewer. El submarino no podía constituir un blanco más apetecible, y el joven aviador sintió cómo se le aceleraba el pulso ante la expectativa. La pregunta era si se trataba de un submarino amigo o japonés.

A Kliewer se le agolpaban los pensamientos mientras dirigía su avión hacia el

oeste del objetivo potencial, de modo que el sol crepuscular quedara a su espalda. Sabía que los submarinos estadounidenses *Tritón* y *Tambor* operaban cerca de allí, y no tenía intención de atacarlos por error. Pero también sabía que ambos cumplían órdenes estrictas de no salir a la superficie a plena luz del día, así que parecía improbable que la embarcación que tenía debajo fuese uno de ellos.

El teniente respiró hondo e inició un brusco descenso con el Grumman, forzando la vista para identificar marcas al aproximarse al submarino en dirección opuesta al sol. Supuso que sólo tendría tiempo para realizar una pasada antes de que la tripulación intentara sumergirse bajo las olas. Sus disparos tendrían que ser lo más certeros posibles a la primera. Probablemente no dispondría de una segunda oportunidad.

El avión cayó en picado hacia el océano. El contorno esbelto del submarino se tornaba más y más grande a ojos de Kliwer hasta que pudo ver que las escotillas estaban abiertas y que los miembros de la tripulación se movían por la cubierta. Estaba convencido de que ningún submarino estadounidense se expondría de ese modo a plena luz del día, pero buscaba pruebas definitivas de que se trataba del enemigo.

Kliwer volaba a menos de trescientos metros de altura cuando por fin detectó lo que andaba buscando: unas letras japonesas claramente visibles en la torre. Instantes después, abrió fuego con sus ametralladoras del calibre 50, alojadas en el ala, pero esperó hasta el último segundo para soltar sus dos bombas de 45 kilos. Se encontraba prácticamente sobre el submarino cuando las arrojó desde tan cerca que el calor y la metralla de las explosiones abrasaron la barriga del avión y perforaron las alas y la sección de cola.

De acuerdo con el informe de Kliwer, ninguna bomba impactó directamente en el submarino, pero ambas cayeron a escasos metros de él. Cuando ganó altura y viró a la derecha para mirar de nuevo su objetivo, vio fugazmente cómo se hundía la embarcación. Entonces desapareció. Según Kliwer, parecía imposible que el submarino hubiera podido sumergirse con tanta rapidez por sus propios medios, y estaba seguro de que lo había hundido.

Un tanto agitado y falto de munición, el joven teniente regresó a Wake, donde anunció el aparente hundimiento a Putnam. El comandante de escuadrón se montó en el otro Wildcat y, siguiendo las indicaciones de Kliwer, voló hasta el lugar para ver si podía localizar algún rastro del submarino.



Lo que encontró fue una gran mancha de combustible. Este descubrimiento llevó a Putnam a atribuir a Kliwer el hundimiento sin supervivientes del tercer gran acorazado japonés en Wake.

Además de la indicativa mancha de combustible, la afirmación de Kliwer se ve

respaldada por otra prueba de peso. Unos días después, un parte enemigo contenía la inverosímil aseveración de que dos submarinos japoneses habían colisionado accidentalmente en mar abierto, cerca de Wake, y se habían hundido en el acto. Puede que se tratara de una maniobra para encubrir lo que había ocurrido realmente. Con toda probabilidad, según han concluido numerosas autoridades, uno de estos submarinos, identificado como el *RO-66*, fue el que Kliever envió al fondo del océano^[17].

Sin embargo, los isleños de Wake se alegraron de la increíble proeza acometida por Kliever cuando la noticia se extendió desde el aeródromo a todo el atolón, y suscitó otra oleada de emociones que elevó un ánimo decaído. Aquello dio a los agotados hombres que ocupaban los pozos de tirador y los nidos de ametralladora un último motivo de júbilo antes de que las tensas realidades de un largo y agotador sitio cayeran sobre ellos.

Aguardando, vigilando y sudando

Cuando alboreó el viernes 12 de diciembre sobre la isla de Wake comenzó una nueva fase en la lucha por el atolón. Fue un cambio sutil, que a la sazón pasó inadvertido a los defensores de Wake, pero alteraría enormemente la psicología de la batalla. El virulento combate del día anterior dio paso a un prolongado asedio caracterizado por días de aburrimiento, pero puntuado por momentos de terror. Se prolongaría durante más de diez días y pronto convertiría la euforia del 11 de diciembre en un recuerdo lejano. En su lugar llegó un período brumoso e indefinido en el que, según las palabras del comandante Devereux, «el tiempo se detuvo».

Cada día traía más de lo mismo: otra dosis de trabajo interminable, un agotamiento que nunca remitía, una rutina invariable y una espera permanente. La desesperación y el tedio se confundían para moldear una deprimente y predecible monotonía. Los hombres trabajaban, esperaban y vigilaban. Inevitablemente, los aparatos enemigos hacían aparición para arrojar su ración diaria de bombas. Entonces, una vez desaparecidos los aviones, marines, marineros y civiles se afanaban a reparar todo lo que podían, y la espera comenzaba una vez más. Incluso la tensión y el peligro se volvieron monótonos.

La mañana del 12 de diciembre, poco antes de las primeras luces, los exhaustos hombres de la Batería D acabaron de trasladar sus cañones de 75 mm a una nueva localización en Peale. Fue un trabajo brutal, agravado por el hecho de que casi todos los sacos de arena que rodeaban la vieja posición habían sido destruidos por fragmentos de bomba y fuego de ametralladora y no se podían mover. La guarnición estaba quedándose sin material para preparar sacos de arena, y Cunningham había enviado una solicitud urgente de sacos vacíos en caso de que Wake fuera reabastecida en algún momento. Entretanto, los nuevos emplazamientos de los cañones debían protegerse con sacos de cemento y cajas de madera para cartuchos rellenas con arena. El traslado llevó toda la noche, pero habría resultado todavía más penoso y largo de no ser por la dotación de civiles del sargento Walter Bowsher.

Desde el principio, Bowsher supo que aquellos hombres estaban dispuestos a trabajar tan duro como cualquier marine de la guarnición, y cuando trasladar los cañones de manera regular se convirtió en un elemento necesario de su rutina, enseñaron incluso a algunos artilleros avezados ciertos trucos. De lo contrario, imaginaba Bowsher, el grupo al completo habría trabajado hasta la muerte. La reubicación manual de la batería comenzó el día 11 al anochecer y terminó al amanecer del día siguiente, y los hombres acabaron con los nervios a flor de piel.

Pero para el siguiente traslado, los civiles utilizaron una grúa que podía cargar un cañón en cada viaje, de modo que el trabajo se finalizó en hora y media.

Eran las 4.45 cuando el capitán Godbold comunicó al comandante Devereux que la nueva posición estaba preparada y contaba con personal, y los artilleros de Godbold se dirigieron tambaleándose hacia sus pozos de tirador. Su más vana esperanza era poder echar una cabezada de dos o tres horas antes de que los bombarderos enemigos emprendieran su habitual misión de última hora de la mañana.

Sin embargo, aquel día se despertaron sobresaltados en el sentido más literal. Justo quince minutos antes, sobre las cinco de la mañana, dos enormes hidroaviones cuatrimotores modelo Kawanishi H6K4 realizaron una visita inesperada, cada uno de ellos con un cargamento de 1000 kilos de bombas, cuatro ametralladoras y un cañón de cola de 20 mm. Era la primera vez que este tipo de aviones de combate aparecían sobre Wake, y el ataque sorpresa al amanecer hizo que las dotaciones de artillería volvieran a galope a sus baterías.

Fue un gesto fútil. Unas nubes bajas y un violento chaparrón impidieron a las baterías antiaéreas disparar un solo tiro certero a los atacantes. Pero la climatología también frustró a los aviones enemigos, cuyas bombas y balas sólo impactaron en la laguna y zonas desocupadas de Wake y Peale.

Los capitanes Tharin y Elrod, que ya patrullaban la zona en sus Wildcat, tampoco vieron a los intrusos hasta que los japoneses finalizaron sus bombardeos y viraron en dirección al mar. Entonces Tharin localizó a uno de ellos y salió en su persecución. Treinta kilómetros al sur de Wake dio caza al lento hidroavión y atacó desde arriba. Momentos después, con dos de sus motores escupiendo llamas, el aparato enemigo se precipitó al mar.

Reinó una fugaz excitación en el aeródromo cuando Tharin y Elrod regresaron con la noticia del último derribo del escuadrón de cazas. Pero para las dotaciones de artillería de las baterías y el resto del 1.^{er} Batallón de Defensa era sólo un día más: arduo, miserable e incluso peligroso en determinados momentos, pero en general rutinario.

Aquella noche, el teniente Barninger, de la Batería A, se tomó unos minutos para garrapatear algunas notas en su diario. Las primeras palabras que le vinieron a la mente fueron «sin incidentes». Sus hombres habían pasado gran parte del tiempo trabajando en los pozos de tirador, renovando el camuflaje y limpiando los cañones. Ahora mismo intentaban dormir un poco antes de que los bombarderos aparecieran una vez más; era sólo otro capítulo de lo que estaba deviniendo en una vieja historia.

La noche del día 12, el comandante Cunningham comunicó el estado de la guarnición al cuartel general del 14.^o Distrito Naval en Pearl Harbor. Un mensaje llegado desde Pearl aquel mismo día solicitaba información sobre las instalaciones y equipos para el mantenimiento y apoyo de aviones en Wake. Cunningham respondió que el aeródromo tenía capacidad para dos escuadrones de cazas integrados por doce

aparatos, pero que los únicos recambios disponibles eran los de los aviones destruidos. Añadió que contaban asimismo con instalaciones para un escuadrón de PBY de la Armada, bombarderos de patrulla de gran autonomía que podían aterrizar en la laguna de Wake.



Media hora después, Pearl interrogó de nuevo a Cunningham acerca del «estado de la munición» en Wake, y el comandante informó sobre un abundante suministro de varias clases de municiones: 5000 cajas que incluían cananas con cartuchos del calibre 50 para ametralladoras antiaéreas; 2200 granadas de mano; 250 bombas de 45 kilos; varios artefactos más pesados que sólo podían lanzar los PBY u otros aviones de mayores dimensiones; y amplias reservas de munición para rifles y ametralladoras para la defensa en tierra.

Lo que faltaba en la guarnición, recalcó Cunningham a Pearl, era otra clase, de material, en gran parte esencial para hacer llegar las bombas y balas estadounidenses a su objetivo. Carecían de todo lo necesario para mantener operativas las baterías de Wake: líquido hidráulico, telémetros, percutores, altímetros y munición para los cañones de 75 y 120 mm.

Después de enviar sus respuestas a ambas preguntas, Cunningham se preguntó por qué el despacho del almirante Kimmel estaría tan interesado en esos detalles.

¿Acaso significaba que los refuerzos pronto saldrían hacia Wake?

Al día siguiente era sábado 13, pero ofreció a los defensores de Wake un afortunado respiro y fue una de sus dos jornadas de descanso entre la primera razia japonesa del 8 de diciembre y el final del asedio el día 23. Con todo, los hombres todavía debían mantenerse alerta y vigilar los cielos, y hubo poco tiempo para el descanso o la relajación. Para las dotaciones de artillería, la rutina incluyó largas incursiones en la maleza para recoger follaje fresco con el que camuflar sus baterías y deshacerse del material seco que podía delatar su ubicación a los aviones atacantes. Ningún refugio parecía lo bastante profundo, nunca parecía haber suficientes sacos de arena para los nidos de ametralladora, y los hombres trabajaban constantemente para mejorar sus posiciones. Limpiaban sus armas, desde los cañones de 120 mm hasta los rifles, cargaban toneladas de munición y, entre tarea y tarea, dormían cuando les era posible. Al caer la noche, algunos se acercaban a la laguna en medio de la oscuridad para degustar el lujo de un breve chapuzón. El agua marina dejaba un residuo salado en la piel y el cabello, pero estaba lo bastante fresca para arrancar algunas de las telarañas que poblaban sus cabezas y mitigar los dolores de sus extremidades, al menos temporalmente.

Sin embargo, a última hora de aquella tarde relativamente pacífica el infortunio volvió a adueñarse del VMF-211. Justo cuando el capitán Freuler iniciaba el despegue para realizar la patrulla nocturna, algo falló en su avión. De súbito, se

inclinó violentamente hacia la izquierda y se dirigió a gran velocidad hacia un grupo de civiles que trabajaban con una grúa de grandes dimensiones al borde de la pista. Freuler luchó por enderezar el aparato, pero éste no respondía. Entonces trató de levantar el vuelo, pero no tenía impulso. En el último segundo, se rindió e hizo virar el Wildcat hacia la izquierda, pasó rozando a la cuadrilla y se estrelló en el denso sotobosque. Freuler salió ileso, pero el avión era siniestro total. En esta ocasión, ni siquiera las extraordinarias habilidades del teniente Kinney y el sargento Hamilton fueron suficientes para resucitarlo.

Como avión de combate, el aparato era una ruina absoluta, pero los marines de aviación consideraron que todavía podía ser útil. Remolcaron los restos hasta la cabecera de la pista, donde se convirtió en un eficaz señuelo.

Aun así, Kinney y Hamilton —con la ayuda del maquinista de primera clase James F. Hesson, un miembro del Estado Mayor de la base aeronaval no operativa, y un reducido grupo de civiles— se las arreglaron para mantener dos de los F4F-3 en acción. El Wildcat número 8, que había sido declarado siniestro total después de que Freuler regresara con el motor cosido a balazos el 11 de diciembre, fue devuelto a la vida por estos milagrosos trabajadores, que utilizaron componentes de motor rescatados entre los aparatos destruidos durante el primer ataque. Por suerte, los motores de casi todos los aviones perdidos en la ofensiva inicial todavía eran recuperables, de modo que Kinney, Hamilton y Hesson pudieron extraer dos cilindros del número 5 y reciclarlos para el número 8.

Mientras tanto, el Wildcat número 9 desarrolló graves problemas y tuvo que permanecer en tierra para ser sometido a más reparaciones por parte de Kinney, Hamilton y compañía, que trabajaron durante veinticuatro horas. Los aviones se habían convertido en tal mosaico de componentes transplantados que resultaba difícil distinguirlos. Cuando el principal depósito de combustible del comandante Putnam se agotó un día a 5000 metros de altura, dio por hecho que pilotaba un avión sin depósito auxiliar y a duras penas consiguió regresar al aeródromo. Pero después de efectuar un aterrizaje perfecto, descubrió que viajaba en otro Wildcat, que todavía contaba con 225 litros de combustible adicional.

El interludio sin bombas terminó abruptamente la madrugada del domingo 14 de diciembre. A las 3.30, tres grandes hidroaviones japoneses surgieron de la oscuridad y arrojaron 2700 kilos de bombas, que cayeron en el coral, frente a la playa sur de Wake, o en el páramo que rodeaba el aeródromo sin causar daños. Los atacantes interrumpieron bruscamente el descanso nocturno de la guarnición, que andaba falta de sueño, pero por lo demás no ocasionaron perjuicio alguno.

Sin embargo, los japoneses parecían decididos a compensar la oportunidad perdida el día antes, y lo peor estaba por llegar. Poco antes de mediodía, los ahora conocidos Nell, del Grupo Aéreo Chitose, aparecieron como un rayo a unos 6000 metros de altura. Tanto Cunningham como Kinney contabilizaron 41 aviones, y Devereux cuarenta, pero los archivos japoneses de posguerra indican que sólo treinta

bombarderos participaron en la misión enemiga de alto nivel. Independientemente de qué cifra sea más precisa, aquél fue uno de los mayores ataques aéreos perpetrados por Japón en toda la campaña de Wake.

Kinney y Hamilton, junto con Hesson, el cabo John S. Painter, y unos cuantos voluntarios civiles, habían trabajado duro desde el amanecer tratando de subsanar los persistentes problemas de motor del Wildcat número 9. Habían recuperado componentes de dos cazas destruidos para ensamblar un motor completo, y estaban tan ocupados que al principio no se apercebieron del sonido de los bombarderos que llegaban.

«¿Qué es eso?», gritó uno de los civiles levantando la cabeza. «¡Oigo aviones!».

«Vamos, no te asustes tanto», dijo Painter. «Es nuestra patrulla, que ya está de vuelta».



Hamilton y Kinney recobraron el aliento y se dieron la vuelta. Aquel sonido no podía ser el de los Wildcat; era demasiado estruendoso y grave. Además, sólo había un Grumman en el aire. Para su consternación, se dieron cuenta de que el Wildcat número 10 todavía se encontraba en su terraplén, donde se hallaba oculto pero todavía era vulnerable al impacto directo de una bomba. Se estaba construyendo un bunker de dos metros de profundidad reforzado con acero, que se emplearía como taller las veinticuatro horas del día, pero todavía no estaba listo.

Segundos después, el grupo de mecánicos oyó varias explosiones en el Campamento Uno y echó a correr hacia un refugio abierto, a unos cien metros de distancia. En su carrera impactó contra la pista de despegue una hilera de bombas, una de las cuales estalló muy cerca y los cubrió de tierra. Uno de los fragmentos de metralla que salieron despedidos se alojó en la cadera de Hesson y lo derribó. Casi en ese mismo instante, otra bomba cayó a varios metros de allí y acabó con la vida de dos marines de aviación, el sargento Robert Garr y el cabo John F. Double. Otro artefacto explotó directamente sobre el terraplén del Wildcat número 10 y el avión empezó a arder.

Cuando los Nell se alejaron, Kinney se levantó y contempló el caza en llamas. La sección de cola parecía una antorcha enorme, y el depósito de combustible y los refrigeradores quedaron destrozados, pero el motor —el mejor del escuadrón, ajuicio de Kinney— no parecía haber sufrido ningún desperfecto.

La cuestión era cómo sacar aquel motor del avión incendiado. Kinney corrió tan rápido como pudo hacia el terraplén, seguido de Hamilton y los que todavía podían moverse.

Dos hombres empezaron a desmontar el motor mientras otro iba a buscar una grúa con neumáticos de goma para sacarlo del avión en llamas. La grúa apenas podía cargar con el motor, pero finalmente lograron extraerlo después de que seis hombres

se encaramaran a la parte posterior, aprovechando el peso para mantener las ruedas traseras en contacto con el suelo.

En ese momento, Kinney ordenó que trajeran un tractor para alejar el motor del Wildcat número 10 y trasladarlo al lugar en el que Hamilton y otros miembros de la dotación ya estaban retirando el motor defectuoso del número 9. En todo momento, el número 10 siguió ardiendo con furia y escupiendo intensas oleadas de calor, pero el grupo por fin consiguió llevar el motor a un lugar seguro.

Otras zonas de Wake estaban sufriendo el mismo tipo de infierno. En el interior del puesto de mando de Devereux, los hombres escuchaban los aterradores sonidos de las bombas aproximándose cada vez más.

Una enorme explosión hizo temblar el puesto de mando, y una lluvia de arena se filtró a través del tejado y cayó sobre las cabezas de sus ocupantes. El siguiente artefacto impactaría muy cerca, y todo el mundo lo sabía. Pero lo único que podían hacer era esperar, cerrar los ojos con todas sus fuerzas y escuchar el escalofriante silbido de las bombas dirigiéndose hacia ellos. A unos metros de Devereux, el cabo Robert Brown, el telefonista del comandante, farfullaba unos sonidos apagados.

«¿Qué demonios está haciendo, Brown?», gruñó una voz.

«Estoy rezando, maldito estúpido», gritó Brown.

Un instante después, el siguiente artefacto hizo impacto con un estruendo ensordecedor y una fuerza que pareció desgarrar la tierra. Aterrizó justo en el exterior —a sólo unos metros— y proyectó una llamarada a través de la puerta; el puesto de mando se llenó de una arremolinada vorágine de polvo y escombros. La sacudida hizo saltar a los hombres por los aires y los dispersó.

Para el sargento Donald Malleck, fue como si el tejado del bunker fuera arrancado y depositado de nuevo por una mano gigantesca. El refugio rebosaba un humo y una polvareda que impedían respirar. Malleck se arrastró hasta una esquina, cerca de la puerta, tratando de cavar desesperadamente el coral.

Justo entonces, otra explosión zarandeó el puesto de mando, y el aire se llenó de polvo y de gases. Pero ahora los estallidos se producían más lejos de allí, perdiéndose gradualmente en la lejanía. A la postre, todo quedó en silencio. Los asombrados marines tosían y se frotaban los ojos, mirando con estupor a los demás y sorprendidos de seguir con vida.

Devereux estaba desconcertado, pero, como de costumbre, se concentró en el asunto que lo ocupaba. No bien estuvo seguro de que los bombarderos habían proseguido su camino, corrió hacia la entrada del refugio y miró afuera para evaluar los daños sufridos.

Casi temía lo que podía encontrarse. Las bombas enemigas habían pulverizado aquella sección de la playa a tal extremo que parecía imposible que algo hubiese sobrevivido al envite. Pero, para su sorpresa, Devereux descubrió que ningún hombre había perecido en la zona. Por algún extraño lance de fortuna, los únicos blancos que erraron las bombas parecían ser los que habrían despedazado a los estadounidenses.

La imagen más aleccionadora que contemplaron Devereux y los demás fue el enorme cráter de bomba que se abría justo en una esquina del refugio. De haber caído uno o dos metros más cerca, el artefacto habría convertido el puesto de mando en una fosa común.

Aquél era, con mucho, el ataque aéreo más costoso para Wake desde los dos primeros días de la guerra. Además de los dos marines de aviación que fallecieron en el aeródromo, la ofensiva también se cobró la vida del timonel de la Armada George J. Wolney, destinado al Estado Mayor de la base aeronaval.

Las pérdidas materiales más graves fueron el Wildcat número 10 y su terraplén, aunque otras estructuras protectoras también salieron perjudicadas, y la pista quedó salpicada por varios agujeros de bomba. Dada la proximidad con la que cayó la bomba, Devereux concluyó que los observadores aéreos japoneses habían localizado su puesto de mando. Después de optar por uno de los polvorines de hormigón reforzado, que se encontraba en el extremo oriental del aeródromo, Devereux y su Estado Mayor invirtieron parte de la noche del 14 al 15 de diciembre en el traslado.

Devereux había elegido la vieja ubicación porque le ofrecía una panorámica ilimitada de la playa sur de Wake y del océano que se proyectaba más allá. Pero el comandante Potter, segundo al mando de Devereux, se había mostrado abiertamente crítico en todo momento por la desprotección que suponía el antiguo puesto.

«La primera ubicación en la playa era terrible», aseguraba Potter, un oficial cuya experiencia militar era equiparable a la de Devereux y que no se andaba con rodeos cuando discrepaba de su superior. «Incumplía prácticamente todas las normas militares y las doctrinas sobre cómo debían elegirse las localizaciones para los puestos de mando. Se supone que *no* deben ser el primer lugar arrasado por un enemigo potencial». El segundo puesto de mando, señalaba Potter, estaba más cerca de todo: la unidad de aviación, el aeródromo, las baterías de 75 mm, el hospital y el puesto del propio Cunningham.

Al sargento Malleck también le gustaba mucho más el nuevo emplazamiento que el anterior, y concedió al bunker su aprobación sin reservas. Le resultaba casi elegante en comparación con el crudo y apretujado refugio que ocupaban antes. Era más espacioso y mejor ventilado y, lo que es más importante, era más seguro. Malleck jamás había visto a Devereux demostrar el más leve temor en el antiguo refugio, incluso cuando las bombas llovían en derredor. Pero el sargento no ocultó que se alegraba muchísimo de salir de allí.

La segunda semana de la guerra, mientras los defensores de Wake ahondaban en el coral y resistían lo que el destino les deparaba, se creaban dos amplios destacamentos a medio océano de distancia. Uno tenía la misión de reforzar y reabastecer a la asediada guarnición de la isla, y el otro la de aniquilarla de una vez por todas y reclamar el atolón para los japoneses.

En Pearl Harbor, por orden directa del almirante Kimmel, todos los barcos, aviones, combatientes y pertrechos militares de los que pudiera prescindir la

diezmada flota del Pacífico estaban siendo reunidos en un contingente de rescate con destino a Wake. De manera simultánea, en Kwajalein, lo que quedaba de la malograda flota invasora del 11 de diciembre, capitaneada por el almirante Kajioka, era reparada apresuradamente e incorporada a un grupo de ataque japonés mucho más numeroso y potente. Aunque Kajioka se sentía desgraciado y avergonzado, se le permitió seguir al mando.

En medio de la consternación que siguió al ataque sorpresa contra Pearl Harbor, la plana mayor del Ejército de Estados Unidos esperaba una invasión japonesa total de Hawai, y algunos incluso estaban dispuestos a aceptar su pérdida temporal. La ofensiva había segado la vida de 2403 estadounidenses y había dejado 1178 heridos más; cinco acorazados y otros trece barcos fueron hundidos o sufrieron desperfectos; y 188 aviones quedaron pulverizados y docenas más inutilizados. Pero en los días posteriores al ataque, que representaron un período de aturdimiento, la devastación psicológica fue incluso peor que las pérdidas físicas.

El 9 de diciembre^[18], el almirante Stark, jefe de operaciones navales, advertía a Kimmel desde Washington que esperara ataques enemigos a corto plazo. Stark creía que estos ataques podrían «hacer de Hawai un lugar insostenible como base naval y aérea», y agregaba en tono alarmante: «Se cree que los japoneses disponen de contingentes adecuados para la ocupación inicial de islas... incluidas Midway y Hawai».

No obstante, al día siguiente el CINCPAC había realizado una evaluación más cuidadosa de la situación, convenciendo a Kimmel de que era mucho menos delicada de lo que Stark creía. Los tres portaaviones operativos de la flota del Pacífico no estaban presentes en Pearl en el momento del ataque. El *Enterprise* y el *Lexington* se encontraban al oeste de Oahu, ya que regresaban de transportar aviones de los marines a Wake y Midway, y el *Saratoga* estaba en San Diego recogiendo su dotación de aparatos, además de los pertenecientes al VMF-211, el escuadrón de cazas de los marines. Con sus docenas de cazas y bombarderos, Kimmel consideraba a los portaaviones la piedra angular de la defensa de la flota del Pacífico, así como la punta de lanza potencial para un contraataque agresivo de Estados Unidos.

Aunque la historia suele tildarlo de inepto, negligente e inexperto para la guerra, Kimmel era un estratega valeroso y perceptivo. El hombre que estaba a punto de convertirse en uno de los principales chivos expiatorios del conflicto había leído acertadamente las intenciones de Japón con mucha antelación, advirtió sobre ellas desde el principio, y presionó para reforzar las defensas de Wake y otros puestos avanzados de las islas. Ahora, a pesar de las bajas masivas de su flota, Kimmel seguía creyendo firmemente que Wake estaba mucho de ser una causa perdida. Podía salvarse, dijo a su Estado Mayor, y se dispuso a hacer exactamente eso, pero se dio

cuenta de que el rescate de Wake debería acometerse con rapidez.

«Los desembarcos en islas periféricas con fines de ocupación [enemiga] son improbables, excepto en el caso de Wake y posiblemente de Samoa», predijo. «La posibilidad de un intento de desembarco en Midway no debe descartarse. Dependerá de los resultados obtenidos en Wake».

El 10 de diciembre, Guam había caído. Esto convertía a Wake en el bastión más occidental de Estados Unidos en el Pacífico, y mientras su pequeña guarnición resistiera, razonaba Kimmel, otras bases estadounidenses al este, como Midway, Palmyra y la isla de Johnston, estarían seguras ante una posible invasión. Justamente en esta coyuntura crucial, la primera noticia de la derrota de Kajioka en Wake llegó al cuartel general del CINCPAC, donde espoleó los ánimos y contribuyó a sellar la decisión de Kimmel de reforzar la isla si era «viable».

Antes de que acabara el día se había pergeñado un plan preliminar. Se formó un contingente de rescate en torno al portaaviones *Enterprise*, que debía reabastecer y reforzar a los marines desplegados en Wake, llevarles un nuevo escuadrón de cazas, evacuar a sus heridos y retirar a tantos trabajadores civiles como fuera posible.

Marines repartidos por toda Oahu —incluido el destacamento completo a bordo del crucero *San Francisco*— se peleaban por participar en la expedición de rescate, y Kimmel quería que los refuerzos se pusiesen en camino de inmediato. «Los marines, que han sabido de los ataques contra Midway y Wake, han insistido en ser destinados allí», escribía en una carta al almirante Stark el 12 de diciembre. «La moral de todos los oficiales y soldados es alta. Sólo piensan en una cosa: poder enfrentarse al enemigo».

Ese mismo día, los primeros elementos del contingente se estaban preparando para zarpar desde Pearl. Éstos incluían dos destructores y el portahidroaviones *Tangier*, que transportaba unidades del 4.º Batallón de Defensa de los marines, así como toneladas de pertrechos cruciales para Wake, entre ellos, el tan esperado y añorado equipo de radar. El plan de Kimmel originalmente contemplaba que estos barcos se encontraran en el mar con un destacamento encabezado por el portaaviones *Lexington*, pero el mal tiempo, el mar agitado y los problemas para repostar en mitad del océano forzaron un cambio que demoró la misión.

Para que el plan de Kimmel surtiera efecto, los tres destacamentos de la flota del Pacífico liderados por portaaviones debían posicionarse cuidadosamente, y este despliegue coordinado no podía llevarse a cabo hasta que el *Saratoga* llegara desde San Diego. El gran portaaviones, cargado con 117 aparatos, incluidos los catorce cazas destinados a Wake, había zarpado la mañana del 8 de diciembre, menos de veinticuatro horas después del ataque a Pearl. Si el *Saratoga* hubiera logrado navegar a su velocidad máxima, que rondaba los 34 nudos, habría arribado a Hawai con tiempo suficiente para que la expedición de rescate partiera hacia Wake el 11 o el 12 de diciembre. Por desgracia, las regulaciones de la Armada en tiempos de guerra exigían que un escudo de buques escolta protegiera al portaaviones contra posibles

ataques de submarinos, y los tres decrepitos destructores asignados al convoy no podían mantener la velocidad contra los fuertes vendavales y el proceloso mar.

Cuando el *Saratoga* llegó por fin a Pearl la mañana del 15 de diciembre, Kimmel había alterado su plan. En lugar de enviar al destacamento liderado por el *Lexington* a Wake, decidió construir la expedición de rescate alrededor del *Saratoga*, mientras el grupo del *Lexington* atacaba la base japonesa de Jaluit, en las Marshall, como tapadera para la operación de Wake.

El 13 de diciembre, alrededor de mediodía, el coronel de los marines Harold S. Fassett había embarcado en el *Tangier* con otros siete oficiales, 197 reclutas y un equipo médico de cinco miembros que incluía a un doctor de la Armada. Fassett había sido nombrado nuevo comandante de la isla en sustitución de Cunningham, un hecho que, sin duda alguna, contribuyó más tarde a la confusión sobre el papel que desempeñó éste. También estaba previsto que Fassett reemplazara a Devereux como oficial de los marines en el atolón, pero su llegada supondría un recorte mucho más serio de la autoridad de Cunningham.

Junto con el infrecuente radar de alerta rápida —supuestamente, el único del Pacífico que no se había utilizado ya en algún lugar—, el cargamento del *Tangier* incluía otros dos dispositivos de radar para su uso como equipos de telemetría y control de tiro en las baterías antiaéreas de Wake. Estos aparatos brindarían a las dotaciones de la isla la posibilidad de «ver» y realizar un seguimiento de los aviones enemigos mucho antes de que fueran visibles para el ojo humano. Asimismo, el barco transportaba suficientes sistemas de control de tiro convencionales para todas las baterías de Wake, una docena de ametralladoras del calibre 50, y suministros para un mes de toda clase de munición, desde proyectiles de 120 mm a balas de ametralladora del calibre 30.

El día 15 al anochecer, el atestado *Tangier*, junto con el petrolero *Neches* y los destructores *Flusser*, *Lamson*, *Mahan* y *Porter*, zarparon de Pearl Harbor en misión de combate, mientras el *Saratoga* se abastecía de combustible para el trayecto hasta Wake. El 14.º Destacamento, como había sido denominado, estaba a las órdenes del contraalmirante Frank Jack Fletcher. También incluía los cruceros *San Francisco*, *Minneapolis* y *Astoria* y otros nueve destructores, el *Bagley*, el *Blue*, el *Helm*, el *Henley*, el *Jarvis*, el *Mugford*, el *Patterson*, el *Ralph Talbot* y el *Selfridge*.

Éstas fueron todas las embarcaciones que pudieron reunirse para la liberación de Wake, pero la envergadura del contingente no suponía tanto problema como su velocidad o, para ser más precisos, su falta de velocidad. La mayoría de los barcos esperaron al día siguiente para abandonar Pearl, principalmente con la intención de conceder cierta ventaja al *Neches*. El viejo petrolero, un barco lento y pesado, sólo podía alcanzar los doce nudos en condiciones idóneas, y la trayectoria en zigzag que dictaban los procedimientos de seguridad en mar abierto acrecentaron el retraso. En su conjunto, estos factores demoraron la llegada de la expedición a Wake hasta el 23 de diciembre, trece largos días transcurridos tras la decisión inicial de reforzar la

guarnición allí desplegada.

Mientras el 14.º Destacamento del almirante Fletcher se encaminaba hacia Wake, casi 5000 kilómetros al suroeste, en la gran base naval japonesa de Ruotta, en las islas Marshall, se llevaban a cabo otros preparativos a ritmo frenético. Los barcos supervivientes del vapuleado contingente invasor del almirante Kajioka llegaron a puerto el día 13 de diciembre al alba, y se iniciaron de inmediato las reparaciones.

Debido a que las fuerzas de Kajioka no habían contado con apoyo aéreo en su primera tentativa, sus superiores decidieron darle otra oportunidad. Pero en esta ocasión el ataque debía ser un éxito; no había excusas para el fracaso. Para la segunda invasión, el almirante Yamamoto, comandante supremo de la Armada japonesa, aprobó la adición de más barcos, un contingente de desembarco mucho mayor y —lo que era más importante— el apoyo no de uno, sino de dos portaaviones.

El 15 de diciembre, Yamamoto ordenó al vicealmirante Chuichi Nagumo, comandante del destacamento integrado por cuatro portaaviones que había atacado Pearl Harbor, que enviara los portaaviones *Hiryu* y *Soryu*, los cruceros *Tone* y *Chikuma*, y los destructores *Tanikaze* y *Urakaze*, que se destinarían al respaldo de la segunda fuerza invasora de Wake. La vieja armada de Kajioka también se vio reforzada por la adición de tres destructores que sustituirían a los dos que fueron hundidos, cuatro cruceros más antiguos, otro buque de transporte y un portahidroaviones. Sólo unos días antes, Wake había sido considerada un objetivo de escasa prioridad pero, de súbito, ocupaba un lugar destacado en el plan general de conquista japonés.

Pero los acontecimientos que se desarrollaron al día siguiente en Pearl Harbor proyectaron una sombra incluso más oscura sobre el futuro de Wake. La tarde del 16 de diciembre, el presidente Roosevelt notificaba al almirante Kimmel que sería relevado como comandante de la flota del Pacífico. Después de una investigación en Pearl, el secretario de la Armada Frank Knox había decidido convertir a Kimmel en el chivo expiatorio de la tragedia acaecida el 7 de diciembre. El relevo de Kimmel costó a Wake un amigo clave en las altas esferas y no pudo llegar en peor momento para sus defensores.

A las tres de la tarde del 17 de diciembre, el Estado Mayor de Kimmel presenciaba la transición formal del mando con desconsuelo. «Aunque su destitución no fue algo inesperado, todos la consideramos prematura», señalaba el comandante Edwin Layton, oficial de espionaje de Kimmel. «Nos preguntábamos qué ocurriría con la operación de Wake^[19]».

Sin embargo, para quienes recibieron la misión de rescatar Wake fue peor el hecho de que Knox no designara a un reemplazo permanente que la defenestración de Kimmel en sí. En lugar de eso, Knox nombró al almirante William S. Pye, que actuaría como

comandante provisional de la flota del Pacífico. Pye era un comandante cualificado y un estratega respetado, pero la cualidad transitoria de su nombramiento, amén de las carencias en las filas de la flota y los temores continuados de un ataque por tierra en Hawai, convirtieron la cautela en su máxima prioridad. Desde el principio, Pye dio muestras de sentirse incómodo con la operación de rescate de Wake, y el hombre al que nombró jefe del Estado Mayor, el contraalmirante Milo F. Draemel, se oponía manifiestamente a la misión. Todo ello constituía un mal augurio tras otro.

Sin embargo, los japoneses no dudaron en converger en el atolón, al que llegaron desde el norte y el sur. La mañana del 21 de diciembre, los portaaviones *Hiryu* y *Soryu* se encontrarían unos trescientos veinte kilómetros al noroeste de Wake y sus aviones entrarían en el radio de alcance de los defensores, pero el *Saratoga* y el resto del contingente de refuerzo estadounidense, que avanzaba lentamente, estarían aún a más de novecientos kilómetros en dirección este.

Entre ambos, el *Hiryu* y el *Soryu* transportaban unos cien bombarderos, aviones torpederos y cazas. Éstos incluían unos treinta y seis cazas Mitsubishi A6M3 modelo 21, los impopulares Zero japoneses, que en aquel momento eran los aviones más rápidos y maniobrables del aire. Docenas de aparatos enemigos estaban a punto de protagonizar su primera aparición sobre Wake, y los únicos aviones de que disponían los marines para enfrentarse a ellos eran dos Grumman F4F-3 remendados. Cuesta imaginar unas perspectivas más nefastas.

Nadie en Wake conocía aún la situación, por supuesto, y probablemente fue mejor que la ignoraran. Si un observador hubiese estudiado el desarrollo de la escena en el Pacífico desde lo alto, habría resultado obvio que los japoneses iban a ganar la carrera a los presuntos rescatadores por una diferencia de horas y centenares de kilómetros.

Las cosas estaban a punto de ponerse muy feas, pero en el ínterin, el tedio mortal seguía imponiéndose entre los defensores de Wake.

Para muchos de los supervivientes, el período transcurrido entre el 14 y el 22 de diciembre es poco más que un recuerdo vago e inconexo. «Éramos como una panda de zombis», aseguraba Wiley Sloman.



«Estábamos tan exhaustos que a la que nos deteníamos unos segundos nos quedábamos dormidos automáticamente. Llegó un momento en que podía dormir en pleno bombardeo aéreo».

Devereux y otros oficiales presenciaron lo mismo día tras día, pero poco podían hacer al respecto. Los hombres los miraban con los ojos abiertos como platos, pero no oían una orden cuando se les daba. Si se repetía dicha orden hasta que ésta calaba, los hombres solían sumirse en una especie de ensimismamiento y olvidaban lo que supuestamente debían hacer poco después de que el oficial se alejara de allí.

Todas las criaturas que habitaban el atolón parecían verse afectadas de algún

modo por la agotadora intensidad del asedio. Alterada por los bombardeos, la siempre hiperactiva población de ratas enloqueció más de lo acostumbrado, e irrumpía a centenares en los refugios y los pozos de tirador, corriendo mecánicamente en círculos, e incluso atacando en ocasiones a los hombres en un salvaje arrebató. Durante una razia, una gran rata se enfureció y atacó a un marine agazapado en un pozo de tirador. El hombre sufrió un fuerte mordisco y tuvo que matar a golpes al animal mientras éste se aferraba con los dientes a la nariz del soldado. «Al marine el incidente no le pareció ni de lejos tan divertido como a sus compañeros», comentaba Devereux.

Centenares de pájaros exóticos murieron en Wake a causa de los proyectiles y el estallido de las bombas, y hubo que deshacerse de sus cadáveres por motivos de salubridad. Las aves supervivientes se mostraban inquietas y desorientadas, graznando, batiendo las alas y corriendo por las playas constantemente.

En numerosas ocasiones, alguien activaba la alarma de ofensiva aérea, y unas ojerosas dotaciones de artillería se dirigían a trompicones hacia sus baterías para descubrir que un vigía igualmente adormecido se había aterrorizado innecesariamente. El motivo que explicaba esos errores era obvio. Las bandadas de pájaros que sobrevolaban las islas con las alas totalmente inmóviles, guardaban un parecido asombroso con los aviones enemigos.

Muchos hombres sufrieron diarreas y disentería. Algunos se pusieron tan enfermos y su debilitamiento fue tal que precisaron ser hospitalizados, pero en su mayoría trataron de seguir adelante entre viaje y viaje a las letrinas. Los militares habían recibido formación en saneamiento, y ellos y los trabajadores civiles que les prestaban ayuda hacían lo posible por deshacerse adecuadamente de los residuos y la basura. Pero algunos de los trabajadores que habían corrido a esconderse entre la maleza no eran ni mucho menos tan exigentes, y abundaban las moscas por todas partes.

Sencillamente, no había forma de mantener la higiene personal. Los hombres trabajaban, dormían y vivían enfundados en la misma ropa mugrienta y pestilente que se pusieron al estallar la guerra. Por lo general, la única manera de lavar algo —ellos mismos incluidos— era con agua salada, aunque había raras excepciones.

«Descubrimos un depósito elevado en el complejo de Pan Am que todavía contenía cientos de litros de agua», relataba Walter Bowsher, de la Batería D, destacada en Peale. «Un par de civiles instalaron una ducha bajo el depósito, y por unos días pudimos darnos un baño en agua potable. Entonces, uno de los bombarderos lo localizó y lo cosió a balazos. Aquél fue el final de nuestras duchas, y realmente odiábamos al japonés que lo hizo. Le llamábamos *Washing Machine Charlie*, y habríamos dado cualquier cosa por derribarlo».

Pese a los esfuerzos de Dan Teters por alimentar a la guarnición, conseguir comida suficiente era siempre una situación incierta. «Si estabas al final de la cola, como era el caso en Peacock Point, recibías las sobras agrias, y además poca

cantidad», decía Frank Gross.

Por suerte, en las tres islas había repartidas varias reservas de comida para complementar lo que ofrecían Teters y su personal de comedor, y se disponía de otras fuentes «no oficiales» de sustento. «Algunos de nuestros civiles fueron a fisgar en el complejo de Pan Am, que estaba cerca de nuestra batería en Peale», contaba Bowsher. «Regresaron con langostinos y pescado en lata y gran cantidad de alimentos exóticos. Comimos bastante bien durante unos días».

«Habríamos estado al borde de la inanición de no ser por un civil llamado Sonny Kaiser», afirmaba Gross. «Era un gorrón de marca mayor, y siempre volvía con montones de cosas buenas: pescado en lata, coco, caramelos e incluso puros. Nunca dijo de dónde lo sacaba, y nosotros no preguntábamos».

En Wilkes, Sloman y otros marines de la Batería L subsistían esencialmente a base de provisiones de cerdo y judías, galletas y alguna que otra lata de salmón. «Se suponía que debíamos recibir al menos una comida caliente al día, pero no recuerdo ni una sola que estuviera realmente caliente cuando llegaba a nosotros», recordaba Sloman. «Lo más parecido fue un estofado tibio».

Aquellos hombres hambrientos descubrieron —a veces demasiado tarde— que lo que parecía un festín podía albergar una sorpresa tóxica en su interior. «Creí haber realizado un verdadero hallazgo cuando encontré una caja entera de caramelos *Oh Henry!*», explicaba el sargento Robert Bourquin, del VMF-211. «Varios de nosotros mordisqueamos aquellos dulces toda la noche, y en plena oscuridad no nos dimos cuenta de que estaban llenos de gusanos. ¡Dios, al día siguiente caímos enfermos!».

En esta época, tanto enfermos como sanos transitaban un mundo nebuloso que en Wake se debatía entre la cruda realidad y la fantasía vaga. Cuando no estaban luchando por mantener sus fortificaciones, los hombres seguían redactando cartas. Lo hacían con pocas esperanzas legítimas de que fueran enviadas, pero el mero hecho de garabatear unas líneas y dirigir un sobre a alguien especial les dispensaba cierto ánimo y procuraba al autor una sensación de conexión con los que estaban lejos y un respiro momentáneo de la irrealidad que lo rodeaba.

Los que habían conservado las viejas cartas llegadas desde casa también sacaban las páginas emborronadas y las releían. Otros comenzaban diarios, intentando describir aquel espantoso lugar para que algún día sus hijos y nietos pudieran comprender lo que era aquello.

El sargento Bourquin llevaba un diario desde el primer día de la guerra, y se las apañaba para encontrar siempre unos minutos para anotar sus pensamientos. También tuvo la suerte de recibir una foto en color de Charlotte «Chotty» McLain, la chica de Washington con la que planeaba contraer matrimonio. Dos o tres veces diarias extraía la instantánea del bolsillo y la miraba. Ello no evitaba que se sintiera solo, y a menudo le temblaban las manos al sostener la foto, pero le infundía una sensación de

vínculo que le motivaba a seguir con vida.

A veces susurraba a aquel rostro de la imagen, prometiendo a «Chotty» que, fuera como fuese, volvería a casa. Mientras Bourquin tuviese aquella foto a la que aferrarse, podría creérselo.



Conforme los días iban fundiéndose unos con otros, muchos habitantes de Wake carecían incluso del pequeño consuelo que brindaba una fotografía preciada o una carta a la que acogerse. Para ellos, su hogar y sus seres queridos habían mudado en recuerdos medio difusos. Padres, hermanos, hermanas, esposas, prometidas y novias parecían tan remotos como unos seres de otro planeta. Era como si ya no existieran más que el coral y la arena, el mar y el cielo, el trabajo oneroso, las bombas y el martilleo constante del oleaje.

Cada día, la vaga esperanza de refuerzos mermaba un poco más. Cada día crecían los temores sobre el siguiente plan del enemigo y cuándo se materializaría. Cada día era idéntico a los demás, salvo por el hecho de que todos se sentían más agotados que la jornada anterior. La aprensión y la desesperanza a menudo se contenían por puro hartazgo.

Al final parecía que aquella pasmosa fase, que en Wake discurría a cámara lenta, duraría para siempre. Pero para muchos de los sonámbulos defensores, ese interminable sino habría sido preferible al que ahora se dirigía hacia ellos.

El principio del fin

El 20 de diciembre, el segundo sábado del conflicto, la monotonía se vio interrumpida por el día más accidentado que vivía Wake en más de una semana. Aquella lluviosa mañana, justo después de las siete, el comandante Cunningham recibió un breve pero electrizante mensaje de radio desde Midway:

PARTIMOS DE MIDWAY RUMBO A WAKE DIECIOCHO VEINTE HORA DE GREENWICH PREP
SAIL PREP.

Desde la llegada del que sería el último clíper de Pan Am la tarde del 7 de diciembre, el asediado atolón no había recibido ninguna visita amiga del mundo exterior, ya fuera por mar o por aire. Pero el mensaje despachado a Cunningham significaba que un PBY de la Armada iba de camino a Wake en aquel preciso instante. Nadie conocía el significado de su misión, qué cargamento transportaría o cuánto tiempo permanecería en la isla. Pero el hecho de que finalmente *algo* se dirigiera hacia allí —y llevara a seres humanos que conocían de primera mano lo que estaba sucediendo en Hawai y en Estados Unidos— desató una oleada de especulaciones.

Pero la excitación vino acompañada de la tensión que conllevaba la espera y el preguntarse qué clase de noticias traería el PBY. Algunos especulaban que el avión representaba el primer refuerzo para Wake. Pronto, insistían estos optimistas, la guarnición recibiría suficientes efectivos y armas para defender las islas contra cualquier envite de los japoneses. Sin embargo, otros no estaban tan seguros, y Devereux simplemente intentaba no pensar en ello.

Aparte de sus expectativas, a los avezados veteranos de Wake les preocupaba el peligro que corría un único avión de patrulla que estaba cruzando el corazón de una zona de guerra. Esa inquietud se intensificó cuando los operadores de radio oyeron al piloto enviar partes climatológicos no encriptados, en inglés y a intervalos de una hora. «¿Por qué este idiota no envía a los japoneses una invitación a que vayan a darle caza?», bromeaba un miembro de un grupo de marines agolpados en torno a la radio^[20]. Irónicamente, puede que la cantidad de transmisiones efectuadas por el PBY sirviera de elemento disuasorio para los aviones que las captaron.

Se hicieron varias apuestas sobre si el PBY llegaría de una pieza, pero lo consiguió sin incidentes. Alrededor de las tres y media de la tarde, el gran hidroavión bimotor de tono azulado realizó un amerizaje perfecto en la laguna y se detuvo en el

espacio que quedaba en el muelle.

Un grupo de mugrientos y despeinados marines charlaban cerca de allí. Cuando la tripulación desembarcó y se acercó a ellos, los isleños se dieron cuenta de lo ridículamente desinformados que estaban los miembros del Ejército de Estados Unidos sobre las condiciones imperantes en Wake.

El primer tripulante en descender por la rampa fue el comandante del vuelo, un joven alférez de la reserva llamado J. J. Murphy, que portaba una elegante bolsa de viaje, y sus tonalidades blancas y almidonadas destacaban al lado de los pantalones harapientos y manchados de los marines.

«Eh, ¿dónde está el hotel de Wake?», preguntó.

Los marines lo miraron en silencio unos momentos, el tiempo suficiente para que Murphy empezara a perder la paciencia. Entonces, uno de ellos señaló al revoltijo de escombros calcinados donde en su día se alzaba el Pan Am Inn.

«Es ése, señor», respondió en voz baja.

Murphy se quedó boquiabierto. Sus ojos recorrieron lentamente los montones de cascotes ennegrecidos a los que había quedado reducido el complejo de Pan Am y meneó la cabeza.



«Dios mío», dijo Murphy. «¿Por qué nadie nos lo dijo?».

Los otros dos miembros de la tripulación también eran jóvenes vestidos de punta en blanco, prácticamente copias calcadas de su piloto. Actuaban más como turistas que como oficiales de la Armada en una peligrosa misión de alto secreto, y parecían igualmente asombrados por lo que estaban viendo. Los marines no tardaron en advertir que se trataba de humildes alféreces de la reserva, novatos y claramente prescindibles para la plana mayor de Pearl.

Cuando los tres se alejaron, uno de los soldados de Wake dio un codazo al hombre que tenía junto a él y puso los ojos en blanco. «Vaya, debemos de estar en un sitio más peligroso de lo que yo pensaba», dijo.

Los recién llegados todavía deambulaban de un edificio derruido a otro cuando Cunningham llegó en una camioneta. Hizo subir a Murphy y al alférez Howard Ady, el copiloto del PBY, y los condujo al refugio que albergaba su puesto de mando, regalándoles por el camino más estampas asombrosas.

Mientras la camioneta sorteaba decenas de cráteres de bomba y las ruinas del Campamento Dos, Murphy y Ady observaban sobrecogidos. Sin duda, su sorpresa indicaba lo poco que comprendían en Pearl la situación de Wake o cuánto daño habían causado los japoneses allí.

Los documentos que traían los visitantes desde el CINCPAC en mano, debido a los persistentes rumores de que el enemigo había descifrado el código de radio de la Armada, contenían noticias increíblemente positivas, de hecho, mejores de lo que

podía esperar Cunningham. Los mensajes prometían todo lo que el comandante de la isla había solicitado y mucho más. En aquel momento, un destacamento especial de portaaviones se dirigía hacia Wake cargado de tropas nuevas, más ametralladoras, millones de proyectiles, equipos de telemetría y recambios para las baterías de 75 y 120 mm.

Se dijo a Cunningham que se preparara para recibir a otro escuadrón de cazas y que estaban en camino refuerzos para las tropas de infantería y algunos materiales necesarios. Unas tres cuartas partes de los civiles serían evacuados por el contingente de rescate. Los otros 350, seleccionados por oficios especializados, permanecerían allí para continuar trabajando en proyectos de construcción. Pese a todo, el CINCPAC todavía se aferraba a la idea de que el canal que atravesaba Wilkes debía ser completado.

Entre las órdenes no figuraba la fecha prevista para la llegada del grupo de rescate, lo cual resulta llamativo. Pero por la información de la que se disponía, Cunningham calculaba que la expedición aparecería hacia el 23 o el 24 de diciembre, lo cual sería el mejor regalo navideño que podían esperar los hombres de Wake. La noticia supuso un tremendo revulsivo para el bajo estado de ánimo del comandante de la isla. Con una transfusión de personal, pertrechos, equipos y aviones, Cunningham creía que Wake sería lo bastante fuerte y segura para repeler cualquier intento de invasión futuro. Debido al vapuleo del que habían sido víctimas los japoneses diez días antes, también creía que pasarían «muchos días, o incluso semanas», antes de que el enemigo se atreviera a probar otro desembarco.

Cunningham se sentía tan animado que cogió más papel y escribió una carta rápida a su mujer y su hija. Se apoderó de él una nueva sensación de bienestar, y sus palabras así lo reflejaban: «Estamos viviendo buenos momentos aquí, y todo marcha bien. La situación es buena y va a mejor. En breve, no habrá un solo japonés al este de Tokio».

Al cerrar la carta, el optimismo de Cunningham prácticamente le hizo sentirse aturdido. No podía evitar sonreír al pensar en el grupo de rescate que se dirigía hacia Wake y en las buenas noticias que su mujer, Louise, recibiría en breve. Su fe había quedado justificada después de todo, y los civiles bajo su jurisdicción pronto estarían a salvo. Tenía la sensación de que le habían quitado un gran peso de encima.

Todo parecía demasiado bueno para ser verdad.

Para las tropas de Wake, muchas de las cuales no estaban al corriente de la noticia, la llegada del PBY fue repentina e inesperada, y puso en marcha una rueda de rumores en el atolón que funcionaba a toda máquina.

Incluso para los que desconocían por completo las órdenes que había recibido Cunningham desde Pearl, el avión constituía un sólido indicativo de que la ayuda estaba en camino. Cuando Cunningham compartió parte de la información con los comandantes Devereux y Putnam, así como con Dan Teters y los miembros clave de su personal, se produjo una reacción en cadena que fue propagándose y acrecentó la

esperanza.

Los pobladores de Wake se alegraron especialmente al saber por la tripulación del PBY que los partes japoneses enviados por radio habían anunciado la conquista de Wake desde el 8 de diciembre y seguían haciéndolo. Eso parecía demostrar la validez de un viejo adagio de los marines: siempre había algún tarugo que no recibía el mensaje. Pese a estar agotados, los hombres se echaron a reír.

Después de recibir el aviso sobre la llegada de más aviones, Putnam actuó con celeridad para poner en marcha los trabajos para construir en el aeródromo más terraplenes protectores y más refugios destinados al personal. Teters empezó a confeccionar listas de los trabajadores que permanecerían en Wake y los que serían evacuados. Cunningham escribió los primeros informes detallados que pudo remitir al almirante Bloch en Pearl. En ellos reconocía generosamente los méritos de las baterías y los aviadores de los marines.

«El hecho de que pudiéramos eludir daños más graves puede atribuirse a la efectividad del fuego antiaéreo y a las heroicas acciones de los pilotos, que nunca fallaron a la hora de repeler unas intensas ofensivas», escribía. «La actuación de estos pilotos merece toda alabanza. Han atacado objetivos por aire y por tierra con la misma entrega. Que ninguno haya sido abatido es un milagro. Sus aviones (ahora quedan dos) están llenos de agujeros de bala».

El capitán de corbeta Greey, que había supervisado la construcción de la base aeronaval de Wake al comienzo de la guerra, dijo a sus superiores que había llegado el momento de sacar a todos los trabajadores civiles no esenciales del atolón. También ofreció una funesta descripción del estado actual de la base y sus perspectivas de futuro, ya que prácticamente todos los edificios y estructuras de la isla habían resultado dañados, y un 90 por 100 de los materiales de construcción necesarios para las reparaciones habían sido destruidos o inutilizados.

«La moral de los trabajadores es muy baja», informaba Greey, «y [es dudoso que] puedan participar favorablemente en las labores de construcción. Muchos hombres se niegan a correr riesgos aunque el peligro de los ataques aéreos haya desaparecido».

Putnam también ofrecía una evaluación sobre las condiciones del aeródromo. «Actualmente, las instalaciones para los aviones son prácticamente nulas», escribía. «No disponemos de depósitos de combustible en el aeródromo. Las medidas de protección para los aviones consisten en ocho plataformas abiertas... y dos hangares o talleres cubiertos que pueden oscurecerse para realizar trabajos nocturnos. Se prevén más plataformas protectoras en un futuro inmediato, pero los trabajos se desarrollan con lentitud. Hay un generador que puede alimentar la radio, las luces y herramientas pequeñas. Otras herramientas y equipos consisten en lo que se pudo recuperar de los restos de tiendas y aviones quemados, y son casi inexistentes».

Aparte de llevar documentos y cartas de los oficiales, el alférez Murphy también anunció que en el PBY había sitio para el correo personal de los reclutas. Algunos no conocieron la oferta con tiempo suficiente para aprovecharla, pero muchos

garrapatearon notas y postales apresuradamente y pudieron meterlas en el avión.

Después de completar un parte dirigido al coronel Bert A. Bone, el comandante del 1.º Batallón de Defensa de los marines y viejo amigo suyo, el propio Devereux intentó redactar una carta para su mujer y su hijo de ocho años, Paddy. No tuvo impedimentos para describir a Bone el orgullo que sentía por sus oficiales y soldados, o para expresar su irritación ante «mensajes estúpidos» llegados desde Pearl, como el que ordenaba a todo el personal que llevara pantalones largos y las mangas hasta abajo para protegerse de las explosiones de las bombas. Pero cuando trató de expresar sus sentimientos a su familia, Devereux no logró encontrar las palabras.

Había muchos pensamientos profundamente personales que deseaba transmitir, sobre todo algunas cosas que quería decirle a su hijo por si no volvía a casa. Sin embargo, al final no fue capaz de plasmarlo sobre el papel. A la postre, rompió la carta y la tiró, sin darse cuenta de que aquél era el último correo que saldría de Wake durante la guerra.



Nadie se alegró más de ver el PBY que el comandante Walter Bayler. La misión temporal del especialista de radio de los marines, educado en Harvard, se había prolongado mucho más —y resultó mucho más peligrosa— de lo que él esperaba. A medida que se dilataba el asedio, pensaba cada vez más en su casa de Coronado, California, y en su esposa y su hija Vam, y se preguntaba si las volvería a ver. Sus órdenes consistían en viajar a Midway en el primer medio de transporte disponible para realizar una instalación de radio después de finalizar su trabajo en Wake, de modo que el PBY era una oportunidad de oro para continuar con su misión y aumentar sus posibilidades de regresar con su familia.

El comandante Putnam conocía las órdenes de Bayler, y se apresuró a hablar con el alférez Murphy para comprobar si había espacio para un pasajero más en el vuelo de regreso a Midway, junto con el correo que Murphy había aceptado llevarse.

«Desde luego, hay mucho espacio», respondió el piloto. «Estaremos encantados de que venga». Y lo que era más importante, añadió, el PBY llevaba un chaleco salvavidas y un paracaídas de sobra por requerimiento de la Armada para todas las personas que viajaran a bordo.

La única condición, indicó Murphy a Putnam, era que Bayler tendría que estar preparado a primera hora de la mañana siguiente. «Quiero estar en el aire a las siete», dijo. Ahora que conocía la gravedad de la situación en Wake, el joven alférez estaba incluso más ansioso que Bayler por salir corriendo de allí. Si hubiera tenido la oportunidad, se habría marchado aquella misma noche, pero despegar desde la laguna en plena oscuridad era demasiado arriesgado. Bayler se alegró de disponer de más tiempo, y se preparó rápidamente.

No ayudó el saber que las órdenes que había plasmado por escrito ya no existían.

Se encontraban archivadas en el despacho de Cunningham en el Campamento Dos cuando éste fue alcanzado por una bomba, pero, para alivio de Bayler, Cunningham recordaba lo esencial y le dio una directriz verbal a tal efecto. Bayler también se convirtió en el correo designado para los varios informes y documentos oficiales que enviaron a Midway otros oficiales. Y en un gesto de consideración, Bayler lo dispuso todo para devolver la espada del teniente Conderman a Estados Unidos, a fin de entregársela a la familia del difunto piloto.



Una de las últimas paradas de Bayler durante su última noche en Wake fue en el polvorín que albergaba el hospital, situado cerca del extremo oriental de la pista. «Era muy tarde cuando pude dar los últimos retoques al equipo de radio y llegar al hospital», relataba, «pero a ninguno de los chicos le importó que los despertara cuando supieron que era una oportunidad para enviar unas palabras a casa. Les dije que los mensajes debían ser extremadamente concisos, y les prometí que los telegrafiaría en cuanto pudiese».

Algunos de los escuetos saludos que acabaron en el cuaderno de Bayler aquella noche incluían éstos:

A la Sra. J. R. Lanning, 320 D Street, National City, California: «Todo bien, chica».

A la Sra. Neil Gooding, de Gooding, Idaho: «Todo bien, de Boyce».

A H. O. Pace, Casa Grande, Arizona: «Todo bien, de John».

A V. F. Webb, 110 Military Street, Oxford, Carolina del Norte: «OK, todo bien, de Gorham».

A la Sra. Luther Williams, de Stonewall, Misisipi: «Solón está bien. Duro combate, pero bien».

A la Sra. C. E. Compton, 2419 Fernleaf, Los Ángeles, California: «Dile a Clair que todo marcha bien».

A F. W. Reeves, 334 Hawthorne Avenue, Palo Alto, California: «Todo bien, de Wayne».

Bayler pasó unos minutos visitando a «Spider Webb», el piloto herido, cuyo pie destrozado por una bomba y otras lesiones sufridas en la primera incursión aérea sanaban lentamente. Webb todavía no podía salir de la cama, pero se movía apoyándose en los codos regularmente para practicar ejercicio, y parecía animado.

«Me encuentro un poco mejor, Walt», dijo estrechando la mano a Bayler. «Estoy ansioso por volver a atizar a esos bastardos».

Cuando Bayler abandonó el hospital y pasó por el puesto de mando de Devereux para recoger un paquete de mensajes, sólo quedaba tiempo para una breve cabezada antes de la hora prevista de partida. Apenas despuntaba el alba a la mañana siguiente, 21 de diciembre, cuando llegó al muelle de la laguna y encontró a Murphy inquieto por ponerse en camino y mirando con nerviosismo «el cielo del este y su reloj de pulsera una y otra vez^[21]».

Bayler había trabado muchas amistades en Wake, especialmente entre los oficiales y los hombres del VMF-211, y acudió un número considerable de camaradas para verle partir. Sólo hubo tiempo para estrecharse la mano y darse unas palmadas

en la espalda, una sonrisa o dos y algunas despedidas apresuradas.

«Buena suerte».

«Cuídate».

«Nos vemos...».

No habían tocado las siete cuando Bayler se subió al PBY y se detuvo un momento para contemplar el pequeño atolón que había recibido tan tremendo castigo durante las últimas dos semanas. Observó la bandera mecida por el viento, izada hasta lo más alto del mástil, donde había ondeado constantemente desde el 8 de diciembre. Miró a los sonrientes y confiados marines congregados en el muelle. Cuando se despidió por última vez y se sentó en el avión, se sintió reconfortado por aquella imagen. Gracias a ellos, tenía la sensación de que todo iría bien en Wake.

Entonces, Murphy aceleró y el avión se alejó lentamente del muelle, dejando atrás una estela de espuma y a una multitud de marines añorados cuyos rostros pronto adquirieron un rictus de solemnidad cuando el PBY ganó velocidad y levantó el vuelo en aquel amanecer gris y neblinoso.

Una persona que no participó de las agradables despedidas fue Herman Hevenor, el funcionario de la Oficina de Administración y Presupuesto que había perdido el último vuelo de Pan Am que salió de la isla. La noche anterior, Hevenor había buscado con urgencia una plaza en el PBY, pero su solicitud fue denegada porque Bayler ya se había apoderado del único paracaídas y salvavidas sobrante.

Por ello, mientras Bayler escapaba a un lugar seguro y pronto estaría relajándose en Honolulu, Hevenor quedó atrapado en las fauces de una trampa que iba cerrándose. El desventurado burócrata de Washington había previsto pasar sólo unos días en Wake recabando información para confeccionar un parte de rutina sobre la construcción de la base aeronaval. Cuando oyó el sonido de los motores del PBY disipándose en la distancia, sin duda debió de preocuparle que su última esperanza de huida también se esfumara.

A las nueve de la mañana, transcurridas apenas dos horas desde que el hidroavión desapareciera entre las nubes del este, Wake se vio azotada por el decimocuarto ataque aéreo de la guerra. Y, junto con la hecatombe que cayó sobre las baterías de los marines y otras posiciones, los atacantes entregaron un mensaje nada halagüeño.

En esta ocasión, las formaciones enemigas venían integradas por 49 aviones —las más numerosas hasta la fecha—, pero fue todavía más significativo el tipo de aparato utilizado en la ofensiva. No eran los Nell del Grupo Aéreo Chitose, unas aeronaves de alto nivel óptimas para incursiones relámpago, ni los colosales y lentos hidroaviones de las lejanas Marshall, sino unos rápidos bombarderos que atacaron a menos de trescientos metros de altura —volaban demasiado rápido y demasiado bajo para que las baterías antiaéreas tuvieran oportunidad de alcanzarlos— y luego fueron descendiendo en círculos. Y lo que es peor, resistieron durante más de una hora, realizando una pasada tras otra sobre los mismos blancos y pulverizando todo lo que encontraban en su camino con el fuego de las ametralladoras y explosivos de alta

potencia. La razia pareció prolongarse eternamente.

Para mayor desgracia, estos bombarderos iban acompañados por primera vez de una escolta de cazas constituida por un mínimo de dieciocho Zero. Con su inquebrantable agilidad y su velocidad máxima, que podía alcanzar los quinientos kilómetros por hora, no sólo ofrecían cobertura para los aviones de mayor envergadura, sino que realizaron unas pasadas que causaron grandes daños. Aunque los Wildcat del VMF-211 casi eran equiparables a los Zero en velocidad y maniobrabilidad, se quedaban algo cortos en ambas categorías.

Sin embargo, lo más aterrador fue que el 21 de diciembre todos los atacantes eran aparatos llegados de los portaaviones, los primeros que habían visto los habitantes de Wake. Obviamente, al menos un portaaviones enemigo acechaba más allá del horizonte. Eso significaba que allí se concentraba también una importante armada enemiga de destructores, cruceros y otros barcos para proteger y apoyar al portaaviones. Si un contingente japonés de esa envergadura se encontraba tan cerca, sólo podía significar una cosa: otro intento de invasión.

Un aspecto particularmente exasperante de este nuevo tipo de razia aérea era la incapacidad de los defensores para responder con fuego efectivo desde sus baterías antiaéreas. La baja altitud a la que volaba el enemigo imposibilitaba que los cañones de 75 mm de los marines lo siguieran, y el rápido estilo de ataque, describiendo círculos, convertía los disparos aleatorios en una táctica ineficaz.

A consecuencia de ello, Devereux ordenó que sus cañones de 75 mm permanecieran en silencio y dejó que sus ametralladoras del calibre 50 se encargaran de la defensa aérea. Para los observadores situados en una posición que les permitía ver a las ametralladoras en acción, éstas desempeñaron una labor extraordinariamente efectiva. El teniente Barninger, de la Batería A, reconoció un mérito especial a las cuatro ametralladoras destacadas en Peacock Point y capitaneadas por el cabo Frank Gross por impedir que los bombarderos logaran algún impacto directo sobre la batería. El propio Gross alabó a los artilleros de toda la isla por haber llenado los cielos con un volumen casi récord de balas.

Cerca del aeródromo, el teniente Kliewer quedó atrapado en un nido de ametralladora casi una hora con dos soldados que mantuvieron el tableteo de sus ametralladoras del calibre 50 en todo momento. Admiraba el hecho de que se hubieran quedado junto a sus armas, «atacando al enemigo donde fuera posible» pese a su aparente falta de éxito. Las ametralladoras por lo general no representaban tanto peligro para los atacantes como los cañones de 75 mm, pero algunos testigos aseguraron haber visto caer al menos un aparato.

El soldado de primera clase John R. Himelrick observaba desde un refugio situado en la playa sur de Wake cuando un avión japonés surgió de entre las nubes dibujando una espiral e hizo explosión. «¡Chicos, eso ha estado muy bien!», gritó a los hombres que tenía a su alrededor.

Cunningham, entretanto, no comprendía por qué las baterías de 75 mm no

disparaban mientras el atolón era castigado por la razia aérea japonesa más intensa hasta el momento. Cuando el comandante de la isla llamó al puesto de mando de Devereux para exigir una explicación, parecía nervioso.

«¿Por qué demonios no estamos disparándoles?», gritó Cunningham, imponiéndose al estruendo proveniente del exterior.

«Lo estamos haciendo», repuso Devereux.

«Yo no los oigo», chilló Cunningham. «No oigo sus cañones».

«Los cañones no están disparando», respondió Devereux exasperado. «Pero las ametralladoras sí».

Esta información no consiguió aplacar a Cunningham. Desde las profundidades de su refugio, el comandante no podía saber que aquellos atacantes no eran los mismos que habían protagonizado incursiones anteriores. Sencillamente no entendía qué estaba ocurriendo, así que continuó mostrándose airado y preguntando: «¿Por qué?».

Devereux hubo de explicarle que, debido a la limitada capacidad de inclinación de las baterías antiaéreas, era imposible disparar con efectividad a aparatos atacantes de este tipo con un cañón de 75 mm.

Cuando dio comienzo la ofensiva, el VMF-211 había quedado reducido temporalmente a un avión pilotable, el Wildcat número 9. Y por motivos que resultan difíciles de asimilar, considerando las catastróficas pérdidas acusadas por el escuadrón el 8 de diciembre, se hallaba en las circunstancias más peligrosas que cabía imaginar.

El comandante Putnam se sintió horrorizado al oír las primeras bombas, y con toda la razón. Se encontraba en un refugio situado a varios kilómetros de distancia, cerca del Campamento Dos, hablando con Dan Teters sobre las prioridades de construcción del aeródromo, y al instante se dio cuenta de que el Wildcat número 9 estaba a la vista de todos al borde de la pista principal. Abastecido con seiscientos litros de combustible, armado con bombas y balas de ametralladora, y preparado para emprender la patrulla de mediodía, el Grumman no podía constituir un blanco más tentador y vulnerable.

Culpándose a sí mismo de su última ubicación, en la que era una presa fácil, Putnam no pensó ni un momento en su propia seguridad. Se montó en su camioneta y recorrió la carretera coralífera que doblaba hacia el norte y de nuevo hacia el sur bordeando la laguna. No había llegado muy lejos cuando se encontró directamente en la trayectoria de una oleada de aviones Zero.

Agachándose detrás del volante e intentando salvar la vida, Putnam viraba bruscamente y zigzagueaba de un lado a otro de la carretera. En dos ocasiones, con balas de ametralladora cayendo a su alrededor como si de granizo se tratara, tuvo que abandonar el vehículo y buscar cobijo fuera de la carretera. Después, volvía al asiento del conductor cuando los aviones se alejaban y lo intentaba de nuevo. Y, para su sorpresa, en todos los casos la camioneta arrancó y circuló sin problemas.

No podía decirse lo mismo del Grumman. Cuando Putnam llegó por fin hasta él, el remendado caza se negó a arrancar. En aquel momento, el escuadrón había agotado sus suministros de cartuchos de escopeta utilizados normalmente para facilitar el encendido del motor de 1200 caballos del F4F-3, y el personal de tierra se vio obligado a improvisar un sistema de catapulta que resultaba lento e ineficaz.

Este tenso proceso se repitió una y otra vez mientras los aviones japoneses se lanzaban en picado disparando sus ametralladoras, pero merced a un inverosímil lance del destino —o simplemente porque la puntería de los atacantes era increíblemente mala aquel día— tanto Putnam como el Wildcat salieron indemnes.

Cuando los atacantes interrumpieron su embestida y se retiraron a mar abierto, el Wildcat petardeó hasta que el motor consiguió arrancar. Una vez en el aire, Putnam aceleró hasta alcanzar casi la máxima velocidad del avión, y salió a la caza de los bombarderos enemigos. Pero éstos contaban con una gran ventaja, y antes de que pudiera empezar a salvar esa distancia, desaparecieron entre las nubes. Putnam siguió adelante unos sesenta kilómetros, hasta donde se atrevió a poner a prueba la autonomía del temperamental F4F-3, buscando en el Pacífico azul algún indicio de barco enemigo sin éxito. Pronto abandonó y dio media vuelta, demasiado decepcionado y disgustado como para comprender la suerte que tenía de estar vivo después de su misión potencialmente suicida.

En general, los daños provocados por la incursión fueron increíblemente escasos, y las únicas bajas sufrieron lesiones menores. Uno de los heridos leves fue el sargento Bourquin, conductor del nuevo camión cisterna del VMF-211 después de que el anterior fuese alcanzado por una bomba, que acabó con los tres marines que lo ocupaban y arrojó sus cuerpos a tal distancia que no los encontraron hasta al cabo de diez días. «No era un trabajo que yo codiciara, por motivos obvios», observaba Bourquin, «pero cuando el capitán Tharin me dijo que me “había ofrecido voluntario”, supuse que no tenía elección».

Al igual que su oficial al mando, Bourquin también se vio perseguido implacablemente por los aviones japoneses mientras conducía el camión, pero no corrió la misma suerte que Putnam.

Muchos miembros de la Batería A del teniente Barninger, en Peacock Point, eludieron por poco una lluvia de bombas que sacudió los alrededores del gran refugio comunal en el que se hallaban cobijados y explotó en rápida sucesión a sólo unos metros de distancia. Barninger describió los cráteres de bomba como los más grandes que había visto en su vida, pero aparte de derribar al sargento Jack Cook, el capitán de un cañón de 120 mm que se encontraba más cerca de la detonación, y de destruir la entrada del refugio, provocaron pocos daños.

Con diferencia, los efectos más perjudiciales de la ofensiva fueron psicológicos, y no físicos o materiales. Para muchas víctimas del ataque, la entrada repentina de

aviones en la batalla de Wake lo cambió todo y trajo consigo un aura de fatalidad. El sargento del Estado Mayor Clifford Hotchkiss, del equipo de radio del Ejército, interpretó el cariz que estaban tomando los acontecimientos como «el principio del fin». Incluso Devereux reconoció que la suerte de los estadounidenses quizá se hubiese agotado.

Los defensores tuvieron poco tiempo para inquietarse por su futuro o para intentar analizar el significado del ataque sin precedentes de aquella mañana. Los Zero y los bombarderos Kate del *Hiryu* y el *Soryu* habían desaparecido hacía poco más de hora y media cuando los ya conocidos Nell de Roi protagonizaron su novena aparición sobre Wake. A las 12.30, el segundo bombardeo de la jornada estaba en pleno apogeo.

En esta visita, los atacantes sobrevolaron la zona a 5500 metros de altura y concentraron casi toda su atención en la isla de Peale, donde la batería antiaérea del capitán Godbold se había cobrado numerosas víctimas entre el Grupo Aéreo Chitose. Como solía ocurrir, hubo una vez más informes contradictorios sobre cuántos aviones japoneses participaron. Algunos observadores afirmaron haber divisado hasta veintisiete, pero el propio Godbold situó la cifra en sólo dieciocho, y aquel día nadie se encontraba en mejor posición para aseverarlo.

Desde su ataque inicial el 8 de diciembre, los pilotos y bombarderos japoneses no habían demostrado una gran experiencia táctica ni demasiadas habilidades para el bombardeo, y mucho menos tener agallas para afrontar la precisión de los artilleros de Wake. Con la Batería D de Godbold a la cabeza, los cañones de 75 mm de los marines habían derribado al menos ocho o nueve aviones hasta el momento, y muy posiblemente el doble de esa cifra si incluimos a los que regresaron a su lejana base dejando una estela de humo. Sin embargo, este día los atacantes habían variado su estrategia y dio sus buenos dividendos contra la Batería D.

Desde el principio estuvo claro —y no supuso ninguna sorpresa— que la posición de la batería de Peale era el blanco principal del enemigo en esta incursión. Inesperadamente, el escuadrón de bombarderos se escindió en dos secciones cuando se encontró cerca de allí, y unos nueve Mitsubishi volaron directamente hacia la franja norte de Wake, en dirección a Peale, mientras el resto de los aviones se alejaban y parecían dirigirse hacia el mar.

Después de un momento de duda, la Batería D abrió fuego, y la Batería E, situada entre el aeródromo y la playa sur, en el extremo opuesto de Wake, se le unió de inmediato.

Los artilleros de Wake dispararon 35 proyectiles a la formación japonesa, y su recompensa llegó cuando vieron a uno de los Nell escupiendo humo al pasar sobre su posición. Pero no tuvieron tiempo de felicitarse unos a otros, ya que se dieron cuenta —demasiado tarde— de que habían sido engañados. La primera oleada de bombarderos actuó como señuelo y les tendió una trampa inteligente, mientras la otra mitad del escuadrón enemigo daba un rodeo y observaba. Hasta aquel momento, los

movimientos frecuentes habían perpetuado la confusión sobre la localización exacta de la Batería D, pero los fogonazos de sus cañones habían revelado el secreto. La segunda oleada de pilotos japoneses había visto exactamente dónde se ocultaban los cañones de 75 mm. Ahora atacaban desde la dirección opuesta, y el precio a pagar sería altísimo.

«Cuidado», gritó alguien. «Ahí vienen los demás».

No hubo tiempo para que la dotación de artillería corrigiera el tiro o se pusiera a cubierto. Antes de que pudieran reaccionar, la segunda oleada estaba justo encima de ellos y se oyó el estruendo de las bombas.

Los aviones enemigos arrojaron su carga con tal intensidad que saturó la batería con explosiones que hicieron temblar la tierra. «Se oía un rugir continuado de bombas», como lo describía el voluntario civil Osear Lent.

Dirigiendo a la batería y supervisando tranquilamente el fuego antiaéreo estaba el sargento Johnalson E. Wright, un gigante de 145 kilos, que quizá fuera el hombre más corpulento de todo el Cuerpo de Marines. «Big» Wright era una figura legendaria, tanto por su capacidad para engullir un barril de cerveza con una rapidez increíble como por su profesionalidad y frialdad cuando era objeto del fuego enemigo. Mientras otros miembros de la dotación de artillería echaban a correr en busca de cobijo cuando las cosas se ponían feas, Wright siempre permanecía en su puesto habitual frente al radiogoniómetro, sin otra cosa sobre su cabeza que el cielo, confiando en su talismán, un dólar de plata que apretujaba con su enorme puño para que le protegiera de cualquier mal.

Wright siempre seguía la misma rutina en todos los ataques enemigos. Agitaba el dólar en el aire y gritaba de manera tranquilizadora a sus compañeros de batería: «No os preocupéis, chicos. Me aferraré a mi dólar de la suerte por vosotros».

Una vez terminada la ofensiva y disipado el peligro, Wright se levantaba, se sacudía el polvo y se guardaba de nuevo la moneda fetiche en el bolsillo. Alguien decía inevitablemente: «Eh, ese dólar de la suerte ha funcionado otra vez», y Wright esbozaba una sonrisa.

La repentina aparición de la segunda oleada de bombarderos sorprendió a varios marines de la Batería D en el pozo de Wright y no tuvieron tiempo de ponerse a cubierto. Cuando las bombas empezaron a caer por todas partes, oyeron el habitual grito de Wright: «Eh, no os preocupéis, tengo aquí mi dólar de la suerte».

Segundos después, una de las bombas impactó en la barrera de sacos de arena que protegía el contorno del pozo. La sacudida hizo saltar a varios hombres por los aires como si fueran muñecas de trapo y dejó inconsciente al alférez Robert Greeley, el oficial de telemetría. Lluvias de arena de los sacos desintegrados salían despedidas con tal furia que desintegraban la ropa —y la piel— de quienes se encontraran en su camino. El sargento Steve Fortuna se quedó sin uniforme y temporalmente ciego por

causa de la arena. El soldado de primera clase Leonardo Mettscher corrió peor suerte, y perdió la piel desde la nuca hasta la parte baja de la cintura.

La fuerza de la explosión destrozó a Wright y lo mató de manera fulminante. Otros marines que ocupaban el pozo eludieron la muerte porque se encontraban en el lado opuesto a Wright y el grosor del dispositivo los protegió. Pero media docena de hombres resultaron heridos, cuatro de ellos de tal gravedad que hubieron de ser hospitalizados. Después de recibir el impacto directo de la explosión, el propio aparato no era más que un montón de chatarra inútil.

Todos los integrantes de la batería lloraron la muerte de Wright. Algunos hombres lo enterraron a escasos metros de donde pereció, mientras otros maldecían y juraban venganza. «Estábamos locos por combatir», decía Mettscher.

Desde el primer día, la Batería D había constituido la defensa antiaérea más eficaz de Wake. Normalmente, sus artilleros eran los últimos en disparar a los aviones enemigos en retirada, y se anotaron más derribos y posibles derribos que ninguna otra dotación. Pero ahora, con su radiogoniómetro destruido, Devereux no tuvo más remedio que disolver la Batería D y trasladar sus cañones y componentes útiles a otras localizaciones. Un cañón de 75 mm, junto con el generador y el telémetro de la batería, acabaron en la Batería E, en la base de Wake, que ahora se había convertido en el único emplazamiento antiaéreo del atolón plenamente equipado y dotado de personal. Fue una acción sensata. La Batería E se encontraba en la mejor posición para cubrir el aeródromo, todavía no había sido descubierta por los japoneses y sería difícil que los bombarderos la alcanzaran, si es que daban con ella.



Dos de los cañones restantes, que ahora eran inservibles contra un ataque aéreo, fueron trasladados a la playa norte de Peale para defenderse de cualquier intento de desembarco japonés en la zona. El cuarto y último cañón permaneció en la antigua posición de la Batería D como señuelo, junto con varios maniquíes de madera confeccionados apresuradamente. Devereux pensaba que cuantas más bombas enemigas se malgastaran en una posición desatendida, menos caerían donde realmente podían ocasionar daños.

Con la ayuda de 125 civiles, los sesenta marines de Godbold empezaron a trasladar los cañones nada más caer la noche. Sobre esa hora, Devereux hizo una visita al grupo de trabajo y percibió un curioso cambio de actitud en las esforzadas tropas. Como cualquier soldado, habían mostrado cierta tendencia a despotricar y protestar por las misiones fatigosas y sucias. Pero ahora que tenían los nervios a flor de piel y el cuerpo minado por el cansancio y el insomnio y que todo estaba en su contra, habían dejado de renegar. Tal vez no tenían fuerzas para refunfuñar y trabajar a un tiempo, pero Devereux sintió el nacimiento de un «orgullo tenaz» que iba más allá de la simple moral. A partir de entonces esos hombres podrían morir, pero su

fortaleza y decisión jamás cesarían.

Era la tercera vez en dos semanas que las toneladas de armamento de la Batería D se cargaban a mano. Nunca había sido fácil, pero este último traslado fue el más duro de todos. Cuando hubo finalizado, la batería dejó de existir como unidad en activo.

«Las bombas japonesas acababan de dejarnos fuera de combate», señalaba el soldado de primera clase Charlie Harrison, que había evitado heridas graves o la muerte por un ínfimo margen cuando el explosivo impactó en el pozo. «Hasta ahora habíamos sido artilleros, pero a partir de entonces nos convertimos en fusileros una vez más».

No se finalizaron las labores de traslado hasta la una de la madrugada del día siguiente, y varios civiles siguieron adelante, camuflando los cañones de 75 mm de la playa hasta el amanecer. Mientras tanto, en el aeródromo, otros hombres también trabajaron toda la noche en terraplenes para el nuevo escuadrón de aviones que supuestamente se dirigía hacia Wake.



En el hangar, el teniente Kinney se sentía tan débil y enfermo por una diarrea que apenas se tenía en pie, pero él y el sargento Hamilton resistieron toda la noche e insuflaron vida a otro Grumman destrozado. El 22 de diciembre a media mañana habían logrado poner en marcha el temible Wildcat número 8 por primera vez en cinco días, lo cual ofrecía al escuadrón dos aviones capaces de despegar.

Sobre las diez de la mañana, el capitán Herb Freuler y el teniente Cari Davidson iniciaron la patrulla matinal y ascendieron rápidamente a 4000 metros en condiciones de vuelo prácticamente idóneas. Por una vez en la vida, las nubes que solían coronar Wake habían dado paso a unos cielos despejados y un sol brillante, y la visibilidad era excelente. Incluso las temperamentales radios de los Wildcat funcionaban a la perfección aquella mañana, otro aparente buen presagio.

Faltaban unos minutos para mediodía cuando Davidson informó sobre unas masas de aviones enemigos que se aproximaban desde el norte. Un total de 33 Kate —dieciséis del *Soryu* y diecisiete del *Hiryu*— volaban a unos 4000 metros de altura. Por encima de los bombarderos, a 5500 metros, se encontraba una escolta integrada por seis Zero.

Dado que no había aparecido ningún avión estadounidense para desafiar a los atacantes del día anterior, los japoneses estaban convencidos de que todos los cazas de Wake habían sido pulverizados. Creyendo que aquello sería un paseo para sus Zero, los pilotos de los cazas enemigos no estaban tan alerta como deberían.

Freuler sobrevolaba el sur del atolón con el venerable Wildcat número 8 cuando recibió el mensaje de Davidson. Freuler aceleró y se dirigió a toda velocidad hacia el norte, cruzando el centro de Wake. Momentos después, localizó a seis de los Kate volando en una tupida formación en V y se precipitó sobre ellos. Los aviones

enemigos no lo vieron llegar, y su feroz ataque sorpresa los obligó a dispersarse. Uno de ellos inició un descenso en barrena soltando humareda y se hundió en el mar mientras Freuler viraba para efectuar una segunda pasada.

En esta ocasión, se abalanzó de frente contra los Kate mientras intentaban volver a la formación. Aprovechando al máximo el hecho de que los bombarderos carecían de ametralladoras delanteras, Freuler eligió a uno y disparó una despiadada ráfaga de balas del calibre 50 a corta distancia.

Freuler se encontraba a sólo quince metros cuando el Kate explotó formando una cegadora bola de fuego. Sin tiempo para realizar un viraje, tuvo que atravesar directamente los restos del bombardero. Por un instante se vio totalmente engullido por una nube de humo y fuego, pero consiguió dejarla atrás.

Freuler no tenía ni idea de que uno de sus dos derribos confirmados aquel mediodía había vengado al *U. S. S. Arizona* y a los más de 1100 marineros estadounidenses sepultados en Pearl Harbor. A bordo de uno de los Kate viajaba el suboficial Noboru Kanai, el artillero japonés cuya puntería infalible había hecho estallar el acorazado estadounidense el 7 de diciembre^[22]. Lo que sí sabía Freuler era que la fuerza de la explosión que sufrió el segundo Kate había afectado gravemente a su avión. El viejo número 8 estaba quemado y maltrecho, perdía presión y velocidad y reaccionaba con lentitud a los tirones de Freuler a los controles. Podía ver las playas blancas de Wake a lo lejos, pero no estaba seguro de que el número 8 pudiera llegar hasta allí. Y, por si fuera poco, los Zero, recuperados de su estupor, descendían sobre él formando un virulento enjambre.

Uno de ellos se encontraba justo a la cola de Freuler, y sus ametralladoras trepanaban sus alas y el fuselaje. Sintió una punzada de dolor y una quemazón cuando una bala le atravesó el hombro. Entonces, una segunda bala se alojó en el paracaídas que llevaba a la espalda. Otro Zero se sumó a la persecución, y Freuler buscó desesperadamente una nube tras la que esconderse, pero no se veía nada, salvo el cielo azul y los aviones enemigos que le seguían la pista.

De reojo alcanzó a ver el Wildcat de Davidson a unos dos kilómetros de distancia. Davidson le estaba pisando los talones a un Zero, pero había aparecido otro caza enemigo tras el F4F-3 del teniente con sus ametralladoras escupiendo ráfagas.

La última vez que Freuler los vio, los tres aviones se alejaban en la distancia con el Grumman embutido entre los dos aparatos enemigos, pero Freuler tenía demasiados problemas como para prestar atención.



En aquel momento, su dañado Wildcat era un auténtico tamiz volador. Ni siquiera en sus mejores tiempos había poseído la velocidad o maniobrabilidad necesarias para deshacerse de sus actuales torturadores. Por un segundo, Freuler se sintió atrapado,

condenado, pero entonces se le ocurrió una idea. Sólo tenía una posibilidad remota de sobrevivir a los próximos segundos: hacer caer su avión en picado, fingir estar muerto y rezar.

Freuler empujó la palanca y el Wildcat cayó como una roca.

Cuando los pilotos japoneses vieron a su enemigo precipitándose hacia el mar, creyeron sin duda que estaba cayendo —tal como Freuler esperaba— y se alejaron. En el último segundo, Freuler invirtió la maniobra, preguntándose si su acribillada aeronave se caería a trozos por la tensión. El aparato resistió, y un minuto o dos después, el aguerrido Grumman se detuvo en la pista justo cuando su motor pasaba a mejor vida. El número 8 era una auténtica chatarra, pero su último aterrizaje había sido casi perfecto y el piloto pudo salir de la cabina por su propio pie.

El teniente Davidson y su avión no fueron vistos nunca más.

Durante más de dos semanas, los pobladores de Wake habían resistido todas las embestidas del enemigo. Considerando las toneladas de potentes explosivos que les habían arrojado a lo largo de dieciséis razias aéreas, las pérdidas de personal militar habían sido increíblemente escasas. Con la excepción del elevado número de bajas del 8 de diciembre, sólo un puñado de marines y marineros habían muerto o sufrido heridas de consideración.

No obstante, la persistencia de los ataques japoneses había socavado enormemente la capacidad defensiva de Wake. Mientras que las primeras ofensivas apenas habían hecho mella en las defensas del atolón, los masivos ataques coordinados de los últimos dos días habían empezado a minar enormemente el armamento y las fortificaciones estadounidenses.

Como la Batería D de Godbold, el escuadrón de cazas de Putnam se encontraba oficialmente fuera de combate. Casi la mitad de sus aviadores estaban muertos u hospitalizados, aunque no había aviones que pilotar de todos modos. Incluso al teniente Kinney y al sargento Hamilton se les habían agotado los milagros. De hecho, Kinney había cedido finalmente a la orden de Putnam de ingresar en el hospital, donde estaba tan hundido por la fatiga y la diarrea que apenas podía incorporarse.

El 22 de diciembre a última hora de la tarde, Putnam comunicó a Devereux que los miembros supervivientes y sanos del VMF-211 se ofrecían voluntarios como infantería. Devereux aceptó con gratitud la ayuda adicional y los destinó a varias posiciones de su estrecho perímetro defensivo, entre el aeródromo y la playa sur de Wake.

Aquella noche, Devereux llevó a cabo una estoica valoración de la situación a la que hacían frente los marines. Todavía albergaba la esperanza de que llegaran refuerzos en las próximas veinticuatro horas, pero sabía que era una estupidez consagrar el destino de toda su guarnición a la ínfima posibilidad de recibir ayuda. También sabía que era imposible cubrir los 32 kilómetros de litoral con los hombres y las armas disponibles. La única alternativa razonable era tratar de determinar la localización más probable para un desembarco y preparar a sus exiguas fuerzas para

encontrarse con el enemigo allí. Eso es lo que había hecho. Si sus pronósticos no eran correctos, no habría una segunda oportunidad.

La estrategia de Devereux se basaba fundamentalmente en los traicioneros arrecifes de coral de Wake. Salvo por la pequeña abertura cerca del canal, los arrecifes rodeaban por completo el atolón, pero estaban más cerca de la orilla en la cara sur de Wake y Wilkes que en cualquier otro lugar. Si los japoneses se topaban con los arrecifes allí, estarían casi en la playa y, una vez en tierra firme, a escasa distancia del aeródromo. La conclusión lógica era que el ataque principal del enemigo llegaría desde algún lugar de la playa sur, entre Peacock Point y Kuku Point.

Ya no había duda de que se produciría otro intento de desembarco enemigo. Lo que no podía predecirse con igual exactitud era *cuándo* llegaría la ofensiva. A lo mejor venía precedida de una gran andanada de artillería por parte de un enemigo que ahora sabía mantenerse fuera del alcance de las baterías de los marines. O los japoneses quizá trataran de hacer desembarcar a sus tropas en la costa al abrigo de la oscuridad.



A última hora del 22 de diciembre, Devereux apartó sus documentos y bostezó. No parecía tener sentido seguir pensando en todo aquello. Había hecho cuanto podía. Ahora era mejor intentar dormir un poco.

Entretanto, el *U. S. S. Saratoga* y el resto del 14.º Destacamento del almirante Fletcher se había abierto paso hasta un punto situado unos ochocientos kilómetros al este de Wake. Incluso al ritmo patéticamente lento que marcaba el anticuado petrolero *Neches*, unas cuantas horas más situarían a los aviones del *Saratoga* a una distancia óptima para atacar si el destacamento mantenía su rumbo actual.

Mientras recorría el puente del crucero *Astoria*, a Fletcher le preocupaban las reservas de combustible de sus destructores. Aunque el destacamento mantenía un estricto silencio en sus comunicaciones por radio, los informes regulares recibidos del CINCPAC indicaban a Fletcher lo apremiante que se estaba tornando la situación en la isla. Aun así, el almirante Pye, el superior provisional de Fletcher, se había convertido en sinónimo de circunspección, y aunque los destructores contaban con un suministro adecuado de combustible, el comandante creía que si se libraba un combate cerca de Wake, tal vez no sería suficiente.

A primera hora de la mañana del 22 de diciembre, en lugar de seguir adelante, Fletcher ordenó al *Neches* que iniciara una operación de repostaje. Mientras ésta estaba en marcha, el almirante alteró el rumbo, dirigiéndose hacia el norte, cosa que alejó más a los barcos de su destino. En la práctica, la flotilla simplemente estaba haciendo tiempo mientras el repostaje se prolongaba todo el día y parte de la noche debido a las malas condiciones marítimas, los atascos de combustible, cables de remolque enredados y otros problemas.

Cuando el destacamento retomó su avance hacia el oeste, en dirección a Wake, la flota invasora del almirante Kajioka ya estaba posicionándose para lanzar su ataque por tierra.

Una batalla que «hizo llorar a los dioses».

Con los años, la mayoría de los supervivientes de la isla de Wake coincidían en que la noche del 22 al 23 de diciembre de 1941 fue la más oscura que recordaban. Los vigías eran literalmente incapaces de ver a un palmo de sus narices. La climatología era pésima, caía una fina llovizna de las densas nubes y soplaba un viento gélido y penetrante. La noche se cernía sobre el atolón como un manto empapado, tan grueso que casi podías tocarlo. Incluso la playa nívea que se proyectaba de derecha a izquierda estaba tan oscura como un borrón de tinta china. El rumor del oleaje chocando contra el arrecife parecía verse extrañamente exacerbado por la oscuridad.

A varios centenares de metros de una de las atalayas de Wilkes, en una posición de ametralladora del calibre 30 situada cerca de Kuku Point, el cabo John Johnston se sentía animado pese a la húmeda oscuridad que lo rodeaba. Al tocar la medianoche, el apasionado joven de Misuri cumpliría oficialmente veinte años, y ansiaba que llegara ese momento culminante. De vez en cuando, sus pensamientos se centraban en Dorothy David, una chica de Saint Louis, y en la falda hawaiana de rafia que le había mandado como regalo por su graduación del instituto. Ella se la había pedido medio en broma en una de sus cartas, y a Johnson le habría encantado ver su cara cuando abrió el paquete.



Johnson también pensaba en el brigada Mike Hogan, su instructor en el campamento de instrucción. Durante largo tiempo, parecía que Hogan le tuviera manía, pero luego Johnson se dio cuenta de que en realidad el instructor se hizo cargo de él como mentor. Hogan fue el principal motivo por el que Johnson se convirtió en uno de los cabos más jóvenes del Cuerpo de Marines, y se preguntaba dónde estaría en ese momento. En cualquier caso, ser cabo y adolescente no parecía compatible. Antes de su ascenso, Johnson tenía la sensación de parecer más maduro que la mayoría de la gente de su edad, y mientras esperaba que transcurrieran los últimos minutos antes de su cumpleaños, empleó esa madurez para tranquilizar a un preocupado voluntario civil del este de Saint Louis, Illinois, llamado Leo Nonn.

«Dicen que los aviones que nos han atacado estos últimos dos días venían de un portaaviones japonés», decía Nonn, que era tres años mayor que Johnson pero parecía más joven. «¿Significa eso que intentarán otro desembarco dentro de poco?».

Johnson sonrió y meneó la cabeza. Pese a su inquietud, Nonn era un tipo

agradable a quien el cabo consideraba el más fiable de los seis civiles que le habían asignado. Antes de que comenzara el tiroteo, Nonn siempre había estado más cerca del surtidor de soda de la cantina donde trabajaba que de una ametralladora. Pero desde entonces había mostrado interés en aprender cómo funcionaban las ametralladoras del calibre 30 y cómo dispararlas. Si los japoneses trataban de desembarcar en Wake, Johnson sabía que podría confiar en que Nonn combatiera, y que lo haría bien.

«No, el portaaviones seguramente estaba de paso y se dirigía a otro lugar», le aseguró Johnson. «Antes de que intenten invadirnos otra vez, supongo que mandarán algunos barcos para que lancen una andanada de artillería, como antes. Hasta que eso ocurra, no hay razón para preocuparse. Así que vamos, ánimo. Mañana daremos una gran fiesta para celebrar mi cumpleaños».

Los misteriosos destellos de luz comenzaron alrededor de medianoche al noroeste. Al principio parecían el reflejo de los relámpagos bailando más allá del horizonte. Pero al seguir repitiéndose, resultó cada vez más evidente que las iluminaciones provenían de barcos que navegaban mar adentro. Los centelleos amarillos y blancos continuaron durante casi una hora, y hasta hoy nadie sabe con certeza qué los provocaba. Surgieron diversas teorías plausibles, pero todavía no existe ninguna explicación oficial.

Wiley Sloman, que contemplaba el extraño espectáculo desde debajo de la torre de mando de la Batería L, y varios marines oyeron más tarde por fuentes enemigas que las luces eran dos grupos de barcos japoneses que se dispararon unos a otros por error. Pero hubo otras versiones^[23].

Devereux salió y se encaramó a su refugio para observar las luces. Las describió como vividos destellos que aparecían muy por detrás del horizonte. Los vigías de Wake habían visto parpadear alguna que otra luz distante durante las últimas dos noches, y las interpretaron como señales entre elementos de avanzada de un destacamento japonés fondeado cerca de allí. Pero aquella noche los destellos eran diferentes, mucho más intensos, numerosos y largos. Todo apuntaba a que en alta mar se estaba librando una batalla naval, pero no había forma de corroborarlo.

Con independencia de lo que provocara aquel peculiar espectáculo de luces, parece improbable que fuera obra deliberada de los japoneses. Las luces sirvieron para mantener a los cansados pobladores de Wake en un elevado estado de alerta, lo cual mermaba enormemente las esperanzas enemigas de un desembarco por sorpresa. Los destellos sacaron a muchos estadounidenses de sus pozos de tirador y sus refugios y les anunciaban que algo estaba a punto de suceder. Los hombres ya estaban nerviosos, pero la distante pirotecnia agudizó todavía más su inquietud.

Paulatinamente, la intensidad de las luces fue aminorando hasta que desapareció del todo. Al poco, los hombres volvieron a sus camas improvisadas, pero, a pesar de su agotamiento, a muchos les resultó imposible conciliar el sueño.

En su puesto de mando, Devereux acababa de entornar los ojos cuando oyó un

grito del cabo Brown. Faltaban sólo unos minutos para las dos de la madrugada del 23 de diciembre y, como de costumbre, Brown estaba al teléfono, controlando la red de alertas de Wake.



Esta red comunicaba todas las posiciones del atolón, y sus líneas se mantenían abiertas de forma permanente.

«Tengo un parte de un desembarco enemigo en Toki Point», notificó Brown.

Devereux salió raudo de su litera y se acercó al teléfono. «¿Alguna confirmación?», preguntó.

«No señor, pero ha llegado a través de la red de alertas», repuso Brown.

El comandante frunció el ceño. Toki Point se hallaba en el extremo noroeste de Peale, un lugar de lo más inverosímil para un desembarco, en opinión de Devereux. Podía ser una maniobra engañosa por parte del enemigo o que algún centinela sencillamente estuviese «viendo cosas raras» al escudriñar la cortina de oscuridad. Pero las misteriosas luces también se divisaron al noroeste, así que podía existir alguna conexión. Asimismo, los hombres repartidos por toda la isla conocieron el informe por mediación de la red de alerta telefónica y no tardaron en acudir a toda prisa a sus puestos de batalla.

Devereux llamó inmediatamente al teniente Kessler, destacado en Peale. «¿Qué hay del informe sobre un desembarco en Toki Point?», dijo.

«Hay luces ahí fuera», respondió Kessler. «Todavía no se ha producido el desembarco, pero algunos vigías han descrito lo que parecen pequeñas embarcaciones bastante cerca de la costa norte. Tenemos las defensas de la playa dotadas de personal y listas».

Devereux se comunicó rápidamente con otras posiciones. Todavía pensaba que el lugar más viable para un desembarco era la playa sur situada entre Peacock y Kuku. Cuando supo que el teniente Poindexter había abandonado apresuradamente el Campamento Dos en dirección a Peale con ocho marines y cuatro ametralladoras montadas sobre una camioneta, Devereux envió a un mensajero para interceptarlos. Ordenó a Poindexter que aguardara hasta que la situación fuese clara, pero le advirtió que no abandonase «la defensa» de la zona principal de riesgo debido a las tácticas de despiste del enemigo.

En aquel momento llegaba un flujo continuo de informes. Todas las baterías y los puestos de ametralladora de la costa contaban con personal. Los efectivos de los que pudieron prescindir las dotaciones de artillería —unos doscientos hombres en total— estaban siendo desplegados en las playas, y pequeñas patrullas de tres o cuatro hombres exploraban las largas secciones abiertas del litoral en busca de indicios del enemigo.

Entonces Kessler llamó de nuevo. «Hay muchas luces ahí fuera, pero eso es

todo».

«¿Alguna embarcación en la playa?», preguntó Devereux.

«Negativo», dijo Kessler. «He enviado una patrulla, pero no han encontrado nada».

Devereux transmitió rápidamente el aviso a todas las posiciones: «El desembarco en Toki Point parece una falsa alarma, pero sin duda tenemos actividad enemiga frente a la costa, y parece que cuentan con numerosos efectivos. Quiero que todo el mundo permanezca extremadamente alerta».

Justo entonces, a Devereux se le pasó una pregunta escalofriante por la cabeza. ¿Qué ocurriría si los barcos avistados frente a Pearl se habían desviado al oeste, bordeando Toki Point, y penetrado en la laguna? Con el foco defensivo de la guarnición dirigido enteramente hacia el mar, cualquier invasor que tomara tierra desde la laguna podía atacar a los desprevenidos defensores por la retaguardia. Era un pensamiento estremecedor que impulsó a Devereux a coger de nuevo el teléfono.

«Vigilad la retaguardia», advirtió el comandante al capitán Platt, su comandante de puesto fortificado en Wilkes. «Cabe la posibilidad de que los japoneses ataquen desde la laguna».

Durante los minutos siguientes, el frenético aluvión de mensajes telefónicos continuó sin pausa, y el cabo Brown transmitió lo que tildaba de «barboteo constante» de informes a menudo contradictorios.

«Veo luces delante de Peacock Point», gritaba un observador al teléfono.

«¿Dónde están?», interpelló Devereux. «¿Ve alguna embarcación?».

«Sí, las veo», contestó una voz con aspereza.

«No, no veo nada», dijo otra voz, y añadió: «Hay movimientos frente a la costa. De eso estoy seguro».

«Hay algún tipo de embarcación muy cerca».

«Parecen dos grandes barcas frente a Peacock Point».



En aquel momento, saltaba a la vista que estaban ocurriendo cosas por todas partes y que, de algún modo, estaban todas relacionadas. Pero en la impenetrable oscuridad, nadie era capaz de discernir qué era real y qué era un producto de una visión borrosa o imaginaciones provocadas por la falta de descanso.

«Por atento que esté un hombre o por mucho que fuerce la vista, no puede ver a través de un muro», observaba Devereux *a posteriori*. «Y la oscuridad que envolvía la isla era un muro».

Sin embargo, en medio de esta melé de confusión, informes contradictorios y pánico creciente, algunos historiadores señalan el que pudo ser el único error táctico grave de Devereux durante los dieciséis días de sitio. Ahora que se había despejado toda duda razonable sobre la presencia de lanchas de desembarco japonesas a sólo

unos cientos de metros de las playas de Wake, el comandante podría haber ordenado que sus baterías de 120 mm dispararan bengalas para iluminar el océano que los rodeaba. Bajo el resplandor, el muro de oscuridad se hubiese disuelto durante unos minutos, lo cual habría permitido a los artilleros ver las embarcaciones enemigas y tener la oportunidad de hundirlas antes de que arribaran a la costa.

Pero al parecer, después de todos aquellos días de estrés incesante y falta de sueño, Devereux no contempló esta estrategia.

El destacamento de Kajioka había efectuado una maniobra de distracción al dirigirse hacia la isla de Peale, justo como Devereux conjeturaba, pero como solía ocurrir con las estrategias del comandante japonés, los resultados fueron un fracaso.

Kajioka había ordenado que los cruceros *Tenryu* y *Tatsuta* bordearan el norte de la isla de Peale para desviar la atención enemiga de sus pretendidos puntos de desembarco, a lo largo de las playas meridionales del atolón. Pero a causa de las malas condiciones del mar, la lluvia y la oscuridad, los dos barcos perdieron la orientación y acabaron bombardeando una franja vacía de océano a docenas de kilómetros de Wake^[24].

Tanto el *Tenryu* como el *Tatsuta* habían salido dañados de la costosa tentativa de invasión acometida el 11 de diciembre, y puede que sus capitanes fuesen tan reacios como el propio Kajioka a aventurarse cerca de las baterías costeras de Wake. El comandante japonés y sus oficiales estaban convencidos de que la devastación sufrida por sus barcos no podía haber sido infligida por unos meros cañones de 120 mm. Creían firmemente que los estadounidenses disponían de baterías de 300 mm —la misma artillería que utilizaban los buques de la clase Dreadnought— ocultas en refugios subterráneos en Wake.

Una vez finalizado su inútil bombardeo, los dos cruceros pusieron rumbo al noreste para unirse a otras cuatro embarcaciones de iguales características en una línea de reconocimiento concebida para bloquear cualquier posible intrusión de las fuerzas navales de Estados Unidos. Aunque se emprendió por precaución —la reticencia de Kajioka aquel día estuvo a la altura de su despreocupación el 11 de diciembre—, este despliegue estaba plagado de riesgos potenciales. Los portaaviones *Hiryu* y *Soryu* todavía se encontraban a cuatrocientos kilómetros de distancia, demasiado lejos para proteger a los seis cruceros en caso de un ataque aéreo de Estados Unidos. Si los cruceros hubieran sido descubiertos por el 14.º Destacamento del almirante Fletcher, los bombarderos del *Saratoga* habrían podido hundirlos fácilmente a los seis antes de que los aviones provenientes de los portaaviones enemigos pudieran intervenir.

Kajioka no tenía intención de introducir al *Yubari*, su buque insignia reparado apresuradamente, en el radio de alcance de los cañones del litoral, que habían estado tan cerca de hundirlo doce días antes. Mientras las tropas de la Fuerza Especial de Desembarco se dirigían a la costa, el almirante ordenó al *Yubari* y a todos sus destructores que permanecieran rezagados, a una distancia prudencial de las baterías

de Wake. Desafiando los procedimientos establecidos para los ataques anfibios, los grupos de desembarco se quedaron solos en una mar picada y negra como boca de lobo, con vientos continuados de treinta nudos zarandeándolos desde el noreste y cortinas de lluvia arremolinándose en torno a ellos.

Los superiores de Kajioka habían dejado claro que no se toleraría ningún error en esta ocasión. Le habían facilitado todas las herramientas que consideraban necesarias para conquistar Wake, así como la autoridad para utilizar esos recursos tan despiadadamente como estimara oportuno.

En consecuencia, el contingente invasor fue dividido en dos grupos principales, con una tercera escisión disponible en caso de emergencia. La primera oleada consistía en tres compañías con un total de 1000 oficiales y soldados. La Compañía Uchida viajaba a bordo de un antiguo destructor convertido en buque de transporte y rebautizado como *Patrullero n.º 32*. Las tripulaciones de ambos barcos seguían órdenes de conducir a sus tropas a la orilla de un modo muy poco ortodoxo: encallando deliberadamente en el arrecife de coral de Wake en un punto situado justo al sur del aeródromo. Se había indicado a los tripulantes antes de abandonar Kwajalein que debían considerarse «objetos prescindibles». Un alto mando les advirtió: «Bebed mucho sake ahora, porque no volveréis^[25]».

Uno de esos marineros prescindibles era el joven contramaestre Hisao Tsuji, de Nagoya, una ciudad del centro de Japón. Como a todos los demás miembros de la tripulación, le habían dicho que la misión sería muy difícil. Cuando Tsuji, artillero del cañón de cubierta del *Patrullero n.º 33*, vio su barco en llamas se resignó a morir, pero estaba decidido a obedecer órdenes mientras pudiera.

Entretanto, dos tercios de la otra unidad de desembarco, la Compañía Takano, llegarían a la costa en cuatro barcasas de acero convencionales con capacidad para cincuenta hombres o más, dos de las cuales desembarcarían en Wilkes y otras dos en Wake, cerca de Peacock Point. El tercio restante desembarcaría en localizaciones desperdigadas, utilizando una veintena de balsas neumáticas que llevarían cinco o seis hombres cada una.

En la reserva quedó una segunda oleada compuesta aproximadamente por un millar de hombres, que desembarcarían al alba para asegurar las cabezas de playa con el apoyo aéreo de los portaaviones. Si esto no era suficiente para subyugar a los defensores y conquistar el atolón, Kajioka estaba preparado para formar una tercera oleada con la tripulación de sus seis destructores —unos 1000 hombres más—, que fondearía en el litoral y actuaría como infantería.

En Wilkes, el artillero Clarence McKinstry observaba por encima de los cañones de 75 mm montados cerca del agua para la defensa de la playa, y aguzó el oído contra el estruendo del mar mientras llamaba al refugio del capitán Platt.

«Hay algo ahí fuera, señor», dijo. «Oigo un motor en marcha, y cada vez está más

cerca».

«¿Ve algo?», preguntó Platt.

«Nada de nada, capitán, pero estoy seguro de que anda cerca. Puedo oírlo».

«Entonces disparen», exhortó Platt.

Mientras se ponía en pie para dirigirse hacia los cañones, McKinstry repitió la orden al teléfono: «Ametralladoras número nueve y diez, abran fuego. Disparen balas trazadoras».

Desde las ametralladoras del calibre 50 situadas al oeste de la posición de McKinstry un repentino reguero de balas trazadoras atravesó la oscuridad a unos tres metros del suelo. Eran los primeros disparos de la mañana realizados por los defensores de Wake. Bajo la tenue luz, McKinstry y sus hombres pudieron distinguir una gran lancha de desembarco aproximándose a la playa. La embarcación enemiga se encontraba justo enfrente de los dos cañones de 75 mm que seguían en funcionamiento y tentadoramente cerca.

«¡Fuego!», gritó McKinstry. «Gradúen las espoletas casi a cero».

Eran las 2.35 del 23 de diciembre. Por primera vez durante la segunda guerra mundial, las fuerzas de tierra de Estados Unidos y Japón estaban a punto de encontrarse cara a cara, mano a mano, y bayoneta a bayoneta.

En palabras del ministro de la Armada japonesa, el almirante Shigetaro Shimada, fue una batalla «que habría hecho llorar a los dioses».

Mientras los primeros soldados enemigos llegaban a la costa y esquivaban el irregular fuego de ametralladora en Wilkes, el 14.º Destacamento del almirante Fletcher continuaba a casi setecientos kilómetros de distancia.

El lento petrolero *Neches*, que a veces tenía problemas para mantener una velocidad de sólo siete u ocho nudos cuando el mar estaba en malas condiciones, ofreció una excusa conveniente para su pausado ritmo, pero intervinieron además otros factores menos obvios.



Fletcher se mostraba claramente inquieto por la idea de adentrarse tanto en aguas hostiles con un puñado de barcos reunidos a duras penas y, sobre todo, por situar al *Saratoga* —que ahora constituía un tercio de la potencia ofensiva aérea de la Armada estadounidense en el Pacífico— en la senda del peligro.

Y lo que era aún peor, desde Pearl todo indicaba que el CINCPAC estaba dispuesto a abortar la misión de Wake con el pretexto más nimio. El almirante Pye seguía enredando con el plan de rescate, ordenando cambios, contramandando luego esas órdenes y, en general, dejando entrever que no le entusiasmaba la operación. Y cuanto más se acercaba el destacamento a Wake, más se agudizaban los temores de Pye. Conminó a Fletcher a que mantuviera el *Saratoga* a un mínimo de trescientos kilómetros de Wake para protegerlo de los bombarderos enemigos llegados de las

Marshall. Pero esto despojaría a los barcos de Fletcher de toda cobertura aérea mientras descargaban hombres y material en Wake y esto, a su vez, no hizo sino incrementar la intranquilidad de Fletcher.

El 22 de diciembre, a última hora de la tarde, el comandante Cunningham tuvo conocimiento —para su consternación— de que el CINCPAC había ordenado a los submarinos *Tritón* y *Tambor*, que habían patrullado las aguas de Wake desde el inicio de la guerra, que se retiraran de la zona. Aunque el *Tambor* había sufrido un agrietamiento, el repliegue pretendía evitar la posibilidad de que los submarinos atacaran por error a los barcos del destacamento de Fletcher, si es que llegaban. Pero para Cunningham, la orden constituía otro indicio más de que Wake estaba siendo abandonada. Lo único que sabía con certeza cuando los japoneses empezaron a acercarse en bandada a la costa era que no llegaban los refuerzos y que, de hecho, parte de la ayuda con la que ya contaban los defensores de Wake se estaba batiendo en retirada.

«Si el almirante Fletcher hubiera estado dotado de la energía que demostraron los invasores japoneses en los últimos días de diciembre de 1941», decía Cunningham más tarde, «podría haber llegado antes que ellos e impedido su desembarco».

Desde la perspectiva de cualquier militar de Wake, la crítica de Cunningham estaba justificada. Pero en defensa de Pye cabe decir que en los primeros estadios de la segunda guerra mundial ningún mando del Ejército de Estados Unidos se encontró en una situación tan inviable como él. El 31 de diciembre, el almirante Chester A. Nimitz llegaría a Honolulu para hacerse con el mando de la flota estadounidense en el Pacífico, pero hasta entonces, la plena responsabilidad del CINCPAC recaía únicamente en Pye y su zarandeado Estado Mayor. La amenaza percibida de una invasión enemiga en Hawai pendía sobre ellos, y el paradero de la flota japonesa que había lanzado el ataque contra Pearl Harbor seguía siendo una incógnita. Pero la patata más caliente que cayó en manos de Pye fue la expedición de rescate de la isla de Wake, heredada de su defenestrado predecesor.

El plan para reforzar Wake fue la última gran creación del almirante Kimmel, pero Pye nunca había compartido el entusiasmo de éste, como tampoco lo hacía su Estado Mayor. En Washington, el almirante Stark, jefe de operaciones navales, había tachado a Wake de lastre y había dejado su sino enteramente en manos del CINCPAC. El mensaje implícito de Stark era: «Sigan adelante con esto si quieren, pero si nos cuesta más barcos —sobre todo un portaaviones— que Dios les asista».

Sin duda alguna, Pye habría cancelado toda la operación en cuanto hubiese podido y con pocos reparos, salvo por una cosa: cuando tomó el mando, los barcos del 14.º Destacamento ya se habían encaminado hacia Wake y estaba en marcha una secuencia de movimientos estratégicos coordinados.

Aun así, Pye estuvo a punto de cancelar la misión el 21 de diciembre, después de recibir los primeros informes sobre los ataques perpetrados por los aviones en Wake y de oír al alférez Murphy, piloto de un PBY que acababa de regresar de la isla,

describir la situación allí como «atroz». Sólo un arrebató emocional de los miembros del viejo Estado Mayor de Kimmel, en particular el coronel de los marines Ornar Pfeiffer, impidió a Pye que tocara retreta.

Pero, finalmente, el 23 de diciembre antes del amanecer, a Pye le fue facilitada la «salida» que precisaba para abortar la misión de Wake, y vendría de manos del propio Cunningham.



Por unos breves segundos, el brillo de una bengala roja hendió la densa oscuridad que coronaba la playa sur de Wilkes. Había sido lanzada por un oficial japonés como indicativo de que sus hombres habían alcanzado la costa con éxito, y su fugaz y parpadeante luz reveló un desastre en ciernes para los estadounidenses que trataban de contenerlos.

El artillero barbirrojo McKinstry hacía cuanto podía con su dotación mayoritariamente civil, y sus dos cañones de 75 mm mantenían un fuego continuado contra las lanchas de desembarco japonesas. Pero cuando las embarcaciones hicieron descender sus rampas y las tropas enemigas se adentraron en el mar, sus disparos hicieron poco o nada por ralentizar a los invasores.

«Maldita sea», gritó McKinstry. «Disparen con las espoletas a cero, y veamos si podemos abrasarlos».

Aunque las lanchas de desembarco se encontraban desesperantemente cerca —a sólo cien metros y casi dentro del radio de alcance de la artillería—, fue imposible rebajar lo suficiente la trayectoria de los cañones antiaéreos para disparar directamente a las embarcaciones, ya que el terreno describía una pendiente demasiado pronunciada. La única opción era disparar proyectiles a cierta altura e intentar salpicar las lanchas con metralla e infligir algunas bajas.

Sin embargo, las ametralladoras situadas al oeste estaban desempeñando un trabajo más efectivo. McKinstry vio cómo una ráfaga del calibre 50 acababa con la vida de al menos seis o siete japoneses en una de las lanchas, pero estaba convencido de que sus cañones de 75 mm hacían poco más que ruido. Conforme se iban aproximando los invasores, la situación de las dotaciones de artillería se deterioraba rápidamente.

Mientras tanto, el teniente McAlister había posicionado a buena parte de su Batería L en la maleza que presidía la playa adyacente al nuevo canal y envió a varios efectivos a la laguna para vigilar una posible incursión enemiga.

Cuando McAlister descubrió que los grupos de desembarco enemigos se dirigían a la costa, ordenó a Wiley Sloman y sus compañeros de la Batería L que abandonaran los cañones de 120 mm, cogieran sus rifles y adoptaran posiciones defensivas cerca de la playa y el nuevo canal. No tenían tiempo para atrincherarse, y casi toda la maleza de la zona había sido quemada o destruida, lo cual los privaba de cualquier

cobertura.

McAlister había emplazado su puesto de mando cerca de uno de los dos reflectores de Wilkes, justo al este de los dos cañones de McKinstry. Incluso en la penumbra, McAlister podía distinguir una de las lanchas de desembarco a unos metros de la costa. Telefonó al sargento de sección Henry Bedell.

«Envíe dos hombres allí abajo y que acribillen con granadas esa maldita embarcación», exhortó McAlister.

«Sí señor, están en camino», respondió Bedell.

Sin embargo, el sargento de voz ronca no obedeció la orden de McAlister al pie de la letra. En sus veinte años en el Cuerpo de Marines, Bedell no era conocido por esquivar las misiones peligrosas. Así que, en lugar de enviar a otros dos soldados, él mismo se dirigió apresuradamente hacia la lancha. De camino, reclamó al soldado de primera clase William Buehler, un joven de Joliet, Illinois, y ambos hicieron acopio de tantas granadas como pudieron.

Utilizaron la parva maleza para guarecerse, pero los últimos cincuenta metros eran playa abierta sin más escondite que la propia oscuridad. Bedell intuyó numerosas figuras corriendo por la arena en grupos de dos y de tres, y sabía que los invasores ya estaban tomando tierra y dirigiéndose hacia el interior de la isla.

«Vamos», gruñó a Buehler. «A por ellos».

Buehler estaba asustado, pero tener a Bedell con él lo tranquilizaba. El enérgico sargento había sido marine casi toda su vida y había sobrevivido a tantas penurias que parecía indestructible.

Corrieron tanto como pudieron, arrojando granadas sobre la marcha, pero nunca se acercaron lo suficiente a la lancha como para alcanzarla. Todavía se hallaban a cierta distancia cuando surgió de la nada una ráfaga de ametralladora y Buehler vio cómo Bedell caía boca abajo en la arena. En ese mismo instante, Buehler sintió una punzada de dolor, pero consiguió mantenerse en pie. En su accidentado camino de vuelta a la maleza estaba seguro de que Bedell yacía muerto, y la conmoción que ello le provocó fue mayor que el dolor de su propia herida de bala.



Unos minutos después, Buehler logró llegar hasta la posición de sus compañeros cerca del nuevo canal, sangrando y jadeando.

«Bedell ha caído», dijo resollando. «No podía hacer otra cosa que volver aquí. Hay una lancha de desembarco fondeada detrás de esa curva, y en la isla hay más japoneses que estadounidenses».

El fantasmagórico enemigo se había puesto en marcha por toda Wilkes. Las tropas del contingente de desembarco habían recibido órdenes de emplear sus bayonetas en lugar de los rifles siempre que fuera posible. Los ataques con bayoneta ahorran munición y eran más sigilosos, y los japoneses creían que estas armas

ejercían un efecto desmoralizador en el enemigo. De ahí que sólo se oyera algún ruido esporádico de armas ligeras durante el avance invasor, pero las imprecisas formas ganaban terreno rápidamente desde la playa y en dirección a la posición de McAlister, gritando ocasionalmente cuando atacaban.

Esforzándose por ver a través de la oscuridad a cien metros del lugar de desembarco, McAlister sintió el fuerte impulso de desplegar a sus hombres para encontrarse con el enemigo de frente, pero no tardó en desechar la idea y los mantuvo donde contaban con un mínimo de protección. Un movimiento impulsivo en aquella ciénaga oscura podía conllevar la muerte de sus marines bajo el fuego amigo con tanta rapidez como podían sufrir una emboscada de los japoneses.

«Mantened un fuego continuado hacia la playa», ordenó, «y lanzad una granada de vez en cuando para que no se envalentonen. Si resistimos hasta que salga el sol para poder ver a esos bastardos, jugaremos con ventaja».

La necesidad desesperada de luz también cruzó la mente de Platt cuando telefoneó a Devereux. «Solicito permiso para utilizar los reflectores».

«Adelante», replicó Devereux. «Pero recuerde que los japoneses se apresurarán a destruirlos».

En Wilkes, el reflector más próximo estaba justo al este de la batería de McKinsty y en plena senda de los invasores. Cuando se encendió, su haz de ocho millones de bujías iluminó la playa como si fuera la luz diurna, y lo que mostró no resultaba en modo alguno alentador. Una lancha de desembarco roja y negra ya había fondeado y parecía estar vacía. Una segunda lancha se encontraba en el arrecife con la rampa bajada y se deshacía de su cargamento humano.

El resplandor deslumbrante no duró más de sesenta segundos, tiempo suficiente para que las ametralladoras más cercanas acribillaran la segunda embarcación y dejaran media docena de cadáveres enemigos en cubierta. Los fusileros japoneses de la lancha pronto destruyeron el reflector y tiñeron la playa de negro una vez más. No obstante, en el transcurso de ese minuto, los defensores pudieron hacerse una primera idea de la localización y composición del contingente invasor enemigo.

Platt obtuvo unos resultados un tanto más productivos —aunque igualmente breves— cuando activó su segundo reflector, ubicado en el extremo de Kuku Point. La luz reveló tres balsas neumáticas atestadas que intentaban llegar hasta la laguna. El soldado de primera clase Erwin Pistole, capitán de la ametralladora número 12, la más cercana, abrió fuego de inmediato. El otrora constructor de puentes de Texas estaba ansioso por encontrar un blanco factible desde el 11 de diciembre, cuando había visto a la Batería L hundir el destructor *Hayate* desde un lugar tan cercano a los cañones de 120 mm que la sacudida hizo salir volando su casco. Aquel día nada había estado al alcance de la ametralladora de Pistole, pero ahora tenía la posibilidad de recuperar el tiempo perdido. Él y el soldado Joe Reeves, un joven de dieciocho años oriundo de Oklahoma, estaban bien despiertos y preparados. Cuando vieron sus balas trazadoras silbar en dirección a las balsas supieron que estaban dando en el blanco.

Esta segunda luz también falló al cabo de unos segundos, no por el fuego enemigo, sino por un generador defectuoso que había causado problemas durante semanas. Informes posteriores demostraron que las tres balsas fueron hundidas y que ningún pasajero llegó a la orilla.

No obstante, en ese momento la posición de McKinstry ya era insostenible. No tenía sentido seguir intentando dirigir el fuego de los cañones de 75 mm hacia la lancha de desembarco, y para entonces las tropas japonesas se agolpaban en torno a los nidos de ametralladora, lo cual hacía patente que eran el objetivo inicial del avance enemigo desde la playa. El único fuego defensivo eficaz era el de las ametralladoras 9 y 10, y no bastaba para poner freno a los japoneses. Los trabajadores civiles de McKinstry disponían de granadas, pero no de rifles o pistolas, y los invasores se encontraban lo bastante cerca como para empezar a lanzar granadas. La transformación de los nidos de ametralladora en trampas mortales era sólo cuestión de segundos.

«¡Repliéguese!», gritó McKinstry. «¡Repliéguese hacia el bosque! ¡Ya!». Cuando los civiles salieron a trompicones de los nidos y echaron a correr, McKinstry quitó el percutor a las ametralladoras para que el enemigo no pudiera utilizarlas. Algunos civiles trataron de ayudar, pero les indicó con gestos que siguieran adelante.

«¡Moveos! ¡Aquí está todo hecho! ¡Moveos!».

Cuando el último miembro de la dotación hubo desaparecido, McKinstry se detuvo junto al emplazamiento del cañón el tiempo suficiente para quitar la anilla a dos o tres granadas y arrojarlas a los montones de munición de 75 mm que dejó atrás. Entonces corrió como alma que lleva el diablo. En cuanto se apagó el estruendo de las granadas, McKinstry oyó a los perseguidores enemigos detrás de él. Entonces, en aquella oscuridad impenetrable, se obró un milagro que le salvó la vida: un pelotón de marines dirigido por el sargento Edwin «Peepsight» Hassig, que durante mucho tiempo había pertenecido al equipo de fusileros de los marines y era reconocido como el mejor tirador de la guarnición.

Hassig y sus fusileros descerrajaron una descarga abrasadora que repelió la persecución de los japoneses. Estos refuerzos, llegados justo a tiempo, proporcionaron a McKinstry quince fusileros, un número suficiente para establecer una línea defensiva cerca del nuevo canal y esperar a qué hubiera luz suficiente para localizar algunos objetivos.

En ese mismo momento, todo contacto entre Wake y los 67 marines del mando de Platt se vio interrumpido abruptamente. Los japoneses habían descubierto con facilidad las principales líneas telefónicas de Wake —tendidas a simple vista sobre el terreno— al cruzar la carretera coralina que bordeaba el nuevo canal cerca de su *cabeza* de playa. Cuando estas líneas fueron cortadas, Platt no sólo perdió la comunicación con el puesto de mando de Devereux y el resto de Wake, sino también con la mayoría de sus posiciones en Wilkes.



Uno de los escasos puestos localizables desde el refugio de Platt era la ametralladora número 9, a corta distancia en dirección oeste, donde su capitán Sanford K. Ray, el fornido soldado de Arkansas, notificó una situación tan endeble como cabía imaginar. La número 9 era la ametralladora más cercana a la cabeza de playa, y Ray sabía que estaba prácticamente rodeada por las tropas enemigas. Apenas veía nada, pero podía distinguir los gritos que se proferían los japoneses a menos de cuarenta metros de distancia.

«Los japoneses están por todas partes, señor», exclamó Ray cuando Platt lo localizó.

«¿Puede mantener la ametralladora en acción?», interrogó Platt.

«Podemos intentarlo, señor». Ray sacó cuatro granadas de una caja que tenía junto a él y las lanzó en la dirección de la que procedían las voces en cuanto pudo arrancarles la anilla.

Antes de que se atenuara el sonido de las granadas, Platt oyó el frenético tableteo de una ametralladora, puntuado por disparos de rifle y gritos. En el silencio sostenido que se impuso, Platt se temió lo peor. Entonces oyó la voz de Ray a través del aparato.

«Seguimos aquí, señor», dijo en voz baja.

Hanna, Holewinski y el fuego eterno

Minutos después de que se dispararan las primeras balas en Wilkes, el asalto anfibio del enemigo se abrió paso hacia dos puntos situados en la playa meridional de Wake, donde se hallaban apostados muy pocos defensores para resistir los desembarcos.

Dos lanchas del mismo tipo que se emplearon para conducir a las tropas hasta Wilkes llegaron al litoral, cerca de los restos del Campamento Dos, sin ser detectadas. La única oposición seria a la que hicieron frente fue la pequeña fuerza móvil del teniente Poindexter —veinte marines de la reserva y catorce civiles— y cuatro ametralladoras del calibre 50 situadas cerca del depósito de agua y manejadas por marineros de la Armada.

El primer mal pálpito de Poindexter en la zona llegó al oír a los marineros abrir fuego. Al pronto creyó que los artilleros de la Armada, unos soldados con escasa experiencia, debían de estar disparando a las sombras, pero cuando se montó en su camioneta y se dirigió a toda velocidad hacia el nido de ametralladora más cercano vio dos lanchas de desembarco enemigas cabeceando en el mar. También advirtió que las balas trazadoras rebotaban sin causar daño alguno en los laterales de acero de la embarcación y enseguida se decantó por un ataque con granadas.

Art Poindexter, nacido en Kansas, resumaba una confianza que inspiraba a los demás, y cuando eligió a tres hombres como acompañantes —el contramaestre de la Armada James Barnes, el sargento de comedor Gerald Carr, y el civil Raymond R. «Cap» Rutledge—, lo siguieron con entusiasmo. Rutledge, un excombatiente de la primera guerra mundial con el pelo canoso, había trabajado en la oficina de los empleados civiles antes del 8 de diciembre, pero había presenciado más acciones en el campo de batalla que el resto del grupo junto. En 1918 había participado en lo más reñido de los combates en terreno francés y se había ganado un ascenso, así que cuando Poindexter decidió dividir a sus granaderos en dos grupos de sendos hombres, Rutledge fue su elección lógica para liderar el segundo.

«Capitán, llévese a Carr y vayan a por la primera lancha», indicó Poindexter mientras cada uno de ellos cogía media docena de granadas de una caja. «Barnes y yo nos ocuparemos de la otra».

La primera vez que cargaron contra las lanchas no llegaron lo bastante cerca, y sus ocho granadas explotaron en la playa sin ocasionar daños. Mientras las balas del calibre 30 disparadas por cuatro ametralladoras cercanas repiqueteaban sobre los laterales de acero de las embarcaciones, los defensores se echaron atrás para reagruparse.

«Intentémoslo de nuevo y acerquémonos más esta vez», dijo Poindexter resollando.

A los estadounidenses les quedaban cuatro granadas por cabeza, una en cada mano y dos en el bolsillo. En su segunda intentona, Poindexter los guió hasta el agua, que les llegaba a la altura del muslo, donde no podían fallar de ninguna manera.

En ese momento, el reflector del Campamento Uno apuntó en dirección a ellos e iluminó fugazmente el interior de las lanchas. Ambas estaban vacías. Los japoneses que habían llegado en ellas hasta la costa habían abandonado la playa. Ahora, aproximadamente un centenar de invasores acechaban en la oscuridad por detrás de Poindexter y sus hombres.

No obstante, el problema de Poindexter era relativamente nimio en comparación con el que se cernía en ese mismo momento sobre Wake, situada unos 1000 metros al este. El epicentro de la invasión japonesa se encontraba a medio camino entre Peacock Point y el Campamento Uno, donde alrededor de un 80 por 100 de la primera oleada de tropas estaba a punto de descender inesperadamente de los *Patrulleros n.º 32 y n.º 33*, dos destructores convertidos en barcos de transporte.

La estrategia japonesa en este caso era extremadamente simple. Los destructores/buques de transporte pondrían rumbo directo a la costa a unos doce nudos, una velocidad suficiente para que los cascos superaran el recortado arrecife de coral y arribaran a la playa aplicando la fuerza bruta. Con la salvedad de múltiples impactos directos de las baterías de 120 mm antes de que los barcos llegaran a tierra—lo cual era prácticamente imposible en medio de aquella oscuridad abismal—, no había manera de que los marines de Wake pudieran frenar un desembarco de esta índole.

La desventaja para los invasores era que las embarcaciones quedarían inmovilizadas en el arrecife mientras durara la batalla, y sus cascos padecerían daños significativos a causa del impacto. Aunque existía la posibilidad de recuperar los barcos más tarde, ya se había advertido a la tripulación que se considerara prescindible. Los japoneses estaban preparados para sacrificar a dichas tripulaciones con tal de arrojar a ochocientos de sus mejores combatientes a la batalla por Wake.

El lugar elegido para este desembarco masivo se encontraba a tiro de piedra del aeródromo, y aunque estaba cerca del epicentro de la zona que el comandante Devereux consideraba más proclive a una invasión, las defensas eran insustanciales. Cinco ametralladoras del calibre 50, al mando del alférez Robert M. Hanna, estaban repartidas en amplios intervalos a lo largo del perímetro sur del aeródromo, y los veintidós miembros supervivientes del VMF-211, junto con un puñado de voluntarios civiles y algunos marineros, habían establecido una delgada línea defensiva en esa misma área. Pero eso era todo.

Devereux también había confiado a Hanna, un joven texano de veintisiete años desgarbado y de voz suave, la responsabilidad añadida de defender un tramo de unos dos kilómetros en la playa sur de Wake. Para cubrir esta vasta extensión, Hanna

contaba con sólo diez marines, media docena de civiles y cuatro ametralladoras del calibre 30. Devereux había ordenado que las ametralladoras se agruparan justo al oeste de Peacock, en lugar de esparcirse por todo el tramo.



Era un movimiento defensivo lógico, pero dejaba el principal foco de desembarco enemigo fuera del alcance de los estadounidenses.

La única otra arma a la disposición de Hanna era un solitario cañón de 75 mm similar al que el artillero McKinstry había tratado de utilizar sin éxito en Wilkes contra la lancha de desembarco. Una de las grandes diferencias era que la mira del cañón de Hanna estaba totalmente destrozada; la única manera de apuntar era alinear un objetivo visualmente y disparar. Otra diferencia, ésta más fortuita, era que el arma de Hanna estaba mucho mejor situada, lo cual le permitía apuntar directamente a la playa, el arrecife y el mar que los rodeaba.

Originalmente, el cañón de 75 mm había pertenecido a la Batería E del teniente Lewis, pero sin telémetro resultaba inútil para la defensa antiaérea, de modo que Lewis lo dejó atrás cuando se trasladó la batería. Ahora estaba posicionado entre la carretera principal y la pista de despegue, justo al este de los puntos de desembarco elegidos por los dos barcos de transporte, un lugar casi ideal para un cañón antiembarcaciones. Pero, además de la mira rota, el cañón sufría una problemática más grave: no había personal que lo manejara.

Si los japoneses establecían una cabeza de playa segura en la zona, podrían tomar la pista del aeródromo, controlar la sección central del extremo sur de Wake, y avanzar hacia el este y el oeste desde allí. Todos los defensores desplegados al oeste se verían embotellados entre el principal contingente japonés y las tropas que hubiesen desembarcado cerca del Campamento Uno y, a excepción de las exiguas fuerzas de Hanna y el VMF-211, las posiciones fortificadas más cercanas en dirección este siguiendo la línea de la costa se encontraban alrededor de la Batería A, en el extremo de Peacock Point.

Mientras los barcos enemigos surcaban las aguas, lo único que se interponía entre los invasores y su objetivo era un batiburrillo de defensores militares y civiles organizados con premura. En total, a lo largo de los más de seis kilómetros de playa que mediaban entre el canal de Wilkes y Peacock no había más de ochenta estadounidenses —algunos de ellos sin rifles ni pistolas— lo bastante cerca para oponer resistencia al contingente principal del desembarco japonés.



El teniente Hanna estaba con su sección de ametralladora del calibre 30 cuando, en plena oscuridad, divisó al *Patrullero n.º 32* navegando hacia el oeste a varios centenares de metros de la costa. Hanna probablemente fue el primer estadounidense

en ver el destructor/buque de transporte, y cuando presintió lo que estaba a punto de acontecer, llamó inmediatamente a Devereux.

«Un buque de gran envergadura se dirige hacia la playa justo por debajo del aeródromo, y parece que los japoneses planean atracar», anunció a Devereux. «Me gustaría llevarme a unos cuantos hombres y ver si podemos poner en marcha ese cañón de 75 mm».

«¿Tiene personal?», preguntó Devereux.

«Creo que puedo encontrar un artillero», respondió Hanna. «El resto tendrán que ser civiles».

«Adelante, y haga lo que pueda», autorizó Devereux.

Cuando Hanna colgó el teléfono y echó a correr por la playa, dos civiles lo acompañaron. Bob Bryan y Paul Gay habían oído la conversación del teniente con Devereux, y ambos estaban ansiosos por ofrecerse voluntarios como artilleros.

Al cabo de un par de minutos, el trío llegó hasta un nido de ametralladora en el que Ralph Holewinski, un musculoso cabo veinteañero de pelo oscuro y originario del Michigan rural, trataba de disparar al barco enemigo.

«Esta ametralladora no funciona bien, teniente», dijo Holewinski a Hanna. «Sólo dispara una bala cada vez y no hay herramientas para arreglarla».

«Déjelo y acompáñenos», indicó Hanna. «Nos dirigimos al cañón de 75 mm para ver qué podemos hacer allí y estoy buscando otro voluntario».

Holewinski no había conocido a Hanna personalmente hasta el 10 de diciembre, pero el joven oficial le había gustado desde el primer momento. Hanna era una persona amigable y de trato fácil —nunca abusaba de su autoridad como algunos mandos— y el cabo no había mostrado impedimento alguno en charlar con el teniente de cualquier cosa, desde la familia a sus postres favoritos. Cuando Hanna se jactó de que su esposa preparaba «la mejor tarta de nata y plátano del mundo», Holewinski contraatacó con encomiosas descripciones de los «milhojas de crema» que cocinaba su madre, «que se deshacían en la boca».

Además, Hanna parecía saber lo que se traía entre manos, así que Holewinski no tuvo reparos en seguirlo. El cabo se puso en pie y corrió junto a Hanna y los dos civiles hacia el cañón. Al haberse criado con once hermanos y hermanas, a Holewinski no le gustaban los períodos largos de soledad. Se alegraba de estar con alguien, en lugar de permanecer allí sentado, solo, con responsabilidad absoluta sobre unos tres kilómetros de playa.

Hanna había acumulado más de nueve años en el Ejército después de su alistamiento como soldado en 1932, y había servido por primera vez con el 77.º Regimiento de Artillería. Pero apenas sabía nada sobre el cañón antiaéreo M3 que estaba a punto de utilizar. Nunca antes había estado sobre la plataforma de un cañón de 75 mm, y mucho menos disparado uno, pero su contacto con la artillería era suficiente para que tuviese una vaga idea de cómo hacerlo.

Hanna y sus tres compinches llegaron al cañón justo cuando el *Patrullero n.º 32*

viraba hacia el norte y emprendía su trayectoria hacia ellos. En ese momento, casi como si estuviese haciendo un favor al reducido grupo de estadounidenses, un marinero japonés colgó un farol sobre el casco del barco. Destinada a iluminar la senda de las tropas enemigas, la luz también concedía a Hanna y a sus hombres otra ventaja. Ahora tenían algo visible a lo que apuntar.

Jadeando a causa de la carrera por la playa, Holewinski cogió un artefacto de una pila de proyectiles de 75 mm que se alzaba junto al cañón y se lo pasó a Hanna. El teniente graduó la espoleta a dos segundos y lo introdujo en la recámara. Entonces, miró directamente por el cañón para alinear el objetivo. Entretanto, Bryan y Gay pugnaban por el privilegio de tirar del fiador en el primer disparo.

«¡Quiero hacerlo! ¡Quiero disparar!». Ambos gritaban en sincronía y se daban empujones.

«Vamos, chicos, ya basta», dijo Holewinski con brusquedad. «Hacedlo por turnos».

Para zanjar la cuestión, Hanna tendió el fiador a Gay. «Adelante», dijo calmadamente. «Dispara».



El proyectil de Gay rebasó ligeramente el objetivo, pero Hanna cogió otro rápidamente. En esta ocasión, disparó él mismo y logró un impacto directo.

Holewinski vio claramente cómo el segundo proyectil aterrizaba sobre el barco y lo incendiaba. Después, bajo la luz de las llamas, los artilleros no tuvieron problemas para ver dónde apuntaban. Hanna calculó que el barco se encontraba a menos de cuatrocientos metros de distancia cuando abrieron fuego por primera vez. Cuando encalló, sólo mediaban entre el barco y el cañón unos ciento cincuenta metros, y a Hanna le resultó más sencillo alcanzarlo de lo que esperaba.

Con Holewinski sirviendo como primer cargador y los civiles como auxiliares, Hanna castigó al barco con tres proyectiles más antes de que se detuviera sobre el arrecife. Entonces volvió a apuntar, graduó la espoleta a un segundo, y abrió fuego una vez más.

A medida que Hanna y su dotación en ciernes fueron familiarizándose con el cañón, su ritmo fue incrementándose paulatinamente. También ayudó que un tercer civil, Eric Lehtola, se uniera al grupo. Todavía no habían llegado a la cifra de siete o nueve hombres que por lo común se asignaban a un cañón de 75 mm, pero un arma difícilmente podría causar más daños en cualquier circunstancia.

Durante la media hora siguiente, Hanna, Holewinski y compañía sometieron al *Patrullero n.º 32* a una andanada imparable. Según el recuento de Hanna, lo alcanzaron en un total de veintiuna ocasiones, pero al decimotercero o decimocuarto proyectil cosecharon los resultados más espectaculares, pues alcanzaron el polvorín y desataron un incendio en la embarcación.

El barco parecía una enorme fogata, escupiendo munición hacia el cielo en brillantes destellos rojos, naranjas, amarillos y blancos. Para Hanna, la escena se asemejaba a un espectáculo de fuegos artificiales del 4 de julio. Cuando se fueron apagando las explosiones, un violento incendio engulló lo que quedaba de la nave, y se encendió un reflector en el Campamento Uno, que bañó una amplia área de la playa y el mar de una vivida luz.

Gracias a aquella iluminación, Hanna y sus hombres localizaron por primera vez al segundo barco, el *Patrullero n.º 33*. Había llegado a la playa en un punto situado al oeste del *n.º 32*, y también fue blanco del fuego de ametralladora cuando intentó descargar a su grupo de soldados. Por el momento, Hanna se decantó por seguir machacando los restos en llamas del barco más cercano, pero al final apuntó el cañón hacia el *n.º 33*. Disparó seis proyectiles a la segunda embarcación, que también fue pasto de las llamas. Pero uno de los cañones de 120 mm también empezó a dispararle simultáneamente, y Hanna no estaba seguro de cuál fue el que le causó daños importantes.

Las cuatro ametralladoras del calibre 50 que lideraba Hanna se unieron a la andanada contra ambos barcos desde sus posiciones al este y el oeste. Docenas de hombres de la Compañía Uchida fueron despedazados mientras intentaban escapar del *n.º 32* utilizando escalerillas de cuerda o arrojándose a ciegas al mar, y las aguas estaban sembradas de cadáveres e invasores heridos.

El barco más próximo se convirtió en un auténtico matadero. Uno de los proyectiles de Hanna cayó sobre el puente y proyectó metralla y cuerpos mutilados de los marineros en todas direcciones. Tanto el capitán como el oficial de navegación resultaron heridos de muerte por el fuego de ametralladora.

«El enemigo nos lanzó una terrible tormenta de fuego», escribía Kiyoshi Ibushi, un corresponsal de guerra japonés que viajaba a bordo de la malhadada embarcación^[26]. Ibushi obviamente ignoraba que el grueso de esta devastación fue obra de un solo cañón estropeado, pero para los japoneses que fueron sus víctimas, la «tormenta de fuego» de Hanna parecía el fin del mundo.

«¡Tierra a la vista!».

Este repentino aviso del capitán del barco rompió un ominoso silencio a bordo del *Patrullero n.º 32* mientras se dirigía hacia la playa. Éstas fueron prácticamente las últimas palabras que pronunció. Momentos después, era herido mortalmente por un disparo del cañón de Hanna. Con su último aliento, el capitán ordenó a la tripulación que abandonara la nave, una orden que ninguno de ellos quería obedecer.

Un miembro no identificado de la Compañía Uchida describió la rápida secuencia de acontecimientos que siguió al impacto del barco contra el arrecife: «Cuando nos disponíamos a ponernos de pie, el enemigo abrió fuego al unísono. Desde la oscuridad que se abría frente a nosotros llegaron los proyectiles y parecía que hubiesen dado rienda suelta a mil demonios. Uno de los proyectiles explotó en el puente. Varios hombres cayeron allí mismo... Proyectiles de artillería, balas de

ametralladora, balas de rifle. El fuego de resistencia del enemigo cobró una alocada intensidad^[27]».

El alférez Shigeyoshi Ozeki, único descendiente de una destacada familia japonesa, había recibido su título de medicina unos meses antes de que estallara la guerra. Al ser llamado a filas, se había unido a la Armada Imperial, pues creía que sus médicos poseían mejor formación y eran más «honorables» que sus homólogos del Ejército. Ahora, como único oficial médico entre los seiscientos soldados de la Compañía Uchida, se vio atrapado en medio de aquel baño de sangre y no era más que otro invasor enemigo para los estadounidenses que le disparaban.

Aunque el doctor Ozeki lucía el símbolo de Cruz Roja Internacional en su ropa, poco más lo distinguía del resto del contingente, sobre todo envuelto en aquella luz incierta y en la confusión del desembarco. Como otros oficiales japoneses, iba armado con una pistola y una espada, y ataviado con el mismo casco de acero y uniforme naval que el resto de la fuerza invasora.

«Por suerte o por desgracia, tuve el honor de participar en las operaciones de desembarco de la isla de Wake como el único cirujano del Cuerpo Uchida», recordaba Ozeki. «Desembarcamos el 23 de diciembre hacia las tres de la mañana y nos encontramos cara a cara con un fortín estadounidense construido de manera apresurada en una duna de arena junto al mar».

No era un «fortín», desde luego, aunque a Ozeki sin duda debió de parecérselo. De hecho, no se trataba siquiera de una posición fortificada como tal. No hubo tiempo para colocar sacos de arena u otras barreras alrededor del cañón de 75 mm, y al margen de la escasa protección que ofrecían la plataforma y los estabilizadores, no se disponía de cobertura en aquella posición. Excepto por el amparo que brindaba el propio cañón, Hanna y los demás se encontraban a la intemperie. Pero los invasores estaban tan confundidos y desorganizados que ninguno trató de responder al fuego del cañón con armas ligeras hasta mucho después.

Cuando Ozeki saltó por la borda siguiendo de cerca al capitán Kinichi Uchida, su popular oficial al mando, el barco ya era pasto de las llamas, y el fuego de ametralladora y las explosiones provocadas por el cañón de Hanna estaban pasando una elevada factura.

«Mientras me descolgaba por la cuerda, pude ver a varios hombres recibiendo disparos a mi alrededor», relataba Ozeki. «Había tantos soldados muertos y heridos que nos fue difícil recogerlos a todos después de la batalla».

Muchos soldados japoneses se zambulleron en unas aguas que les llegaban a la altura del cuello, sosteniendo desesperadamente sus rifles por encima de la cabeza para impedir que se mojaran mientras los machacaban las ametralladoras. Incluso aquellos que consiguieron llegar a tierra firme sólo encontraron algunas rocas y afloramientos coralinos a modo de protección, y la matanza continuó.

A Ozeki lo separaban sólo unos metros del capitán Uchida cuando una bala se alojó entre los ojos del comandante mientras dirigía a sus tropas hacia el cañón de Hanna.

«Sólo quedan veinte metros», gritó Uchida un segundo antes de ser alcanzado. Su muerte dejó atónitas a sus tropas e interrumpió el avance durante varios minutos.

«Recibió un disparo en la glabella, por debajo del casco de acero», explicaba Ozeki. «Brotaba muy poca sangre de la herida, pero supongo que murió en el acto. Yo estaba a su lado, pero no lo vi caer. Era un gran oficial, admirado tanto por su personalidad como por sus operaciones de combate. Lo respetaba hasta tal punto que habría estado dispuesto a morir en acción bajo sus órdenes».

Según cálculos fidedignos, la mitad de los hombres del Cuerpo Uchida perdieron la vida aquella mañana junto a su comandante. Varios centenares de metros más al oeste, el Cuerpo Itaya también sufrió cuantiosas bajas a bordo del *Patrullero n.º 33*, que fue alcanzado repetidamente por el cañón de Hanna y las baterías de 75 y 120 mm situadas en Peacock Point.

«Nuestro barco se hundió debido al ataque estadounidense», reconocía el contramaestre Hisao Tsuji, uno de los hombres que trató de huir desesperadamente del n.º 33. «Tuve que lanzarme al mar. Me arrastré unos cincuenta metros y llegué a la orilla, pero estaba tan empapado que no pude seguir adelante. Tuve que echarme al suelo».

Después de la batalla, varios oficiales japoneses dijeron a Hanna que al día siguiente se contabilizaron más de trescientos cincuenta muertos en el tramo de playa en el que habían atracado los dos barcos de transporte. En palabras de Hanna, «sus cuerpos estaban amontonados como si fueran atados de leña».

En el momento en que el casco de los barcos enemigos rechinaba contra el arrecife, el comandante Putnam y los demás miembros del VMF-211 estaban alineados en el extremo sur de la pista defendiendo el aeródromo. Pero hacia las tres de la mañana, después de que los marines de aviación oyeran al cañón de 75 mm abrir fuego en la playa, Putnam recibió una llamada de Devereux que lo exhortaba a trasladar a sus hombres al sur para formar una pantalla alrededor de la posición de Hanna.

Putnam actuó con presteza, pero se negó a dejar la pista de despegue totalmente indefensa, así que encomendó una de las misiones más duras del día al tímido teniente Kliwer. Con el sargento del Estado Mayor John Blandy, el sargento Robert Bourquin y el cabo Carroll Trego, Kliwer debía ocupar un par de refugios emplazados en el límite occidental de la pista. En uno de los refugios se instaló un generador conectado a una red de potentes cargas de dinamita que debían destruir el aeródromo en caso de que el enemigo lo invadiera.

«Si los japoneses se abren camino y llegan al aeródromo, vuestras órdenes son hacerlo estallar e intentar salir de allí y reuniros con nosotros», indicó Putnam a

Kliewer.

Después de que el cuarteto se acomodara para pasar su sombría vigilia, Robert Bourquin dedicó algún tiempo a garabatear unas rápidas notas en el diario que había empezado el 8 de diciembre: «El teniente Kliewer y yo estamos en posición sobre el refugio, con granadas y las dos metralletas. El sargento del Estado Mayor Blandy y el cabo Trego se encuentran junto al generador y deben proveernos al teniente y a mí de munición».



Cuando Putnam y sus hombres se dirigían hacia el sur siguiendo el sonido del cañón de Hanna, se acercaron al comandante catorce civiles, todos ellos reemplazos de los mecánicos muertos y heridos del VMF-211 desde el primer día de la guerra. El grupo iba encabezado por John «Pete» Sorenson, un alto y musculoso trabajador del acero de poco más de cincuenta años que había ayudado a construir presas en el Oeste para Morrison-Knudsen antes de viajar a Wake. Sorenson había sido uno de los jefes de obra de Dan Teters cuando estalló la guerra, y había conducido a un grupo de voluntarios civiles hasta el aeródromo para ofrecer su ayuda al VMF-211 inmediatamente después de la primera ofensiva. Desde entonces, habían trabajado día y noche con la unidad de aviación, reparando motores, custodiando el aeródromo, cargando munición y haciendo cuanto fuera necesario. Sorenson era uno de los hombres más alegres y bondadosos que Putnam había conocido, pero también era duro como el acero.

«Vamos con usted, comandante», dijo con rotundidad.

«No lo puedo permitir, Pete», repuso Putnam. «Si lo capturan en combate, no tendrá una sola oportunidad. Ahora márchese con los otros civiles».

Sorenson había pedido en repetidas ocasiones armas para él y los demás, pero Putnam no disponía de ninguna. Ahora sonreía y meneaba la cabeza. «Lo lamento, comandante», dijo, mirando a Putnam desde arriba, «pero no es usted lo bastante grande para obligarnos a marchar».

Cuando los marines echaron a andar, Sorenson y los demás civiles cogieron toda la munición que podían transportar y los siguieron en silencio, abriéndose paso por la maleza. La mayoría de los marines de aviación iban aprestados con metralletas Thompson, rifles automáticos Browning o Springfield y pistolas, aunque la única arma de Putnam era una automática del calibre 45.

Los civiles, por su parte, iban totalmente desarmados, pero si a Sorenson le preocupaba no tener nada para pelear además de sus puños, jamás lo demostró.



Pese a las grandes bajas infligidas por el cañón de 75 mm y las cuatro ametralladoras cercanas, los invasores seguían llegando. Había demasiados, y para

Hanna y su pequeña dotación cada vez resultaba más patente que era del todo imposible frenarlos a todos.

Lentamente y palmo a palmo, los supervivientes continuaban su avance, aprovechando la más leve protección del terreno, y luego levantándose y recorriendo unos pasos antes de echarse de nuevo al suelo. La propia intensidad del fuego de los defensores obligó a los japoneses a correr el riesgo de un avance como su único medio de llegar a terreno más seguro. Sabían que no habría retorno. También se dieron cuenta de que el peligro de una muerte repentina nunca sería mayor de lo que ya lo fue en la playa.

Hanna, Holewinski y los tres civiles se encontraban en una posición nada envidiable para repeler a las hordas de tropas enemigas que embestían con las bayonetas caladas. Holewinski empuñaba el único rifle del grupo, y Hanna tenía una automática del calibre 45, pero sólo dos cargadores de siete balas. Paul Gay también tenía una pistola, y alguien pensó en dejar dos cajas de granadas de mano junto al cañón, pero ésa era la envergadura de su «arsenal». Bryan y Lehtola no disponían de armas, si bien ambos eran bastante hábiles en el lanzamiento de granadas.

Consciente de la precariedad de la posición de Hanna, Devereux, desde su puesto de mando, hizo cuanto pudo para evitar que los japoneses que avanzaban desde la playa amenazaran el cañón antiembarcaciones. Mientras sacaba a los hombres de Putnam del aeródromo, Devereux ordenó al capitán Godbold que enviara una dotación de artillería de su Batería D, destacada en Peale, donde no se estaba desarrollando acción alguna, a fin de relevar al grupo improvisado de Hanna. Devereux también indicó al teniente Lewis de la Batería E, en Peacock Point, que disparara alto sobre la zona que rodeaba a los dos barcos enemigos en llamas.

Por desgracia, ninguna de estas medidas resultó muy eficaz. La dotación de reemplazo llegada desde Peale se vio atrapada bajo un intenso fuego antes de que pudiera alcanzar las proximidades del punto de desembarco, y para entonces el cañón de 75 mm ya no estaba operativo. Después de algunos ajustes, la batería de Lewis hizo estallar varios proyectiles a unos quince metros de altura, lo cual detuvo momentáneamente el avance enemigo. Pero, por motivos que todavía no se han dilucidado, Devereux ordenó el alto el fuego a la batería al cabo de unos minutos, y los japoneses se movieron con rapidez para aprovechar la tregua.

En una nota más positiva, Putnam y unos treinta marines y civiles del VMF-211 llegaron justo a tiempo para salvar a la dotación de Hanna de la aniquilación. Pero, al hacerlo, estuvieron al borde de caer en una emboscada enemiga.

Desde la posición estratégica elevada de la plataforma en la que se encontraba Hanna oyó voces en japonés entre la maleza, justo al oeste. También vio a tres fusileros enemigos avanzando hacia el norte y luego agazapándose detrás de una roca y apuntando con sus armas hacia el camino que seguía la unidad de Putnam.

Hanna desenfundó tranquilamente su pistola y acabó con la vida del japonés más cercano de un solo disparo. Abrió fuego dos veces más y también vio desaparecer a

los otros dos, pero no estaba seguro de si los había alcanzado o si simplemente se habían puesto a cubierto.

Transcurrido menos de un minuto, los hombres del VMF-211 hicieron aparición con Putnam en cabeza. Hanna no se molestó en contarles lo que acababa de suceder. No había tiempo para hablar, y los hombres de Putnam formaron a toda prisa una frágil línea defensiva semicircular mirando al oeste, protegida a la izquierda por el cañón de 75 mm y extendiéndose a la derecha hasta un punto cercano al aeródromo.

En ese momento, los invasores estaban cercando la posición de Hanna, y él y su dotación finalmente se vieron obligados a abandonar el cañón y buscar refugio.

Mientras las balas de rifle rebotaban en el cañón, Hanna tiró del fiador por última vez. «Opondremos resistencia aquí», dijo. «Es tan buen lugar como otro cualquiera. Vamos».

Señaló a Holewinski y los tres civiles, Bryan, Gay y Lehtola, el espacio vacío que se abría bajo la plataforma, donde gozarían de cierto grado de protección: la propia plataforma de metal por arriba, y los estabilizadores de acero del cañón por los laterales.



«Nos atrincheraremos aquí, alrededor del cañón», dijo Hanna, saltando al hueco después que los demás.

Su decisión llegó en el momento adecuado. En cuanto su cañón dejó de disparar y las explosiones de la batería de Lewis se apagaron abruptamente, Hanna vio a diversos infiltrados japoneses avanzando hacia ellos desde todas partes. Rodearon el cañón por ambos flancos y también llegaron hasta el aeródromo, sitiando al reducido grupo de defensores.

Casi de inmediato se inició un tiroteo entre los hombres de Putnam y un creciente número de enemigos repartidos entre la maleza. Los japoneses estaban ganando terreno, habían recuperado parte de la confianza que habían perdido en la playa y se enfrentaban a los marines de aviación por toda la línea defensiva. Ahora que el cañón de 75 mm ya no disparaba, no mostraron interés alguno por arremeter contra él o contra los hombres que se ocultaban debajo, al menos por el momento.

Aunque las tropas del contingente especial de desembarco estaban bien aprestadas con rifles Arisaka para incursiones relámpago, ametralladoras ligeras e incluso algunos lanzagranadas de 50 mm, preferían de largo utilizar sus bayonetas en el combate cuerpo a cuerpo. Muchos de los infantes de marina japoneses que desembarcaron en Wake eran excombatientes de la campaña china, y todos contaban con amplia formación en tácticas con bayoneta. En teoría, esto debía convertirlos en soldados mejor preparados para el combate cuerpo a cuerpo que sus homólogos estadounidenses. La formación de Estados Unidos ponía énfasis en el poder del cañón por encima de la intimidación de la bayoneta.

En esta primera batalla campal entre japoneses y estadounidenses, la fe ciega del enemigo en la bayoneta, sumada a la creencia de que era por naturaleza más fuerte que cualquier occidental merced a una mayor «pureza de espíritu», les costó un buen número de bajas. Sólo una abrumadora superioridad numérica impidió que los japoneses sufrieran una derrota aplastante en el enfrentamiento total en Wake, pero esa ventaja numérica nunca fue tan manifiesta como en la tenue línea defendida por el VMF-211 y los hombres de Hanna.



Una y otra vez, en la oscuridad que precedía al amanecer, el enemigo empleó la misma táctica que le había sido inculcada: un pequeño destacamento, o incluso un único soldado, se acercaba a hurtadillas hasta la línea estadounidense y entonces saltaba emitiendo unos gritos estremecedores y arremetía a ciegas contra el fuego concentrado de las armas automáticas de los marines.

En ocasiones, los japoneses disparaban bengalas para localizar a los marines ocultos en el follaje, pero la táctica fracasó estrepitosamente. Las bengalas iluminaban a los invasores mucho antes de que se aproximaran lo suficiente para causar daños con sus bayonetas, y los defensores se limitaban a acribillarlos.

Cuando todo lo demás fallaba, algunos soldados del contingente invasor recurrían al puro salvajismo. Después de hacer salir a varios civiles desarmados de la maleza y capturarlos, los japoneses les quitaban los pantalones y les clavaban las bayonetas en los testículos. Esperaban que los gritos de las víctimas atrajeran a otros estadounidenses, que acudirían presurosos en su ayuda, pero los marines maldecían para sus adentros y permanecían donde estaban.

Alrededor de las cuatro y media de la madrugada, aprovechando la oscuridad, empezaron a llegar más invasores al oeste de Peacock Point en balsas neumáticas y lanchas de desembarco. Junto con los supervivientes de los dos buques de transporte que se infiltraban continuamente al este, suponían una creciente amenaza para la red de búnkeres que albergaban los puestos de mando de Devereux y Cunningham y los hospitales.

En ese momento, los japoneses habían descubierto todas las líneas telefónicas que recorrían el aeropuerto y las habían cortado, lo cual dejó a Devereux incomunicado de la mayoría de sus unidades en Wake y Wilkes. Su única respuesta disponible a la amenaza era enviar un reducido contingente liderado por el comandante Potter para formar, como último recurso, una línea defensiva entre los japoneses y los refugios. Esta línea se encontraba tan sólo a cien metros del puesto de mando de Devereux. Si el enemigo penetraba en ella, toda la estructura de mando de la guarnición quedaría expuesta a un ataque directo.

Entretanto, cerca del extremo oriental del aeródromo, el cabo Winford McAnally lideraba una sección de ametralladoras del calibre 50 que contaba con media docena

de marines y tres o cuatro civiles. «Mack» McAnally era un delgaducho soldado de Oklahoma con fama entre sus compañeros de ser «bueno con los puños» y de mostrar un temperamento acorde. Pero también era considerado una persona brillante con una destreza especial para analizar situaciones complejas y plantear soluciones rápidas. Ahora mismo sabía que sus hombres estaban en una localización clave para frustrar el avance japonés, ya que su posición presidía la carretera principal, que discurría desde Peacock hacia los búnkeres que albergaban los hospitales y los puestos de mando. Devereux todavía mantenía contacto telefónico con McAnally y éste, a su vez, con otras ametralladoras posicionadas varios centenares de metros al sur.

Si podían coordinarse esas ametralladoras, reflexionó McAnally, serían capaces de lanzar un fuego cruzado en el que los invasores no podrían penetrar. Así, además de mantener ocupada su arma, el cabo asumió la tarea de supervisar todas las ametralladoras situadas al norte de Peacock. Les dijo cuándo disparar y cuándo ponerse a cubierto para que él pudiera abrir fuego en dirección a ellas. Al encontrarse más próximo al enemigo, estaba en mejor posición para localizar movimientos japoneses en la oscuridad, y Devereux le reconoció el mérito de haber mantenido el área bajo un fuego cruzado de tal intensidad que los invasores no pudieron avanzar.

El enemigo no tardó en darse cuenta de que McAnally era un hueso duro de roer. En un intento desesperado por aniquilar su posición, primero probaron con una incursión furtiva, pero McAnally los oyó llegar.

«No disparen hasta que estén más cerca», susurró mientras los japoneses sorteaban la maleza a escasos metros de allí.

«¡Fuego!», gritó McAnally, y todas las ametralladoras de la posición tabletearon a un tiempo. Los invasores se retiraron y dejaron varios muertos y heridos atrás, pero pronto estaban de vuelta. En esta ocasión, los estadounidenses aguardaron hasta el último segundo, y entonces descargaron una ráfaga con todo lo que tenían cuando los apolotonados japoneses estaban a bocajarro. Cuando terminó la andanada, el suelo estaba cubierto de cuerpos enemigos.

Pero los japoneses se reagruparon de nuevo. Momentos después, atacaron en masa por tercera vez con resultados idénticos. La posición estaba rodeada de cuerpos acribillados y heridos que gritaban. Ni uno solo de los hombres de McAnally resultó herido, pero no sabía si podrían resistir mucho más. Las reservas de japoneses parecían inagotables.

«Señor, necesitaremos ayuda si pretendemos defender esto», resolló McAnally al teléfono.

«Lo lamento, pero no tengo a quien enviar», respondió Devereux. «Usted y sus hombres tienen permiso para replegarse».

McAnally suspiró. Pensaba en su mujer, Trudy, con la que había pasado exactamente veintidós días después de casarse en California el mes de junio anterior, momento en que fue destinado al Pacífico.

«De acuerdo, señor», dijo. «Creo que podremos resistir un poco más».

El punto muerto al que habían llegado los hombres de Putnam y Hanna y el enemigo continuó hasta que por fin amaneció hacia las cinco y media. Pero por lo que Hanna pudo ver bajo las primeras luces del 23 de diciembre, la situación estaba pasando de desesperada a insostenible. Alrededor de su posición había soldados japoneses en movimiento. La soga apretaba cada vez más.

Una ráfaga de arma ligera que se oyó al norte llamó la atención de Hanna. Se volvió a tiempo para ver a un fusilero japonés acechando a alguien que quedaba fuera de su campo de visión. Hanna esperó mientras el invasor se echaba cuerpo a tierra y alzaba su rifle. Entonces, el teniente apuntó cuidadosamente y lo mató con un único disparo de su arma del calibre 45.

El joven texano respiró hondo. Hasta el momento había disparado su pistola en cuatro ocasiones. Eso significaba que le quedaban diez balas.

En las profundidades de la maleza, los invasores aprovecharon la luz cada vez más intensa para rodear a los hombres de Putnam. Varias oleadas atacaron la estrecha línea defendida por el VMF-211 e hicieron retroceder a los defensores hacia el silencioso cañón de 75 mm de Hanna.



Los marines de aviación hicieron pagar al enemigo cada metro, cada palmo, pero ahora eran víctimas de una intensa andanada llegada desde el norte y el oeste. El flanco derecho de la línea de Putnam estaba al descubierto y empezó a ceder terreno. Entonces se rompió por completo.

«¡Retirada!», gritó Putnam. «¡Retirada a la posición de artillería!».

El repliegue se convirtió en un tumulto, un atolladero revuelto de cuerpos, armas automáticas, bayonetas, gritos de ira y gemidos de dolor.

Cuando Putnam se apresuraba a obedecer su propia orden, se detuvo bajo un arbusto y se dio la vuelta a tiempo para ver a dos japoneses vestidos de verde erguirse repentinamente ante él. Putnam disparó dos veces con su pistola y ambos invasores cayeron muertos prácticamente sobre él, uno de ellos tan cerca que su casco golpeó el de Putnam.

A unos metros de allí, el corpulento Pete Sorenson, líder de los mecánicos civiles, saltó de entre los arbustos y se encontró de lleno en el camino de un grupo de atacantes japoneses. A falta de armamento, Sorenson arrojó piedras y lanzó maldiciones al enemigo mientras sus balas lo atravesaban y lo hacían caer al suelo.

Encolerizado por el destino que habían corrido Sorenson y otros estadounidenses a su alrededor, el capitán Henry Elrod también se plantó frente a los invasores, empuñando una metralleta y escupiendo una intensa lluvia de balas. Cuando una de sus ráfagas partió a un artillero japonés por la mitad, tendió tranquilamente su arma a uno de los marines, recogió la ametralladora enemiga y siguió luchando.

Increíblemente, la furia desatada de Elrod contuvo por un momento la ofensiva

japonesa e hizo retroceder al enemigo. Éste se recuperó con prontitud, pero la destrucción causada por Elrod concedió tiempo suficiente a Putnam y siete de sus hombres para que llegaran al cañón y se pusieran a cubierto.

Elrod, el capitán Tharin y otros miembros del VMF-211 se quedaron atrás combatiendo entre la maleza, mientras decenas de japoneses formaban un sólido círculo en torno al cañón de 75 mm. Por fin, los invasores parecían haber perdido su inclinación por los ataques con bayoneta y optado por mantener un fuego continuado de sus rifles contra la posición.



Al oeste del cañón, Holewinski y los dos voluntarios civiles, Gay y Bryan, continuaban manteniendo a raya a los japoneses. Holewinski mató a tres fusileros enemigos que se acercaron arrastrándose a veinte metros de su posición. Gay disparaba con su pistola y Bryan no dejaba de lanzar granadas en dirección a las voces que se percibían entre los arbustos.

«Asegúrate de que tienes un par de balas en esa pistola», dijo Bryan a Gay entre disparo y disparo. «Esos cerdos no nos van a torturar».

Al menos la mitad del grupo original de Putnam había desaparecido, y nadie sabía con certeza cuántos estaban muertos o heridos, pero las pérdidas japonesas eran muy superiores. Había tantos cascos verdes y miembros repartidos en un radio de una o dos hectáreas que, en palabras de un marine, «aquello parecía un gran huerto de sandías».

Sin embargo, el pequeño destacamento arracimado en torno al cañón de Hanna seguía resistiendo.

«¡Esa orden no es mía, maldita sea!».

Cuando la oscuridad se disolvió lentamente en el gris amanecer del 23 de diciembre, lo primero que vio el soldado de primera clase Arrie Stocks desde su posición en el bosque de Wilkes fue el sol naciente, pero no la esfera deslumbrante que se había encaramado sobre el horizonte, más allá de las nubes y de la llovizna, sino el vivido emblema rojo anaranjado impreso en docenas de banderas japonesas que ahora ondeaban sobre la arena y el coral.

Las banderas —«traseros en llamas» en la jerga del Cuerpo de Marines— habían sido clavadas por todas partes durante la noche. Stocks podía verlas ondear a lo largo y ancho de Wilkes y en Wake, al otro lado del canal. Aparecían prominentemente incluso en lugares en los que no había un solo japonés a la vista.

El aguerrido y expresivo Stocks se había criado con un puñado de niños blancos de la reserva india de Utah en la que trabajaba su padre. Su madre había fallecido cuando él era joven, y nunca se había sentido particularmente unido a su progenitor, pero había encontrado una «segunda familia» en los marines. Trababa amistades fácilmente —muchas veces para siempre— con toda clase de gente. Pero como sabían sus compañeros de la Batería L, Stocks también tenía su temperamento y unos puños de acero. Según decía uno de sus camaradas: «Artie podía darle un puñetazo a alguien y al cabo de un minuto invitarlo a una cerveza».

Stocks nunca había sentido aversión por ningún grupo étnico, pero durante los últimos quince días había llegado a despreciar a los japoneses de un modo irreprimible. Anhelaba poder dispararles, pero hasta el momento se habían escondido demasiado bien. Ahora que el sol estaba casi en lo alto sería otra historia. Stocks sostenía su Springfield contra el pecho y esperaba.

Al despuntar el alba, la profusión de banderas enemigas provocó reacciones diversas en los estadounidenses. Algunos compañeros de Stocks rasgaron las que tenían a su alcance, aunque más tarde se arrepintieron. Según descubrieron los marines de Wilkes excesivamente tarde, las banderas no se encontraban allí por mera ostentación; se habían colocado cuidadosamente en torno a las principales zonas de combate como indicaciones para los pilotos llegados de los portaaviones japoneses. Las banderas transmitían un mensaje sencillo pero de una importancia crucial: cualquier punto que no estuviese marcado con una bandera enemiga era una buena presa para un ataque aéreo.

Para el teniente Kliwer, que observaba desde su refugio las docenas de banderas ahora visibles a lo largo de la playa sur y al este y el oeste de la isla, aquello

constituía una advertencia urgente. Su número indicaba que los japoneses controlaban buena parte de Wake. Kliewer decidió que había llegado el momento de activar el generador y hacer estallar la pista de aterrizaje.

Incluso antes de ver las banderas, Kliewer y su pequeño grupo sabían que la situación de los defensores se había deteriorado drásticamente desde el desembarco enemigo. No tenían noticias del resto del VMF-211 desde hacía horas, ni tampoco de los demás estadounidenses, pero la prueba de su apurada coyuntura estaba por todas partes. Los cuatro hombres apiñados en el refugio situado en el extremo de la pista estaban totalmente rodeados por los japoneses. Era casi de día y esperaban que en los próximos minutos el enemigo iniciara su ataque.

El sargento Robert Bourquin apoyó su metralleta contra el brazo y sacó la desgastada fotografía de Charlotte McLain, su prometida, del bolsillo de su camisa con la otra mano. En la última hora había tocado la foto al menos una docena de veces, pero ahora podía ver los rasgos de «Chotty», y eso le hizo sentirse mejor. Luego, guardó con renuencia la foto en el bolsillo y cogió su arma.



Kliewer, Bourquin, el sargento Blandy y el cabo Trego tenían una potencia de fuego considerable a su disposición: dos metralletas, tres pistolas del calibre 45, un rifle automático Browning y un par de cajas de granadas de mano. Desde su fuerte posición defensiva lograron repeler una oleada tras otra de atacantes durante un tiempo, ayudados por dos ventajas importantes. Por un lado, los japoneses parecían incapaces de superar la persistente idea de que podrían conquistar el refugio atacándolo con bayonetas. Por otro, algunos artilleros estadounidenses con buena puntería acudieron al rescate en más de una ocasión.

Bourquin estaba aterrorizado, y sabía que los otros tres hombres también lo estaban. Pero lo único que podían hacer era intentar guardar la calma y mantener a raya a los japoneses con las metralletas. Hasta el momento, ni siquiera habían utilizado el rifle Browning, pero allí estaba por si era necesario, y recibieron una más que bienvenida ayuda de los hombres que manejaban dos ametralladoras del calibre 50 al oeste de la pista. De hecho, supuso Bourquin, ya le debían la vida a aquella gente.

Ahora que la situación estaba tornándose desesperada, era hora de tomar una decisión.

«Dudo que podamos resistir mucho más aquí, así que será mejor volar el aeródromo», propuso Kliewer. «Después de hacerlo estallar, iremos corriendo hasta la ametralladora más cercana. Está a sólo unos ciento cincuenta metros».

Blandy y Trego se pusieron manos a la obra de inmediato con el generador, mientras Kliewer y Bourquin montaban guardia con las metralletas. Una vez puesto en marcha el generador, no llevaría más de unos segundos que se activaran las 75

cajas de dinamita enterradas a lo largo de la pista. Se produciría una explosión infernal, siempre que todo saliera según lo previsto.

Pero no fue así.

«Algo ha fallado», gritó Blandy. «El generador no se pone en marcha. Creo que la lluvia lo ha estropeado».

«Sigue intentándolo», exhortó Kliewer.

Cuando el teniente miró de nuevo hacia el exterior, vio a media docena de soldados enemigos dirigiéndose hacia ellos a toda prisa. El y Bourquin alzaron sus metralletas y abrieron fuego.



Los sangrantes restos de la unidad de Putnam y la dotación de Hanna se hallaban en una situación desesperada. «Hammering Hank» Elrod había perecido bajo el fuego enemigo mientras lanzaba una granada después de que su metralleta se quedara sin munición. Muchos de los que seguían con vida estaban heridos. Se habían visto atrapados en medio de un fuego cruzado que convertía el más leve movimiento en una invitación a una muerte súbita, y prácticamente se les había agotado la munición.

Holewinski había empezado la mañana con cincuenta balas para su Springfield, el único rifle que protegía el flanco este del cañón. Ahora yacían invasores muertos por todas partes, algunos a menos de cinco o seis metros de distancia. Holewinski había perdido la cuenta hacía mucho de cuántos había matado, pero un marine que entró en servicio más adelante para enterrar cadáveres japoneses aseguró haber encontrado 34 cuerpos cerca del cañón y dentro del radio de alcance de Holewinski.

El cabo había conseguido todo esto con un rifle dañado que tenía que cargarse manualmente con una sola bala cada vez. Uno de los civiles había roto los cargadores y facilitado las balas a Holewinski una por una. Aquel proceso enervante parecía eternizarse cuando los soldados enemigos se encontraban a sólo unos pasos de distancia, pero al menos los había obligado a que cada proyectil contara. Ahora, Holewinski disponía exactamente de tres balas. No era gran cosa para combatir en una guerra.

Aquello recordaba a Holewinski las películas de indios y vaqueros que siempre le habían gustado, en las que la caballería llegaba justo a tiempo para salvar el vagón de tren, y no dejaba de preguntarse: «¿Dónde está la caballería? ¿No es hora de que aparezca y nos saque de este caos?».

Cuando se desvaneció toda esperanza de rescate, los hombres que se aferraban al coral alrededor de la base del cañón se prepararon para lo que parecía inevitable. No importaba a cuántos atacantes derribaran; siempre aparecían otros para ocupar su lugar.

«Me había dado por muerto», aseguraba Hanna, «y había decidido que moriría luchando».



Holewinski cerró los ojos un momento y le vinieron a la mente imágenes de su casa. Pudo ver las ochenta hectáreas de ondulados prados verdes de la granja familiar, salpicadas de vacas lecheras. Cada día de su infancia había ordeñado veinte vacas por la mañana y por la noche, y creía que la fuerza que había adquirido en las manos era lo que lo convertía en un buen artillero y fusilero. Pero con sólo tres balas, eso no sería suficiente.

A las siete de la mañana, grandes oleadas de aparatos llegados de los portaaviones japoneses sobrevolaron Wake a tan baja altura que casi rozaban las copas de los árboles. Eran 59 en total, y un bombardero Val eligió la posición del cañón de 75 mm para castigarla insistentemente.

El fuego de las ametralladoras delanteras del Val escupieron una ráfaga ensordecedora sobre el cañón y su plataforma cuando el avión realizó su primera pasada. Pero fue la mortífera puntería del artillero de cola la que causó mayores daños cuando el Val se alejaba a gran velocidad. El avión planeó tan bajo que Holewinski pudo ver con claridad las gafas sobre el rostro del tripulante.

A unos metros de allí, vio también a Bryan y Gay muertos en el acto. Gay había sido acribillado por al menos doce balas, mientras que una sola había atravesado el cráneo de Bryan. En ese mismo instante, Holewinski sintió un intenso dolor en la pierna izquierda y supo que él también había sido alcanzado. Pero casi antes de que tuviera tiempo de asumir la primera herida, el Val inició una segunda pasada y en esta ocasión hirió a Holewinski en ambas piernas.

En la tercera pasada del avión, Holewinski tuvo el aplomo de fingir estar muerto, y el artillero le ignoró. Pero sabía que las cosas andaban bastante mal. El fuego de ametralladora no sólo le había alcanzado en la espalda, el trasero y las dos piernas, sino que había recibido el impacto de varios fragmentos de una granada que estalló sobre la plataforma del cañón, justo encima de él.

En aquel momento, todos los estadounidenses en torno al cañón estaban muertos o heridos, con la salvedad del capitán Tharin, del VMF-211. Hanna tenía una bala alojada en la rodilla derecha y un fragmento en la espalda, y había perdido un pedazo de su oreja derecha. Putnam sangraba tan profusamente por las heridas que había sufrido en la mejilla y el cuello que estaba a punto de perder el conocimiento. Trece hombres —tres marines y diez civiles— habían perecido.



Holewinski estaba tendido en un charco de sangre, sumiéndose en un estado de *shock*. Estaba bastante convencido de que iba a morir, y deseó haber tenido la previsión de contratar una buena póliza de seguro para sus padres. De ese modo, al menos habrían tenido algo con lo que compensar la pérdida de su hijo. Luego, este malestar fue dejando paso a una extraña sensación de serenidad.

Mientras un grupo de la Compañía Itaya, que llegó a la costa a bordo del *Patrullero n. ° 33*, avanzaba hacia el este antes del amanecer para enfrentarse a los defensores liderados por Putnam y Hanna, otra sección de tropas enemigas se desvió al oeste en dirección al Campamento Uno, donde pronto tratarían de abarcar más de lo que podían.

En la oscuridad esperaba a los confiados japoneses el contingente de reserva móvil del teniente Poindexter, que consistía en veinte marines, catorce civiles, dos camiones y cuatro ametralladoras del calibre 30. Los hombres de Poindexter habían recibido órdenes del comandante Devereux de que tomaran posiciones defensivas en la zona que mediaba entre el Campamento Uno y el extremo oeste de la pista, y llegaron allí a tiempo para dar una sorpresa letal al enemigo.

Poindexter esbozó una tensa sonrisa mientras él y sus hombres aguardaban, conteniendo la respiración y escuchando a los invasores caminar por la carretera de la playa. Los japoneses alzaban tanto la voz para dirigirse unos a otros que los marines podían seguirlos fácilmente mientras se iban aproximando. Ahora se encontraban a sólo unos metros del escondite de los estadounidenses.

«¡Fuego!», gritó Poindexter, y todas las ametralladoras y los rifles de la unidad parecieron estallar en sincronía. Sus fogonazos se reflejaban en los soldados enemigos que caían en manada y otros que se replegaban tambaleándose en medio de la confusión.

A Poindexter, un ingenioso y curtido oficial, el enemigo le pareció desorganizado y fuera de control. Su fuego esporádico era impreciso y sólo alcanzó a un marine. Pero merced a la luz de los dos barcos de transporte incendiados, el teniente pudo ver con nitidez a decenas de invasores cruzando la carretera y cobijándose entre los arbustos justo al norte, e indicó a sus artilleros que se concentraran en esa zona para impedir que el enemigo se infiltrara en sus líneas^[28].

Durante la hora siguiente, los japoneses mostraron poco estómago para lidiar directamente con los mortíferos tiradores de la reserva móvil. Sin embargo, poco antes de las primeras luces, los estadounidenses empezaron a ser blanco del fuego enemigo en su flanco izquierdo y por la retaguardia, y cuando amaneció, los defensores sufrieron un enconado ataque de los granaderos situados directamente frente a ellos.

«Estamos rodeados», informó el sargento Q. T. Wade, líder de una sección de ametralladora, a Poindexter.

Ahora les había tocado a los defensores el verse sorprendidos por la intensidad del contraataque invasor. Después de que varios marines y civiles cayeran heridos y de que una ametralladora del calibre 30 fuese inutilizada por fragmentos de granada, Poindexter conminó a sus hombres a retirarse hacia el Campamento Uno, con la sección de la ametralladora inhabilitada en cabeza.

Llegaron al Campamento Uno sin sufrir más pérdidas y, de inmediato, Poindexter ordenó que se trajeran otras diez ametralladoras del calibre 30 desde la retaguardia. Con una perspicacia más que equiparable a su sed de acción, ordenó que las nuevas ametralladoras apuntaran al este para establecer un fuego cruzado que abarcara toda la isla. Entretanto, envió a un mensajero para que reuniera a todos los marines, marineros y civiles armados distribuidos por los alrededores del Campamento Uno. Se localizó a suficientes reclutas para aumentar su contingente a unos cincuenta y cinco hombres.

Cuando el mensajero llegó a un bunker en el que se habían refugiado unos veinte hombres del personal de retaguardia y solicitó voluntarios, al principio la respuesta fue poco entusiasta. Entonces, el cabo Cyrus Fish, un veinteañero de un pueblo del norte de Minnesota cuyo trabajo habitual era como encargado de avituallamiento, cogió su rifle y miró a los demás. «¿Por qué os quedáis ahí sentados?», exclamó Fish, y salió afuera. Unos segundos después lo siguieron todos los demás ocupantes del refugio.

Poindexter esperó dos horas a que se produjera un nuevo ataque japonés, pero no llegó a materializarse. Salvo por algunas incursiones y disparos ilusorios desde la maleza, los invasores evitaron todo contacto con la formidable línea defensiva a la que ahora hacían frente.

Así, a las nueve de la mañana, ansioso por combatir y convencido de que podría ganar con marines como el cabo Fish y civiles como el excombatiente de la primera guerra mundial «Cap» Rutledge, Poindexter ordenó un contraataque en toda regla. El teniente dio por hecho que la resistencia estadounidense cercana al aeródromo había sido aplastada, pero todavía consideraba que el triunfo estaba a su alcance. Con el teniente Barninger y los hombres de la Batería A avanzando hacia el oeste desde Peacock Point y la reserva móvil haciendo lo propio hacia el este, reflexionó, la cabeza de playa enemiga podía ser aniquilada y los invasores obligados a recular hacia el mar.

«Al infierno con las últimas batallas nobles como la de Little Big Horn», dijo más tarde Poindexter. «El Cuerpo de Marines me había enseñado que la única manera de conseguir algo es emprendiendo una ofensiva. Si íbamos a luchar “hasta que quedara un solo hombre”, también podíamos morir atacando».

En cuestión de minutos, los japoneses —que no se habían molestado en atrincherarse porque creían haber pasado a la ofensiva— se retiraban desorganizadamente. La línea del contingente de desembarco se desmoronó y dejó atrás pequeñas bolsas de soldados atemorizados que se ocultaban en los cráteres de bomba y perecían bajo las granadas de mano de los marines.

«Ha sido una noche dura y larga, pero las cosas pintan bastante bien», dijo Poindexter a sus hombres. «Sigamos avanzando».

Una hora y media después, el contingente de Poindexter había recorrido unos novecientos metros hasta llegar al extremo occidental del aeródromo. Sólo les

impedía efectuar un avance importante una delgada e indefinida línea de atacantes japoneses. Evaluando rápidamente la situación, el teniente envió un mensaje al sargento Wade: «Traiga sus secciones de ametralladora al centro de nuestra línea y acabemos con esto».

Poindexter se olía una rendición.



A las cuatro de la mañana, Devereux y el comandante Cunningham habían perdido contacto con casi todas las posiciones en que los defensores se enfrentaban activamente al enemigo. Devereux todavía podía comunicarse con el puesto del capitán Godbold en Peale y varias secciones de ametralladora de Peacock Point y las proximidades del aeródromo, pero las líneas telefónicas entre el puesto de mando del comandante y Wilkes habían permanecido en silencio durante casi una hora. Las comunicaciones con Hanna, el VMF-211, el Campamento Uno, la reserva móvil de Poindexter y la Batería A de Barninger también habían quedado interrumpidas.

Las consecuencias de este fallo masivo de las comunicaciones no pudieron ser más profundas. Privaron a Devereux de la posibilidad de dirigir a sus fuerzas y coordinar sus movimientos —e incluso de saber dónde se encontraban y qué les había sucedido— en los primeros estadios de la batalla final de Wake.

La única medida decisiva que pudo adoptar Devereux después de que los teléfonos fallaran fue ordenar a Godbold que enviara al máximo de hombres de los que pudiera prescindir desde Peale, donde todo estaba tranquilo, a fin de reforzar la línea defensiva del comandante Potter entre el aeródromo y los puestos de mando. Dejando al teniente Kessler y una reducida dotación al cargo de los cañones de 120 mm de la Batería B, Godbold organizó un contingente de algo más de sesenta hombres, incluido el grupo de artilleros civiles del sargento Walter Bowsher, perteneciente a la Batería D. Algunos de los civiles carecían de armas, pero cargaron bolsas de granadas y tanta munición extra como pudieron. Otros presentaron una extraña variedad de rifles de caza, escopetas, pistolas y revólveres del calibre 38 recuperados de las ruinas del hotel Pan Am.

Ninguno de estos hombres había recibido formación como soldado de infantería y Bowsher lo sabía, pero todos eran cazadores experimentados, y creía que lo harían bien si se desataba un tiroteo con los japoneses.

Aparte de la medida para potenciar la línea de Potter, Devereux dejó de representar un factor real para la batalla. En la práctica, la guarnición de Wake ya no poseía una estructura de mando general ni una estrategia. Todas las decisiones tácticas debían tomarlas en plena batalla los oficiales sobre el terreno, basándose en su propia perspectiva limitada.

Cunningham, entretanto, estaba totalmente desinformado y era incluso menos consciente que Devereux de lo que estaba ocurriendo más allá del techo y las paredes

de hormigón reforzado de su bunker. En una maniobra inteligente, dejó a Devereux al mando de las tropas de tierra de Wake. Antes de estropearse, las líneas telefónicas de todas las posiciones se comunicaban con el puesto de mando de Devereux, mientras que Cunningham sólo mantenía contacto con el refugio compartido por Dan Teters y el comandante Keene, así como otras dos o tres posiciones de Peale y Wake. El comandante de la isla tenía que depender de Devereux para cualquier información sobre las posiciones que mantenían enfrentamientos con el enemigo, pero ahora éste carecía de información concluyente que facilitar.

La geografía única de Wake y los múltiples desembarcos japoneses demostraron casi desde el principio que los defensores quedarían separados en pequeños focos de resistencia. La pronta caída de las comunicaciones no hizo más que acrecentar el aislamiento y sumó peligro a la situación de cada una de las unidades, que era desconocida por los oficiales al mando.

Sin embargo, a las cinco de la mañana Cunningham creyó disponer de información suficiente para responder a una petición del almirante Pye, según la cual el CINCPAC debía recibir partes sobre cualquier acontecimiento relevante. Cunningham sabía con certeza que el enemigo había desembarcado en tres lugares, tal vez más, y aunque no habían llegado todavía aviones japoneses, se los esperaba al amanecer.

Si bien Cunningham pasó un tiempo considerable meditando sus palabras, el mensaje que envió finalmente a Pye y al almirante Fletcher, en el que ofrecía una excusa aceptable por haber abandonado a los pobladores de Wake, se reducía a seis palabras:

ENEMIGO EN LA ISLA. SITUACIÓN INCIERTA.

Hacia las siete de la mañana, hora de Wake, con una situación bastante incierta todavía, el CINCPAC ordenó al 14.º Destacamento de Fletcher que invirtiera el curso y regresara a Pearl. En la pista de despegue del *Saratoga*, los aviadores de los marines propinaban puñetazos a las alas de sus aviones y algunos lloraban abiertamente. En el puente del crucero *Astoria*, el buque insignia de Fletcher, parte del Estado Mayor del almirante le rogó que desatendiera la orden y siguiera adelante. El contraalmirante A. W. Fitch consideró la conversación tan rebelde y estaba tan de acuerdo con su tono que hubo de excusarse y abandonar el puente. A bordo del portahidroaviones *Tangier*, las tropas de reemplazo de los marines maldijeron a la «temerosa» Armada por «vender» a sus compañeros.

En ausencia de informes fidedignos y de oficiales y reclutas fiables en la escena, Devereux se vio obligado a sopesar la validez de cualquier información que le fuera remitida, incluidas las aterradoras historias que narraban testigos y voces anónimas por teléfono. Un civil con los ojos desorbitados que quedó aislado de la unidad de Poindexter durante su retirada irrumpió en el puesto de mando del comandante contando que los japoneses habían destruido varias ametralladoras cerca del

aeródromo y habían aniquilado a las dotaciones con bayonetas.

«¡Los están matando a todos!», gritaba el hombre. «¡Los están matando a todos!».

Devereux trató de interrogarlo, pero estaba demasiado agitado y exhausto para ofrecer respuestas coherentes. Parecía estar al borde del desmayo, pero se aferraba a su historia. Eran las primeras noticias que recibía Devereux acerca del combate que se estaba librando al oeste del aeropuerto desde que las líneas habían quedado interrumpidas, y el comandante no tenía motivos para cuestionarlas.

Sin embargo, el histérico relato del civil era muy exagerado y causó una impresión completamente errónea. Incluso mientras hablaba aquel hombre, la contraofensiva de Poindexter estaba en pleno apogeo y obligaba a los japoneses a retroceder. Pero Devereux no tenía forma alguna de saberlo, y sólo podía preguntarse qué habría sido de Poindexter. Todavía se estaban desarrollando algunos combates en aquella zona, pero ¿eran sólo los japoneses apagando los últimos focos de resistencia? ¿Y qué pasaba con Klierer? ¿Podrían él y sus hombres hacer estallar la pista o ya estarían muertos? Más allá del aeródromo, el sonido de disparos, intenso en ocasiones, indicaba que Putnam seguía resistiendo, pero no podía saberse con certeza. Luego estaba el misterio de Wilkes. ¿Quedaban defensores con vida o había sido aniquilado hasta el último hombre?

Los interrogantes se sucedían ininterrumpidamente, y desde el lugar que ocupaba Devereux no había posibilidad de obtener respuesta. Mientras luchaba contra sus propios sentimientos negativos, oyó un grito del cabo Brown, que controlaba la línea abierta de la red de alertas.

«Tengo algo, señor», dijo Brown.

Devereux cogió el teléfono y oyó una tenue voz que no cesaba de repetir el mismo mensaje una y otra vez.

«Hay japoneses entre la maleza», informaba la voz. «Sin duda hay japoneses entre la maleza».

«¿Quién es?», preguntó Brown. «¿Quién es usted?».

Pero la única respuesta fue: «Hay japoneses entre la maleza... Hay japoneses entre la maleza».

En palabras de Devereux, «era como oír hablar a un muerto. Se expresaba muy pausadamente, con un tono monocorde, y de vez en cuando repetía las palabras “sin duda”».

Aquel susurro perduró un par de minutos. Entonces se escuchó un abrupto estallido y la voz desapareció súbitamente^[29].

«Supongo que lo han matado», dijo Brown.

Devereux asintió. A cada segundo que pasaba estaba más convencido de que los japoneses controlaban toda Wilkes y la franja meridional de Wake. Eso significaría que buena parte de los defensores de Wilkes y la isla principal habían sido muertos o

capturados. También significaría que el personal de Peacock Point habría quedado aislado y que el enemigo pronto estaría lo bastante cerca como para amenazar el bunker en el que estaba sentado Devereux.

Con la atención de los defensores de Wake centrada en preocupaciones mucho más cercanas, no empezaron a apercibirse de los barcos japoneses que ahora rodeaban el atolón hasta que amaneció. En la Batería B, el teniente Kessler y sus artilleros siguieron lanzando proyectiles de 120 mm contra los restos en llamas del *Patrullero n.º 33* hasta las 6.30, cuando Kessler volvió la vista hacia la playa norte e hizo un desagradable descubrimiento.

Mientras Kessler y su batería se aglutinaban en la costa meridional de Wake, una numerosa fuerza naval japonesa se había aproximado por la retaguardia. La imagen de los barcos fue aterradora para Kessler, y le pareció increíble que no estuvieran disparando todavía a la posición estadounidense. Una lectura del telémetro los situaba a más de dieciséis kilómetros de distancia, fuera del radio de alcance de la Batería B.

Al mirar hacia el mar, muchos pobladores de Wake intentaron contarlos barcos, pero obtuvieron cifras muy dispares, y algunos cálculos sin duda se exageraron por una mezcla de distancia y aprensión. Los ojos bien entrenados de Kessler vieron «al menos una docena de barcos» al norte, entre ellos cuatro cruceros pesados, pero otros observadores identificaron erróneamente las naves como acorazados. El comandante Potter afirmó haber divisado dieciséis buques, tanto cruceros ligeros como pesados, y el teniente Barninger contó veintisiete barcos de toda clase. Glenn Tripp, ex ayudante de Cunningham que se había unido a la dotación de artillería de la Batería L en Wilkes dijo haber visto 69 embarcaciones en total.

Independientemente de la cifra exacta, la imagen de la gigantesca flota invasora les hizo entender la terrible desigualdad de la situación. Wake estaba rodeada por un sólido círculo de acero y fuego japonés. Como lo expresaba Devereux: «Cualquiera que fuese la fuerza que poseía el enemigo en aquel círculo lejano era más que suficiente, y todos lo sabíamos». Y, por supuesto, los portaaviones nipones y los barcos que los protegían estaban demasiado lejos para ser vistos.

De toda la Armada, sólo tres destructores enemigos desaprovecharon la lección recibida el 11 de diciembre y entraron en el radio de alcance de los artilleros de los marines. Kessler localizó a los intrusos cuando bordeaban Kuku Point, en Wilkes, donde no atrajeron el fuego de la Batería L, el cañón de 120 mm más próximo, ya que el capitán Platt había designado a todos sus artilleros como hombres de infantería. El trío siguió navegando despreocupadamente hacia el norte, encabezado por el destructor *Mutsuki*, y puso rumbo directo a Peale y la Batería B de Kessler, cerca de Toki Point.

Los capitanes enemigos dieron por sentado, al igual que había hecho el almirante Kajioka doce días antes, que ninguna de las baterías costeras de Wake podía disparar. Esa suposición se hizo añicos con la primera de las cuatro salvas lanzadas por los cañones de Kessler.

Las tres primeras intentonas no acertaron el blanco, pero los dos proyectiles de la cuarta andanada impactaron directamente en el *Mutsuki*, y mataron e hirieron a un número indeterminado de marineros japoneses y dañaron el barco a tal extremo que parecía hundirse. Seguro de que su primer objetivo había quedado inutilizado y podía deshacerse de él a placer, Kessler apuntó al segundo destructor, pero no pudo darle caza antes de que se alejara.

Momentos después, cuando la dotación de Kessler orientó sus cañones hacia el punto en que había visto por última vez al *Mutsuki*, éste no aparecía por ninguna parte. Su desaparición fue tan repentina que varios marines estaban seguros de que se había hundido. Sin embargo, como desvelaba un informe posterior a la guerra, el maltrecho destructor había logrado escapar.

En diversos libros publicados después del conflicto, Devereux y Cunningham ofrecieron versiones marcadamente discrepantes sobre cómo se tomó la decisión de capitular y quién fue su artífice. En lo único que coincidían sin reservas era en que mantuvieron contacto permanente durante el período crucial en que se decidió el destino de Wake y en que comentaron en mayor o menor medida lo que sabían sobre el estado de la guarnición antes de actuar. No obstante, por mucho que chocaran sus historias, los dos compartían una amarga determinación a no aceptar la responsabilidad última por haber arrojado la toalla.

Según Cunningham, él y Devereux se habían comunicado de manera regular durante toda la batalla, y cada vez que hablaban, Devereux describía la situación en términos más funestos. Cuando Cunningham transmitió la información recibida poco antes desde el CINCPAC, según la cual no cabía esperar refuerzos, el estado de ánimo del comandante se apagó incluso más. A las 6.30, Devereux comunicó que su posición parecía ser la única que aún no había sido arrollada y que la presión enemiga iba en aumento. En opinión de Devereux, dijo Cunningham, la zona del puesto de mando no podría resistir mucho más tiempo.

«Sabía que había llegado el momento de considerar una cuestión que sólo unas horas antes había sido impensable», añadía el comandante de la isla, y se formuló este interrogante a sí mismo: «¿Estaría justificada una rendición para prevenir más pérdidas de vida inútiles?». Cuando repitió la pregunta a Devereux, el comandante «eludió» contestar de manera directa y dijo que, a su parecer, la decisión estaba sólo en manos del oficial al mando. Cunningham respondió que era muy consciente de ello, pero que no estaba dispuesto a actuar sin evaluar la situación «tan exhaustivamente» como fuera posible, y los dos siguieron hablando un rato más.

«Me preguntó si sabía que Wilkes había caído», recordaba Cunningham. «Le dije que sí. Al final, respiré hondo y le dije que si ya no se veía capaz de resistir le autorizaba a capitular».

Durante la hora siguiente, no obstante, ninguno de los dos forzó las cosas, y la cuestión sobre si debían continuar luchando al parecer quedó irresoluta. Según reconoce él mismo, las acciones de Cunningham durante este lapso de tiempo fueron

las de un hombre que a todos los efectos había dado por perdida su causa. Habló de mandar un último mensaje al CINCPAC, informando sobre los dos destructores fondeados y la presencia de la flota enemiga «aproximándose».

Entonces, agregaba, «hice destruir todos los códigos y órdenes secretas y ordené que desmontaran la antena de transmisiones. A los bombarderos enemigos les resultaría demasiado fácil localizarla. Además, no tenía más mensajes que enviar».

Hacia las siete y media, acusaría más tarde Cunningham, Devereux más o menos tomó las riendas de la situación.

«Volvió a llamarme... y me preguntó si había establecido contacto por radio con el comandante japonés», decía Cunningham. «Le dije que no.

Devereux no estaba seguro de poder comunicarse con el enemigo y me pidió que lo intentara. Le prometí que haría lo posible. Pero antes de que pudiera actuar todo había terminado. Devereux armó una bandera blanca, abandonó su puesto de mando y se dirigió hacia el sur por la carretera en dirección al enemigo, dando a nuestras tropas la orden de alto el fuego sobre la marcha».

Cunningham aseguró haber conocido la rendición cuando recibió informes de que se habían izado sábanas blancas sobre el bunker del hospital civil.

En ese momento, decía, arrojó su pistola del 45 a una letrina, se montó en su camioneta y condujo hasta la destartada casita en la que había vivido al comienzo del asedio. Allí, entre los escombros, sacó su uniforme de gala y se aseó. Se quitó los pantalones caqui llenos de manchas que había llevado día y noche durante casi dos semanas y encontró agua potable suficiente para afeitarse y lavarse la cara por primera vez en mucho tiempo. Se enfundó el uniforme limpio, se anudó con esmero la corbata, y se miró fugazmente al espejo para asegurarse de que estaba presentable. A la postre, salió al exterior, donde le esperaba su camioneta *pickup*, se montó en ella y recorrió la carretera hasta que se topó con varios japoneses.

Los primeros soldados enemigos a los que encontró no tenían conocimiento de la rendición, y se sobrecogieron al ver a un oficial estadounidense de alto rango conduciendo solo en medio de una batalla. Para el doctor Shigeyoshi Ozeki, el cirujano de la Armada japonesa que acompañaba a las tropas invasoras, aquella imagen fue una sorpresa absoluta.

«En aquel momento ignorábamos a favor de quién soplaban los vientos de la batalla o cuáles eran nuestras perspectivas», señalaba Ozeki. «Entonces vi un vehículo que apareció ante mis narices portando una bandera blanca, y oí al comandante Cunningham gritar: “¡No disparen!”».

El compañero de Ozeki, el contramaestre Hisao Tsuji, inicialmente supuso que Cunningham estaba en misión de patrulla. Varios japoneses apuntaron con sus rifles al ocupante de la camioneta, pero no dispararon al comprobar que no oponía resistencia alguna. «En aquel momento creímos que el haber capturado al

comandante estadounidense había motivado nuestra victoria», reconocía Tsuji.

En el preciso instante en que Cunningham hacía entrega de su espada, el contingente del teniente Poindexter se encontraba atacando a unos dos kilómetros de distancia y obligando a los japoneses a retroceder hacia el aeródromo. El pequeño grupo del teniente Kliwer, desplegado en el aeródromo, seguía conteniendo a los invasores, y en Wilkes, los marines del capitán Blatt sofocaban los últimos núcleos de resistencia japonesa de la isla.

Devereux ofrece una versión muy distinta de este momento oscuro y crucial de la historia militar de Estados Unidos.

«Alrededor de las siete de la mañana», relataba, «comuniqué al comandante Cunningham cómo se percibía la situación desde mi puesto de mando. No manteníamos contacto con la isla de Wilkes o ninguna otra posición avanzada, así que mi análisis sobre la situación debía cimentarse en buena medida en suposiciones y posibilidades. Ésta fue mi apreciación: se divisaban banderas japonesas por toda Wilkes. En ausencia de indicios que apuntaran en otro sentido, tuve que suponer que Wilkes había caído. En Wake, a lo largo del frente del avance japonés, el enemigo se había abierto camino hasta la pista de despegue e incluso más allá. Nuestra línea de fuego establecida por el comandante Potter —la línea secundaria— se encontraba a sólo cien metros de mi puesto de mando, al otro lado de la carretera, y ahora constituía nuestra primera línea».

Devereux explicaba cómo la línea de Potter había sido el blanco de un intenso fuego de las tropas enemigas a trescientos metros de distancia y había recibido una fuerte presión desde el bosque, a la derecha de su flanco. Devereux creía que los hombres de Potter se enfrentaban a doscientos cincuenta soldados enemigos, tal vez más. Pero evidencias posteriores indican que, a lo sumo, en la zona frontal de la línea había una docena de infiltrados japoneses, y ninguno estaba en condiciones de constituir una amenaza para el puesto de mando. Algunos historiadores han culpado a Devereux de no despachar a ninguna patrulla para calibrar mejor las condiciones de combate antes de sacar conclusiones negativas escasamente realistas, y dichas críticas se antojan justificadas.

Dicho con llaneza, los marines de Wake eran más inteligentes, duros y capaces de lo que pensaba su comandante. Contrariamente a la creencia de Devereux, los defensores de Potter estaban atacando y ganando terreno, al igual que todas las unidades estadounidenses importantes de Wake y Wilkes en aquel momento.

El capitán Godbold, que acababa de trasladar en camión a sesenta de sus artilleros desde Peale para servir como infantería en la línea de Potter, participó activamente en la acción:

«Hacia las siete o siete y media conduje a mis hombres a Wake y tomamos posiciones a unos ciento cincuenta metros del puesto de mando del comandante Devereux. No había japoneses cerca de allí, de modo que iniciamos nuestro avance hacia el aeropuerto a fin de establecer una línea defensiva lo más lejos posible del puesto de mando. Recorrimos unos doscientos metros y sólo nos encontramos con unos cuantos japoneses y ninguna resistencia organizada. No sufrimos ninguna baja, pero sí infligimos unas

cuantas al enemigo».

Para Godbold y otros observadores, los invasores parecían desorganizados y carentes de liderazgo por parte de sus oficiales. Los pocos disparos que devolvieron a la línea reforzada de Potter fueron esporádicos e imprecisos. Se movían sin orden ni concierto, a menudo individualmente, y nunca amenazaron con penetrar en las defensas estadounidenses.

En un momento dado, los marines observaron con incredulidad cómo un solitario japonés llegaba caminando por el centro de la carretera sin esforzarse en absoluto por ponerse a cubierto. El sargento Bowsheer vio al menos a un soldado del contingente invasor tratar de rendirse, al menos en apariencia. «Llegó ondeando una bandera blanca, pero alguien creyó que podía tratarse de una artimaña y lo abatió», contaba Bowsheer.

Devereux, por su parte, no presencié ninguna de estas acciones, y debido al profundo pesimismo que empañaba sus percepciones tal vez no hubiera cambiado nada el haberlo hecho. «Tuve que suponer que nuestras posiciones avanzadas habían sido aniquiladas o, en el mejor de los casos, disgregadas y aisladas en unas últimas bolsas desesperadas que nada podían reportarnos», decía. «Me vi obligado a comunicar al comandante Cunningham que, en mi opinión, los japoneses habían conquistado la isla de Wilkes, el Campamento Uno, el canal, la pista de despegue, y probablemente la posición de Barninger [en Peacock Point], y que ahora el enemigo se internaba en la isla con la línea de Potter como próximo objetivo».

Si nos ceñimos al relato de Devereux, Cunningham se mostró dubitativo cuando se le presentó esta valoración general, y entonces respondió: «Bueno, supongo que será mejor que nos rindamos».

Devereux afirmó haber quedado absolutamente asombrado por la réplica de Cunningham. En palabras del comandante: «No me podía creer que lo hubiera dicho. Yo ni siquiera había contemplado la posibilidad de rendirnos... Creo que nadie había pensado en otra cosa que no fuera contener al enemigo el máximo tiempo posible en cada posición, ganar tiempo... Pero ahora Cunningham decía que debíamos capitular».

Devereux recordaba más tarde haber pedido algo de tiempo para meditar las cosas. Intentó pensar en «algo —cualquier cosa— que pudiera hacer para seguir adelante», pero se vio obligado a admitir que no veía opciones viables para continuar luchando.

«Correré la voz», dijo finalmente.

Al margen de quién diera el paso definitivo y fatal que puso fin a la batalla de la isla de Wake, no cabe duda de que el comandante cargó con el mayor peso físico y psicológico al hacer efectiva la orden. Mientras Cunningham se disponía a acicalarse previendo la rendición formal, la compleja —y peligrosa— ordalía que representaba

el comunicar la mala noticia a las desperdigadas unidades de las tres islas recaía en la figura de Devereux.

El comandante acababa de ponerse en pie y miraba hacia la puerta de su bunker cuando el artillero John Hamas entró para anunciarle que el último hombre de Godbold se había unido a la línea defensiva de Potter.

«¿Cuáles son sus órdenes ahora, señor?», preguntó Hamas.

«Es demasiado tarde, John», espetó Devereux. «El comandante Cunningham ha ordenado la rendición. Arme una bandera blanca y haga correr la voz del alto el fuego».

Hamas daba la sensación de haber recibido un garrotazo en plena frente. El veterano marine había consagrado su vida entera a la milicia, sirviendo en el Ejército austrohúngaro en la primera guerra mundial y más tarde como oficial en la infantería checa. Según recordaba Devereux, Hamas quedó boquiabierto y miró incrédulo a su oficial al mando, como si estuviera loco.

Pero Hamas no hizo más que morderse el labio y farfullar: «Sí, señor». Entonces se dio media vuelta y desapareció rápidamente.

Devereux lo siguió y se quedó a la entrada del puesto de mando, oyendo cómo se rompía la voz de Hamas mientras gritaba la orden de alto el fuego:

«¡Ordenes del comandante! ¡Nos rendimos! ¡Ordenes del comandante!».

Por un momento, Devereux, por lo común imperturbable, perdió la compostura. El comandante aseguraba no recordarlo, pero varios hombres situados cerca del puesto de mando vieron cómo las lágrimas recorrían su rostro y le oyeron expresar su ira y su angustia a voces.

«¡Esa orden no es mía, maldita sea!», gritó a Hamas.

En ese instante, Walter Bowsher estaba a sólo unos metros del puesto de mando, e incluso más de seis décadas después recordaba gráficamente la cólera que se adivinaba en la voz de Devereux. «Oí todas y cada una de sus palabras», rememoraba Bowsher. «Estaba furioso».

Para el comandante, sopesar una rendición en el plano abstracto era una cosa, pero afrontar la espantosa realidad era algo enteramente distinto. Claudicar desafiaba todas las enseñanzas que habían recibido los marines que tenía a sus órdenes y todo lo que él había creído siempre. Si se les brindaba la posibilidad, los marines preferían la muerte física a la «muerte del orgullo» que suponía la capitulación. Pero ahora no tenían más opción, y el cometido que arrostraba Devereux resultaba tan doloroso como si le arrancaran la piel del cuerpo.

Uno de los primeros oficiales que recibió la asombrosa orden fue el teniente Barninger, de la Batería A de Peacock Point. Un hombre de Barninger había encontrado y reparado la línea telefónica cortada entre su posición y el puesto de mando, y Barninger llamó con impaciencia para confirmar que su batería estaba segura, lista para el ataque y a la espera de recibir órdenes.

La orden que dictó Devereux cayó como un jarro de agua fría: «Alto el fuego y destruyan todas las armas. La isla se rinde».

Unos minutos después, cuando se corrió la voz sobre el alto el fuego entre los hombres de la unidad de Potter, Devereux intentó telefonar al hospital de los marines, pero descubrió que no había línea. Temeroso de que sus enfermos, escasamente protegidos, pudieran ser masacrados a menos que él hiciera algo para defenderlos, pidió a un voluntario que montara una bandera blanca que pudiera llevarse en mano y que lo acompañara a pie hasta el hospital.

El sargento Donald Malleck se ofreció. Después de atar un paño blanco al palo de una fregona, siguió a Devereux al exterior. El comandante Potter también se presentó voluntario para ir con ellos, pero Devereux le pidió que se quedara allí.

«Dadas las circunstancias, lo consideraré un acto de gran valentía», aseguraba Potter más tarde, «y en cualquier situación, ¿quién habría deseado tan humillante y oneroso trabajo?».

Antes de que Devereux y Malleck llegaran al hospital les salió al paso un soldado japonés que les ordenó que tiraran sus cascos y armas y que se vaciaran los bolsillos. Entonces les indicó con la bayoneta que marcharan delante de él hacia las líneas japonesas. Sólo habían recorrido unos metros cuando apareció un segundo japonés. Cuando se acercaron a él, se oyó un disparo de rifle entre los arbustos y el hombre cayó fulminado.

«¡Se ha dado la orden de alto el fuego!», gritó Devereux. «¡Maldita sea, vais a obedecer esa orden!».

Cuando llegaron al hospital, los japoneses ya lo habían ocupado. Varias balas perdidas disparadas por las tropas del contingente de desembarco en dirección al bunker habían acabado con la vida de al menos un civil y habían herido de nuevo a varios hombres ya convalecientes. Todos los demás pacientes, a excepción de los que no podían moverse, habían sido obligados a salir junto con el personal médico. Unos treinta estadounidenses estaban sentados en el suelo, repartidos en cuatro hileras y con ametralladoras apuntándoles a la espalda.

Varios japoneses estaban apostados a las puertas del hospital. Uno de ellos era un teniente que hablaba inglés, y Devereux le anunció su rendición. En ese mismo momento llegó otro grupo de japoneses seguido de Cunningham, y el teniente enemigo miró indeciso a los dos mandos estadounidenses.

«¿Quién es número uno?», preguntó.

Wilkes, la victoria en la que nadie reparó

Desafortunadamente para los japoneses, el capitán Platt y sus más de sesenta marines desplegados en Wilkes no sabían nada de la rendición. Estaban totalmente incomunicados del resto de la guarnición, y sólo podían sacar conjeturas sobre lo acaecido en la isla. De hecho, en las sobrecogedoras horas previas al amanecer del 23 de diciembre tampoco conocían con certeza cuál era la situación en su isla.

Por lo que sabía Platt, cerca de cien soldados enemigos habían desembarcado en la costa en dos grandes lanchas, y habían sufrido unas bajas relativamente escasas. Después de apartar al artillero McKinstry y a su dotación del ineficaz cañón de 75 mm situado sobre la playa, algunos invasores habían ocupado el arma y el resto de emplazamientos abandonados de la Batería F, como si éstos fuesen su objetivo primordial. Parecían satisfechos con plantar sus banderas en la zona y sentarse allí sin hacer ningún esfuerzo significativo por seguir adelante con el combate o tratar de ganar más terreno.

Con todo, era más preocupante el hecho de que un número indeterminado de soldados enemigos se hubiese colado en la maleza y desaparecido. Se podían oír sus voces con nitidez cuando se gritaban entre sí, y algunos de ellos llegaron a treinta o cuarenta metros de las posiciones estadounidenses, pero las ametralladoras 9 y 10 de los marines, manejadas por el soldado de primera clase Sanford Ray y el sargento Raymond Coulson, pudieron contenerlos.

De buen principio, Platt había decidido desalojar la Batería L y convertir sus dotaciones de los cañones de 120 mm en dos secciones de infantería para recibir a los invasores con efectivos suficientes cuando desembarcaran. Los cañones se habían visto tan dañados en las dos últimas razias aéreas enemigas que ya no podían utilizarse de todos modos.

Merced al estado de la batería, la guarnición de Wilkes estaba tan bien preparada para el combate por tierra como cualquiera de los defensores de Wake. Pero la impenetrable oscuridad, amén del fallo del cañón de la playa y la necesidad de enviar hombres a la zona de la laguna en respuesta al erróneo temor de Devereux a un posible desembarco enemigo, impidieron enfrentamientos en el momento de la invasión.

Ahora que las tropas enemigas se hallaban diseminadas por el bosque, en el área central de la isla, mientras otras se habían afianzado en torno al cañón abandonado en la playa y las comunicaciones telefónicas con sus posiciones y con la isla principal se habían perdido, Platt hacía frente a una situación desesperada. Un comandante menos

impávido quizá se hubiese mantenido en sus trece y habría permitido que sus disgregadas unidades, muy inferiores en número, fuesen destruidas poco a poco. Platt, por el contrario, planeaba atacar al enemigo lo antes posible.

Con su rostro aniñado, su constitución atlética y sus maneras contenidamente bromistas, Wesley McCoy Platt aparentaba menos de los veintisiete años que tenía, a veces también por su forma de actuar. Pocos oficiales habían sido más populares y admirados entre sus subordinados que Platt, y casi todos los marines que lo conocían le cantaban las alabanzas. No sólo era su líder, sino que los inspiraba, los animaba y los enseñaba a creer en sí mismos.

El soldado de primera clase Henry Chapman, un auxiliar de artillería de la Batería L, consideraba a Platt la clase de oficial al que los hombres podían seguir hasta el infierno «y disfrutar haciéndolo». Para el artillero John Johnston, Platt era el más admirado porque nunca pedía a ninguno de sus hombres nada que él no estuviese dispuesto a hacer.



El sargento Edwin F. Hassig había ingresado en los marines en 1929 para huir de los gélidos inviernos y las crudas perspectivas de una granja de Dakota del Norte, y era conocido como un estricto juez de los altos mandos, así como uno de los mejores tiradores del cuerpo. Para Hassig, que estaba al cargo de uno de los reflectores de Wilkes, Platt era una rareza, ya que podía ser a la vez un amigo de confianza y un comandante eficaz sin dejar que un papel interfiriese en el otro.

No era el estilo de Platt recostarse y permitir que el enemigo dictara los términos o el desarrollo de la batalla. Pero el 23 de diciembre antes de que amaneciera se vio perjudicado por el hecho de que su fuerza estaba dividida en tres grupos que no mantenían contacto telefónico entre sí, y nadie sabía cuántos japoneses acechaban en la maleza que los separaba.

Platt contaba sólo con un puñado de fusileros reunidos cerca del centro de Wilkes y con cuatro ametralladoras del calibre 50 (las número 9,10,11 y 12) repartidas a lo largo de la playa sur hasta llegar al extremo oeste de la isla. En aquel momento no conocía la ubicación exacta del grupo enviado a la laguna de Wilkes. El resto de los marines del puesto de avanzada de Platt, incluida la dotación del cañón abandonado de McKinstry, estaban concentrados al este —al otro lado de la cabeza de playa— con el teniente McAlister al mando.

El soldado de primera clase Artie Stocks formaba parte de un pequeño grupo enviado a rastrear la zona de la laguna. Componían la patrulla sólo cuatro o cinco hombres, y mientras fue de noche era como si les hubiesen «vendado los ojos», decía Stocks. Pero cuando empezó a clarear, comprobaron que no había japoneses alrededor de la laguna. Ahora su vista abarcaba hasta el otro extremo de la isla y podían oír fuego de armas ligeras en aquella dirección, un claro indicio de dónde

estaba concentrado el enemigo.

Durante más de una hora, Platt aguardó en la oscuridad. Mantuvo a su pequeño grupo de artilleros convertidos en soldados de infantería en posiciones protegidas mientras sus ametralladoras salpicaban la maleza con un fuego continuo para disuadir cualquier movimiento enemigo. Hasta que hubo algo visible a lo que disparar, la meta inmediata de Platt fue contener a los japoneses e impedir que avanzaran al oeste, hacia el emplazamiento abandonado del cañón de 120 mm de la batería.

Como muchos otros marines, Wiley Sloman no disparó una sola bala con su Springfield antes del alba, pues no había blancos visibles. Los fusileros japoneses tampoco estaban disparando demasiado, pero Sloman y sus compañeros tuvieron que permanecer agachados debido a las frecuentes ráfagas de balas trazadoras, incluidas algunas que podían provenir de sus propias ametralladoras. La situación en Wilkes era confusa y endeble a partes iguales.

Sin embargo, a las 4.30 Platt estaba harto de permanecer cuerpo a tierra y de esperar. Estaba decidido a poner fin a la incertidumbre —y el estancamiento—, y el primer paso lógico fue hacerse una idea más aproximada sobre cuál era la posición exacta de los japoneses y qué pretendían. Así, al más puro estilo Platt, en lugar de enviar a algunos de sus hombres a una misión de reconocimiento de alto riesgo, el ágil soldado de Carolina del Norte emprendió su propia patrulla de un solo hombre para ver qué estaba ocurriendo.

Primero se abrió paso entre los arbustos para comprobar el estado de la ametralladora número 11, con la que no podía contactar por teléfono. Luego pasó media hora arrastrándose sobre el irregular terreno coralífero para investigar la cabeza de playa. A las cinco de la mañana había luz suficiente —y Platt estaba lo bastante cerca— como para ver la disposición del contingente japonés. Lo que vio hizo que su pulso se acelerara.

Todos los invasores congregados alrededor del cañón de 75 mm miraban hacia el este, en dirección opuesta a Platt, y dirigían algunos disparos esporádicos de rifle al nuevo canal ignorando la zona que quedaba a sus espaldas. Desde el este, Platt oía el estruendo de los Springfield de los marines, fácilmente distinguibles del tableteo en *staccato* de los Arisaka japoneses. Los hombres de McAlister y McKinstry no sólo seguían luchando, sino que atraían también toda la atención del enemigo. Creyendo que los marines desplegados al este de su posición eran los únicos estadounidenses que restaban en Wilkes y suponían un desafío importante, los japoneses habían obviado la necesidad de afianzarse en la otra dirección.



Platt no pudo contener una sonrisa al regresar con su unidad. Ni un solo rifle o ametralladora ligera protegían la retaguardia de los invasores. Para Platt, aquello era una invitación abierta a atacar con tanto denuedo como pudiera.

Entretanto, en Kuku Point, en el extremo occidental de Wilkes, el cabo Johnson percibió una ausencia prácticamente absoluta de actividad enemiga en su sector y ordenó a sus dos ametralladoras del calibre 30 que dejaran de disparar. Las ametralladoras avistaron pocos objetivos durante la hora y media transcurrida desde el desembarco, pero habían mantenido una secuencia continuada de balas trazadoras para iluminar la laguna por si se filtraban más japoneses en la isla aquella noche. Ahora, sin rastro alguno de invasores en las proximidades, Johnson conjeturó que el fuego continuo no sólo era un derroche de munición, sino que también podía delatar su ubicación sin ningún fin provechoso.

Aproximadamente a la misma hora que Platt vigilaba la cabeza de playa japonesa, Johnson intentaba decidir qué camino debían seguir él y los siete hombres de su pelotón. Con la salvedad del soldado de primera clase Marvin McCalla, los otros seis hombres a las órdenes de Johnson eran civiles con una experiencia extremadamente limitada en el uso de ametralladoras. El cabo era muy consciente de la naturaleza pasiva de McCalla y de sus fanáticas creencias religiosas, pero también lo consideraba un buen soldado y confiaba en que hiciera lo que debía. Finalmente, Johnson estimó que debían abandonar la posición en la que habían pernoctado y dirigirse al sureste en busca del enemigo.

Trató de llamar a Platt y solicitar permiso para efectuar dicho movimiento, pero respondió el sargento Coulson, apostado en la ametralladora número 10. Aunque los separaban cuestiones de rango, Johnson y el canadiense Ray Coulson habían sido amigos desde que asistieron a la escuela de artilleros en San Diego, y se habían corrido muchas juergas juntos. Se conocían lo suficiente para no andarse con rodeos.

«¿Cómo marchan las cosas por ahí?», preguntó Coulson.

«No hay rastro de los japoneses, y creo que deberíamos trasladarlas ametralladoras», respondió Johnson. «¿Deberíamos abandonar esta posición ahora o esperar a que el capitán Platt dicte nuevas órdenes?».



«No, no esperéis», espetó Coulson, que no tenía noticias de Platt desde que había partido a inspeccionar la cabeza de playa. «Por lo que yo sé, Platt podría estar muerto, y aquí estamos sufriendo bajas. Los japoneses se han adentrado en el bosque que queda a nuestra espalda, así que moveos lo más rápido que podáis y prestadnos ayuda».

«De acuerdo», dijo Johnson, «pero aseguraos de que el resto de dotaciones sepan que vamos en camino. No queremos que nos acribille nuestra gente».

Johnson se inclinó por trasladar las ametralladoras sobre sus trípodes sin desmontarlas, dejando la munición y los sistemas de refrigeración en su lugar. Manipularlas de esta guisa era un trabajo lento e incómodo, pero también permitía abrir fuego inmediatamente en caso de tropezar con tropas enemigas. Se necesitaron

dos hombres —un marine y un civil— para transportar cada una de las ametralladoras. Dos civiles acarreaban sendas cajas de cananas cada uno y los otros dos los rifles de Johnson y McCalla, así como una caja de munición.

Por el camino, Johnson y McCalla fueron jugando a la pídola con sus ametralladoras, una opción harto peligrosa. Ambos alternaban sus movimientos, avanzando seis metros cada vez y manteniendo una ametralladora en posición de ataque mientras la otra era trasladada, y luego invertían el proceso.

En su avance a lo largo de la playa vacía, bajo las tenues luces tempraneras, no se advirtieron movimientos a su izquierda ni indicios de que otros invasores estuviesen aproximándose a la costa por la derecha. Pero si alguien alcanzó a ver a la pequeña comitiva mientras se abría paso, pensaba Johnson, debían de parecer una hilera de «bestias de carga y bandidos mexicanos».

El grupo rebasó las tres primeras posiciones de ametralladoras del calibre 50 —12, 11 y 10— sin incidentes. Pero al acercarse a la número 9 del soldado de primera clase Ray, Johnson vio a un marine gesticulando y señalándoles los arbustos que se alzaban detrás de ellos.

Ray era un chico fornido y desenfadado de Arkansas cuyo sueño era comprar suficiente terreno en los montes de Ozark para fundar una granja de cerdos. Parecía incapaz de matar una mosca, pero aquella mañana él y su dotación ya habían demostrado hasta dónde podían llegar. Johnson interpretó los gestos de Ray como una petición de que dispararan la ametralladora en dirección a aquella zona arbolada, y se apresuró a satisfacerla.

Utilizando el mismo método que antes para transportar las ametralladoras, Johnson y McCalla avanzaron de manera alterna a unos diez metros de distancia, con Johnson a la izquierda y McCalla a la derecha. Johnson llegó hasta la linde del bosque sin perturbar la tranquilidad circundante, e indicó a McCalla que siguiera adelante. Pero éste se encontraba a sólo unos metros de los árboles cuando se convirtió en blanco del fuego de los rifles.

En la oscuridad, Johnson era incapaz de distinguir ningún blanco potencial, ni siquiera los fogonazos de las armas, pero disparó una ráfaga hacia el sonido de los rifles. Cuando oyó un grito, supo que estaba apuntando al lugar adecuado. Apoyado en la arena, Johnson hizo oscilar su ametralladora describiendo un arco de veinte metros y acribilló la zona que se encontraba a unos cinco pasos de allí. Se oyeron más gritos. Entonces, cuando Johnson agotó su munición y la ametralladora de McCalla abrió fuego, la posición del primero le permitió ver por primera vez a los soldados enemigos o, para ser más precisos, sus extremidades inferiores.

A través de una zona despejada que se abría frente a él, justo por debajo de los árboles, Johnson atisbo piernas y pies japoneses tratando de huir desesperadamente de la línea de fuego y flanquear las posiciones estadounidenses. No podía ver gran cosa por encima de las rodillas de los soldados enemigos, pero sus pies ascendían y descendían cual pistones a la carrera.

Las dos ametralladoras escupieron ráfagas de fuego simultáneas hacia los arbustos. Johnson oyó más gritos, y después de tres andanadas largas, todos los pies cesaron de moverse. En el silencio retumbante que se impuso, Johnson advirtió un suave murmullo de McCalla. Tardó un segundo en darse cuenta de que el otro marine estaba rezando por las almas de los hombres que acababa de matar.

Diez o quince metros bosque adentro, Johnson y compañía atrajeron más fuego de rifles y repitieron el proceso. Cuando reanudaron su avance, encontraron los cadáveres de cuatro japoneses. Sus uniformes y cascos verdosos y las ramas incrustadas en las redes a modo de camuflaje los hacían prácticamente invisibles en el sotobosque.



Lo que más sorprendió a Johnson de aquellos cuerpos inertes fueron los zapatos. Parecían mitones, con una separación que alojaba el dedo gordo. Nunca había visto nada parecido.

Johnson miró en derredor con inquietud mientras sus civiles permanecían boquiabiertos frente a los cadáveres. El cabo tenía el palpito de que había otros invasores cerca de allí, y nadie sabía de dónde llegaría la siguiente bala.

«Vamos. Pongámonos en marcha», dijo, «antes de que acabemos como ellos».

El grupo avanzó unos metros, pero Johnson no estaba seguro de qué camino seguir. Pensó en dirigirse hacia el este y disparar directamente contra la cabeza de playa enemiga, pero ignoraba qué podían encontrarse él y su grupo por el camino. Si algunos japoneses habían conseguido adelantarlos por el flanco izquierdo, ahora les irían a la zaga.

Eran cerca de las cinco y media de la mañana, mientras Johnson intentaba decidir cómo proceder, cuando alzó la vista y vio al capitán Platt liderando a ocho fusileros de los marines por el bosque en dirección a él. Johnson respiró hondo con una sensación de alivio. Ahora la decisión no estaba en sus manos, y se alegraba de ello. A partir de entonces, estaba más que dispuesto a dejar que su capitán tuviera la última palabra.

En el lado opuesto de la cabeza de playa, el destacamento de McKinsty, compuesto por quince marines y cinco civiles, se movía con cautela hacia el este con las primeras luces del día, esperando recuperar parte del terreno que habían perdido después de abandonar el cañón de 75 mm.

A corta distancia de allí, la sección de McAlister, perteneciente a la Batería L, recorría la misma zona cuando detectó a cinco invasores arrastrándose hacia ellos por la playa. Media docena de rifles abrieron fuego al unísono y uno de los soldados enemigos cayó muerto. Los otros cuatro se escudaron detrás de una gran roca de coral, donde se vieron atrapados de inmediato por los disparos de los rifles.

McAlister miró por encima de la línea de marines apostados entre la rala maleza,

y sus ojos se clavaron en su «maestro constructor», Wiley Sloman.



«Eh, Sloman», dijo el teniente volviendo la cabeza, «intenta llegar al otro lado de esa roca», y señaló con un ademán a los soldados de primera clase Robert Stevens y Ernest Gilley. «Llévate a Stevens y Gilley contigo e intenta echar a esos japoneses de ahí».

Aprovechando el fuego de cobertura de sus compañeros, el trío bordeó la roca. Se produjo un rápido intercambio de disparos entre los tres marines y los cuatro invasores, y después el silencio. Sloman y los demás esperaron, pero no se apreciaba sonido o movimiento alguno al otro lado de la escarpadura.

«¿Qué ocurre?», gritó McAlister.

«No estoy seguro», respondió Sloman.

McKinstry y sus hombres llegaron en ese momento, y «Big Mack» evaluó la situación tras un primer vistazo. «Alguien tiene que trepar por esa roca y ver qué demonios hay detrás de ella», espetó McKinstry.

El musculoso artillero inició el avance él mismo, pero McAlister lo agarró del brazo y se lo impidió. «Que vaya otro», dijo el teniente.

«Lo haré yo, artillero», propuso el cabo William C. Halstead, uno de los marines más bajos —y normalmente uno de los más callados— de Wake. Halstead echó a correr por la playa y llegó a la roca por delante de Sloman y los demás. Se encaramó a ella y descerrajó un solo disparo que acabó con el único invasor vivo que quedaba.

Halstead, Stevens y Gilley regresaron a su línea sin más incidentes. Sloman, por el contrario, se vio atrapado por unos disparos de ametralladora que pudieron tener su origen en la unidad de Platt, que ahora cercaba la cabeza de playa enemiga desde el oeste. La unidad de Sloman ignoraba que los hombres de Platt estuvieran acercándose por el flanco opuesto y barriendo la zona situada frente a ellos con las ametralladoras de Johnson y McCalla.

Ahora, con unos veinticinco fusileros entre ellos, McAlister y McKinstry acometieron un avance lento y decidido hacia la posición en la que se hallaba apilado el principal contingente japonés. El enemigo había dispuesto de casi tres horas para atrincherarse, pero las tropas del grupo de desembarco se habían contentado con plantar banderas alrededor de los cañones inutilizados y no habían hecho prácticamente nada por afianzar su posición.



Hicieron gala de la misma falta de organización y preparación que los que estaban siendo aniquilados en ese mismo momento por la unidad del teniente Poindexter en Wake. Lo último que se esperaban los japoneses en Wilkes a primera hora de aquella mañana era una contundente respuesta estadounidense, y menos que se abalanzaran

sobre ellos por los cuatro flancos a un tiempo.

En la creciente luz que inundaba el oeste de la posición dominada por los japoneses, Platt congregó a sus hombres en un pequeño semicírculo para impartir una última sesión informativa antes de atacar. Eran sólo diecisiete, y poco más de un pelotón de fusileros, así que sabían que habría que esperar a abrir fuego hasta que se encontraran lo más cerca posible del enemigo.

«Nos centraremos en ese cañón de 75 mm», les indicó Platt. «Si destruimos la posición, la cabeza de playa japonesa se vendrá abajo. Debemos situar una ametralladora en cada uno de los dos flancos, como reza el manual, para que ofrezcan cobertura a los fusileros. Artilleros, apuntad bajo y seleccionad cuidadosamente vuestros objetivos. Johnny Mac, McKinstry y sus hombres se encuentran al otro lado de los japoneses y desde luego no quiero dispararles. Ahora cuerpo a tierra, no dejéis de avanzar, y sed lo más silenciosos que podáis. No disparéis hasta que yo dé la orden».

Dicho esto, Platt empezó a deslizarse sobre la arena y los demás lo siguieron de cerca.

Mientras, al este de la posición enemiga, McAlister y McKinstry también ordenaban a sus hombres que avanzaran. Sus fusileros mantenían un fuego continuado contra los japoneses, pero éstos contraatacaban con igual intensidad. Cuanto más se aproximaban los marines a los cañones, más bajas estadounidenses se producían.

Cuando se intensificó el tiroteo, el soldado de primera clase Jack Skaggs, de la Batería L, vio cómo la munición de armas ligeras impactaba por doquier y se cobraba un sangriento precio entre sus compañeros. Su homólogo Ernest Gilley se encontraba justo a su derecha cuando recibió un balazo mortal, y Skaggs estaba a diez metros del cabo Alvey Reed cuando éste cayó en un enfrentamiento con bayonetas. Momentos después, Skaggs vio a otro marinero al que conocía, el soldado de primera clase Clovis R. «Skinny» Marlowe, muerto sobre una roca con una bala atravesándole la sien.

Fuera del campo de visión de Skaggs, el cabo Halstead, el diminuto marine que había aniquilado al último invasor detrás de la roca, también resultó herido de muerte.

Pero los marines avanzaban con tenacidad, espoleados por los fieros gritos del batallador paisano de Skaggs, el soldado de primera clase Gordon «Gunny» Marshall, cuyo trabajo habitual era como encargado del telémetro de la Batería L. Otros fusileros de la línea ofensiva se sumaron al griterío, y sus voces llegaron a formar un estruendoso rugido que se impuso a los chillidos desafiantes de los invasores.

Este arrebató vocal, aunado a la implacable concentración de fuego de los marines, empezó a sembrar el pánico entre los invasores. Éstos se agazapaban con escasa o ninguna protección del terreno, lo cual los convertía en un blanco fácil.

Ahora Wiley Sloman se encontraba con un buen número de objetivos. Los japoneses se habían apiñado de tal manera que Sloman pensaba que, en caso de errar

el blanco, tenía iguales opciones de alcanzar a uno de los otros.

Armado sólo con una pistola automática del 45 y con la camisa llena de granadas, aparentemente ajeno a los hombres que caían a su alrededor, el artillero McKinstry corrió a lo largo de la línea de ataque como un toro embravecido. Estaba en todas partes a la vez, lanzando granadas, exponiéndose al fuego enemigo y profiriendo insultos contra cualquiera que a su parecer estuviese perdiendo el tiempo.

«¡Vamos, chicos, moveos! ¡Seguid avanzando u os juro por Dios que os pegaré un tiro en las posaderas!».

Segundos antes, Sloman había culebreado hasta una ligera depresión a unos cincuenta metros de la orilla. Desde allí tenía un buen ángulo respecto de la posición japonesa, y disparaba continuamente, vaciando tan rápido como podía los cargadores de cinco balas y encajando uno nuevo en su rifle al momento. Sloman vio de reojo al soldado de primera clase Bill Raymond, que había llegado al emplazamiento del cañón de 75 mm por el flanco derecho de Sloman y no dejaba de disparar con la rodilla hincada en la arena.

En aquel momento, los invasores se hallaban atrapados en un mortífero fuego cruzado. Varios cadáveres japoneses se amontonaban desordenadamente alrededor del cañón antiaéreo inhabilitado, y otros seguían cayendo con rapidez. Por increíble que pareciera después de los reveses y la incertidumbre vividos aquella noche, la cabeza de playa se desmoronaba con celeridad, y restaban sólo un puñado de invasores desperdigados entre los arbustos. Los marines estaban imponiéndose con una superioridad manifiesta en la batalla de Wilkes, pero era demasiado pronto para celebraciones.

Algunos japoneses continuaban devolviendo los disparos. Sloman podía oír las balas silbando a su alrededor, y dedujo que constituiría un blanco mucho más esquivo en su pequeña hondonada que en terreno abierto. Pero cuando oyó a McKinstry gritar a todo el mundo que siguiera avanzando, se levantó y echó a correr de nuevo.

Sloman no oyó el disparo que le alcanzó. Estaba moviéndose hacia la derecha, en cuclillas, cuando «una luz cegadora» explotó ante sus ojos. El impacto inicial no lo dejó inconsciente, pero sí aturdido. La fuerza del estallido lo hizo incorporarse y acabó cayendo de bruces.

En el seno de ese destello abrasador había una bala de 6,5 mm disparada por un rifle Arisaka, que abrió un agujero del tamaño de una moneda justo por encima de la sien derecha de Sloman y siguió una trayectoria de salida que le dejó una perforación de siete centímetros en el cráneo y salpicó su cerebro de fragmentos de bala y hueso.

Todavía le quedaba una bala en el rifle y se las apañó para disparar un último tiro y tirar del cerrojo para expulsar el cartucho, pero para entonces su brazo había quedado inmovilizado y no pudo sostener el arma a fin de devolver el cerrojo a su posición e introducir otra bala en la recámara.

Cuando el rifle se le resbaló entre los dedos, pudo sentir cómo se le bloqueaban los sentidos. El abrasador dolor había trocado en entumecimiento, pero ahora todo se tornaba oscuro y difuso. Lo último que oyó Sloman antes de sumirse en un estado de inconsciencia fueron los gritos del rebelde «Gunny» Marshall. En esta ocasión, los bramidos de Marshall parecían ir dirigidos a McKinstry.

«¡Eh, Mac, parece que Sloman ha caído! ¿Quiere su rifle?». Sloman recordaba vagamente que aquella mañana McKinstry había manifestado su deseo de contar con un rifle para complementar sus granadas y su pistola automática del calibre 45. Pero Sloman amaba tanto a su rifle como a sí mismo, y no estaba dispuesto a desprenderse de él, todavía no.

«¡Espera un minuto! Puede que necesite ese viejo Springfield». A Sloman le pareció haber murmurado esas palabras en voz alta, pero fue sólo un pensamiento silencioso y pasajero que se disolvió casi al instante en su maltrecho cerebro. Entonces, la playa, el coral, los disparos, el griterío, el rifle y todo lo demás se fundieron a negro. Momentos después, cuando el propio Marshall cayó herido de muerte por un disparo en la barriga de un japonés «muerto», Wiley Sloman flotaba ya en un averno del que ninguno de los presentes —él incluido— esperaba que volviera.

«Aunque caigáis todos y cada uno de vosotros», imploraba un oficial japonés herido a sus hombres mientras eran acribillados por el fuego estadounidense, «defended esta posición hasta que muera el último hombre^[30]». Segundos después, el oficial era víctima de una ráfaga de disparos.

Por unos momentos, el tiroteo alcanzó un *crescendo* ensordecedor, y luego se hizo el silencio. Cuando la última ametralladora enemiga fue acallada, la carnicería que rodeaba al cañón se convirtió en el escenario de un juego letal.

Platt descubrió a una docena de soldados atacantes agazapados detrás de un gran tractor utilizado anteriormente por los obreros para excavar fortificaciones. El vehículo se encontraba a poco más de diez metros de Platt y sus hombres, que lanzaron una lluvia de granadas e hicieron saltar por los aires a los invasores. Cerca de allí, más de una veintena de japoneses trepaban frenéticamente sobre los cadáveres de sus compañeros muertos y heridos intentando encontrar cobijo bajo una camioneta bombardeada que transportaba un reflector.



Mientras la unidad de Platt convergía en la devastada cabeza de playa enemiga desde el este, los supervivientes de McAlister arremetían contra el flanco derecho de los japoneses desde el oeste, y la unidad de McKinstry hizo lo mismo hacia el frente. Entretanto, Artie Stocks y los demás marines apostados en la zona de la laguna

llegaron a tiempo para atacar al enemigo desde el norte.

La carnicería que les aguardaba cuando se reunieron no se asemejaba a nada que hubiesen visto con anterioridad. En palabras de un corresponsal japonés que visitó el lugar más tarde, el claro que rodeaba el viejo cañón de 75 mm estaba cubierto de «montañas de cadáveres y ríos de sangre».

Pero entre los cuerpos hacinados, varios invasores seguían con vida y aún pretendían cumplir la orden de su difunto comandante.

Cargando con la misma ametralladora del calibre 30 que había arrastrado por media Wilkes, John Johnston se detuvo al borde del claro y se arrodilló exhausto. Frente a él se desplegaba una escena que desafiaba toda descripción. Docenas de japoneses muertos y heridos estaban apilados alrededor de la desvencijada camioneta. Un oficial muerto, con la cabeza y el casco parcialmente destrozados por la acción de una granada estadounidense, sostenía aún su pistola y su espada. Cerca de allí yacía un soldado enemigo con la mitad inferior del rostro despedazada.

Pero también era obvio que no todos en aquel embrollo sangriento de humanidad estaban muertos o indefensos. Johnson pudo ver con claridad cómo se movían algunos cuerpos. Ello le hizo sentirse incómodo y no dejó de apuntarles con su ametralladora.

Mientras Johnson observaba con desconfianza apostado detrás de su arma, vio al soldado Severe R. Houde, uno de los miembros de la Batería F, llegar al lugar.

«Será mejor que te agaches», dijo Johnson.

Houde sonrió. «Esos japoneses no me pueden disparar», contestó.

Como si se tratara de una reacción a sus palabras, se oyó un disparo de rifle que llegaba desde la camioneta y la cabeza de Houde explotó.



«Le acertaron directamente entre los ojos», relataba Johnson. «Nunca supo quién le había disparado».

Casi en ese mismo instante, una granada enemiga estalló justo a la derecha de Johnson y le roció la mejilla con fragmentos de coral. Al darse cuenta de que había esperado demasiado a hacer lo que debería haber hecho desde el principio, el cabo centró la camioneta en la mira de su arma y abrió fuego.

Posteriormente, Johnson recordaba con parsimonia la escena que se desarrolló ante él mientras vaciaba su ametralladora:

«Mantuve apretado el gatillo y observé cómo las balas se dirigían adónde yo quería, realizando pequeños movimientos con la mano para corregir el ángulo cuando era necesario. Me di cuenta de lo inclementes que eran mis disparos cuando los japoneses empezaron a gritar. Sus cuerpos se estremecían y se contorsionaban y agitaban los brazos y las piernas en el aire. De izquierda a derecha, intenté acribillar metódicamente a todo cuerpo japonés visible, y cuando las balas trazadoras me indicaban que los cuerpos situados a la derecha habían sido alcanzados, repetía el proceso a la inversa».

Cuando a Johnson se le agotó la munición y dejó de disparar, los fusileros de los marines salieron en tropel con sus bayonetas en ristre.

«Aseguraos de que los muertos realmente lo están», gritó el artillero McKinsty. Sus hombres hicieron cuanto pudieron por acatar su orden, pero aun así se cometieron algunos errores terribles.

Ahora que la resistencia enemiga parecía haber sido aplastada, el soldado de primera clase Henry Chapman había puesto el seguro a su rifle mientras exploraba un tramo de arbustos cerca de la playa sur. Chapman, nacido en Maryland y uno de los miembros de la Batería L que habían abandonado sus cañones de 120 mm para servir en la infantería, también era uno de los pocos marines sin bayoneta en su rifle. Pero no pensaba en eso cuando vio lo que parecía un soldado enemigo muerto en la playa y se acercó para indagar.

El compañero de Chapman, Artie Stocks, caminaba uno o dos pasos por delante de él cuando Stocks oyó un terrible grito y se dio media vuelta. Entonces vio a un sargento japonés saltar desde la maraña de cuerpos y atacar a Chapman con una bayoneta. Stocks le disparó un segundo antes de que atravesara a Chapman con la cuchilla.

Stocks decía no recordar nada de lo sucedido inmediatamente después. Chapman y otros testigos, no obstante, aseguraron haber visto a Stocks aproximarse deliberadamente al invasor caído, plantarle el pie en el bajo vientre, dispararle por segunda vez a quemarropa, y propinarle un puñetazo en el pecho a la vez que gritaba cual Tarzán.

«Maldita sea, Artie, estás como una cabra», dijo Chapman con voz temblorosa. «Pero si algún día gano un millón de dólares, tú te llevarás la mitad. Acabas de salvarme la vida».

Preguntado acerca del auténtico devenir del incidente, Stocks sonrió y se encogió de hombros. «Francamente, no tengo ni idea», decía. «Sólo sé lo que la gente me contó más tarde y que todos estábamos sometidos a muchas emociones por aquel entonces. Pero sí disparé a aquel hijo de puta, y creo que fue el último japonés que murió en Wilkes aquel día».

Salvo por dos prisioneros heridos a los que Platt ordenó mantener con vida para someterlos a un interrogatorio, todos los japoneses que pusieron un pie en Wilkes desde el comienzo de la invasión iniciada cuatro horas antes habían perdido la vida.

«Bien, hemos fortificado la isla», dijo Platt tranquilamente mientras miraba a su alrededor, primero a la montaña de cadáveres enemigos y después a sus aturdidas y harapientas tropas. «Buen trabajo, chicos».

Durante las dos horas siguientes, al tiempo que los marines rastreaban la isla en busca de posibles rezagados se contabilizaron 94 cuerpos enemigos, y es probable que otros se perdieran en el mar. Ocho miembros del mando de Platt habían muerto en la defensa de Wilkes, y media docena más habían sido heridos. Además de una herida en su rostro despellejado, John Johnston presentaba una lesión en el brazo

derecho provocada por un arma de tiro rápido, y el casco de Artie Stocks estaba lleno de sangre a causa de un fragmento de metralla de dimensiones considerables que le arrancó parte de la cabellera antes de incrustarse en el bajío que se alzaba detrás de él.

«No sé qué era aquel trozo de metralla, pero sé exactamente de dónde salió», decía Stocks. «El metal llevaba impresas las palabras “fabricado en Ohio, Estados Unidos”».



Sin embargo, el herido más grave fue con diferencia Wiley Sloman. A duras penas se aferraba a la vida, pero nadie se dio cuenta hasta que el enemigo fue derrotado.

Con su mano derecha, Sloman tocó con cuidado el coral sobre el cual estaba tendido. Era duro y áspero, pero le tranquilizaba el mero hecho de saber que todavía podía sentir algo. Era incapaz de abrir el ojo izquierdo por culpa de la sangre seca, pero con el derecho pudo distinguir los destrozos que había sufrido en el hombro. Entonces oyó la tenue voz de su amigo Bill Raymond. Parecía llegar desde un lugar muy distante, pero en realidad Ray se encontraba inclinado sobre él, con la cara a escasos centímetros de la de Sloman.

«¡Eh!», exclamó Raymond. «Sloman sigue con vida. ¡Traed un médico!».

Otras facciones se materializaron en la neblinosa oscuridad, y Sloman reconoció al farmacéutico de tercera clase Ernest C. Vaale, un joven alto y rubio de Minnesota de origen escandinavo y uno de los ocho sanitarios de la Armada destinados a Wake. Sloman había visto varias veces a Vaale aquella mañana, ya que el sanitario desarmado se expuso repetidamente al fuego enemigo para atender a los heridos. Ahora hacía lo mismo por Sloman; le levantó la cabeza y la volvió con suavidad, lo suficiente para limpiar la pólvora blanca que asomaba en la herida y colocar una venda sobre la enorme cavidad que se apreciaba en el cráneo de Sloman.

«Está bastante mal, ¿verdad?», farfulló Sloman.

El médico se mordió el labio. «Estate quieto e intenta no moverte. Te pondrás bien».

«No podría hacerlo aunque quisiera», susurró Sloman. Todo empezaba a desvanecerse una vez más. «¿Qué ha ocurrido con los japoneses?».

«Han muerto todos menos dos, y los han hecho prisioneros», respondió Vaale. «Hemos salvaguardado la isla».

Sloman sonrió y cerró los ojos. «Eso está bien», dijo, o al menos creyó haberlo dicho. «¿Significa que ya podemos irnos a casa?».

«Hubiese preferido morir luchando».

Aparte de los que ocupaban la zona inmediata al puesto de mando y la línea de Potter, los marines de la Batería A, liderada por el teniente Barninger, y la Batería E, por su homólogo Lewis, ambas destacadas en Peacock Point, fueron las primeras unidades que recibieron la orden del comandante Devereux para que dejaran de disparar y destruyeran sus armas.

Se embutieron unas tiras de ropa de cama en la boca de los cañones de 120 y 75 mm y se dispararon para destruir el tubo. Entonces, para evitar sorpresas, se introdujeron varias granadas y se hicieron estallar. Todos los cables fueron cortados y todos los percutores destruidos.

Los hombres de Lewis utilizaron veinte disparos de pistola para asegurarse de que su telémetro y altímetro quedaban en un estado irreparable. Una de las balas rebotó y alcanzó al sargento Robert Box, que no acusó lesiones lo bastante graves como para impedirle maldecir los avatares del destino. No había sufrido un solo rasguño a lo largo de dieciséis días de ataques y salía herido en un insólito accidente cuando los combates habían tocado a su fin.

Cerca de allí, el cabo Frank Gross, que capitaneaba cuatro ametralladoras del calibre 50 en Peacock, también recibió una llamada del puesto de mando de Devereux que anunciaba las mismas instrucciones desalentadoras: alto el fuego. Destruyan todas las armas. La isla será entregada.



«Éramos uno de los pocos puestos que todavía seguía en contacto con Devereux», señalaba Gross. «No me lo creía cuando llegó un hombre corriendo y me dijo que habíamos capitulado, así que ordené a alguien que llamara dos veces para asegurarse, pero en ambas ocasiones escuchamos la misma consigna».

Al igual que decenas de marines en Wake, el soldado de primera clase Clifton Sanders, uno de los artilleros que servían a las órdenes de Gross, no se sentía con ánimo para tirar la toalla. «Estaba preparado para lo peor, pero no para abandonar», decía Sanders. «Utilicé mi ametralladora del calibre 50 hasta que se agotó la munición. Luego pasé a una del calibre 30 montada en la playa y continué disparando».

Cuando se reiteró la orden de rendición, la máxima preocupación de Sanders era impedir que los japoneses utilizaran las ametralladoras que ellos dejarían atrás. Quitó

el percutor a tantas ametralladoras como pudo y lo arrojó bien lejos.

Una vez inutilizadas las ametralladoras, Gross reunió a sus cuatro dotaciones de artillería —una docena de hombres en total— y se dirigieron hacia la batería de 120 mm, pero no encontraron a nadie allí cuando llegaron. Algunos treparon hasta la torre de mando y echaron un vistazo, pero no vieron un alma. Todo apuntaba a que los hombres de Barninger y Lewis ya habían llegado a la zona del puesto de mando y se habían rendido.

Gross y los demás ataron una camiseta interior a un palo y prosiguieron su camino. Entonces, seis u ocho japoneses se acercaron y empezaron a gritarles y a pincharles con las bayonetas. Los agruparon, les aherrojaron las manos con alambres y les apuntaron con una ametralladora. Gross estaba seguro de que él y sus hombres serían acribillados en cuestión de segundos. «Maldita sea», se dijo, «si esto va a terminar así, hubiese preferido morir luchando».

Durante la hora siguiente, Gross y los otros estadounidenses aguardaron sin poder hacer nada, contemplando el cañón de la ametralladora y esperando que empezara a escupir balas en cualquier momento. «Estaba decidido a ver lo cuando ocurriera», recordaba Gross. «Supongo que es lo único que me hacía seguir adelante».

Los disparos mortales nunca llegaron.



Cuando el grupo de Devereux se acercaba con cautela a la posición del teniente Hanna, al sur del aeródromo, descubrió que el terreno estaba cubierto de cadáveres enemigos. Varias docenas de supervivientes japoneses se habían cobijado en los terraplenes protectores al borde de la pista, donde parecían conformarse con inmovilizar a los defensores con un torrente de disparos de rifle e intentar que se diesen por vencidos. Por el número de cuerpos que salpicaban el paisaje, era fácil comprender por qué los japoneses no estaban ansiosos por atacar la posición del cañón.

Dos tenientes japoneses habían tomado el mando de la misión de rendición. Uno hablaba un inglés razonablemente bueno y era comunicativo y amigable. El otro también entendía el idioma pero hacía gala de una conducta silenciosa y hostil y realizaba gestos amenazadores con una enorme espada samurai. Vieron cómo Devereux se encaramaba a uno de los terraplenes y gritaba a la posición:

«¡Soy el comandante Devereux! ¡La isla ha sido entregada! ¡Dejen de disparar y tiren las armas!».

No hubo respuesta desde el cañón, tan sólo un inquietante silencio. Devereux repitió la orden, pero la reacción fue igualmente nula. Entonces, cuando el comandante se dirigía a paso lento hacia el cañón de 75 mm, se asomó un puñado de marines andrajosos y ensangrentados. Devereux reconoció a duras penas al comandante Putnam. Había recibido un disparo en la mandíbula, y gran parte de su

rostro era una mancha de sangre.

«Jimmy, lo siento», masculló un aturdido Putnam. «El pobre “Hank” ha muerto».

El capitán Henry Elrod yacía boca arriba en el nido de ametralladora con los ojos abiertos, la rebeldía congelada en su rostro y asiendo una granada en la mano. Los cuerpos de los civiles Paul Gay y Bob Bryan descansaban cerca de allí. De los veintiséis hombres que habían defendido la posición durante más de seis horas en unas condiciones harto desfavorables, dieciséis habían perecido. De los diez que seguían con vida, nueve estaban heridos. Hanna y el cabo Holewinski habían sufrido unas heridas tan graves que no podían andar por sí solos y tuvieron que ser sacados de allí por los japoneses. Sólo el capitán Tharin, del VMF-211, salió incólume.



Los soldados enemigos apartaron a Putnam, Tharin y Hanna de los reclutas y dejaron a ambos grupos bajo custodia mientras Devereux y los demás se encaminaban al Campamento Uno.

Como una mancha que se propaga lentamente, la noticia de la capitulación se extendió al resto de Wake aquella misma mañana. Casi en cada alto en el camino, Devereux, el sargento Malleck y el grupo de soldados japoneses y prisioneros estadounidenses que los acompañaban se encontraron con la misma consternación, incredulidad y rebeldía entre los marines.

Cuando se aproximaban al contingente de reserva del teniente Poindexter, éste reparó en la bandera blanca y dio por supuesto que el enemigo al que su unidad había estado azotando durante las últimas dos horas se había rendido. Poindexter salió de entre los arbustos con los bolsillos rebosantes de granadas, una pistola automática del calibre 45 adosada a la cadera y un Springfield en ristre. Llevaba la cara embadurnada de un ungüento de color negro por las quemaduras que había sufrido durante el enfrentamiento, pero también mostraba una amplia sonrisa al recorrer la carretera en dirección al grupo que acababa de claudicar.

Cuando asumió la inconcebible realidad, la sonrisa de Poindexter desapareció. Se quedó boquiabierto mientras miraba alternativamente a Devereux y la bandera blanca. Como sabían quienes habían luchado junto a él, llegada la hora del combate las maneras por lo común pausadas y reflexivas del teniente daban paso a una sorprendente dureza sin cuartel cimentada en una firme ideología. Utilizaban términos como «brillante», «inspirador» e «interesado en la gente» para describir a Poindexter. «Era demasiado optimista», recordaba más tarde el cabo Cyrus Fish, «para que se le pasara por la cabeza que podía perder».

Conocido entre los demás oficiales como «una persona muy cerebral», Poindexter disfrutaría de una segunda y dilatada carrera como catedrático de ciencias políticas tras retirarse de los marines, pero aquella mañana era un guerrero de pura cepa. La conmoción, la negación y la furia se arremolinaban en sus ojos al mirar a su

comandante.



«Suelte su rifle, teniente», indicó Devereux. «Se nos ha ordenado que nos rindamos. Diga a sus hombres que se levanten y dejen las armas en el muelle».

Durante un largo momento, Poindexter permaneció inmóvil, y todos los estadounidenses allí presentes pudieron percibir su lucha interior mientras buscaba una respuesta en su mente. Al final, dejó caer el rifle al suelo, se desabrochó el cinturón y también lo soltó. Cuando sacó las granadas del bolsillo, algunos japoneses se echaron atrás, pero Poindexter las depositó cuidadosamente en el suelo junto a las otras armas y se alejó.

Entonces meneó la cabeza, chasqueó los dedos y farfulló unas palabras en voz baja. Devereux creyó entender que el último comentario del teniente fue: «Ah, maldita sea». Otros situados cerca de él interpretaron algo distinto.

En el Campamento Uno, la bandera estadounidense todavía era mecida por el viento desde el depósito de agua, donde fue trasladada después de que los aviones enemigos derribaran el asta. En un lugar u otro, las barras y estrellas habían ondeado en todo momento sobre Wake, día y noche, desde la mañana del 8 de diciembre.

Cuando los soldados japoneses del incipiente grupo de rendición vieron la bandera, varios de ellos echaron a correr, gritando, lanzando vítores y compitiendo por el privilegio de retirarla.

Con la punzante bayoneta de un guardia en la espalda y las manos en alto, Devereux estudió con desazón las expresiones tristes de los marines mientras un soldado del contingente de desembarco escalaba el depósito de agua. El comandante notó cómo se forjaba una potencial calamidad. Los ojos de los marines estaban enrojecidos, sus puños apretados y sus corazones latiendo con tal fuerza que ya no les importaba qué pudiera ocurrirles. Devereux sabía que algunos de ellos estaban peligrosamente cerca del «insensato momento en que un hombre se enfrenta a un arma con las manos desnudas».

«¡Quietos!», gritó Devereux. «¡No perdáis la cabeza!».

De algún modo, se forzaron a acatar la orden. Observaron en silencio mientras el exultante invasor arriaba sus colores, los introducía en una mochila de camuflaje y descendía del depósito con su premio.

Pero los miembros del grupo de Devereux no eran los únicos estadounidenses que presenciaron aquel espectáculo desgarrador. El depósito de agua era, con diferencia, la estructura más elevada de Wake, y defensores repartidos por toda la isla principal —tanto los que se habían rendido como los que todavía no lo habían hecho— pudieron ver con absoluta claridad lo que estaba aconteciendo. Pocos consiguieron olvidarlo.

Para el sargento Walter Bowsher, que observaba maniatado e indefenso, aquel

momento demoledor jamás encontraría parangón en las seis décadas siguientes. Cuando vio a los japoneses retirar la bandera aquel día, lo describió como «el peor momento» de su vida.

El sargento de sección Dave Rush, capitán de una de las dotaciones de artillería destacadas en Peale, que había llegado a Wake para ocuparse de una ametralladora en la línea defensiva del comandante Potter, desconocía la rendición cuando vio a los japoneses sobre el depósito de agua. Rush, conocido como una persona afable — sobre todo para tratarse de un capitán de artillería—, pronto situó al soldado enemigo en su punto de mira. Por suerte, se contuvo el tiempo suficiente para ver al grupo estadounidense aproximándose.

Desde otro nido de ametralladora situado al oeste del Campamento Uno, cerca del canal de Wilkes, el sargento de artillería John Cemeris también contemplaba la figura encaramada al depósito. Cemeris, el musculoso producto de un turbulento barrio ruso-polaco del sur de Chicago, era, casi sin lugar a dudas, el único hombre de Wake que había servido en tres ramas militares distintas en Estados Unidos: primero en el Ejército, luego en la Armada y finalmente en los marines.

En su calidad de suboficial que a menudo llevaba a Devereux a recorrer el atolón en sus salidas de inspección, Cemeris jamás habría ignorado una orden del comandante. Pero, como Rush, desconocía la rendición, y también tenía una cuenta pendiente con los japoneses. Su mujer y su hija de diez meses se alojaban en Hickam Field, en Hawai, cuando se produjo el ataque a Pearl Harbor. Hickam había sufrido graves daños, y el sargento no tenía modo de saber si su familia estaba viva o muerta. Había estado pensando en ellas momentos antes, mientras rociaba un bombardero japonés que volaba a baja altura con balas trazadoras del calibre 30.

Según cuentan algunos, Cemeris había salpicado el avión atacante de balas y sonrió cuando el aparato se alejó echando humo. Devereux afirmaba haber visto al avión deshacerse de sus bombas sobre el océano y luego se enteró de que finalmente se había estrellado. El comandante lo describió como «una hermosa andanada».

Sin embargo, J. J. Coker, el joven auxiliar de artillería de Cemeris, que permaneció detrás de la ametralladora junto al sargento toda la mañana, contaba una historia diferente. Según Coker, en ningún momento vio el Browning del calibre 30, un arma diseñada para la defensa de tierra, alcanzar de pleno al avión enemigo. «El japonés nos sobrevoló en varias ocasiones, y Cemeris disparó en todo momento, pero no vi que ninguna de las balas alcanzara realmente al avión», señalaba Coker.

No obstante, mientras los japoneses conducían a sus cautivos hacia el canal de Wilkes apuntándoles con sus bayonetas, Devereux y Poindexter lideraban una carrera desesperada hacia la posición de Cemeris para decirle que dejara de disparar. Entretanto, Cemeris estaba planteándose seriamente probar su puntería con el invasor que estaba escalando el depósito de agua.

«Estoy seguro de que puedo abatir a ese hijo de puta», dijo el sargento a Coker, entrecerrando los ojos mientras situaba al escalador en su punto de mira.

La idea puso a Coker los nervios de punta. El joven de veintidós años, oriundo del extremo norte de Texas, había llegado a Wake como trabajador de la cantina, y unos días antes había pasado voluntariamente a servir en la ametralladora. Había cargado una caja tras otra de munición a lo largo de la playa e incluso había disparado unas cuantas balas, pero ahora se apoderaba de él un presentimiento nada halagüeño. Aunque en aquel momento no sabía que su mejor amigo, Paul Gay, había muerto aquella misma mañana defendiendo el cañón de 75 mm del teniente Hanna, Coker notaba que a los estadounidenses de Wake se les agotaba el tiempo rápidamente. Lo último que quería era tentar al destino.



Coker había visto un grupo de japoneses avanzando hacia la posición de la ametralladora, y tenía la sensación de que ahora debían de andar bastante cerca. Supuso que a lo sumo le quedaban cinco minutos de vida, o menos en caso de que Cemeris abriera fuego contra el depósito.

«Sargento», dijo Coker, «antes de que dispare a ese tipo, ¿por qué no me deja arrastrarme hasta esos arbustos que tenemos detrás para ver si hay japoneses más cerca de aquí?».

Cemeris miró a Coker y frunció el ceño. «De acuerdo», gruñó. «Eche un vistazo, pero rápido».

Coker no pudo armar más jaleo —«Parecía un elefante en una cacharrería cuando me abrí paso entre aquellos arbustos»— y en aquel momento oyó a alguien gritar: «¡Eh, tú! ¡Levántate y sal con las manos sobre la cabeza!».

Coker obedeció y entonces vio al grupo de Devereux acercándose. «Nunca me he sentido tan aliviado», decía más tarde. En sus tareas como camionero, al soldado de primera clase «Ed» Borne le gustaba operar allá donde fuese requerido y no permanecer adscrito permanentemente a ninguna unidad en particular. La desventaja de su trabajo era que podía encontrarse solo y apartado del resto de la guarnición en momentos cruciales. La mañana del 23 de diciembre fue uno de esos momentos.

Borne se encontraba en la posición de un reflector cerca del Campamento Uno cuando comenzó la invasión, pero en el momento en que se intensificó el combate, buscó refugio en un cráter de bomba situado cerca de la maleza. Poco después de amanecer, oyó intensos tiroteos al norte y al oeste que iban aproximándose cada vez más. Pronto, Borne detectó a soldados japoneses replegándose desordenadamente entre los matorrales. Se dio cuenta de que la reserva móvil de Poindexter estaba empujando a los invasores directamente hacia él y de que se encontraba en una posición ideal para interceptarlos. Borne ocupaba su flanco izquierdo y podía oírlos con nitidez al abrigo de la maleza.

Borne llevaba una docena de granadas de mano prendidas a los ocales para que no dificultaran su movilidad. El rifle estaba cargado y tenía dos bandoleras y una canana

de munición. Se sentía en buena forma para causar daños.



«Tenía el gatillo apretado, pero me abstuve de disparar y revelar mi posición hasta que los japoneses estuvieran tan cerca que no hubiera posibilidad de error», relataba después. «Estaba seguro de que no sobreviviría más que unos minutos, pero conservé la calma. Casi podía sentir la presencia de Dios y no me preocupaba lo que fuera a ocurrirme».

Entonces, dijo Borne, oyó un grito detrás de él, y al volverse vio a Devereux. «Llegó gritando: “¡Soltad las armas! ¡Hemos entregado la isla!”. No me lo podía creer. Yo no quería rendirme. Jamás deberíamos haberlo hecho».

Oculto en un pozo de tirador cerca de la playa sur de Wake con otros tres civiles, John Rogge, de Idaho, también había abandonado cualquier plan de futuro a largo plazo. Cuando estalló la guerra, Rogge había cambiado su trabajo de oficinista por el manejo de un reflector, y cuando éste fue destruido, pasó a llenar sacos de arena. Ahora no había nada que hacer más que agacharse y esperar el final, fuera el que fuese.

Los proyectiles de un acorazado japonés estallaban alrededor del refugio, y Rogge aguardaba tan estoicamente como podía el impacto directo que estaba convencido de que acabaría por llegar. Para empeorar las cosas, el pozo estaba anegado de agua.

«Después de todas las bombas que nos habían lanzado, creímos que cuanto más excaváramos en el coral, mejor», decía Rogge. «Pero nos excedimos tanto que empezó a filtrarse el agua del mar. Estábamos mojados y abatidos, pero era mejor que esperar fuera. Aquellos proyectiles estaban sacudiendo toda la maldita isla».

Mientras contemplaba su destino, una mosca pasó rozándole la oreja y se zambulló en el charco de agua en el que se cobijaba Rogge. La mosca pugnó por escapar de allí, pero no acertaba a liberarse. Al cabo de unos momentos parecía estar ahogándose, y Rogge se sorprendió observando atentamente los apuros del insecto. Al principio, lo consideró una distracción momentánea de las explosiones, pero paulatinamente fue convirtiéndose en algo con mayor significado, como si el sino de la mosca y el de Rogge estuviesen conectados de algún modo.



«En cualquier otro momento, si hubiese prestado alguna atención a la mosca, probablemente la habría aplastado con la mano», decía Rogge. «Pero, por el contrario, extendí el brazo, la saqué del agua y la solté. Y recuerdo que pensé: “De acuerdo, pequeño bastardo, supongo que anhelas vivir tanto como yo, así que lárgate de aquí”».

Al poco se acallaron las explosiones. Unos minutos después, cuando Rogge y los

demás recibieron la noticia de la rendición, supo cómo se sintió la mosca cuando la puso en libertad.

A primera hora de la tarde, Devereux y su grupo habían llevado poco a poco su mensaje de rendición a lo largo de la franja sur de Wake, pasando por el extremo occidental de la isla. Otro grupo de japoneses había conducido a Cunningham por la franja norte de Wake hasta llegar a Peale, e hicieron correr la voz y recogieron a algunos prisioneros sobre la marcha.

Cuando llegó al estrecho canal que separaba Wake de la isla de Wilkes, donde suponía que el enemigo había tomado el control absoluto durante horas, Devereux dio por hecho que su desalentadora misión había tocado a su fin. Sin embargo, conoció la realidad cuando sus captores le indicaron que se dirigiera hacia el muelle, donde estaba amarrada una lancha.

«Debemos cruzar el canal y organizar la rendición de la otra isla», le anunció el más simpático de los dos tenientes japoneses.

Sólo entonces comprendió Devereux lo equivocado que estaba acerca de la situación en Wilkes. Ahora, mientras miraba hacia el agua, se dio cuenta de que probablemente existían pequeñas bolsas de defensores que seguían resistiendo. Otro motivo de preocupación era la barcaza cargada de dinamita que continuaba anclada en el canal, y creyó que lo único inteligente que cabía hacer era mencionárselo a sus captores. Esto demoró un poco más la travesía hacia Wilkes.

Mientras tanto, el capitán Platt y sus marines todavía intentaban abrirse paso hacia el canal, con la esperanza de reanudar los combates, totalmente ajenos al hecho de que habían finalizado horas antes.



Después de explorar la isla palmo a palmo y de no hallar japoneses vivos, más que los dos prisioneros, los hombres de Platt hicieron lo que estuvo en su mano a fin de prepararse para otra oleada de invasores. Platt ordenó que les vendaran las heridas a sus cautivos, les ofreció zumo de pina y galletas, y luego intentó interrogarlos, empleando fundamentalmente gestos y lenguaje de signos. Sus respuestas no denotaban que tuvieran conocimiento alguno sobre otros intentos de desembarco previstos para Wilkes, pero Platt no estaba convencido. Todos los oficiales enemigos desplegados en Wilkes habían caído, y los cautivos eran meros reclutas, que probablemente ignoraban los planes de sus comandantes. Platt creía que un segundo desembarco era una posibilidad nada desdeñable.

Asimismo, algunos de sus hombres también alentaron a Platt a cruzar el estrecho canal que los separaba de la isla principal para tratar de prestar ayuda a los marines de Wake. «No había embarcaciones a nuestro lado del canal», recordaba Artie Stocks, «pero era bastante estrecho —tenía unos dieciocho o veinte metros de ancho— y algunos de nosotros podríamos haberlo vadeado y haber robado una si hubiese sido

necesario».

Con sus cañones inutilizados, Platt ordenó a sus hombres que avanzaran hacia el sureste y establecieran una línea defensiva entre las escarpadas rocas que presidían la playa en la orilla occidental del canal. Desde allí creía que podrían recibir a una nueva oleada de invasores cuando éstos llegaran a la playa y hacerlos retroceder hacia el mar. En caso de que las circunstancias así lo permitieran, también tendrían la posibilidad de llegar a Wake y unirse al combate.

Sin embargo, mientras ellos trataban de emprender esta acción, la guarnición de Wilkes se veía acosada de manera más o menos constante desde antes de las ocho de la mañana y hasta primera hora de la tarde por aviones de ataque llegados desde los barcos japoneses. En un esfuerzo por mantener alejados a los Zero y los bombarderos, los marines reemplazaron algunas de las banderas japonesas que habían retirado. Pero para entonces, los aviones enemigos, que volaban a baja altura, habían localizado a los estadounidenses concentrados cerca de la vieja cabeza de playa japonesa y sus pasadas eran constantes. Aunque todas las banderas hubiesen seguido ondeando, los comandantes enemigos probablemente se habrían dado cuenta de que algo había ido terriblemente mal en Wilkes y de que era preciso más personal para superar a los defensores allí desplegados.

El soldado de primera clase Robert Stevens fue víctima de una bomba enemiga durante los persistentes ataques aéreos, y se convirtió en el noveno marine que fallecía en Wilkes ese día y en la última baja estadounidense en la batalla de Wake. Por lo demás, las docenas de bombardeos de los aparatos japoneses no infligieron bajas, pero causaron estragos entre las ya maltrechas baterías de Wilkes y obligaron a los defensores a mantenerse a cubierto, lo cual frustró drásticamente sus intentos de despliegue.

No bien se interrumpieron los ataques de los aviones, Platt advirtió que varios destructores japoneses se acercaban peligrosamente. Uno de ellos se encontraba a menos de dos kilómetros de la costa y otros dos a unos cuatro kilómetros, casi a bocajarro de sus cañones pesados.

Platt llamó por teléfono al teniente McAlister y le indicó que enviara una dotación de artillería a la Batería L para intentar abrir fuego contra los destructores. Pero McAlister telefoneó de nuevo unos minutos después para informar de que los cañones de 120 mm habían sufrido desperfectos irreparables.

Alentado por la adrenalina, sus reservas de resistencia y una condición atlética de la que carecen la mayoría de los individuos, el capitán echó a correr hacia las baterías de 75 mm para comprobar su estado. Por desgracia, descubrió que habían quedado inutilizadas por las razias aéreas.

«Traiga a los hombres de vuelta», exhortó a McAlister a su regreso. «Tendremos que luchar en la playa».

Debido al azote aéreo que habían sufrido, ninguno de los marines de Platt había llegado al canal cuando Devereux, Malleck y unos treinta japoneses se montaron en

la lancha motora y partieron hacia Wilkes. Devereux sudaba profusamente por el calor vespertino, las presiones acumuladas durante los últimos dieciséis días y la pesadilla de seis horas a la que ahora pretendía poner fin. El hecho de saber que los marines de Wilkes seguían resistiendo no hizo nada por aliviar el dolor que le causaba el curso que habían de seguir los acontecimientos.

«¡Soy el comandante Devereux!», gritó. «¡Hemos entregado la isla! ¡Depongan sus armas!».

No se produjo sonido o movimiento alguno entre las rocas y la maleza de Wilkes. Faltaban unos minutos para las dos del mediodía cuando la lancha alcanzó la orilla opuesta del canal. Los japoneses se aseguraron de que Devereux y Malleck tocaban tierra muy por delante de ellos.

Devereux gritó de nuevo. «¡Hemos entregado la isla! ¡No intenten ningún truco!».

El comandante miró en derredor. Los únicos signos apreciables de vida eran los barcos japoneses fondeados cerca de la costa y varias lanchas de desembarco encaminándose hacia la orilla. Ciertamente, los japoneses estaban a punto de llevar a cabo un segundo desembarco, pero en esta ocasión los marines de Wilkes no estarían en condiciones de hacer nada al respecto. Con Devereux y Malleck portando la bandera a la cabeza del grupo, avanzaron lentamente por la playa. Manifiestamente nerviosos, los japoneses los seguían a cierta distancia con el dedo en el gatillo de sus rifles.

El destructor enemigo más próximo abrió fuego de repente. Devereux vio un destello de luz y el estallido de un proyectil al borde del agua. Segundos después, un segundo artefacto impactó en la playa, más cerca en esta ocasión. El grupo de rendición obviamente era el objetivo. Los artilleros del destructor habían visto la barca cruzando el canal, pero estaban demasiado lejos para distinguir la bandera blanca.

Malleck y Devereux se resistieron al impulso de echarse al suelo y siguieron caminando en línea recta. Devereux miró al teniente japonés, que blandía una espada, pero ni él ni Malleck pronunciaron palabra. Cuando el teniente japonés se agachara también lo harían ellos, pero no antes, se juró Devereux a sí mismo.

«Seguimos andando», decía. «El tercer proyectil cayó a quince metros de nosotros. Si por mí fuese, me habría metido en un agujero. Estoy seguro de que el sargento Malleck deseaba lo mismo, pero no dejamos de caminar. Estábamos asustados, pero no podíamos demostrárselo a los japoneses».



Finalmente, el teniente japonés pidió a todos que se pusieran a cubierto y ordenó a un operador que ordenara el alto el fuego al destructor. Cuando éste recibió el mensaje y cumplió la orden, el grupo de rendición retomó su avance. A intervalos, Devereux dictaba de nuevo su orden de alto el fuego y se esforzaba por escuchar

alguna respuesta por encima del rumor omnipresente del oleaje.

Nada. Todo indicaba que Wilkes era una isla fantasma, tan deshabitada como el día en que el teniente Charles Wilkes le dio su nombre y zarpó. Devereux no dejaba de preguntarse si los estadounidenses y los japoneses que habían combatido allí se habían aniquilado por completo.

El capitán Wesley Platt estaba furioso. Sabía que en cualquier momento llegarían más tropas enemigas a la costa, pero por culpa de aquellos malditos aviones japoneses, sus extenuados soldados no estaban en posición de interceptarlos. Sus hombres eran zombis cansados y hambrientos, con la mirada vacía, pero sabía que todavía eran capaces de luchar, y de hacerlo bien. Después de lo que habían soportado durante las últimas once horas y la victoria que habían cosechado, Platt creía que aquellos hombres podían hacer cualquier cosa.

Estaba examinando los dos Colt del calibre 45 que llevaba enfundados en el cinturón cuando oyó la llamada de un fusilero.

«¡Eh, capitán! ¡Se acerca alguien por la carretera!».

«De acuerdo», respondió. «Mantengan sus posiciones y no disparen hasta que puedan verificarlo».

Los hombres de Platt permanecieron inmóviles, con sus rifles en ristre, mientras el capitán se acercaba lentamente a terreno abierto y divisaba por primera vez la bandera blanca y un numeroso grupo de japoneses uniformados. Al principio no reconoció a Devereux, ni siquiera después de oír al comandante gritar: «¡Depongan sus armas! ¡Depongan sus armas! ¡La isla ha sido entregada!».

«¿Qué está pasando aquí?», preguntó Platt.

«Nos hemos rendido», dijo Devereux.

«¿Quién demonios le ha dado esa orden?», inquirió Platt.



«Yo, el comandante Devereux. ¡Y ahora dejen sus armas! ¡La isla ha sido entregada!».

Nadie sabe con seguridad cuán cerca estuvo Wesley Platt del motín durante los momentos posteriores. En sus escritos, Devereux intentó minimizar las tensiones que afloraron cuando él y su joven y beligerante comandante de puesto fortificado se enfrentaron aquella tarde. Entre los varios marines que presenciaron la rencilla de cerca, los relatos sobre qué se dijo e hizo exactamente son discrepantes, pero todos coinciden en que anduvo peligrosamente cerca del punto de inflamación.

El cabo John Johnston y su dotación de artillería se encontraban en pleno avance cuando tropezaron con Devereux y el grupo de rendición. Hasta ese momento, Johnson estaba seguro de que no llegaría a su vigésimo cumpleaños y tan sólo esperaba que su muerte fuese rápida. La imagen de Devereux lo sumió en una especie de estado de *shock*. Entonces, cuando oyó al comandante anunciar que los

estadounidenses se habían rendido, el primer pensamiento que se le pasó por la cabeza fue: «Eh, quizá no vaya a morir hoy después de todo».

Johnson llevaba un diario manuscrito sobre la batalla, que sobrevivió a la guerra y en la actualidad obra en su poder, y probablemente fue el hombre más cercano a Devereux durante su enfrentamiento con Platt. Éste había alzado una de sus pistolas, y los japoneses situados detrás de Devereux se quedaron helados al verla.

«Comandante, ¿usted sabe lo que nos está pidiendo?», preguntó Platt.

«Sí, Trudy», dijo Devereux. «Diga a sus hombres que depongan sus armas. Es una rendición honrosa».

Por los mismos motivos que los hombres de Platt lo habrían seguido hasta el infierno, Devereux profesaba una gran estima al joven capitán, explicaba Johnson, y «Trudy» era un apodo que a menudo utilizaba al dirigirse a él. Devereux siempre se refería a los demás oficiales de la guarnición por su rango —teniente, capitán y demás—, pero Platt era una excepción a esta regla.

El resto de los presentes, entre ellos el soldado de primera clase Artie Stocks, recuerdan la furia de Platt mientras miraba a su oficial al mando frunciendo los labios: «Los marines no se rinden, comandante. Déjenos morir aquí mismo».

«No es una petición, es una orden», espetó Devereux según la versión de Stocks. «Ustedes *van* a rendirse».

Entonces se impuso un silencio electrizante. Luego, con lágrimas recorriéndole las mejillas, Platt tiró su pistola al suelo y el *impasse* se dio por zanjado.

Circulan rumores de que Platt exigió y le fue concedida media hora para permitir a sus hombres destruir el armamento, pero Johnson no recordaba dicha petición.

«En cuanto Platt arrojó su pistola, los japoneses se adelantaron con sus bayonetas y nos rodearon», decía Johnson. «Yo intentaba quitar el percutor de la ametralladora para inutilizarla cuando se acercó a toda prisa un japonés y empezó a atizarme con su bayoneta. Saqué una granada del bolsillo y el japonés salió por piernas, pero regresó al momento con un oficial. Después de que éste asintiera, lancé la granada al océano».

Al poco, varios centenares de soldados enemigos desembarcaron en Wilkes desde las lanchas que Platt planeaba atacar. Su comandante observó los cadáveres japoneses que salpicaban el coral y dedicó una mirada de repulsa a los marines. Platt liberó a los dos prisioneros heridos y vio cómo sus hombres eran guiados hacia el canal para su traslado a Wake.

«Nos hicieron quitarnos las camisas y los cascos», relataba Johnson, «pero tuvimos más suerte que la mayoría de los ocupantes de Wake. Los japoneses los obligaron a quedarse en ropa interior».

Platt señaló al soldado de primera clase Wiley Sloman, herido de gravedad, que había sido tendido en una camilla, y pidió a uno de los oficiales enemigos que autorizaran su traslado a Wake para recibir atención médica. O bien el oficial no comprendió o bien fingió no hacerlo, pero apuntó con inquietud a las granadas de

mano que todavía pendían del cinturón de Sloman y abultaban en los bolsillos de su camisa.

Dos soldados japoneses corrieron hacia Sloman y le apuntaron con sus rifles, pero el teniente McAlister se interpuso en su camino.

«Por Dios, dejadlo en paz», dijo McAlister. «No puede haceros daño. ¿Es que no veis que está prácticamente muerto?».



El oficial dijo algo a los dos soldados y señaló las granadas. Los dos japoneses se acercaron nerviosos a Sloman y McAlister les ayudó a retirar los artefactos. Entonces los soldados apartaron a Sloman de la camilla y la utilizaron para uno de los dos japoneses heridos que Platt había hecho prisioneros.

El grupo se dirigió hacia las lanchas y un par de civiles levantaron a Sloman y lo transportaron una corta distancia. Pero varios japoneses gritaron airados y acuciaron a los aspirantes a buenos samaritanos con sus bayonetas hasta que depositaron a Sloman en el suelo junto a un montón de cadáveres enemigos.

Mientras los japoneses alineaban al resto de los estadounidenses a escasos metros de donde yacía Sloman, Artie Stocks intentó ayudar a su amigo, pero los soldados enemigos le barraron el paso con las bayonetas. Mientras lo llevaban a empujones hacia la hilera, Stocks miró por última vez a Sloman y lo dominó una sensación de ahogo. «Dejar a Wiley allí desamparado ha sido lo más duro que he tenido que hacer en mi vida», aseguraba.

En su aturdimiento, Sloman vio cómo sus compañeros se alejaban. Abrió la boca para gritarles, pero la parálisis había empeorado y no podía articular ningún sonido. Intentó fruncir los labios y silbar, pero tampoco funcionó. Cuando los demás marines salieron de su campo de visión, Sloman volvió a perder el conocimiento.

Eran cerca de las 14.30 cuando las lanchas arribaron al muelle del otro lado del canal para descargar a sus cautivos. El sitio de la isla de Wake había terminado. Se había disparado la última bala de la primera batalla de la guerra del Pacífico. Pero para los estadounidenses que sobrevivieron a ella, todavía estaba por llegar la lucha más larga y dura por la supervivencia.

«Si hubiese tenido la más remota idea de la clase de tortura que me esperaba, juro que hubiese salido de Wilkes luchando», contaba Stocks. «Sin duda hubiese preferido morir que soportar lo que nos deparaba el destino».

El «Álamo del Pacífico».

Después de la guerra, cuando el comandante Devereux se convirtió en coronel, recordaba a un joven marine de Texas que se ganó el apodo de «Sam Houston» debido a sus comparaciones de los pobladores de Wake con los defensores de El Álamo, la legendaria «cuna de la independencia de Texas».

«Esto es otro Álamo», decía el texano con orgullo —y repetidamente— durante el asedio. «Es exactamente igual».

Devereux no se acordaba del verdadero nombre de aquel joven, y su identidad se había emborronado con el tiempo. En el momento de escribir este libro, sólo seguían vivos algunos de los veinticinco marines de Texas que sirvieron en Wake, y ninguno supo identificar a aquel moderno «Sam Houston». Pero lo acertado de su comparación no se les pasó por alto a sus compañeros ni a los periodistas de la época. Incluso hoy existen buenos motivos por los que los más de noventa supervivientes todavía se refieran a la batalla de la isla de Wake como el «Álamo del Pacífico».

Desde la batalla original de El Álamo, en 1836, ningún grupo de defensores tan reducido y mal equipado había contenido a unas fuerzas enemigas abrumadoramente superiores durante tanto tiempo ni les había hecho pagar tan caro su triunfo final. La única diferencia apreciable, según un columnista de *The Tulsa Tribune*, era que los defensores de Wake resistieron dos días más que «Davey Crockett y sus compañeros de El Álamo».



Como corresponde, la primera mención presidencial de la segunda guerra mundial —y la única firmada personalmente por el presidente Franklin Roosevelt en toda su carrera— fue dirigida a los hombres del destacamento de Wake pertenecientes al 1.º Batallón de Defensa de los marines y al VMF-211, del Grupo Aéreo de los marines. La mención rezaba en parte:

La valerosa conducta de los oficiales y los hombres que defendieron la isla de Wake contra la abrumadora superioridad de los ataques enemigos por aire, mar y tierra del 8 al 22 de diciembre de 1941 ha sido recibida con admiración por sus conciudadanos y por el mundo civilizado, y no caerá en el olvido mientras el valor y el heroísmo sean respetados y honrados.

En aquella época, pocos estadounidenses hubiesen discutido la veracidad de dichas afirmaciones. Como El Álamo, Bunker Hill, Little Big Horn y otros momentos

recogidos en los anales militares de la nación, Wake parecía destinada a pervivir para siempre en la memoria ciudadana. Pero, lamentablemente, no lo hizo. Si hubiésemos de releer hoy la mención de Roosevelt, una mayoría de los estadounidenses del siglo XXI —en particular los menores de cincuenta años— probablemente no tendría la más remota idea de qué estaba diciendo.

El día de Navidad de 1941 por la mañana, los lectores de periódicos de pueblos y ciudades a lo largo y ancho de Estados Unidos supieron con tristeza que Wake había caído finalmente. Fue un aciago regalo navideño y, sin embargo, de un modo extrañamente agri dulce, también resultaba alentador. Un titular de portada de *The Dallas Morning News* logró condensar las emociones enfrentadas que manaban de los corazones de los estadounidenses de todo el mundo:

¡ESTADOS UNIDOS, DESCÚBRETE ANTE LOS MARINES DE WAKE!

Luchando con todo en contra, 385 de ellos causaron estragos entre los japoneses durante catorce días.

Otros periódicos rindieron tributos igualmente conmovedores a los defensores del atolón mientras las familias vivían unas sombrías vacaciones. En *The Honolulu Advertiser*, el titular decía:

WAKE CAE TRAS UNA VALIENTE LUCHA

Dos acorazados enemigos hundidos en el último ataque

En Boise, ciudad natal de muchos de los civiles atrapados en Wake, *The Idaho Statesman* trataba de transmitir una nota de incertidumbre esperanzada a los seres queridos que buscaban cualquier información acerca de sus hijos, hermanos, maridos y padres, como evidencia este titular publicado en primera página:

EL DESTINO DE LOS CHICOS DE IDAHO EN WAKE SIGUE RODEADO DE MISTERIO

A bordo del *U. S. S. Saratoga*, que ahora regresaba a Pearl Harbor, el ejemplar mimeografiado del periódico con fecha del 27 de diciembre contenía la siguiente exhortación al destacamento de marines del portaaviones:

Resulta adecuado que este destacamento tome la decisión, ya que el día de Año Nuevo está cerca, de adoptar como grito de guerra: «¡Recordemos Wake!». Esa guarnición cumplió el lema del cuerpo hasta el final. No cabe esperar más y, siendo marines, tampoco cabe esperar menos de nosotros. Texas tuvo su Álamo, y ahora los marines tienen su Wake. Poco podemos hacer por esos valerosos hombres salvo inclinarlos al recordarlos y decidir ser «*Semper Fidelis*»... Como decía el Gran Emancipador: «No habrán muerto en vano».

Junto con el desastre de Pearl Harbor, el ejemplo de Wake, y la avalancha de sentimiento patriótico que despertó, generaron un tremendo auge de reclutamientos para el Cuerpo de Marines. Entre julio y noviembre de 1941 se alistó un promedio de unos 2000 hombres al mes. Pero del 7 de diciembre de 1941 al 7 de enero de 1942, el

cuerpo sumó más de 18 000 nuevos reclutas, incluidos más de 1300 en un solo día, lo cual multiplicó sus efectivos hasta los 85 000, el doble que a mediados de 1940.

La Armada también se benefició de ello. En una ceremonia masiva celebrada en Los Ángeles, 385 jóvenes formaron una enorme W mientras el ex campeón de los pesos pesados Gene Tunney oficiaba su juramento como recluta de la Armada. Las fotos de la ceremonia aparecieron en las primeras planas de los periódicos de costa a costa, y ninguno de sus miles de lectores tuvo que preguntar a qué hacía referencia la letra W.

Hoy en día, el horror y el desastre de Pearl Harbor siguen dominando nuestra memoria colectiva de aquellos días, pero, irónicamente, la tenacidad y el coraje de la isla de Wake casi han desaparecido de la conciencia estadounidense. Seis décadas después de uno de los dramas más sobrecogedores de la historia de Estados Unidos, el «Álamo del Pacífico» ha caído en el olvido.

Sin embargo, lo ocurrido en Wake fue de una importancia capital tanto militar como psicológicamente. A la vez que ofrecía un motivo de júbilo y daba cuenta al enemigo de que los «consentidos» estadounidenses no eran pan comido, la batalla mantuvo ocupado a un enorme destacamento japonés, lo desvió de otros objetivos e hizo ganar un tiempo precioso para que las renqueantes fuerzas estadounidenses del Pacífico se reagruparan.

Todo Estados Unidos lloró la pérdida de Wake, sobre todo porque muchos ciudadanos dieron por hecho erróneamente y a tenor del cariz de los noticiarios que, como los defensores de El Álamo, la guarnición estadounidense al completo había sido aniquilada. «No se sabe si queda algún marine allí o si han muerto todos», decía un parte enviado por Associated Press en Nochebuena.

La impresión de que ningún estadounidense había sobrevivido a la batalla se vio perpetuada por el exitoso largometraje *Wake Island*, la primera película bélica importante que retrataba a los estadounidenses en combate. Con un elenco encabezado por Brian Donlevy, William Bendix, Robert Preston y Macdonald Carey, el filme entró apresuradamente en fase de producción días después de la caída del atolón, con la ferviente cooperación del Cuerpo de Marines. Cuando este «documental virtual» llegó a las salas de la nación en agosto de 1942, el Departamento de la Armada sabía perfectamente que la mayoría de los estadounidenses desplegados en Wake eran prisioneros de guerra. Pero se permitió a Paramount Pictures que finalizara la película, en la que se mostraba a todos los defensores muriendo junto a sus cañones.

En ese sentido, ni que decir tiene, Wake difería drásticamente de El Álamo o la batalla final de Custer. La gran mayoría de los pobladores de Wake en realidad sobrevivieron e hicieron frente a cuarenta y cuatro meses de brutalidad, esclavitud y hambruna.

Cuando Devereux y el sargento Malleck terminaron sus rondas, fueron separados del resto de la guarnición, junto con el comandante Cunningham, su homólogo

Keene, el capitán Platt, el teniente McAlister y otros altos mandos. Aquella misma tarde, el grupo fue confinado en una de las dos casas, dañadas pero habitables, que todavía quedaban en pie en la franja norte de Wake, cerca del Campamento Dos, donde en general recibieron un trato mucho menos abusivo que el resto de los prisioneros estadounidenses.

Con todo, el grupo fue trasladado inicialmente a un cuartel general que los japoneses improvisaron en mitad de la carnicería que rodeaba al emplazamiento del cañón del teniente Hanna. Allí les proporcionaron pescado crudo en lata —la primera comida que ingerían en más de veinte horas— y sus captores los sometieron al primero de numerosos interrogatorios.

Mientras comía, Devereux tomó plena conciencia de lo sucedido, lo cual le hizo sentirse «muerto por dentro», según sus propias palabras. Escuchó con apatía mientras Keene dibujaba diagramas para mostrar a los japoneses dónde se almacenaban las reservas de comida y agua de Wake e intentaba comunicar varios datos de índole no militar al comandante de la fuerza de desembarco anotándolos en un cuaderno.

En un momento dado, el comandante japonés interrumpió abruptamente a Keene para garabatear una pregunta sobre el papel:

«¿Dónde están las dependencias de las mujeres?».

«No hay mujeres en la isla», escribió Keene a modo de respuesta.

El interrogador frunció el ceño con incredulidad.

La mayoría de los miembros del Ejército japonés consideraban a los estadounidenses espiritualmente corruptos y adictos a un estilo de vida inmoral e indulgente, de modo que dieron por supuesto que dispondrían de prostitutas para el entretenimiento de los defensores. Y aunque les sorprendió la ausencia total de mujeres, hallaron confirmación a su desdén por el materialismo estadounidense, amante de las comodidades, cuando registraron los vestigios del Campamento Dos. El corresponsal de guerra Toshio Miyake, que presencié la batalla desde el buque insignia del almirante Kajioka, llegó a la costa para visitar el atolón una vez que éste fue fortificado. Cuando le mostraron los antiguos barracones de los civiles, supuso erróneamente que era el lugar en el que habían permanecido acuartelados los marines de Wake. Miyake ofreció estas observaciones despreciativas:

Me sorprendió comprobar que habían traído consigo toda clase de maquinaria para la vida diaria, incluso a una isla diminuta como Wake... Electrodomésticos para matar moscas al mínimo contacto, cuchillas eléctricas y aparatos para reparar calzado. La vida estaba totalmente mecanizada... A los japoneses les parecían ridículos, ya que ellos pueden sobrellevarlas privaciones^[31]...

La extravagancia y el hedonismo, como sabrán, son parte del soldado estadounidense, pero cuando me paseé por los barracones quedé asombrado al ver que todos ellos tenían una foto de una mujer desnuda colgada en la pared. ¿Cómo pueden combatir en una guerra con semejante espíritu? La pronta aniquilación de este tipo de gente está casi asegurada.

Habida cuenta de su desdén por la «decadencia» yanqui, los conquistadores de

Wake quizá se sintieron terriblemente decepcionados al no encontrar un barrio rojo en toda regla abarrotado de voluptuosas mujeres de dudosa reputación. Pero probablemente les causó todavía más confusión la inmutable actitud desafiante de sus cautivos.

«Como marine, no me inclinaba ante nadie», afirmaba el soldado de primera clase Artie Stocks. «Por eso me llevé muchos palos cuando fui prisionero, pero los japoneses no consiguieron hundirme. Me inventé una canción, y la cantaba en voz baja para expresar mis sentimientos. La letra era muy sencilla: “Hirohito es un gilipollas, Hirohito es un gilipollas, Hirohito es un gilipollas” repitiéndose sin cesar».

Cuando un desanimado Devereux se sentaba frente a su exigua comida aquella tarde, vio acercarse una columna de harapientos marines. Vigilados por soldados japoneses que empuñaban bayonetas, eran la viva imagen de la derrota y la desesperación en su marcha hacia el aeródromo. Buena parte de ellos iban en ropa interior, y algunos caminaban descalzos sobre el coral. Estaban exhaustos, hambrientos y cubiertos de polvo, y destilaban una desesperanza absoluta.

Pero a la cabeza de la columna desfilaba el sargento Edwin «Peepsight» Hassig, cuyos hombros anchos, su pecho fornido y su bigote hirsuto le hacían asemejarse a un personaje salido directamente de un cartel de reclutamiento incluso en aquellas circunstancias. Para Hassig, mostrarse alicaído era un pecado tan grave como la cobardía, y cuando vio a Devereux observando más adelante, se volvió y gritó a la desgalichada columna:

«¡Cambiad esa actitud!», gritó. «¡Maldita sea, sois marines!».

Momentos después, cuando pasaron frente a Devereux, todos los hombres de la hilera marchaban con una cadencia perfecta, «con la cabeza alta y la mirada al frente, caminando como un regimiento en un desfile», tal y como lo describía el comandante.

«Me sentí orgulloso al verlos y al comprobar la perplejidad de los oficiales japoneses que estaban junto a mí», relataba. «Nunca llegaron a entenderlo. Como solían decir: “¡Pero si no actuáis como prisioneros!”».

El cabo Frank Gross estaba entre los cautivos, y también se sintió orgulloso. «Fue una sensación que jamás olvidaré», aseguraba. «Me hizo darme cuenta de que los japoneses podrían matarnos, pero no hundirnos a menos que se lo permitiéramos».

El 23 de diciembre a última hora de la tarde, todo el personal militar estadounidense que podía moverse por sí solo y el grueso de los civiles de Wake —unos 1600 hombres en total— habían sido reunidos y conducidos al aeródromo. Los japoneses habían atado a muchos de sus cautivos con el material más apropiado que encontraron: los kilómetros de cable telefónico tendidos a simple vista por todo el atolón, que cortaron y utilizaron a modo de cuerda. Muchos hombres iban descalzos y habían sido obligados a quedarse en ropa interior. Algunos no llevaban ni una sola prenda.

«Cuando los japoneses me hicieron prisionero, me arrancaron toda la ropa», decía

el soldado de primera clase “Ed” Borne. «Me dejaron desnudo, y sabía que era hombre muerto. Fue el momento más humillante de mi vida».

Los japoneses aplicaron un método ingeniosamente cruel para inmovilizar a sus prisioneros e inutilizarlos. Primero les ataban las manos con fuerza a la espalda con cable de teléfono y, a su vez, les rodeaban el cuello con él. Si un prisionero trataba de liberarse o de aflojar sus ataduras —o si intentaba siquiera relajar los brazos— se ahogaba con el cable que le envolvía el pescuezo.

Incluso los enfermos ingresados en el hospital fueron arrastrados al exterior, aherrojados con los demás y obligados a arrodillarse o sentarse en cuclillas sobre el agreste coral de la pista bajo el sol abrasador de la tarde. Fueron dispuestos en largas hileras con varias líneas de ametralladoras cargadas apuntándoles a ambos lados.

El teniente Kinney del VMF-211, hospitalizado por una grave disentería y agotamiento, estaba entre ellos. «Pese a que el polvo del coral se me clavaba en las rodillas y empezaba a sentir dolor en brazos y hombros, tuve tiempo para ponderar las posibles consecuencias de la victoria japonesa en Wake», observaba Kinney. «Un escenario que no podía apartar de mis pensamientos era que nos distribuirían en filas ordenadas para poder matar a tres o cuatro de nosotros con una sola bala».

El sargento del Ejército Ernest Rogers sopesaba ideas similares mientras contemplaba la ametralladora que apuntaba hacia él a varios metros de distancia. «Esto es el fin», se dijo a sí mismo. «Esperarán hasta haber formado unas grandes hileras, y luego abrirán fuego y acabarán con todos nosotros».

Estos temores se basaban en mucho más que la mera desesperación o el pesimismo. A pesar de la «rendición honorable» que Devereux se había esforzado tanto en garantizar, existen numerosas pruebas de que los japoneses contemplaron seriamente la posibilidad de una ejecución masiva de todos sus prisioneros. Sin duda, muchos soldados del contingente de desembarco y suboficiales creían que así sería, al igual que los estadounidenses. Según todos los indicios, los soldados rasos japoneses estaban dispuestos a ejecutar la orden, e incluso se mostraban ansiosos.

«Os queda una hora de vida», anunció aquella tarde un sonriente guardia enemigo al sargento Malleck, portador de la bandera blanca de Devereux^[32].

Y después de que los marines de Wilkes liderados por Platt supieran por varios japoneses angloparlantes que todos ellos morirían en breve, el capitán dirigió una pregunta rotunda a uno de sus oficiales: «¿Qué piensan hacer con nosotros, general? ¿Dispararnos?».

En aquel momento, ni siquiera los más altos mandos japoneses de Wake conocían la respuesta al interrogante de Platt.

Dada la ferocidad y la determinación de la defensa estadounidense y las asombrosas bajas que habían infligido al contingente invasor del almirante Kajioka, el comandante enemigo no estaba seguro de qué hacer con sus prisioneros cuando le

llegó la noticia de la rendición. Kajioka se sintió tan sorprendido como la mayoría de los hombres que ahora tenía a su merced por la capitulación de un grupo estadounidense que seguía siendo altamente combativo y se encontraba casi intacto. Es posible que Kajioka nunca hubiese oído hablar de El Álamo, pero contaba con que la encarnizada resistencia de los marines no terminaría hasta que casi todos estuviesen muertos.

Conforme a las evidencias recabadas después de la guerra, Kajioka juzgaba tan remotas las posibilidades de apresar a gran cantidad de enemigos que no había pensado en preguntar a sus superiores qué hacer en dicha situación. Deshacerse de unos cuantos supervivientes no hubiese supuesto problema alguno, máxime cuando no se había ondeado ninguna bandera blanca. Pero acabar con la vida de 1600 estadounidenses a sangre fría —tres cuartas partes de ellos civiles— después de que hubiesen depuesto voluntariamente las armas era algo bien distinto. Kajioka rehusó tomar esa decisión por sí solo y se comunicó por radio con su cuartel general en Truk para solicitar instrucciones. Después de una dilatada espera, llegó una respuesta:

«Está usted autorizado a tomar prisioneros».



Eran las cinco de la tarde cuando Kajioka llegó a la pista de Wake montado en un coche del Estado Mayor estadounidense y luciendo un uniforme blanco almidonado y resplandeciente, adornado con medallas y una espada. El almirante se dirigió hacia el oficial al mando del contingente de desembarco, y ambos se enzarzaron pronto en una sonora discusión que duró cerca de un cuarto de hora. Cuando terminó el altercado, Kajioka regresó a su vehículo y se alejó. El comandante, con un manifiesto disgusto en el rostro, se encaramó al terraplén de un avión y gritó una retahíla de órdenes a sus tropas, unas órdenes de las que obviamente discrepaba.

Sólo entonces los japoneses soltaron las ametralladoras y retiraron la munición. Los estadounidenses se habían salvado, al menos por ahora.

Poco después, llegó un intérprete japonés y desenrolló una hoja de papel. Con mucha pose, leyó la siguiente proclama:

Por la presente se declara que todas las islas de Wake son ahora propiedad del Gran Imperio de Japón.

NOTIFICACIÓN PÚBLICA

El Gran Imperio de Japón, que ama la paz y respeta la justicia, se ha visto obligado a coger las armas ante el desafío del presidente Roosevelt. Por tanto, y de acuerdo con el espíritu amante de la paz del Gran Imperio de Japón, la Armada Imperial no infligirá daño alguno sobre aquellas personas que, pese a haber sido nuestros enemigos, no manifiesten hostilidad hacia nosotros en ningún sentido. ¡Que la paz esté con ellos!

Pero quienquiera que viole nuestro espíritu o aquel que no muestre obediencia será severamente castigado por nuestra ley marcial.

Emitido por el Cuartel General de la Armada Imperial japonesa

Cuando acabó de leer, el intérprete añadió: «El emperador os ha perdonado

gentilmente la vida».

Durante un largo momento imperó un silencio pétreo entre los cautivos alineados en la pista de despegue. Entonces, desde algún lugar de esa desdichada multitud, una voz ronca pero claramente audible replicó: «Pues dale las gracias a ese hijo de puta de nuestra parte».



Cuando los estadounidenses eran desnudados e inmovilizados, las tropas enemigas solían despojarlos de sus pertenencias y se apoderaban de relojes, anillos y demás objetos de valor, y acostumbraban a tirar todo lo demás. Incluso el comandante Cunningham vio cómo le era arrebatado su anillo de la Academia Naval, y pocos estadounidenses, oficiales o de cualquier otro rango, estaban en posición de protestar cuando los japoneses confiscaban sus objetos de valor en concepto de «botines de guerra».

Quien sí protestó —con los puños— fue el sargento del VMF-211 Robert Bourquin, cuyos rasgos angelicales enmascaraban una combatividad impulsiva que podía deslumbrar como un relámpago. Bourquin había huido de casa y se había alistado en los marines después de una discusión con su padre, una figura, y decidió que nunca más se dejaría intimidar por nadie.

Cuando Bourquin y el resto del pequeño grupo de demolición del teniente Kliever arrojaron sus armas, levantaron los brazos y salieron de su refugio situado cerca del aeropuerto en respuesta al mensaje de rendición de Devereux, pronto fueron cacheados como todos los demás cautivos estadounidenses.

Entre los primeros objetos que cayeron de entre las ropas del sargento estaba la preciada fotografía de su prometida, Charlotte McLain, que había llevado en todo momento en la cartera desde la última vez que la vio. Cuando oyó a los japoneses ordenar a los prisioneros que se quedaran en ropa interior y zapatos, Bourquin deslizó la instantánea bajo la goma de sus calzoncillos, pero cuando el oficial le tiró del faldón de la camisa, la fotografía cayó al suelo. Bourquin hizo ademán de recogerla, pero fue refrenado por varios soldados, y el oficial se le adelantó.

El japonés miró la imagen y luego a Bourquin. «¿Su esposa?», preguntó en inglés.

En aquel momento era sólo su prometida, pero Bourquin mintió y respondió que sí.



El japonés asintió y volvió a depositar la foto en la goma de los calzoncillos de Bourquin. «De acuerdo, quédesela», dijo.

Segundos después, Bourquin tenía las manos atadas a la espalda con cable de teléfono, y pronto fue conducido al aeródromo y puesto bajo vigilancia con un grupo

de unos veinte prisioneros.

Los soldados japoneses mantuvieron las ametralladoras apuntando a los estadounidenses, y Bourquin contó cuatro guardias armados con bayonetas que vigilaban a cada grupo de prisioneros. Pero Bourquin, el sargento Blandy y el cabo Trego empezaron a trabajar subrepticamente en sus respectivas ataduras a fin de liberarse. Bourquin acababa de soltarse las manos cuando se le volvió a caer la foto.

En esta ocasión, uno de los guardias japoneses la cogió. Miró a Bourquin a los ojos con aire provocador, luego escupió sobre la imagen, la tiró al suelo y la pisoteó.

Algo dentro de Bourquin estalló, y por un segundo perdió totalmente los estribos. Sin meditar las consecuencias, se abalanzó sobre el guardia con ambos puños. Los golpes —sumados al hecho de que Bourquin tenía las manos libres— cogieron al guardia por sorpresa, pero se recuperó con rapidez, y él y sus compañeros se acercaron con sus bayonetas en ristre.

Sin embargo, en ese momento crucial el oficial japonés que antes había devuelto la fotografía a Bourquin se materializó de nuevo y cortó el paso a los guardias. El oficial abofeteó al hombre que pisoteó la foto y profirió gritos contra todos hasta que se echaron atrás. Entonces devolvió la fotografía al impulsivo marine y se disculpó. «Estoy seguro de que le debo la vida», aseguraba Bourquin.

Durante los cuarenta y cuatro meses siguientes, Bourquin guardó la preciada foto en el interior de su zapato. Pero aquél no fue el final de la historia.

«Hoy en día todavía llevo conmigo la misma fotografía», confesaba en 2002. «La guardo aquí, en la cartera, donde ha permanecido desde 1945».

Las primeras cuarenta y ocho horas de cautiverio fueron un auténtico infierno para los estadounidenses retenidos en el aeródromo. Soportaron dos días de sol abrasador y sendas noches de vientos gélidos sin refugio y poca o ninguna ropa protectora. Además, prácticamente no recibieron comida o agua.

«Cuando los japoneses por fin nos trajeron un poco de agua, fue en unos tanques de combustible con capacidad para doscientos litros, pero no los limpiaron demasiado bien y todavía sabía a gasolina», dijo el cabo Frank Gross. «Algunos se pusieron a vomitar, pero nos la bebimos de todos modos. Estábamos muertos de sed».

Bajo una estricta vigilancia, algunos hombres fueron destinados a cuadrillas de trabajo o a desempeñar tareas funerarias. A un grupo de unos treinta estadounidenses, entre ellos el capitán Tharin, el artillero Hamas y el cabo Robert Brown, ex telefonista de Devereux, les fue encomendada la truculenta labor de enterrar varios cuerpos que llevaban algunos días almacenados en un contenedor refrigerado. Durante el combate, había sido imposible cumplir la orden de inhumar a los muertos allá donde cayeran. El sistema de refrigeración había quedado destruido por las bombas, y ahora los cuerpos se hallaban en un avanzado estado de descomposición.

Algunos hombres estaban tan hambrientos que se detenían en medio del insoportable hedor del contenedor para ingerir la única comida que encontraron allí: varios tarros grandes de cerezas al marasquino. Años después, cuando los hombres

estaban de vuelta en Estados Unidos, la simple idea de una cereza al marasquino era suficiente para producirles náuseas.

Los cuerpos del contenedor fueron enterrados junto a otros en una fosa común cerca de la posición que ocupaba el cañón de 75 mm del teniente Hanna. Se excavó en el coral una gran trinchera de un metro de profundidad y se depositaron en ella los cuerpos, uno junto a otro, y se cubrieron con impermeables antes de llenarla de tierra. Tras una breve oración, la cuadrilla funeraria fue conducida de nuevo a la pista.

Los japoneses no se mostraron indulgentes por Navidad. Devereux y los demás oficiales confinados en la casa emplazada cerca del Campamento Dos celebraron una cena a base de galletas y leche condensada. Los hombres que languidecían en la pista sólo recibieron unos litros de gachas preparadas con arroz hervido y agua en las que, según un marine, «gran parte del arroz estaba ausente».



Fue una suerte que los estadounidenses que comían sus escasas raciones no hubiera visto nunca los elegantes menús que componían el generoso festín previsto originalmente para los pobladores de Wake de cara a la Navidad de 1941. El menú de diez platos estaba repleto de delicadezas como filete de lenguado a la parrilla con salsa tártara, pavo asado con una sabrosa guarnición y salsa de arándanos, jamón cocido con salsa glaseada, pudín inglés, sorbete de frutas frescas, cinco variedades de quesos, guarniciones variadas, dulces, etcétera.

El 7 de diciembre, el carguero destinado a Wake que portaba aquel presente vacacional junto con una caja que contenía las cartas gastronómicas a todo color fue alertado por radio del ataque a Pearl Harbor y desviado a la isla de Johnston, donde fueron consumidos —e indudablemente disfrutados— aquellos alimentos por otros estadounidenses. Los isleños de Wake que supieron más tarde de «la cena que nunca se sirvió», como la denominaba *The Idaho Statesman*, coincidieron en que fue mejor no haber conocido su existencia en aquel lúgubre día de Navidad.

Sin embargo, esa misma tarde, los sufridos estadounidenses recibieron una especie de regalo de sus captores. Aparecieron varios vehículos en la pista llenos de artículos de ropa desechada que habían recogido por toda Wake, en los lugares en que civiles y marines habían sido obligados a desnudarse dos días antes.

Los japoneses lanzaron camisetas y pantalones al azar, pero casi ningún prisionero recuperó sus prendas originales. El civil Glenn Newell, cuyo trabajo como fontanero antes de la guerra había dado paso a llenar sacos de arena y cavar terraplenes durante el asedio, tuvo más suerte que la mayoría. El hombre que acabó con los pantalones de Newell le devolvió su billetero, que todavía contenía catorce dólares que había en él cuando Newell tuvo que desvestirse.

Aquella noche, probablemente en respuesta a una carta de Devereux al comandante japonés en la que se quejaba del trato dispensado a los suboficiales y

civiles estadounidenses, los prisioneros fueron trasladados por fin a los barracones del Campamento Dos. Casi todos los edificios del lugar se habían visto afectados por los ataques aéreos enemigos, pero al menos ofrecían cierto cobijo de los elementos y un respiro del punzante coral.



Una vez consumado el traslado, los japoneses empezaron a permitir a los cocineros civiles que prepararan al menos dos comidas diarias para el resto de los prisioneros. Eran platos sencillos: cereales calientes por la mañana y judías o estofado de carne a mediodía complementados con un poco de pan y jamón por la noche.

Cuando se acostaron aquel día, algunos marines todavía se aferraban a una vana esperanza. El regalo más preciado de la fiesta de Navidad habría sido la llegada de la flota de rescate estadounidense prometida para el 25 de diciembre. No había venido, por supuesto, pero incluso ahora trataban de convencerse a sí mismos de que había un destacamento viajando en dirección a ellos, de que la salvación todavía era posible.

Cuando unos cuantos optimistas recalcitrantes oyeron fuego de cañones en el mar el día después de Navidad, creyeron que sus oraciones habían encontrado respuesta.

«¡Ahí están!», gritó alguien. «¡Nuestros barcos están ahí fuera!».

Pero en realidad eran los japoneses probando una nueva artillería. Después de aquello, incluso los positivistas acérrimos tiraron la toalla. No había ayuda en camino. Los defensores de Wake habían sido abandonados a su suerte, fuera cual fuese.

El terrible viaje del «Nitta Maru».

Nada más terminar una temible batalla por la supervivencia dio comienzo otra. El combate de Wake parecía interminable cuando ensombrecía sus vidas, pero los defensores recordaban los dieciséis días de guerra como un mero suspiro en comparación con lo que vendría después. A pesar de lo aterradores que habían sido el estallido de las bombas, el silbido de las balas trazadoras y las embestidas *banzai* de las bayonetas, la dura prueba que empezó cuando se convirtieron en prisioneros de guerra resultaría aún más debilitadora, deshumanizadora e insoportable.

Lo peor de todo es que duraría casi cien veces más que el sitio. Cuando por fin terminó, quienes fueron lo bastante fuertes, lo bastante tenaces o lo bastante afortunados para sobrevivir serían casi cuatro años más viejos y habrían cambiado para siempre a raíz de la experiencia.

Si bien era sólo el principio de su dura prueba, las miserias sufridas por los prisioneros estadounidenses entre la rendición del 23 de diciembre y la noche de Navidad, sus primeros dos días de cautividad son difíciles de exagerar. Excepto unos veinticinco oficiales, el resto de los casi 1600 supervivientes militares y civiles de la batalla fueron confinados a la pista del aeródromo, abrasados por el sol durante el día y empapados por la lluvia de noche. Contaban con las prendas protectoras mínimas —en su mayoría las había llevado otra persona con anterioridad— y no había retrete y apenas recibían comida y agua. Pero incluso esas condiciones suponían un alivio para los más de cien prisioneros que habían pasado las primeras horas de cautividad aherrojados con cable de teléfono y apiñados de tal forma en uno de los refugios del hospital que algunos vomitaron sobre sus compañeros y otros estuvieron a punto de asfixiarse.

Decenas de hombres que sufrieron heridas menores o moderadas durante el combate y varios con lesiones más graves no recibieron atención médica alguna durante este intervalo y, por lo general, los japoneses ignoraron su difícil situación. Con un riesgo considerable para su persona, el artillero John Hamas se acercó a un oficial japonés y logró convencerlo de que permitiera al teniente Kahn, el médico de la Armada, atender a los que se encontraban en peores condiciones, aunque Kahn prácticamente no tenía utensilios con los que trabajar.

Durante las dos semanas y media transcurridas desde que los prisioneros abandonaron el aeródromo y fueron trasladados a los desvencijados barracones del Campamento Dos, sus condiciones de vida mejoraron notablemente. No se les permitía hablar ni pasear y eran vigilados en todo momento por guardias armados con

bayonetas, pero estaban protegidos de los elementos, recibían comida y agua adecuadas y básicamente los dejaban en paz. Fue, no obstante, un respiro temporal previo a la terrible experiencia que les aguardaba.

El 11 de enero de 1942, un antiguo transatlántico japonés, el *Nitta Maru*, llegó a Wake. En su día, el barco había llevado a turistas ociosos en cruceros de placer por el Pacífico, pero había sido despojado de sus lujosas citas y convertido en una prisión flotante tan adusta e inhumana como el agujero negro de Calcuta.

Al día siguiente, alrededor del mediodía, varios guardias japoneses informaron a los prisioneros de que serían transferidos a un «lugar más seguro» y de que disponían exactamente de una hora para preparar su marcha. Se permitiría que cada hombre llevara sólo un pequeño fardo de posesiones personales, una restricción que no preocupaba a casi nadie, pues no tenían más que lo puesto. Pero algunos intentaron ocultar cosas bajo la ropa.



El cabo Cyrus Fish, uno de los inquebrantables del contraataque del teniente Poindexter en Wake, había encontrado unos 10 000 sellos de correos estadounidenses —con un valor en metálico de trescientos dólares— en un edificio del Campamento Dos, y estaba decidido a conservarlos. Fish se los mostró al cabo Frank Gross, que le alentó a enterrarlos bajo uno de los barracones, pero Fish insistió en tratar de subirlos a bordo del *Nitta Maru*. Gross no comprendía de qué le serviría a Fish este contrabando en un campo de prisioneros japonés, pero eso no importaba. Los sellos empezaron a caérsele de la camisa antes de que Fish tan siquiera embarcase, y lo único que obtuvo por las molestias fueron algunos puntapiés de más por parte de los guardias.

Unos 1150 habitantes de Wake —tanto civiles como reclutas— se verían hacinados en la bodega del barco. El único mobiliario era un pequeño cutí a modo de cama y algunos cubos de veinte litros que hacían las veces de retretes. No había sistema de calefacción en su travesía hacia climas más fríos, y apenas quedaba espacio para que cada uno de ellos se acurrucara en un rincón. Aquí los prisioneros pasarían por la experiencia más espantosa de su vida mientras el barco los trasladaba a un campo de prisioneros cerca de Shanghai, China.

El viaje a bordo del *Nitta Maru* llevaría doce días, pero a los hombres que lo experimentaron les pareció toda una vida. Casi sin excepción, quienes sobrevivieron al viaje lo recordarían como el período más terrible de su existencia.

La brutalidad organizada empezó para los prisioneros cuando embarcaron. Fueron empujados hasta las redes de carga e izados a la cubierta principal, y luego obligados a soportar el acoso de los marineros japoneses, que les propinaban patadas y ondeaban porras, en su camino hacia las escaleras de acero que llevaban a la bodega.

Los comandantes Cunningham y Devereux y otros veintiocho altos mandos

estadounidenses fueron conducidos a unas dependencias menos atestadas e incómodas en lo que había sido el almacén de correo del barco. Aunque allí tampoco había calefacción, se encontraba justo encima de la sala de máquinas y era mucho más cálido que la bodega. Pero ellos también tuvieron que abrirse paso entre el punitivo «comité de bienvenida» japonés.



Cunningham, que creía que en su calidad de oficial «número uno» de Wake podría embarcar algo más que el fardo de ropa adjudicado a cada prisionero, estaba recogiendo una de las bolsas cuando un marinero japonés le golpeó y se la arrancó de sus manos. Ese acto hostil sirvió de señal para el resto de los marineros repartidos en dos hileras, que se abalanzaron sobre Cunningham y los demás altos mandos estadounidenses con una lluvia de patadas, puñetazos y bofetadas.

Los reclutas fueron objeto de un trato todavía más duro. «Nos hicieron saltar al barco, y si no nos movíamos lo bastante rápido para su gusto, nos daban una paliza de muerte», recordaba el soldado de primera clase Artie Stocks. «Luego volvieron a pegarnos de camino a la bodega. Cuando llegamos allí abajo, la mayoría de nosotros tuvo que quedarse de pie porque no había espacio para sentarse».

«Estábamos apiñados en un suelo de acero como haces de leña», explicaba el soldado de primera clase John Dale, de la Batería L. «El menor sonido o movimiento era suficiente para recibir patadas o golpes».

En las dependencias de los prisioneros se colgaron avisos mecanografiados inmediatamente antes de embarcar que también estaban presentes en el *Nitta Maru* y rezaban:

Comandante de la escolta de prisioneros Armada del Gran Imperio de Japón

REGULACIONES PARA PRISIONEROS

1. Serán castigados con la muerte inminente:
 - a) Quienes desobedezcan órdenes e instrucciones.
 - b) Quienes muestren antagonismo u oposición.
 - c) Quienes alteren las regulaciones por cuestiones de individualismo o egoísmo, pensando sólo en sí mismos y actuando en beneficio propio.
 - d) Quienes hablen sin permiso y alcen la voz.
 - e) Quienes caminen y se muevan desordenadamente.
 - f) Quienes lleven equipaje innecesario al embarcar.
 - g) Quienes ofrezcan resistencia.
 - h) Quienes toquen el material, el cableado, las luces eléctricas, las herramientas, los interruptores y demás elementos del barco.
 - i) Quienes suban escaleras sin permiso.
 - j) Quienes intenten escapar de la sala o de la bodega.
 - k) Quienes intenten conseguir más comida de la suministrada.
 - l) Quienes utilicen más de dos sábanas.

Al margen de estos doce «crímenes capitales» se incluía una larga serie de instrucciones, que culminaba con esta nota tranquilizadora:

La Armada del Gran Imperio de Japón no intentará castigarles a todos con la muerte. Quienes obedezcan todas las normas y regulaciones, crean en las acciones y objetivos de la Armada japonesa, y cooperen con Japón en la construcción del «Nuevo orden de la Gran Asia» que desembocará en la paz mundial, recibirán un buen trato.

La formulación del aviso infundió cierta aprensión y desánimo entre los estadounidenses incluso antes de que tuvieran que soportar el acoso de los marineros.

«Estos bastardos japoneses nos tienen pendiendo de un hilo», anotaba el sargento Robert Bourquin en una entrada de su diario datada el 11 de enero. «Ruego a Dios que me permita superar todo esto y volver a casa algún día. Ahora nos dan comida suficiente, pero sé que lo peor todavía está por llegar. Encontré dos tarros de queso que me comeré antes de subir al barco. Nuestro ánimo cayó bajo mínimos después de leer la proclamación japonesa, sobre todo la parte sobre el castigo “con la muerte inminente”...».

El primer tramo del viaje de los prisioneros de guerra hacia un «destino desconocido», como decía Bourquin, acabó en Yokohama el 18 de enero. Cuando el *Nitta Maru* atracó allí, los estadounidenses que viajaban a bordo habían conocido la práctica japonesa denominada *bushido*. Aunque para los prisioneros constituía poco más que un salvajismo orquestado, era un sistema de larga tradición en el ejército japonés designado para iniciar a quienes lo sufrían en «la senda del guerrero». La esencia del *bushido* era una jerarquía en la que los oficiales japoneses y los suboficiales de mayor rango utilizaban el castigo físico para impartir disciplina y adoctrinar a sus propios subordinados. El *bushido* se empleó de un modo particularmente despiadado contra los indefensos prisioneros de guerra de Wake para enseñarles humildad y cooperación.

Los soldados y marineros japoneses que ahora controlaban cada aspecto de la vida de los estadounidenses habían sido preparados para profesar un desprecio absoluto hacia sus prisioneros. Y, paradójicamente, su desdén hacia los enemigos que se rendían en lugar de combatir hasta la muerte era equiparable a la furia que sentían por el alto precio que pagaron sus compañeros en Wake.

«Seréis tratados peor que un soldado japonés», dijo un coronel del ejército nipón a los prisioneros, «porque no tenéis honor».

La advertencia del coronel fue profética. Casi todos los prisioneros a bordo del *Nitta Maru* fueron víctimas del *bushido* o testigos de su atrocidad. Además de la tripulación regular se asignaron cincuenta guardias al barco. Contaban con una formación especial en judo, y su comandante, el teniente Toshio Saito, gustaba de refinar su destreza en las artes marciales con los desamparados cautivos.

«A Saito le encantaba bajar a la bodega y practicar judo con los prisioneros», relataba Artie Stocks. «Si gritabas de dolor, él seguía golpeándote una y otra vez.

Todavía tengo pesadillas con él».

Castigar a los prisioneros con la hambruna era un procedimiento habitual del *bushido*. Dos veces diarias se servía a los prisioneros de guerra un bol de gachas llamadas *kanji*, que contenían un poco de arroz pero eran agua en un 95 por 100 aproximadamente. Con el cuenco de la tarde, los prisioneros podían recibir también un bocado de pescado en lata, una aceituna o una rodaja de rábano. Cunningham describía las raciones como «tan escasas que, de no haber comido nada, no nos hubiéramos encontrado peor». No era una exageración. Muchos prisioneros afirmaron no haber detectado un solo movimiento intestinal en dos semanas o más durante y después del viaje.

El abandono también era parte integral del régimen. Al capitán Freuler, que recibió dos balazos en el hombro durante su combate final en las filas del VMF-211, sólo le fue dispensado un tratamiento superficial para las heridas, que se hinchaban cada vez más a medida que progresaba el viaje. A pesar de los ruegos reiterados de atención médica por parte de otros oficiales, los japoneses ignoraron el estado de Freuler hasta que, como lo expresaba Cunningham, «pudo percibirse un hedor asqueroso fruto de las infecciones que notaron incluso los guardias». A la postre, la política del *bushido* adoptó un cariz más moderado que permitió a Freuler desinfectarse y vendarse las heridas.

Un rango elevado no ofrecía protección ante las lesiones o vejaciones. El propio Devereux fue abofeteado con dureza cuando se acercó a un oficial japonés para señalar algo en los documentos que éste llevaba, y el capitán Platt, líder de la heroica victoria en Wilkes, recibió un doloroso golpe con una porra por susurrar sin permiso.

Platt encajó el envite de un enorme guardia sin pronunciar palabra. Cuando fue devuelto al compartimento con los demás oficiales estadounidenses, consiguió esbozar una sonrisa con sus labios ensangrentados.

«No ha sido nada», farfulló desafiante. Pero para quienes presenciaron el incidente, incluso el irreprímible Platt pareció flaquear ante su brutalidad^[33].

Después de una semana en el mar, el *Nitta Maru* atracó en el puerto de Yokohama y permaneció allí dos días, durante los cuales los cautivos estadounidenses fueron expuestos con fines propagandísticos. Periodistas y fotógrafos japoneses se arremolinaban alrededor de los prisioneros, realizando entrevistas cuidadosamente controladas y sacando fotos orquestadas.

Una imagen en particular, publicada por un órgano de propaganda japonés en lengua inglesa que llevaba por título *Freedom*, mostraba a Cunningham y al jefe civil Dan Teters sentados frente al teniente Kahn, el médico de la Armada, y otros prisioneros de guerra, todos ellos sonriendo. Un claro delator de la forzada naturaleza de su rictus era un guardia japonés sonriente que se encontraba justo a la izquierda de Cunningham con una porra bajo el brazo.

«Nuestros captores parecían ansiosos por hacer creer al mundo exterior que trataban bien a sus prisioneros», conjeturaba Cunningham. «Por otro lado, se mostraban igual de ansiosos por convencer a su pueblo de que nos trataban mal».



Después de la guerra, Cunningham encontró una transcripción de un anuncio radiofónico sobre la llegada de los isleños de Wake a Japón que fue transmitido a todas las fuerzas armadas japonesas del Pacífico Sur. El comunicado incluía estos maliciosos e irónicos comentarios, que sin duda provocaron muchas carcajadas entre los oyentes:

«Los prisioneros de guerra estadounidenses llegaron ayer a Yokohama desde la isla de Wake. Sus rostros denotaban tristeza, pero admiraban el tratamiento *bushido* que recibieron en el barco por parte de los japoneses... Durante su viaje, hicieron gala de su habitual individualismo estadounidense, pero los japoneses les enseñaron a ser más cooperadores. En el barco, los japoneses no escatimaron esfuerzos para socavar el individualismo estadounidense. Ahora se muestran muy colaboradores con los japoneses».

Durante el alto en el camino, Cunningham y varios compañeros fueron invitados a realizar unas grabaciones que se enviarían a su país. Aceptaron, ya que al menos les brindaba la posibilidad de comunicar a sus seres queridos que seguían con vida. Pero evitaron cualquier mención al trato brutal que estaban recibiendo por temor a que las grabaciones fuesen destruidas.

En su mensaje grabado, el civil Hudson Sutherland, de Portland, Oregón, intentó transitar una cuerda floja verbal que discurría entre la realidad y la ficción. «Hasta ahora nos han tratado bien», decía. «Creo».

Unos treinta prisioneros de guerra fueron retenidos en Yokohama, donde se les sometió a un interrogatorio. Entre ellos figuraban el comandante Keene, su homólogo Putnam y varios altos mandos y soldados que guardaban relación con las comunicaciones militares o habían prestado servicio recientemente en la flota estadounidense en el Pacífico.

Cuando zarpó el barco, la noticia de que estos detenidos ya no se encontraban a bordo desató a la vez cierta aprensión y alivio entre los demás prisioneros. Muchos preferían la idea de quedar confinados en China a permanecer retenidos en Japón, aunque sólo fuese porque China sentía más apego por los enemigos de Japón.

Los hombres que quedaron atrás, en Yokohama, fueron conducidos más tarde a un campo de prisioneros de Zentsuji, en la isla japonesa de Shikoku. Una vez allí, en general corrieron mejor suerte que el resto de sus compañeros del barco, que acabaron en un lúgubre complejo cerca de Woosung, varios kilómetros al sur de Shanghai siguiendo el curso del río Whangpoo.



El 20 de enero de 1942, el *Nitta Maru* iniciaba el último tramo de su viaje.

El primer indicativo de que se estaba tramando algo abominable llegó incluso antes de que el barco zarpara de Yokohama, cuando varios prisioneros fueron sacados de la bodega bajo una estricta vigilancia y llevados a empujones a la cubierta para someterlos a un interrogatorio. Dos de esos hombres —el marinero de primera clase John W. Lambert y el marinero de segunda clase Roy J. Gonzales— eran amigos íntimos de Glenn Tripp, ex ayudante de la oficina de Cunningham, que ocupaba la sala contigua a ellos cuando fueron desalojados.

Cuando ambos regresaron a la bodega un par de horas después, se mostraron nerviosos y asustados, y le dijeron a Tripp que sus interrogadores los habían acusado de mentir cuando les preguntaron por su experiencia naval.

«Nos dijeron que iban a castigarnos», contaron los dos marineros en voz baja, «pero no cómo».

«Eran chavales jóvenes recién salidos del campo de entrenamiento», rememoraba Tripp, «y cuando los japoneses nos entregaron a todos unos cuestionarios sobre nuestra actividad en la isla de Wake, les aconsejé que dijeran que eran cocineros. Pero ambos contestaron con sinceridad: que habían asistido a la escuela de maquinistas y que fueron asignados al Estado Mayor de la base aeronaval de Wake. Probablemente ése fue el desencadenante de sus problemas».

Al rato aparecieron de nuevo los guardias. Volvieron a ordenar a Lambert y Gonzales que subieran, pero en esta ocasión les pidieron que llevaran consigo todas sus pertenencias.

«Los guardias les dijeron: “Ya no vais a necesitar todo eso”, contaba Tripp. “No los volví a ver nunca más”».

Dos días después de partir de Yokohama, Lambert y Gonzales fueron conducidos a la cubierta B del *Nitta Maru*, junto con otros tres prisioneros de guerra: el marinero de segunda clase Theodore D. Franklin y los sargentos Earl Raymond Hannum y William Bailey.

Frente a ellos, con la espada desenvainada, se alzaba el teniente Saito, comandante de los guardias, que estaba al mando del proceso y, sin ningún género de duda, disfrutando de él. Delante de los prisioneros, unos ciento cincuenta soldados japoneses formaban un semicírculo. Más tarde, al prestar declaración ante la Comisión Aliada de Crímenes de Guerra, un miembro de la tripulación describió lo ocurrido a continuación:

«Saito sacó un trozo de papel del bolsillo... En la mano derecha sostenía su espada. Recuerdo que Saito leyó un mensaje en japonés a los cinco prisioneros que tenía ante él, que venía a decir lo siguiente: “Ustedes han matado a muchos soldados japoneses en la batalla. Van a morir por lo que han hecho; será la venganza. Están ustedes aquí como representantes de sus soldados estadounidenses y morirán. Ahora pueden rezar para que sean felices en el próximo mundo, en el paraíso^[34]».

Aunque en aquel momento los estadounidenses sin duda se temían lo peor, al parecer ignoraban lo que estaba a punto de suceder. «En mi opinión, ninguno de los cinco sabía que iban a ser ejecutados», declaró el testigo ocular japonés. «No llegaron a conocer el contenido de su condena a muerte, ya que se les leyó en japonés».

Se puso a las víctimas una venda en los ojos y se les ataron las manos a la espalda. Fueron obligados a arrodillarse en cubierta y entonces los decapitaron metódicamente, uno por uno.

«De las cinco víctimas, dos de ellas tenían la cabeza completamente separada del cuerpo», decía el observador japonés. «Las cabezas rodaron hacia un lado. Tres de las víctimas no fueron decapitadas del todo... Cuando la hoja atravesaba la carne, se escuchaba un sonido reverberante, como cuando volteas o sacudes una toalla».

Una vez muertos, sus cuerpos fueron utilizados para realizar prácticas de bayoneta, según el testimonio del tripulante. Finalmente, sus restos mutilados fueron arrojados por la borda.

La atrocidad de aquel espectáculo asqueó a muchos de los japoneses que lo presenciaron. «Cuando todo hubo terminado, un suboficial se acercó y nos lo contó», recordaba Tripp. «Dijo que lo habían obligado a mirar y que casi se había visto forzado a participar en las ejecuciones, y parecía tan agitado por todo aquello como nosotros».

Por el baño de sangre que dirigió, la Comisión de Crímenes de Guerra intentó encontrar a Saito después de la guerra y someterlo a juicio. Pero cuando supo que las autoridades estadounidenses andaban tras su pista, el autoproclamado ejecutor se esfumó y jamás volvió a aparecer. Otros cuatro participantes en las decapitaciones fueron condenados a cadena perpetua, pero obtuvieron la libertad condicional después de cumplir unos nueve años. Un quinto verdugo fue absuelto.

A día de hoy todavía nadie ha explicado cómo o por qué estas cinco víctimas en particular —todos ellos reclutas o suboficiales sin nada inusual en sus antecedentes— fueron elegidos como objetos de la truculenta venganza de Saito. Cunningham se preguntaba más tarde por qué él, como «número uno» reconocido de Wake, no ocupaba lo más alto de la lista, o por qué ningún otro alto mando fue incluido. Posiblemente sólo el propio Saito conocía la respuesta.

Las víctimas escogidas a dedo compartían pocas características, pero una pista podría radicar en el hecho de que las cinco habían participado en algún aspecto de la aviación militar, como miembros del VMF-211 o del Estado Mayor de la base aeronaval.

Entretanto, en Wake estaba desarrollándose una historia sorprendentemente distinta, una historia de compasión y piedad humana que contrasta de manera muy marcada con el horror del *Nitta Maru*.

Cuando la cárcel flotante zarpó quedaron atrás unos trescientos ochenta estadounidenses. La gran mayoría eran trabajadores civiles que permanecieron en el atolón para reparar las instalaciones dañadas y construir otras nuevas para los

japoneses.

Sin embargo, veinte estadounidenses eran personal militar enfermo o herido cuyo estado era demasiado grave como para permitir su traslado en aquel momento. Entre ellos estaban el teniente Henry G. «Spider» Webb, que resultó herido de gravedad cuando intentaba llegar a su avión el 8 de diciembre y de nuevo cuando los bombarderos enemigos atacaron el hospital; el cabo Ralph Holewinski, uno de los héroes del cañón del teniente Hanna, que sufrió múltiples heridas de bala y metralla; el marinero de primera clase James B. «Dick» Darden, cuya pierna quedó destrozada por una bomba de fragmentación que estalló en el aeródromo el 8 de diciembre; y el sargento Walter T. «Tom» Kennedy, del VMF-211, que sufrió heridas en las extremidades en la misma deflagración.

La lista incluía también a los sargentos Edwin Ackley, Andie Paskiewicz, Glen Gardner, Ellis Johnson y Jesse Stewart, del VMF-211, todos ellos heridos durante el ataque del 8 de diciembre; el capitán del Ejército Henry Wilson, enfermo de disentería; los soldados de la Armada Jim Hesson, Bill McCoy e I. S. Wood; y seis miembros del Batallón de Defensa de los marines: los soldados de primera clase Berdyne Boyd, Warren Conner, Dick Reed y Charles Tramposh; el cabo L. L. Johnson; y el sargento Alvin Bumgarner.

Cuando amainó el temporal de la batalla, los invasores mostraron mucha más consideración hacia los militares estadounidenses heridos que al principio. Les permitieron ingresar en el hospital japonés, mucho mejor equipado que las instalaciones improvisadas de los marines, y se trabaron amistades reales entre algunos enemigos que habían luchado encarnizadamente.

«Cuando descubrieron que había un piloto estadounidense herido en nuestro grupo, varios aviadores japoneses destacados en Wake fueron al hospital a visitar a Spider Webb», recordaba Tom Kennedy. «A veces traían una botella de sake y levantaban la cabeza a Spider y le daban un trago. Fue todo muy amigable».

El último estadounidense que ingresó en el hospital —y el que corría mayor peligro de muerte a su llegada— fue Wiley Sloman. En el momento en que fue hallado en Wilkes, Sloman no había comido ni bebido durante cuatro días o más. Su horrenda herida en la cabeza estaba llena de huevos de mosca y supuraba constantemente. Presentaba una inflamación en el cerebro, y se le habían incrustado en él astillas de su cráneo destrozado. Quienes lo vieron llegar no hubiesen dado un duro por su recuperación.

Una vez que Sloman entró en el hospital, Lawton Shank, el médico civil, limpió la herida lo mejor que pudo. Más tarde, Sloman supo que Shank también le había extraído gusanos de la cabeza, pero el marine estaba demasiado enfermo para darse cuenta de nada en ese momento.

Shank advirtió que los fragmentos óseos que Sloman tenía alojados en el cerebro

podían ocasionarle problemas importantes, pero se mostraba reacio a extirparlos por temor a agravar los daños. Lo único que podía hacer era administrar aspirinas a Sloman. Ése era el único analgésico disponible, salvo por unos potentes narcóticos que habrían convertido al paciente en un adicto sin remisión en cuestión de días. El dolor era insoportable y constante, pero Sloman tenía hambre, y estaba decidido a intentar comer algo.

«Los japoneses me trajeron algas y otras cosas, pero no pude comérmelas», relataba Sloman. «A la mañana siguiente, me desperté y vi a un médico japonés a mi lado. “Comprendo que no le guste nuestra comida”, dijo. “Veré si puedo conseguirle algo de su agrado”».

Poco después, apareció un cocinero civil estadounidense y preguntó a Sloman qué le apetecía comer. «Huevos hervidos, tostadas y leche», murmuró el herido. Unos minutos más tarde, eso fue exactamente lo que recibió.

El breve encuentro que mantuvo Sloman aquel día con el alférez Shigeyoshi Ozeki, el cirujano de la Armada japonesa que intervino en su nombre, probablemente salvó la vida del joven marine. Ozeki había llegado a Wake con la castigada Compañía Uchida del contingente de desembarco y había eludido por bien poco la carnicería que sufrió el *Patrullero n.º 33*. Ahora se había convertido en un instrumento de supervivencia para un hombre que, sin lugar a dudas, lo habría matado nada más verlo sólo unos días antes.

«El doctor Ozeki permitió que su cocinero me preparara comida especial a diario, y fui fortaleciéndome cada vez más», decía Sloman. «En aquel momento no había antibióticos ni demasiados medicamentos. Así que el hecho de que me recuperara debo atribuírselo al doctor Ozeki y a la buena nutrición que él posibilitó».

El propio Ozeki no veía nada inusual en su voluntad de intentar ayudar a Sloman. Mostrar amabilidad hacia los estadounidenses heridos era una «práctica habitual» entre muchos japoneses en Wake, mantenía Ozeki muchos años después. «El hecho es que nuestros médicos trataron a los heridos estadounidenses de igual modo que a los japoneses, siguiendo mis instrucciones», aseguraba Ozeki. «Yo era de lo más estricto al exigir un trato justo. Siempre que descubría a algún soldado japonés comportándose de manera vergonzosa, lo reprendía verbalmente allí mismo. Jamás empleé la violencia con ningún soldado, ya fuese japonés o estadounidense».

Si bien Sloman probablemente fue el más beneficiado por la presencia de Ozeki, otros estadounidenses hospitalizados también recuerdan su amabilidad. «El doctor Ozeki nos visitaba en el hospital dos o tres veces por semana y nos traía todos los fármacos y suministros médicos que podía», decía el sargento Tom Kennedy.

Sin embargo, la mayoría de los cuidados diarios de los estadounidenses recaían en el doctor Shank. «Ozeki probablemente me cambió los vendajes una o dos veces», recordaba Sloman, «pero el resto del tiempo fue el doctor Shank quien se ocupó de mí. El drenaje de la herida me enmarañaba el pelo y hacía difícil mantenerla limpia. Era un auténtico desastre, y además apestaba, así que cuando alguien encontró una

maquinilla, Shank la utilizó para cortarme el pelo».

Al ver la cabeza de Sloman recién rapada, un enfermero localizó un bote de pomada y se la aplicó en el cuero cabelludo. Poco después, Shank pasó junto a la cama de Sloman.

«Vaya, está usted de lo más elegante, Slick^[35]», observó sin aminorar el paso.

«Desde ese momento, me dieron un nuevo apodo», decía Sloman. «Pronto todo el mundo empezó a llamarme así».

A principios de enero, estaba cada vez más claro que «Slick» Sloman sobreviviría, pero seguía siendo una gran incógnita hasta qué punto se recuperaría de la herida. Aunque su estado físico general mejoró, sus dolores de cabeza se intensificaban cada vez más. Se le desarrolló un pliegue visible en la parte derecha del cráneo, y no había manera de calibrar el alcance de los daños cerebrales sufridos o en qué medida eran permanentes. Seguía teniendo totalmente paralizada la parte izquierda del cuerpo.



«Los dolores de cabeza eran terribles, y la aspirina no los mitigaba», relataba Sloman. «Duraron tanto tiempo que no recuerdo exactamente cuándo desaparecieron, pero yo diría que tardaron dos años en remitir por completo».

Para concentrarse en algo distinto a su dolor, Sloman empezó a administrarse una rudimentaria forma de terapia física. «Al principio tenía el brazo y la pierna izquierdos inutilizados», decía. «Me apoyaba en una puerta y utilizaba el brazo derecho para voltear el izquierdo. Al comienzo era como un peso muerto, pero al cabo del tiempo descubrí que una vez que empezaba a moverlo podía continuar. Luego hacía lo mismo con la pierna izquierda».

Seis semanas después, Sloman había aprendido a caminar de nuevo, aunque todavía arrastraba el pie izquierdo. El brazo tardó más en responder, pero no dejaba de ejercitarlo tan a menudo como podía. El doctor Shank lo incluyó en el grupo que llevaba la comida a otros pacientes, de modo que Sloman debía caminar hasta la cocina y regresar un par de veces al día. «Estoy seguro de que lo hizo adrede para que practicara más ejercicio», apostillaba Sloman.

Entretanto, otros pacientes también se esforzaban por superar sus purulentas heridas y recobrar las fuerzas. Aunque el cabo Ralph Holewinski llevaba ambas piernas entablilladas y le resultaba extremadamente difícil moverse, consiguió unos codiciados vendajes. Se cambiaba las vendas con regularidad y hervía las anteriores para poder reutilizarlas. Mientras hervían, leía una copia arrugada de *Las uvas de la ira* que alguien había desenterrado de los restos del Campamento Uno e intentaba concentrarse en los avatares de los personajes que huían de las tormentas de arena de Oklahoma para evitar pensar en su propia agonía.

«Decidí que no moriría de gangrena si podía evitarlo», dijo.

Prisioneros de guerra: el más largo y duro combate

El *Nitta Maru* atracó en Shanghai, dominada por los japoneses, el 23 de enero de 1942, exactamente un mes después de la caída de Wake. En aquel momento, las ejecuciones y los rumores sobre otros horrores que les podían aguardar se habían filtrado en la bodega y circulaban entre los cautivos. Fruto de ello, la noticia de que los japoneses planeaban una «agradable salida» para los prisioneros a su llegada a China fue recibida con nerviosismo y aprensión.

Había corrido el rumor de que los japoneses pensaban pasear a los estadounidenses por las calles de Shanghai para «edificación» de la diversificada población de la ciudad. El frío y la lluvia al parecer hicieron cambiar de opinión a los japoneses, y los prisioneros de guerra al menos se ahorraron semejante indignidad.

Por el contrario, el barco continuó navegando río abajo hasta llegar al puerto de Woosung, donde los prisioneros llegaron al día siguiente y fueron sometidos a una última dosis de *bushido* al desembarcar. Una larga y frenética hilera de marineros japoneses estaba ansiosa por asestar un golpe final a los estadounidenses antes de entregarlos al Ejército. «Recuerdo especialmente a uno de nuestros torturadores», decía el comandante Cunningham, «un hombre con dientes de conejo que recorría las filas de prisioneros golpeándolos con una porra y literalmente echando espumarajos por la boca».



La ropa que llevaban los isleños de Wake eran prendas ligeras diseñadas para climas tropicales, totalmente inadecuadas para las glaciales temperaturas del invierno chino. Aunque la bodega del *Nitta Maru* era húmeda y gélida, el calor corporal de los cientos de hombres hacinados en un espacio reducido ayudaba al menos a sobrellevar el frío. Pero no había paragolpes alguno para el frío exterior cuando los estadounidenses se dirigieron entre tembleques y castañeteos de dientes hacia la prisión mientras el mercurio se congelaba. El recorrido era de tan sólo ocho kilómetros, pero representó un suplicio para los prisioneros, que estaban exhaustos y debilitados por el hambre después de doce días de raciones ínfimas y un confinamiento absoluto. Varios hombres llevaban zapatos que o bien les venían demasiado grandes o demasiado pequeños, y cuando llegaron a su destino, tenían los pies en carne viva y llenos de ampollas.

«Yo no llevaba más ropa que una camiseta, unos pantalones y los zapatos», decía

el soldado de primera clase Jack Hearn. «Cuando llegamos al campo estaba hecho un carámbano».

En una nota positiva, los prisioneros recibieron su primera comida abundante en casi dos semanas. «Cuando llegamos al campo, nos dieron a cada uno un poco de estofado y una barra pequeña de pan», decía el civil Ed Doyle. «Fue una de las mejores comidas que tomamos en el tiempo que pasamos allí».

El nuevo hogar de los prisioneros de guerra era un lúgubre complejo de siete barracones de madera sin calefacción ni pintura en las paredes, rodeados de alambradas electrificadas en medio de un páramo yermo que otrora fue un puesto de avanzada militar. Un reducido número de estadounidenses y británicos capturados en China ya se hallaban alojados allí. Doscientos hombres fueron embutidos en cada una de las largas y estrechas estructuras, donde dormían sobre delgadas colchonetas de paja apoyadas en burdas plataformas de madera a medio metro del suelo.

El campo había sido construido a todo correr varios años antes para albergar a un batallón de infantería del Ejército japonés, pero en cuanto se crearon unas instalaciones más cómodas, fue abandonado. Había permanecido vacío durante un tiempo, y los barracones, que ya se habían edificado chapuceramente de buen principio, eran sombríos y desvencijados. Asimismo carecían de todo sistema de calefacción y su único mobiliario eran las plataformas de madera y unas cuantas estanterías. Sin embargo, las instalaciones de Woosung, conocido formalmente como el Campo de Prisioneros de Guerra de Shanghai, eran bastante mejores que las de la mayoría de las prisiones militares japonesas. Los nipones en realidad se sentían lo bastante orgullosos del campo como para convertirlo en una suerte de «escaparate» para los observadores de la Cruz Roja Internacional. Pero para buena parte de los prisioneros de guerra estadounidenses, no era lugar digno para un animal y, por consiguiente, mucho menos para un ser humano.

«Cada barracón estaba dividido en secciones, de manera que cada hombre disponía de medio metro para dormir», decía el civil Glenn Newell, cuyo hermano, Emmett, también era prisionero. «Muchos de nosotros estábamos al borde de morir congelados cuando nos entregaron algo de ropa. Recuerdo que uno de nuestros hombres más corpulentos, Bill Okle, de Los Ángeles, medía unos dos metros, y le dieron un abrigo diminuto que ni siquiera podía abotonarse. Un pequeño guardia japonés, que apenas medía un metro y medio, disfrutaba metiéndose con él. Se subía a una silla y abofeteaba a Bill y le gritaba: “¡Abrocha abrigo! ¡Abrocha abrigo!”. Pero, por supuesto, a Bill le era del todo imposible».

Durante ese primer invierno interminable, las aglomeraciones fueron el menor de los problemas que acusaban los prisioneros. Reunían las pocas sábanas que tenían y dormían cuatro en una misma cama para evitar congelarse. El frío era una de sus penurias más amargas, y sus efectos se veían exacerbados porque nunca tenían suficiente para comer. Los inviernos en aquella región de China eran comparables a los del Medio Oeste de Estados Unidos, y el frío era riguroso durante cuatro meses al

año, pero las temperaturas se hacían mucho más llevaderas en primavera, verano y otoño. Por el contrario, los prisioneros de guerra estadounidenses y británicos retenidos en los campos de los trópicos sufrían el clima cálido y húmedo todo el año, amén de las enfermedades asociadas a él.

El civil Ed Doyle, un despreocupado joven de Boise cuyo abuelo había participado en la construcción de presas para Morrison-Knudsen Company, formaba parte de uno de los primeros contingentes de CPNAB que llegaron a Wake en abril de 1941. Las calurosas misivas que escribía Ed sobre lo mucho que se divertía allí conduciendo un volquete y «peleando con tiburones» habían tentado a su hermano Bob a seguirle tres meses después. Ahora, como prisioneros de guerra en Woosung, ambos se encontraban temblando en los mismos barracones gélidos, y Bob rara vez dejaba escapar la oportunidad de recordar a Ed que él era el culpable de su apurada situación. A pesar de todo, los hermanos se aferraban firmemente al sentido del humor, así como a su ingenuidad yanqui.

«Durante nuestro segundo invierno en Woosung, la Cruz Roja nos proporcionó un par de estufas para los barracones, pero no teníamos nada que quemar en ellas, salvo lo que podíamos rapiñar», recordaba Ed. «Cogíamos troncos de madera y los ocultábamos bajo la ropa, y hacíamos bolas mezclando polvo de carbón con barro para quemarlas. Incluso llegamos a arrancar trozos de los barracones para utilizarlos como combustible. Luego los japoneses descubrieron un alijo de madera que escondimos debajo del suelo, en la sección de Bob, y nos confiscaron los troncos y las estufas».

A modo de castigo, los japoneses colgaron a varios prisioneros unos tubos de estufa alrededor del cuello y los hicieron pasearse llevando unos carteles garabateados en un rudimentario inglés que decían: «Rompimos el suelo, escondimos la madera. La estufa nos hizo culpables».

«Los hombres que participaron en el desfile empezaron a golpear los tubos y a reírse, y cuando quisimos darnos cuenta, los demás nos unimos a las carcajadas», recordaba Doyle. «En aquel momento no fue muy divertido, pero nos partimos de risa igualmente».

Uno de los guardias japoneses reprendió a los participantes por el incidente. «Malditos estadounidenses», dijo enfurecido. «¡Intentamos castigaros y lo único que hacéis es reiros!».

Por suerte, el frío supuso un problema temporal, mientras que el maltrato físico y el hambre se convirtieron en las dos grandes constantes de los prisioneros de guerra.

«Los japoneses habían diseñado unos planes de tortura realmente buenos», decía el soldado de primera clase Richard Gilbert. «Tenían lo que denominaban la “cura de agua”, que consistía en tumbarte boca arriba y ellos te vertían agua por la nariz y la boca hasta que estabas a punto de ahogarte. Pero para mí lo peor era cómo me

castigaban las piernas. Estaba tan débil por el hambre que me desmayaba y me caía mientras intentaba trabajar. Como castigo por ello, te colocaban una caña de bambú a la altura del hueso poplíteo y te empujaban hacia atrás».

Los daños permanentes en cartílagos y ligamentos que le ocasionó esa tortura reiterada acabaron valiéndole a Gilbert un Corazón Púrpura, aunque se le concedió cincuenta y cinco años después, en una ceremonia especial celebrada el Día del Veterano de 2001.

A la desmoralización de algunos prisioneros contribuyó también la guerra psicológica que libraron contra ellos sus captores, que se aseguraban de que todas las noticias negativas sobre la batalla —muchas de ellas falsas o exageradas— llegaran a oídos de los prisioneros de guerra. Los oficiales estadounidenses en particular fueron sometidos a informes repetidos sobre desastres militares de los Aliados, tales como la caída de Singapur, y más tarde de Bataan y Corregidor. Incluso se cercioraron de que los yanquis se enteraran de la muerte de la estrella de cine Carole Lombard en un accidente aéreo.

Pero cuando el devenir de la guerra empezó a cambiar y se acumulaban las derrotas japonesas, el número de informes transmitidos a los prisioneros fue disminuyendo de manera paulatina.

Curiosamente, el individuo más despiadado con el que se toparon los prisioneros de Woosung no era un oficial o un guardia japonés, sino un intérprete civil llamado Isamu Ishihara. En palabras del civil Glenn Newell, «era un tipo malvado. Odiaba a todos los estadounidenses con vehemencia, y nunca supimos por qué».

Para Newell y los prisioneros que padecieron la ira de Ishihara —y fueron muchos— su pasión por infligir dolor sigue siendo legendaria incluso hoy. Docenas de supervivientes de Wake lo recuerdan emprendiéndola a golpes con una omnipresente fusta, atizando siempre en la cara o en la garganta, o urdiendo intrincadas formas de tortura ante la menor fechoría. Ishihara había vivido varios años en Hawai antes de la guerra y había asistido a la escuela en Honolulu, donde aprendió a hablar un inglés perfecto. Más adelante trabajó de camionero, pero, a todas luces, había sufrido experiencias negativas y malos tratos, reales o imaginarios, que le imbuyeron un profundo resentimiento hacia ellos.

Ishihara rondaba los treinta y cinco años de edad, era corpulento y llevaba unas gafas con montura de concha que le conferían aspecto de erudito en sus momentos más pausados, pero podía estallar en un arrebató maniaco a la menor provocación. Sus víctimas lo conocían como la «Bestia de Oriente» o la «Calavera Chillona», y Devereux lo describía como el «bruto más insaciable» de entre todos los japoneses que se habían cruzado en su camino desde que era prisionero.

En una ocasión, Ishihara estuvo a punto de matar a golpes al subteniente Richard Huizenga, uno de los marines capturados anteriormente al norte de China mientras servía como guardia de la embajada, por el «crimen» de haber tomado prestadas unas herramientas a otro prisionero para efectuar algunas reparaciones en sus

dependencias. Huizenga, una ex estrella del rugby en la Academia Naval de Estados Unidos, perdió la conciencia a causa del ataque de Ishihara.

Ishihara montó en cólera cuando se enteró de que algunos prisioneros de guerra estaban intercambiando los pocos objetos de valor que les quedaban por algún que otro huevo y demás alimentos con los chinos que en ocasiones trabajaban con ellos. Su sistema para identificar a los «culpables» y acabar con esa práctica consistió en aplicar de manera generalizada la tortura del agua.

Sistemáticamente, elegía a un solo prisionero o a un pequeño grupo para someterlos a interrogatorio. Entonces, si se negaban a responder, como hicieron la amplia mayoría de ellos, Ishihara los castigaba con dosis repetidas del tratamiento de agua. La víctima era amarrada a un tablón, con una inclinación que formaba un ángulo agudo y la cabeza del hombre situada en el extremo inferior. En ese momento, un guardia cubría la cara del prisionero con una toalla húmeda y vertía agua sobre ella hasta que estaba tan saturada que cualquier intento de la víctima por respirar hacía entrar líquido en sus pulmones.

Sólo se precisaban unos segundos para llevar al prisionero al borde de la asfixia, y el proceso continuaba hasta que Ishihara obtenía las respuestas que quería o hasta que el prisionero perdía el conocimiento. Al cabo de un tiempo, el comercio con los chinos disminuyó perceptiblemente.

Sir Mark Young, el gobernador británico de Hong Kong, que se encontraba confinado en Woosung, también sufrió la ira de Ishihara. Young había sido trasladado al campo de prisioneros después de más de un mes de aislamiento en un hotel de Kowloon, separado de Hong Kong por la bahía, y agradeció la posibilidad de estar con otros prisioneros de guerra. A los pobladores de Wake les pareció un hombre agradable y admiraban sus sólidos criterios y su agudeza. Incluso la mayoría de los japoneses trataban a Young con deferencia y le permitían diversas comodidades que a otros prisioneros les eran negadas, entre ellas una pequeña estufa, una radio y varios muebles.

Sin embargo, para Ishihara, Young era sólo un occidental más al que tratar a golpes. En un incidente del que el beligerante intérprete acabaría arrepintiéndose, golpeó a Young con una espada envainada por una supuesta fechoría, pero fue desarmado por un marine antes de que pudiera ocasionar más daños.

Según Artie Stocks, que presenció el enfrentamiento, Young, una persona de natural contenido, se puso en pie y derribó a Ishihara y, por una vez, los guardias japoneses no tomaron represalias. De hecho, a partir de entonces el coronel Yuse, comandante del campo, prohibió a Ishihara llevar espada. Después de aquello, sus armas quedaron limitadas a una porra o una fusta, pero aún sí se las arregló para causar mucho dolor.

Muchos años después, Stocks recordaba la trifulca entre Ishihara y Young de este modo: «Sir Mark dijo a Ishi: “Esta guerra no durará para siempre, hijo de puta, y cuando termine, yo estaré allí para ver lo que te espera”. Después de la guerra, Young

fue uno de los jueces que presidieron los tribunales por crímenes de guerra, donde Ishi fue condenado a cadena perpetua. Murió en la cárcel».

Al recordar su período de cautividad cincuenta y siete años después, el grueso de los supervivientes de Wake consideran la brutalidad de Ishihara una cruel excepción al trato que les dispensaron los japoneses. Aunque el sistema *bushido* que los estadounidenses conocieron en el *Nitta Maru* prosiguió en el campo de prisioneros, casi ningún guardia tenía por costumbre imponer castigos injustificados. Cuando un prisionero de guerra incumplía las normas o desobedecía una orden, el resultado habitual eran patadas o golpes, algo que experimentaron de vez en cuando casi todos los pobladores de Wake.

El civil Ed Doyle realizó un breve —pero en buena medida infructuoso— intento por aprender suficiente japonés para que otros prisioneros pudiesen conversar con sus captores, pero lo único que recibió a cambio de sus esfuerzos fue dolor. «Los demás ocupantes de mi barracón empezaron a reírse de mí y a llamarme “Tojo”», decía Doyle, «y la única vez que traté de ejercer de intérprete fue para un mezquino guardia llamado Araki. La traducción me salió fatal y me propinó una buena paliza».

Sin embargo, el consenso entre los supervivientes de Wake parece resumirse en que, excepto por un puñado de matones, los japoneses no se esforzaban por causar daños graves e intencionados a sus prisioneros.

«Me llevé alguna que otra bofetada cuando no avanzaba lo bastante rápido para el gusto de algún guardia», recordaba el capitán Bryghte Godbold, el ex comandante de puesto fortificado en la isla de Peale. «Eso le ocurrió a casi todo el mundo, pero no era nada grave».

Otros, no obstante, dan cuenta de cicatrices físicas y psicológicas más duraderas a causa del encarcelamiento.

«He recibido asistencia médica desde 1945 por los abusos que sufrí como prisionero de guerra», decía el ex soldado de primera clase Leroy Schneider, un marine de Illinois que sirvió en la Batería D de Godbold en la isla de Peale. «Todos y cada uno de los días que pasé en prisión fueron traumáticos. Los japoneses se comportaban con suma brutalidad y les encantaba pegar a la gente. Me reventaron un riñón, literalmente, y me provocaron unas lesiones tan graves que me lo tuvieron que extirpar cuando regresé a casa. Además, me desgarraron las piernas, y he tenido problemas con ellas desde entonces».

Para el excombatiente de veintidós años Artie Stocks, los daños más irreparables fueron psicológicos. Mucho después de que sanaran sus heridas físicas, seguía amargado y lleno de rabia.



«Al retirarme del cuerpo, perdí un par de empleos por el odio que sentía hacia los nipones», reconocía Stocks. «Me mostraba hostil con los orientales en general, pero

era peor con los japoneses. Empecé a tener unas pesadillas horribles sobre ellos, de modo que al final acudí a la Administración de Excombatientes para pedir asesoramiento, y en cierto modo me sirvió de ayuda. Fue como quitarme de encima un saco de piedras de cincuenta kilos que había estado cargando a la espalda».

Al otro lado de la balanza se encontraba el sargento Edwin «Peepsight» Hassig, el malhumorado excombatiente de veinte años que había inspirado a un grupo de desolados marines a desfilarse con orgullo el día de su rendición. Hassig se enorgullecía, y con razón, de su dureza y decía que no tenía «queja alguna» del trato que recibió como prisionero de guerra. «A mi modo de ver, nos trataban tan bien como a sus propios soldados», señalaba Hassig. «Por aquel entonces, los japoneses no andaban sobrados de comida, y gran parte del tiempo pasaban tanta hambre como nosotros».

De hecho, algunos japoneses intentaron que el *via crucis* de los prisioneros fuese menos oneroso. Los cautivos de Woosung recuerdan especialmente a un compasivo alto mando, el capitán Morita Matsuda, por su solicitud. Licenciado por la Escuela de Periodismo de la Universidad de Misuri y miembro del cuerpo propagandístico japonés, Matsuda quedó sobrecogido al llegar al campo y enterarse de que no se había permitido a los estadounidenses comunicarse con sus familias. «Hizo cuanto pudo por interceder por nosotros ante el comandante del campo», afirmaba el cabo John Johnston, «y creo que eso ayudó».

De todos los excombatientes de Wake que permanecieron retenidos por los japoneses, el pequeño grupo de heridos que quedó en el atolón cuando zarpó el *Nitta Maru* probablemente fue el que mejor trato recibió. Pero cuando las lesiones de los estadounidenses sanaron, las tropas destinadas a su custodia endurecieron la disciplina y expusieron incluso a estos heridos a la dureza implacable del orden japonés. El sangriento destino que corrió Julius M. «Babe» Hofmeister, un gigante civil que medía casi dos metros quince, es un ejemplo particularmente inquietante de la clase de «justicia» impartida a quienes violaban las normas.

Hofmeister era techador de profesión, pero podía encargarse de cualquier tipo de construcción en general. Los japoneses le encontraron múltiples labores arreglando los edificios dañados, y siempre que uno de estos edificios contenía cosas aprovechables, «Babe» dejaba un acceso abierto para poder entrar de nuevo. Quienes lo conocían aseguraban que poseía la fuerza de un toro, el nervio de un oso hambriento y la astucia de un zorro. Pero también tenía una sed insaciable de alcohol y un talento inusual para el hurto, una combinación que desembocó en su caída.

La gran altura de «Babe» resultaba imponente para los guardias japoneses, que en su mayoría eran sesenta centímetros más bajos que él, y el estadounidense no mostraba ningún temor a sus armas y sus gestos de enojo. Circulaba la historia de cómo «Babe» fue desafiado en una ocasión por un guardia, que le pinchó con la punta de una bayoneta en la barriga hasta que Hofmeister extendió la mano, apartó el arma, dio media vuelta y se alejó caminando tranquilamente. Al parecer, tenía un

sexto sentido para adivinar cuándo podría salirse con la suya.

Por otro lado, «Babe» demostró ser un amigo espléndido para los prisioneros heridos. «Era un tipo muy simpático que siempre nos traía las cosas que robaba: tabaco, medicamentos, comida o cualquier cosa que se te ocurra», decía Sloman.

Hofmeister tampoco dudaba en emplear su imponente fuerza para ayudar a un hombre incapacitado. Sloman recordaba uno de esos incidentes, que tuvo lugar en febrero de 1942, cuando los barcos estadounidenses bombardeaban la isla y los prisioneros tuvieron que buscar refugio junto con sus captores. «Cuando finalizó el bombardeo, yo no tenía fuerzas para salir del refugio y dirigirme al hospital por mi propio pie», relataba Sloman. «Pero “Babe” me agarró y me llevó hasta allí con tanta facilidad como quien lleva a un cachorro».

La noche del domingo 8 de marzo de 1942, cuando Hofmeister descendía por una escalera con un cartón de tabaco que acababa de robar a través de un agujero practicado en el tejado de un almacén, tropezó con un comité de recepción integrado por guardias armados que lo esperaban. Tras un breve consejo de guerra, en el cual «Babe» no pudo hablar en ningún momento para defenderse, sus captores lo condenaron a muerte.

Se ordenó a los quince estadounidenses más sanos que salieran del hospital para presenciar la ejecución en un almacén de madera adyacente. Sloman, Holewinski, Webb y otros obtuvieron permiso para quedarse dentro pero los hicieron mirar por las ventanas mientras a unos cien metros de distancia los guardias obligaban al condenado a cavar su propia tumba en el coral.

Cuando consideraron que el agujero era lo bastante profundo, le ataron las manos a la espalda y le ordenaron que se arrodillara mirando a uno de los extremos de la tumba. Un oficial que portaba una espada samurai se situó junto a Hofmeister y practicó varios movimientos con su arma, lo mismo que un golfista antes de acercarse al *tee*. Entonces levantó la espada y la dejó caer con toda su fuerza, cercenando de un corte limpio la cabeza de Hofmeister.

«Muchos de nosotros podíamos suponer que “Babe” acabaría teniendo problemas porque siempre andaba robando y desafiando a los guardias, pero jamás imaginamos algo así», decía Sloman. «Fue una imagen terrible —casi demasiado terrible para creerla— y nos infundió a todos una gran inquietud y temor por lo que pudiera suceder después».

En opinión de Sloman, los comandantes japoneses estaban buscando una excusa para escarmentar a un preso de la forma más severa posible como advertencia para los demás, y «Babe» se la dio.

«Fue una pena bastante dura por robar un cartón de tabaco», apostillaba Sloman, «pero desde luego captaron nuestra atención».

Unos dos meses después, a principios de mayo de 1942, los convalecientes de Wake embarcaron en el *Soma Maru*, otro antiguo transatlántico de lujo japonés que pasó a desempeñar misiones militares, y zarparon hacia Japón. Su viaje fue

notablemente más fácil que el de los hombres del *Nitta Maru*.

«El clima era suave y agradable, y nos alojaron en la que había sido la zona de la piscina», recordaba Sloman. «Como sólo éramos veinte, no hubo aglomeraciones, y disponíamos de unos retretes adecuados».



Su destino final sería el mismo campo de prisioneros de Zentsuji en el que ya se hallaban retenidos otros pobladores de Wake, pero primero fueron conducidos a otro campo de Ofuna, donde pasaron varias semanas de interrogatorios intensivos.

«Esto fue justo antes de la batalla de Midway, y los japoneses sabían que yo había estado destacado allí antes de llegar a Wake, así que me hicieron muchas preguntas sobre qué clase de fortificaciones teníamos», comentaba Sloman. «Me pidieron que les indicara las posiciones de los cañones de 120 mm, pero sabía que los habían trasladado desde que yo me fui. Negué saber dónde se encontraban las ametralladoras y los cañones de 75 mm, y les dije que jamás había pisado la isla de Pascua, donde estaba la pista de despegue. Estaba mintiendo, pero me las apañé para que me creyeran».

Una vez que los prisioneros llegaron a Zentsuji, los pusieron a trabajar cargando y descargando vagones en cinco estaciones ferroviarias de la zona. Era una labor agotadora para aquellos hombres debilitados, ya que la mayoría de las mercancías que manipulaban eran sacos de comida de 150 kilos. Aun así, podían robar suficientes alimentos para mantenerse relativamente bien nutridos, un «incentivo» que les fue negado a los demás prisioneros de guerra de Wake.

«Literalmente teníamos que robar para vivir, pero en Zentsuji nunca estuvimos cerca de la inanición como sí les sucedió a los ocupantes de los otros campos», señalaba Sloman. «También recibimos buena atención médica, porque todos los doctores de Guam estaban allí».

La cuota milagrosa de Sloman todavía no se había agotado. Por alguna razón había seguido vivo y coleando cuando la mayoría habría sucumbido, o al menos habría quedado lisiada, y su racha de buena suerte continuaba intacta.

En cambio, para los últimos estadounidenses que aún seguían cautivos en Wake, la fortuna y el tiempo se desvanecían con rapidez.

Uno de los episodios más trágicos y macabros de la guerra del Pacífico tuvo lugar en la playa de la franja septentrional de Wake durante la oscura noche del 7 de octubre de 1943.



En aquel momento, las tropas enemigas de Wake ocupaban un páramo aislado mientras el gran combate las eludía y se acercaba cada vez más a las islas de Japón. Los soldados estaban sometidos al bombardeo constante de los barcos y aviones

estadounidenses, pero un peligro incluso mayor era la escasez crítica de alimentos y medicinas. Buena parte de la guarnición estaba demasiado enferma o débil para trabajar más de una hora o dos diarias. Entre principios de 1942 y el final de la guerra, unos seiscientos soldados japoneses murieron en Wake bajo las bombas y los proyectiles de Estados Unidos, pero más del doble de esa cifra fueron víctimas de la enfermedad o la desnutrición, casi igualando el número de hombres caídos en combate cuando intentaban conquistar el atolón.

Dos tercios de los más de trescientos civiles estadounidenses que quedaron atrás para trabajar para los japoneses tras la partida del *Nitta Maru* fueron trasladados más tarde a campos de prisioneros de Japón. Pero a principios de octubre de 1943, todavía permanecían 96 trabajadores en Wake, atrapados allí por un cerco prácticamente impenetrable creado por las fuerzas navales estadounidenses, lo cual imposibilitaba que los japoneses los evacuaran. Entre ellos se encontraba el doctor Shank, el valiente médico civil, que pudo haberse marchado antes pero se ofreció voluntario para quedarse.

Para el contraalmirante japonés Shigematsu Sakaibara, cuyos hombres perecían a diario, los estadounidenses suponían un dilema desconcertante. No quedaba nada que pudieran construir —de hecho, no había nada *con* lo que construir—, y estaban consumiendo unas raciones indispensables para la supervivencia de los soldados japoneses.

Sakaibara había demostrado ser un oficial cruelmente eficaz cuando era preciso. El verano anterior ordenó que un prisionero que presuntamente había robado comida en un almacén corriera el mismo destino que «Babe» Hofmeister. Y ahora que sus subordinados morían ante sus ojos, el contraalmirante tomó una decisión desesperada.

El 6 y el 7 de octubre de 1943, Wake sufrió un ataque inusualmente intenso por parte de un destacamento estadounidense. Durante esos dos días, los aviones emprendieron 510 misiones contra el atolón y arrojaron 340 toneladas de bombas, y los cruceros y destructores que los acompañaban dispararon casi 3200 proyectiles de 120 y 75 mm sobre las posiciones japonesas. Todos los prisioneros de guerra civiles ocupaban refugios en aquel momento y ningún estadounidense resultó herido.

A tenor de un informe remitido a la Comisión de Crímenes de Guerra por el capitán de la Armada estadounidense Earl A. Junghans, quien asumió el mando de Wake después de la guerra, estos ataques dieron a Sakaibara el pretexto que necesitaba para resolver de una vez por todas el problema de los cautivos.

La noche del 7 de octubre, Sakaibara ordenó al comandante de su Compañía de Mando, el teniente Torashi Ito, que llevara a todos los prisioneros a un lugar cercano a la playa norte, en el extremo noroeste de Wake, y que los ejecutara.

Cuando Ito llegó al sitio, que podía divisarse con facilidad desde el puesto de mando de Sakaibara, los prisioneros ya se encontraban allí. Estaban sentados en el suelo formando una hilera de cara al mar. Les habían vendado los ojos y llevaban las

manos atadas a la espalda.

Tres secciones de soldados japoneses se hallaban posicionadas detrás de los estadounidenses con rifles y ametralladoras. Cuando los líderes de sección indicaron que todo estaba preparado, Ito dio un paso al frente.

«Procedan según las órdenes», dijo, y los ejecutores abrieron fuego. Siguieron disparando hasta que estuvieron seguros de que todas las víctimas habían muerto.

Por increíble que parezca, un prisionero escapó temporalmente a la carnicería. Nadie conoce la identidad de aquel hombre, pero fue encontrado ocho días después, oculto en un almacén. Sakaibara reconoció más adelante que había atravesado con su espada a aquel superviviente en un lugar situado debajo de la línea de pleamar de la isla de Peale, donde la marea ascendente se llevaría la sangre.

La paz y el orgullo

Durante el primer año que pasaron los prisioneros de guerra en Woosung, los japoneses frecuentemente tuvieron que buscar trabajos para mantener ocupados a los prisioneros. Sin hacer demasiado obvias sus intenciones, los estadounidenses se esforzaron por frustrar o demorar cualquier encargo productivo que recibieran. A consecuencia de ello, acabaron desempeñando algunas tareas totalmente inútiles, e incluso frívolas.

«Recuerdo estar sentado a diez grados bajo cero puliendo proyectiles de artillería con estropajos de esparto hasta que brillaban como monedas recién acuñadas», decía el civil Ed Doyle. «Parte del problema fue que los japoneses capturaron tantos prisioneros y tan deprisa al principio de la guerra que no sabían qué hacer con ellos. Pero en 1945 por fin lo hicieron y me pusieron a trabajar de remachador en Osaka, construyendo y reparando barcos de carga».

Como señalaba Doyle, la sucesión de conquistas territoriales japonesas en China, el sureste de Asia y el Pacífico les habían dejado decenas de miles de prisioneros estadounidenses, británicos y holandeses. Se necesitaron un tiempo y unos esfuerzos considerables simplemente para transportar y alojar a estos cautivos, y pasaron meses antes de que los japoneses aprovecharan plenamente ese potencial. Pero con el transcurso de la guerra y debido a la ingente escasez de personal que aquejaba a Japón, todos los hombres de Woosung fueron obligados a trabajar hasta dieciocho horas diarias en minas, fábricas, tiendas, astilleros y otros centros de producción vitales.



En diciembre de 1942, parte de los prisioneros de Wake fueron trasladados desde Woosung a otro campo de la cercana Kiangwan, que Devereux describió como «el peor antro» de su cautiverio. Supuestamente, estaban allí para construir un «parque infantil», pero el proyecto en realidad era un campo de tiro militar, cuyo elemento principal era una gigantesca montaña de tierra que medía sesenta metros de ancho por doscientos de largo y hasta veinte metros de alto. Los antiguos pobladores de Wake que la construyeron con palas y otras herramientas pequeñas, ayudados por una vía estrecha operada manualmente para llevar tierra y piedras a la cima del montículo, todavía se refieren a él burlescamente como «el infame proyecto monte Fuji».

El infernal calendario laboral en el «monte Fuji» —de doce a dieciocho horas

diarias, seis días a la semana— se dilató para muchos prisioneros de guerra hasta comienzos de 1945 y tuvo graves consecuencias para su salud. Tuberculosis, disentería y otras enfermedades se propagaron entre los estadounidenses. Casi todos perdieron mucho peso, en algunos casos 45 kilos o más. Pero incluso los que habían quedado reducidos a la piel y los huesos fueron obligados a seguir trabajando durante largas y arduas horas.

«Muchos de nosotros pasamos dieciocho meses o más construyendo el “monte Fuji”, recordaba el soldado de primera clase John Dale, que había formado parte de la Batería L en Wilkes. “La zona de la montaña constituía el telón de fondo para el campo de tiro, y teníamos que empujar aquellas vagonetas llenas de tierra hasta la cima sin más ayuda que nuestras manos. Cada cargamento debía llegar un poco más arriba que el anterior. Era mortal”».

Muchos de los prisioneros de guerra que trabajaron en el monte Fuji se sintieron consternados por la aparente indiferencia de sus captores hacia el sufrimiento y la vida humanos.

«Recuerdo que un día, cuando nos dirigíamos a trabajar, vi un culi chino gravemente herido en la cuneta», relataba Dale. «Permaneció allí una semana antes de morir, pero los japoneses no nos permitieron hacer nada para ayudarlo».

«Cuando ves gente muerta y descuartizada muy a menudo, te acostumbras a ello», decía el civil John Rogge. «Tienes que hacerlo. O lo destierras de tu mente o te vuelves loco».



En un gesto ridículo y cruel a partes iguales, los japoneses accedieron a pagar a los prisioneros de guerra un pequeño salario mensual por su labor en el monte Fuji, lo cual les permitiría comprar algo de comida extra a los chinos. «Recibíamos treinta dólares mensuales en dinero chino en una época en que la mantequilla de cacahuete costaba veintidós dólares el kilo», decía el civil Chalas Loveland. «Por si fuera poco, en 1945 la mantequilla de cacahuete había subido a 420 dólares el kilo».

Muchos de los paquetes de víveres remitidos a los prisioneros de guerra por la Cruz Roja Internacional eran confiscados por los japoneses, pero tras unas quejas persistentes de los oficiales estadounidenses y la intercesión de los directivos de Cruz Roja, empezaron a llegar más envíos. «Imagino que hubiéramos muerto todos de hambre de no ser por la Cruz Roja», afirmaba el soldado de primera clase Clifton Sanders. «Siempre que recibíamos una de sus cajas era motivo de celebración».

A menudo, las cartas y los paquetes llegados desde Estados Unidos eran robados, destruidos y retenidos durante meses por los japoneses. De unos mil quinientos envíos que llegaron a los campos de prisioneros de China en septiembre de 1945, sólo se había entregado la mitad, y el correo navideño que llegó en diciembre de 1943 no se repartía a los prisioneros hasta el abril siguiente.

Algunos cautivos pasaron años sin saber de sus familias. «Sólo recibí una carta desde casa en el tiempo que fui prisionero de guerra», decía el soldado de primera clase Artie Stocks. «Mi madre estaba muerta, pero sentí mucha rabia hacia mi padre porque le escribí pero jamás tuve noticias tuyas. Hasta que regresé a casa no me enteré de que me había estado escribiendo continuamente. Los japoneses nunca me hicieron llegar las cartas».

Por su parte, Wiley Sloman y el resto del personal de Wake en Zentsuji estuvieron «perdidos» durante muchos meses, tanto para sus familias como para la Cruz Roja. «Hasta mediados de 1943 no recibí la primera carta de mis padres y supe que conocían mi paradero», aseguraba Sloman.

Numerosos prisioneros debían su vida a los esfuerzos de Edouard Egle, un compasivo e ingenioso representante suizo de Cruz Roja, que trabajó incansablemente para atenuar su sufrimiento. En marzo de 1944, en un momento en que los prisioneros padecían unas necesidades acuciantes, Egle entregó personalmente doce paquetes de comida, además de ropa y botas, a cada prisionero de Kiangwan.

Cuando Egle se enteró de que los cuatro oficiales médicos estadounidenses del campo estaban realizando cirugías con cuchillas y practicando incisiones con sedal, trajo el primer instrumental médico que habían visto durante su cautividad. Antes de partir, Egle empleó sus habilidades logísticas para equipar un quirófano completo y unas instalaciones odontológicas en Woosung.

Como país neutral, Suiza mantenía un consulado en Shanghai, y los ciudadanos helvéticos como Egle podían establecer un estrecho contacto con los prisioneros y ofrecerles una pequeña ventana al mundo exterior. Además de la ayuda de la Cruz Roja suiza, el consulado también se mostró interesado en el bienestar de los prisioneros de guerra, y ejerció una moderada presión diplomática sobre Japón para mejorar las condiciones de vida en el campo de Woosung.

Muchos prisioneros de guerra tampoco olvidaron nunca la amabilidad y generosidad de «Shanghai Jimmy» James, un civil estadounidense de Minnesota que regentaba cuatro restaurantes en Shanghai y proporcionaba a los cautivos comida, medicamentos, tabaco y otros productos. El día de Navidad de 1942, Shanghai Jimmy inyectó moral a los prisioneros al traer un árbol decorado al campo y deleitar a todos ellos con una cena a base de pavo en su guarnición.

«Fue la única comida decente que disfruté como prisionero de guerra», decía el cabo John Johnston. «Incluso hoy, nunca me siento a la mesa en Navidad sin recordar al bueno de Shanghai Jimmy».

Muchos pobladores de Wake recuerdan el detalle de James como la mejor cena de Navidad que han celebrado nunca. Parecía un auténtico milagro que hubiese podido convencer a los japoneses de que le permitieran llevar la comida al campo, y los prisioneros nunca comprendieron cómo lo logró.

Sin embargo, a la postre Shanghai Jimmy se quedó sin milagros. A principios de

1943, los japoneses clausuraron sus restaurantes y lo encarcelaron con el resto de los estadounidenses.



Para algunos prisioneros, la idea de la huida era una constante, sobre todo cuando las fuerzas chinas amigas se aproximaban a Shanghai. Varios miembros del personal de Wake lo intentaron, pero sólo lo consiguieron unos pocos.

El comandante Cunningham llevaba menos de dos meses en Woosung cuando llevó a cabo el primero de dos intentos de fuga, los cuales podrían catalogarse de valientes pero estúpidos. Junto con el director de CPNAB Dan Teters y otros tres prisioneros, Cunningham se escabulló de su barracón la noche del 11 de marzo de 1942. Los cinco cavaron una zanja por debajo de la alambrada electrificada, recorrieron unos cuantos kilómetros Yangtsé arriba y gozaron de libertad durante dos días antes de ser capturados de nuevo.

Después de desfilas por todo el campo custodiados por sus captores, los fugitivos fueron confinados en la tristemente célebre Bridge House de Shanghai, el cuartel general del Kempeitai, una unidad investigadora de élite del Ejército japonés comparada en ocasiones con la Gestapo nazi. Fueron llevados a juicio por desertores, en lugar de considerarlos prisioneros fugitivos, e hicieron frente a una posible condena a muerte. Más tarde, pasaron varias semanas incomunicados, y Cunningham y dos de sus cohortes fueron condenados a diez años de prisión. La sentencia de Teters fue de dos años.

Una vez finalizada la guerra, Cunningham confesó al civil John Rogge, con el que trabó una estrecha amistad, que su tentativa inicial de libertad fue «lo más estúpido» que había hecho jamás. Con todo, la experiencia no impidió a Cunningham intentarlo de nuevo dos años y medio después.

En octubre de 1944, Cunningham y otros prisioneros, entre ellos el sargento Raymond Coulson, de los marines destacados en Wake, entraron clandestinamente a sus celdas de la Cárcel Municipal de Shanghai varias cuchillas de sierra de arco y cortaron los barrotes de las ventanas. En esta ocasión, ni siquiera llegaron hasta la ciudad antes de ser cazados, y Cunningham dio con sus huesos en Bridge House una vez más.

Más tarde, el comandante justificaría estos intentos abortados aduciendo que consideraba que «el deber» de un prisionero de guerra es tratar de escapar y que poseía información que podía contribuir a la campaña de los Aliados. «Ansiaba disponer de otra oportunidad... para vengar la humillación de Wake», añadió elocuentemente.

Pero su preocupación por la fuga —así como las consecuencias que ello le supuso— mantuvieron alejado a Cunningham de los hombres que lideraba mientras duró la guerra. Devereux, por otro lado, permaneció con la mayoría de los prisioneros de

Wake durante los días interminables en Woosung y la agonía del proyecto del monte Fuji. Mantenía un sentido de la camaradería y la disciplina con los prisioneros militares que Cunningham nunca compartió. En el proceso, Cunningham quedó incluso más aislado y distanciado del grueso de su antigua guarnición de lo que lo estuvo durante los combates.

Pero no todos los intentos de huida de los pobladores de Wake acabaron en fiasco. El 9 de mayo de 1945, el teniente Kinney, del VMF-211, y el teniente McAlister, de la Batería L, escaparon con sus homólogos Huizenga y James McBrayer, de los marines, de un tren de prisioneros que se dirigía desde Kiangwan en el norte de China a un campo de Fengtai, cerca de Pekín.

El cuarteto fraguó su huida con todo detalle, decidiendo dividirse en parejas en lugar de saltar del tren todos juntos, y prácticamente no desveló sus planes a los demás prisioneros de guerra que viajaban en su atestado vagón. Al caer la noche, cuando el tren ascendía lentamente una colina, se deslizaron a través de la alambrada de la única ventana sin barrotes que había en el vagón y saltaron, dejando unos muñecos de paja en sus camas para engañar a los guardias. McAlister y Huizenga huyeron primero, y Kinney y McBrayer los siguieron momentos después. Según el plan, los dos primeros debían avanzar en la dirección del tren, y los dos segundos en el sentido opuesto hasta que se encontraran.

Cuando Kinney dio su salto hacia la libertad, supuso que McBrayer iba detrás, pero se encontró solo al alejarse de las vías. Continuó a buen ritmo unos diez minutos, y luego se detuvo para intentar recobrar el aliento y orientarse. Mientras estaba allí jadeando, oyó unos ladridos y el sonido de varios hombres golpeando el suelo con cañas de bambú. Presa del pánico, Kinney se puso en pie y echó a correr de nuevo, sin percatarse de que había olvidado el morral con todas sus posesiones materiales hasta al cabo de media hora.



Prosiguió hacia lo que él consideraba el oeste y luego se encaminó hacia el norte, y sin saber cómo, consiguió eludir al grupo de búsqueda que le iba a la zaga. A la mañana siguiente, con las primeras luces, se acercó con cautela a varios campesinos chinos y trató de pedirles ayuda.

«Mei guo fi ji», dijo, que esperaba que en chino significara «soy un aviador estadounidense».

Los campesinos le entendieron, pero temían por su vida. Indicaron con gestos que les cortarían el cuello y se marcharon apresuradamente. Después de varios encuentros similares, Kinney estaba empezando a perder la esperanza cuando un joven chino por fin mostró cierto interés y lo guió hasta una serie de cabañas de paja y adobe. Allí, una mujer le dio comida y cambió su reveladora vestimenta de prisionero por el kimono, el sombrero de paja y las sandalias típicas de un culi chino.

Con la ayuda de otros campesinos amigos, Kinney consiguió unirse a un destacamento de la caballería comunista china, ataviada con su uniforme azul, y el 15 de mayo se reencontró con sus tres compañeros, que estaban sanos y salvos. Transcurrido poco más de un mes, tras un angustioso viaje a través de una zona rural infestada de patrullas japonesas, los cuatro fueron entregados a las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-shek y conducidos a Chongking. El 9 de julio de 1945, después de un vuelo por todo el mundo que los llevó a Birmania, India, Irán, Egipto, Casablanca, las Azores y Terranova, finalmente aterrizaron en Washington.

Kinney y McAlister se convirtieron de este modo en los primeros miembros de la guarnición de Wake en regresar a tierras estadounidenses. Pero dos meses después empezaron a llegar otros.

En la primavera de 1945, a medida que se estrechaba el cerco aliado, muchos supervivientes de Wake fueron trasladados a otras zonas del menguante imperio japonés para trabajar como esclavos industriales en minas de carbón y hierro, fundiciones de acero, talleres de reparación, astilleros y terminales de mercancías. Al paso que la situación de Japón se tornaba cada vez más desesperada y que sus instalaciones sufrían los ataques de los aviones estadounidenses, los prisioneros eran trasladados de un lugar a otro de manera abrupta.

«Salimos de Shanghai en mayo de 1945, y primero nos dirigimos a Pekín y luego a Manchuria, Pusan y Corea», recordaba Chalas Loveland. «A principios de julio, nos enviaron en barco a Japón, y luego viajamos en tren hacia el norte de Honshū para trabajar en una mina de hierro».

Tras abandonar Woosung, el cabo Frank Gross recaló en el campo de prisioneros Tsumori, cerca de Osaka, Japón, y trabajó en unos astilleros, donde contrajo una hernia al transportar enormes placas de acero utilizadas para reparar buques. «El bombardeo del puerto de Osaka fue un magnífico golpe de suerte para mí», decía Gross. «Aquel trabajo estaba acabando con nosotros». Junto con el comandante Potter, el teniente Kliever y otros prisioneros de Wake, Gross fue enviado a un nuevo campo situado en las montañas. La rutina allí era algo menos extenuante, pero las dependencias estaban infestadas de pulgas y las raciones eran cada vez más escuetas.

La comida en todos los campos de prisioneros siempre había sido escasa y de ínfima calidad, pero ahora era prácticamente inexistente, y los hombres hacían cualquier cosa por un bocado o algo remotamente comestible.

«En esa época comí gato con sumo placer», recordaba John Rogge, «y te diré que lo habría hecho más a menudo si hubiese tenido la oportunidad. Fue la mejor carne que probé en mucho tiempo. Bueno, pensándolo bien, fue la *única* carne que probé».

«Durante un tiempo trabajé en una granja de cerdos y comía tanta bazofia de la que consumían los animales como podía», afirmaba el soldado de primera clase Jack Hearn. «Aquello estaba horrible, y vete tú a saber qué llevaba, pero la otra alternativa era morir».

Algunos prisioneros de guerra, sobre todo los que trabajaban cerca del ganado, se

limitaron a comer miembros animales desechados y medio podridos. Más de uno sufrió brotes de disentería que a punto estuvieron de acabar con su vida. Hearn la padeció en tres ocasiones, y la última de ellas fue la peor. Tuvo unos dolores de estómago terribles, y el doctor Kahn le dijo: «Si es apendicitis, lo único que tengo para operarte es una navaja de bolsillo». Por suerte, Hearn se recuperó sin cirugía.



Con el derrumbe de la economía nacional, gran cantidad de civiles y militares japoneses también sufrían una hambruna crónica. Pero a comienzos de 1945, los hombres de Wake eran poco más que esqueletos andantes, que se vieron esclavizados, privados de alimento y maltratados hasta el borde de la extinción.

«En el momento de la rendición pesaba unos noventa kilos y en verano de 1945, cincuenta», afirmaba Loveland. «Había enfermado gravemente de disentería, y no sabía cuánto más podría resistir».

El soldado de primera clase Leroy Schneider trabajaba hasta diecinueve horas diarias en una planta de laminación de acero y pensando que cada día sería el último. «No éramos más que piel y huesos», recordaba, «y sabíamos que íbamos a morir».

«Tenías que convencerte de que ibas a sobrevivir y de que volverías a casa», decía John Rogge. «Si no lo hacías, eras hombre muerto».

Entonces, en cuestión de pocas semanas, todo dio un vuelco.

Las radios estaban estrictamente prohibidas a los prisioneros, pero casi siempre había al menos un receptor improvisado oculto en cada barracón, y por la noche los hombres se apiñaban en torno al equipo para captar cualquier noticia relacionada con la guerra. Sabían que en aquel momento los B-29 estaban atacando regularmente Tokio y otras grandes ciudades y que las fuerzas de infantería estadounidenses se encontraban a unos trescientos kilómetros de Japón.

Pronto, los B-29 también empezaron a atacar objetivos alrededor de Shanghai, y era obvio que la derrota se cernía sobre los japoneses. Las radios clandestinas traían noticias de la caída de Iwo Jima y del repliegue de los ejércitos de Hitler en Europa. El 8 de mayo de 1945, Alemania presentó su rendición incondicional. El final de la guerra estaba a la vuelta de la esquina, pero la gran incógnita era cuántos pobladores de Wake vivirían para verlo.

El campo de Kiangwan estaba sito cerca de dos aeródromos militares, y los prisioneros de guerra que todavía languidecían allí a principios de 1945 solían presenciar con desazón los bombardeos y los combates aéreos entre los aviones estadounidenses y japoneses. Una de las mayores satisfacciones para los estadounidenses llegó en primavera de 1945.



Un grupo de P-51 sobrevoló el campo a tan baja altura que pudieron saludar a los

pilotos. El hecho de que fueran cazas del Ejército significaba que ahora había una base estadounidense cerca de allí. Por primera vez en tres años pudo oírse a los marines silbar mientras trabajaban.

Gran parte de los guardias japoneses empezaron a mostrarse más afables con sus cautivos cuando presintieron el ocaso inminente de su imperio. Pero a veces su temor y su frustración alcanzaban cotas rayanas en la histeria. En enero de 1945, cuando tres P-51 se abatieron sobre un bombardero Nell japonés y lo derribaron a un centenar de metros del complejo carcelario, unos guardias airados atacaron con sus bayonetas a tres prisioneros que lanzaron vítores.

A principios de mayo, todos los prisioneros de Kiangwan subieron en vagones de carga para cubrir el trayecto de 1100 kilómetros hasta Fengtai, el mismo viaje en el que huyeron Kinney y McAlister. Unos días después, viajaron en tren hasta Pusan, Corea, luego embarcaron en un *ferry* hasta la isla japonesa de Honshū y, por último, un tren los condujo a un campo situado a unos treinta kilómetros de Takagawa, en la isla de Hokkaido.

Los trenes eran siempre lo mismo: docenas de hombres agolpados en vagones con una fina capa de paja sucia sobre la que dormir y dos cubos de veinte litros como único retrete. Los vagones eran similares a los de Estados Unidos, aunque más pequeños, con puertas correderas de acero a cada lado y pequeñas ventanas en los extremos. Guardias armados se plantaban en el centro de cada vagón, junto a las puertas, mientras los prisioneros se embutían a ambos lados. A menudo, los últimos pasajeros del vagón habían sido caballos y había un hediondo residuo de estiércol bajo la paja.

Durante el viaje, los prisioneros estiraban el cuello para mirar por las pequeñas ventanas, por las que traslucían una destrucción y una desolación que se proyectaban por todo el paisaje japonés. Ciudades enteras habían quedado reducidas a montañas de escombros humeantes por los bombardeos. Cuando los prisioneros de guerra llegaron al nuevo campo era principios de julio.

Al principio los pusieron a despejar terreno para un jardín, pero al cabo de unas semanas la mayoría de los oficiales fueron transferidos a un almacén de maderas y tuvieron que desempeñar labores más agotadoras, cargando troncos y grava hasta una mina de carbón cercana. Entretanto, los reclutas de los campos colindantes fueron enviados bajo tierra para trabajar hasta catorce horas diarias en las minas.

Sin embargo, poco a poco los guardias relajaban la tensión que ejercían sobre los prisioneros. La comida mejoró un tanto y era más abundante. Se reinstauró una ración diaria de tabaco tras una larga ausencia. Se permitía a los estadounidenses darse un baño en el río que fluía frente al campo. «Muy pronto todos volveremos a ser amigos», les dijo un soldado japonés.

El 14 de agosto, todo el personal del campo se congregó alrededor de las radios para escuchar un anuncio que ninguno de los prisioneros alcanzaba a comprender. Algunos oyentes gritaban y sollozaban. Otros, más silenciosos, parecían aturridos.

Era obvio que había sucedido algo grande, pero los prisioneros no tenían ni idea de que el emperador Hirohito acababa de anunciar la rendición incondicional de Japón. No sabían que el 6 de agosto un B-29 estadounidense había lanzado una bomba atómica sobre Hiroshima o que un segundo artefacto había devastado Nagasaki tres días después. La segunda guerra mundial acababa de tocar a su fin.

Pasaría otra semana antes de que un representante de Cruz Roja llegara para comunicar a los prisioneros la noticia oficial. En el ínterin, los oficiales japoneses dejaron entrever que era una paz negociada y que el emperador seguiría ostentando el poder. Los estadounidenses continuaron con una versión reducida de su rutina diaria, pero abundaban los signos reveladores de que el sol naciente por fin se había puesto.

Jack Hearn todavía trabajaba en la mina de carbón de Hokkaido cuando se enteró de que la guerra había terminado. «Los B-29 sobrevolaron la zona una vez más», dijo, «pero en esta ocasión lanzaban comida en grandes cestas que aterrizaban a nuestro alrededor».

Para Hearn y muchos otros, la ayuda aerotransportada llegaba justo a tiempo.

«Yo había perdido unos treinta y cinco kilos», decía, «y empecé a comer chocolatinas Hershey tan rápido como podía. Agarré tal colocón de azúcar que aquella noche no pude dormir, pero lo del tipo de al lado fue aún peor. Se zampó tres kilos de cerdo con judías. ¡Dios mío, eso sí que eran gases!».

El 2 de septiembre de 1945, los representantes de Hirohito rubricaron los documentos de rendición en la cubierta del *U. S. S. Missouri*, anclado en la bahía de Tokio. Al cabo de dos semanas, los isleños de Wake pusieron rumbo a casa.

Devereux, que supo en el campo de prisioneros que su esposa, Mary, había sucumbido a una diabetes durante su ausencia, fue uno de los primeros en llegar a Estados Unidos. Junto con otros oficiales de Wake, aterrizó en Washington en un avión de la Armada el 26 de septiembre. La última vez que había visto a su hijo, en enero de 1941, el chico acababa de cumplir siete años; ahora tenía doce.

«Dudo que ningún prisionero de los japoneses pueda expresar con palabras lo que sintió al volver a casa», decía Devereux. «Pero, para mí, el momento álgido fue la llegada a Washington. Había una multitud —familiares, viejos amigos y más gente—, pero en ese momento la única persona a la que vi fue mi hijo Paddy viniendo hacia mí».

Por intenso y prolongado que fuera su sufrimiento, los hombres de Wake en general gozaron de un índice de supervivencia muy superior al de los prisioneros retenidos por los japoneses. De 1593 estadounidenses y guameños apresados en Wake, un total de 233 —o algo más del 15 por 100— murieron en cautividad. Esto contrasta con un índice de mortalidad del 28 por 100 entre todo el personal aliado capturado por los japoneses.

Los observadores han citado varios motivos para esta tasa de supervivencia

inusualmente elevada. Por un lado, a diferencia de los hombres de Bataan y Corregidor, los pobladores de Wake estuvieron bien alimentados durante su asedio y hasta el momento en que embarcaron en el *Nitta Maru*. Por otro, los sórdidos campos de prisioneros que rodeaban Shanghai en realidad eran instalaciones modélicas para tratarse de cárceles japonesas; los prisioneros retenidos en otros lugares recibieron un trato mucho más duro y la alimentación era mucho más escueta; y el frío invernal en Shanghai era mucho menos mortífero que el calor sofocante de los campos de prisioneros erigidos más al sur. Y, por último, los estadounidenses retenidos cerca de Shanghai recibieron ayuda de la numerosa y próspera comunidad internacional de la ciudad.

Pero la mayor ventaja de que disfrutaron los prisioneros de Wake quizá fuese el apoyo moral, el refuerzo psicológico y la ayuda física que recibieron por el mero hecho de estar unos con otros. Llevaban juntos el tiempo suficiente para haber trabado amistades y un sentido de la cohesión y, a diferencia de los miembros de muchas otras unidades capturadas, en su mayoría permanecieron juntos durante todo su cautiverio. Sus oficiales también estaban allí, y siguieron fomentando la disciplina, la estructura y la determinación entre los reclutas. Los supervivientes coinciden en que éste fue un factor decisivo para mantener alta la moral del contingente de Wake.

«El máximo responsable de haber promovido este espíritu de orden, orgullo y respeto fue el comandante Devereux», decía el historiador Gregory Urwin. «Los mismos marines que odiaban a Devereux antes de la guerra habían pasado a respetarlo por su gestión en la defensa de Wake... Ese respeto se intensificó durante los tres años y medio siguientes, fruto del ejemplo que dio Devereux en el campo de prisioneros».

«Cuando tu compañero estaba decaído, tú lo levantabas, y cuando eras tú quien andaba en horas bajas, él te animaba», decía el cabo Robert Brown, «telefonista» de Devereux durante el sitio. «Ocurría todo el tiempo». Brown describió el afecto que se profesaban los soldados de Wake como «uno de los mejores ejemplos de amistad que el mundo haya conocido».

Estos sentimientos también se extendieron a los prisioneros civiles. «Lo que más irritaba a los japoneses», afirmaba Ed Doyle, «era que no podían minar nuestro ánimo. Desarrollamos una fuerza interior que ellos no comprendían».

El 4 de septiembre de 1945, a las siete de la mañana, tres pequeñas embarcaciones de la Armada estadounidense aparecieron frente a la costa meridional de Wake para reclamar el atolón para Estados Unidos. La firma de los documentos oficiales de la rendición japonesa se había materializado apenas dos días antes, y aunque se habían lanzado desde un avión las instrucciones relativas a la transferencia de autoridad en Wake, los destructores *U. S. S. Levy*, *Lehardy* y *Charles R. Greer* se acercaron a la costa con cierto grado de cautela.

Se ordenó zafarrancho de combate cuando los barcos navegaban a menos de un kilómetro del canal de Wilkes que desembocaba en la laguna, y el pequeño

contingente de marines y marineros se dispusieron a ocupar sus puestos. Pero el único indicio de actividad enemiga eran dos pequeñas barcas que se dirigían lentamente hacia ellos y ondeaban una bandera blanca.

A bordo de la embarcación que iba en cabeza, una desvencijada lancha motora de construcción estadounidense, viajaban el almirante Sakaibara, comandante japonés de Wake, y su Estado Mayor. Alrededor de las ocho de la mañana, con una notable ausencia de ceremonia u honores, el grupo desarmado fue conducido al *Levy* para reunirse con oficiales estadounidenses. Se hicieron las presentaciones pertinentes y se invitó a los japoneses a tomar asiento a una mesa de cubierta. No hubo apretones de manos.

Momentos después apareció en cubierta el general de brigada Lawson H. M. Sanderson, el oficial de los marines elegido para aceptar la rendición, acompañado de un intérprete de japonés. Sanderson asintió de manera cortante a los oficiales japoneses y se sentó. No sonrió mientras se leían y firmaban dos copias de los documentos de capitulación, una en inglés y otra en japonés.

Hacia la una y media de ese mismo día, un reducido grupo de fotógrafos y cámaras registraron para la posteridad un momento conmovedor. El ahora coronel Walter Bayler, el último estadounidense que abandonó Wake antes de ser conquistada, también se convirtió en el primer estadounidense en regresar.

Bayler sólo encontró unos pocos vestigios reconocibles. El oxidado depósito de agua que presidía el que fuera el Campamento Uno se tambaleaba sobre tres patas, pero salvo por un puñado de escombros, el campo en sí había desaparecido. Los restos abandonados de tres Wildcat del VMF-211 se amontonaban entre la maleza cerca de la pista. Había equipos y maquinaria pesados desperdigados por toda la zona, parte de ellos todavía aprovechables.



Redujeron y mataron a dos guardias después de arrebatarles los rifles, y huyeron a la playa norte de Wake. Después de rehusar rendirse y de disparar a sus perseguidores, proseguía el relato, los amotinados fueron aniquilados.

Media docena de altos mandos japoneses repitieron una historia idéntica, lo cual llevó a los interrogadores a concluir que todo había sido ensayado con antelación. Para el capitán Junghans, el nuevo oficial al mando de Wake, parecía muy improbable que un grupo de civiles prácticamente desarmado hubiese emprendido una acción tan drástica, máxime después de haber sido unos cautivos dóciles durante casi dos años. Junghans estaba decidido a llegar al fondo de la cuestión, y cuando el general Sanderson y su hueste abandonaron el lugar, la investigación se intensificó.

El 1 de noviembre de 1945, la mayoría de los 1240 soldados japoneses de Wake habían embarcado en dos buques de transporte y habían regresado a casa o estaban de camino. Quedaron atrás dieciséis japoneses a los que Junghans y su Estado Mayor

siguieron interrogando acerca de la suerte que habían corrido los 98 civiles.

Finalmente salió a la luz la verdad sobre el baño de sangre que había acontecido en la playa septentrional de Wake dos años antes y los dos prisioneros que habían sido decapitados con anterioridad. Sakaibara y dos de sus oficiales, el capitán de corbeta Tachibana y el teniente Ito, fueron acusados de asesinato y trasladados a Kwajalein para ser juzgados por una comisión militar estadounidense. Mientras el proceso seguía su curso, Ito se suicidó en su celda y dejó una declaración firmada en la que implicaba a Sakaibara. Cuando le fue mostrada al almirante, ofreció una confesión.

«Todos los incidentes ocurridos en la isla de Wake se produjeron porque yo lo ordené», reconoció Sakaibara en el juicio, «y si debe haber un culpable de todos los incidentes, yo, como la persona que dictó la orden, quisiera responsabilizarme plenamente de ellos^[36]».

Sakaibara y Tachibana fueron declarados culpables y condenados a morir en la horca, pero la sentencia de Tachibana le fue conmutada por la de cadena perpetua. Después del juicio, Sakaibara fue encarcelado en Guam, donde aguardaría la ejecución de la sentencia. Allí, el 18 de junio de 1947 a primera hora de la noche, fue sacado de la celda, esposado y acompañado por un sacerdote budista antes de ser conducido al cadalso al que llegaron unos veinte minutos después.

Sakaibara sonrió mientras pronunciaba una última declaración: «Considero que mi juicio y el proceso han sido del todo injustos, y la sentencia demasiado dura», afirmó, «pero la acato con gusto».

Muchos de sus compatriotas coincidieron con los últimos sentimientos del almirante. «Todavía siento celos por el hecho de que el comandante Sakaibara no eludiera la pena de muerte», decía Hisao Tsuji, que permaneció en Wake casi cuatro años después de que su barco, el *Patrullero n.º 33*, fuese destruido.

Tsuji, que perdió más de un tercio de su peso total durante los últimos meses de la guerra, probablemente se salvó de la muerte por la llegada de las fuerzas de ocupación estadounidenses. «Nos dieron nuestra primera comida decente en mucho tiempo», recordaba en marzo de 2002. «Parecíamos esqueletos y algunos habían perdido hasta treinta kilos. Yo pesaba unos cuarenta kilos, pero recuperé lo que había perdido durante los dos últimos meses a nuestro regreso a Japón».

Tsuji sobrevivió y se convirtió en presidente de la Asociación Japonesa de Excombatientes de la Isla de Wake y desempeñó un papel activo como elemento unificador del grupo. Entre 1969 y 1995 organizó cuatro visitas a Wake, donde se dedicó un memorial a las víctimas de guerra japonesas en 1980. «Nuestros miembros todavía mantienen estrechos lazos de unión con los compañeros caídos», decía. «Aún lamento que el comandante Sakaibara no pudiera salvarse de la pena de muerte».

Durante una visita a Wake realizada en 1978, Tsuji y 32 ex compañeros buscaron en el atolón los restos desperdigados de sus compatriotas que no habían sido enterrados adecuadamente. Hoy, Tsuji y otros supervivientes japoneses son

conscientes de la suerte que tuvieron al volver a casa con vida. Contando a los subordinados de Sakaibara que murieron de enfermedad y hambruna, la conquista y ocupación de Wake probablemente se cobraron al menos 4500 vidas japonesas entre diciembre de 1941 y septiembre de 1945.

De los más de 1700 civiles y militares estadounidenses desplegados en Wake cuando estalló la guerra, murieron un total de 366 por lesiones sufridas en combate o por los terribles efectos del cautiverio.

Imágenes difusas y héroes olvidados

Cuando los supervivientes de Wake regresaron a sus casas para reencontrarse con sus seres queridos en Estados Unidos, descubrieron una nación demasiado ocupada celebrando la victoria y deseosa de paz y prosperidad como para prestarles demasiada atención. En otoño de 1945, millones de excombatientes volvían a casa desde lugares repartidos por todo el planeta. Llegaban cada día a millares, y era fácil que unos centenares de soldados de Wake se diluyeran en el tumulto.

El 13 de septiembre de 1945, unos seis millones de curiosos abarrotaron las calles de Nueva York para vitorear al general Jonathan M. Wainwright, el héroe de Corregidor, y coparon las primeras planas de costa a costa. Pero la bienvenida para los héroes de Wake en general fue más contenida, y hubo poco revuelo por parte de la ciudadanía.

Cuando el marinero «Dick» Darden llegó a California ese mismo día y se convirtió en uno de los primeros reclutas de Wake que pisaban territorio estadounidense, ni siquiera su madre lo sabía. Como recogía el periódico *The Clinton News* de la ciudad natal de Darden en su edición del 20 de septiembre de 1945:

La señora Eva Bell Darden es la mujer más feliz de Clinton, y no es de extrañar.

Su hijo, J. B. («Dick») Darden, que fue prisionero de los japoneses durante cuarenta y cinco meses, llamó el sábado por la tarde desde Oakland, California, avisándola de que había llegado allí en avión desde Tokio el 13 de septiembre. Tardó dos días en conseguir realizar la llamada. Un telegrama enviado antes de que viajara a Estados Unidos sufrió un retraso...

Otras historias similares sobre los hombres de Wake aparecieron en periódicos locales a lo largo y ancho del país, pero por motivos que todavía no están del todo claros, a los marines que regresaban de Wake se les pidió que firmaran un formulario en el que se comprometían a no conceder entrevistas a los medios sobre sus experiencias durante la guerra. En muchos casos firmaron sin pensar y luego se arrepintieron.

«El director del periódico de Texas me solicitó una entrevista varias veces después de mi vuelta a casa, y probablemente lo hice enfadar porque siempre le respondía con negativas», recordaba Wiley Sloman. «Pero había firmado aquel documento, así que creía que no estaba autorizado a hacerlo».

No obstante, un periódico que sí dedicó una extensa cobertura a los excombatientes de Wake fue *The Idaho Daily Statesman*, que anunció a bombo y platillo las primeras llegadas en un artículo de ocho columnas al principio de la

página uno de su edición del 14 de septiembre:

SIETE SUPERVIVIENTES DE WAKE LLEGAN A ESTADOS UNIDOS

Los siete fueron identificados como Forrest Don Read, Raymond George Quinn, Robert Eugene Brown, William R. Carr, Joseph Hugh Arterburn, Wilbur Merel Masoner y Roland Edwind Young. Hasta 210 supervivientes eran de Idaho, casi todos ellos civiles contratados por Morrison-Knudsen Company, con sede en Boise.

La propia M-K rindió un tributo especial a los trabajadores atrapados en Wake al comienzo del conflicto en forma de «Libro Azul» conmemorativo que contenía los nombres y las fotografías de los 1146 hombres, amén de una lista completa de los muertos, heridos y desaparecidos. El consorcio de empresas conocido como Contractors Pacific Naval Air Bases, del que M-K formaba parte, también creó una fundación benéfica, que abonó a todos los trabajadores y los familiares que dependían de ellos un porcentaje de los salarios que perdieron durante su cautiverio. Hasta 1980, treinta y cinco años después de su liberación del campo de prisioneros, las prestaciones de los veteranos no se extendieron a los supervivientes civiles de Wake.

Sin embargo, en otros lugares la cobertura mediática y el reconocimiento fueron considerablemente más atenuados. Ni siquiera tuvo un eco destacado una breve notificación de Associated Press enviada desde Tokio, en la que se citaban las declaraciones de Devereux, recién ascendido a teniente coronel, en las que habló sobre la pérdida relativamente escasa de efectivos durante la batalla de Wake.

En octubre de 1945, el grueso de los marines y marineros de Wake se encontraban una vez más en suelo estadounidense. Algunos ingresaron en hospitales para recibir tratamiento para unas lesiones y enfermedades desatendidas largo tiempo. Todos se mostraban ansiosos por reunirse con sus familias, pero también imperaba un innegable sentimiento de pérdida cuando sus unidades fueron disgregadas y se separaron por primera vez en cuatro años o más. Para despedirse, compartieron brindis y apretones de manos, y siguieron cada uno su camino, distanciados por la paz de igual modo que habían sido unidos por el conflicto, el cautiverio y las privaciones.

Su heroica actuación en la auténtica primera batalla de la guerra ahora se veía ensombrecida por la magnitud de Hiroshima, Nagasaki y los demás acontecimientos históricos que se habían producido desde entonces. Los recuerdos de la isla de Wake y de los hombres que combatieron allí ya habían empezado a desvanecerse de la conciencia ciudadana, y con el paso del tiempo se disiparían todavía más.

Para la mayoría de los estadounidenses, el período de posguerra fue un momento para ponerse al día de lo que habían perdido y sacrificado durante la guerra. Se apresuraban a incluir su nombre en listas de espera para adquirir nuevos coches, nuevas lavadoras y neveras, nuevas casas y un milagroso artilugio reciente llamado televisión. Encontraron nuevos empleos en sectores incipientes, se mudaron a nuevos lugares y persiguieron nuevos sueños. Millones de excombatientes contrajeron

matrimonio y empezaron a engendrar hijos en cifras récord.



Mientras miles de antiguos prisioneros de guerra se preparaban para su primera Navidad en casa después de cinco años o más, el presidente Harry S. Truman se tomó su tiempo para firmar una nota personal dirigida a muchos de ellos. Algunos todavía conservan la copia de la carta, fechada el 4 de diciembre de 1945. En ella, Truman escribía:

Me procura un placer especial el darle la bienvenida a sus costas natales, y expresar, en nombre del pueblo de Estados Unidos, la alegría que siento por su liberación de manos enemigas...

Ha combatido valientemente y ha sufrido mucho. Como su comandante en jefe, me enorgullezco de sus logros pasados y le expreso la gratitud de una nación por sus servicios en combate y por su tenacidad como prisionero de guerra.

Sin embargo, el sonido y la furia de la segunda guerra mundial apenas habían remitido cuando un nuevo conflicto global empezó a dominar los titulares y a concentrar la atención de Truman y su Administración. La guerra fría estaba en marcha, y nuestros ex aliados soviéticos de repente habían mudado en enemigos. En Asia, las mismas tropas comunistas chinas que habían ayudado a los tenientes Kinney y McAlister a encontrar la libertad expulsaban a las fuerzas de Chiang Kai-shek del país. Entretanto, un «telón de acero» caía por toda Europa, encarcelando a millones de checos, húngaros, polacos, alemanes y rumanos. Berlín Occidental padecía un sitio que eclipsó al de Wake en magnitud, y sólo la ayuda aérea impidió que la ciudad se viese sofocada y engullida por los soviéticos.

En esta atmósfera, la isla de Wake se convirtió en una imagen distante y borrosa de otra época. Incluso quienes combatieron y dieron su sangre por ella fueron arrastrados por las nuevas prioridades de Estados Unidos y su marcha irreprimible hacia el futuro. Pronto, muchos de ellos desaparecieron del ojo público y se fundieron calladamente con el tapiz siempre cambiante de su país, pero hubo excepciones.

El comandante James P. S. Devereux, el minúsculo oficial cuyos nervios de acero y la destreza artillera que demostró el 11 de diciembre le valieron un lugar de honor permanente en la historia de los marines, pasó las últimas cuatro décadas de su vida sumando un éxito tras otro.

En 1947, Devereux, que fue ascendido a coronel y se había convertido en el héroe más celebrado de Wake, publicó un supervenías titulado *The Story of Wake Island*, en el que vertía detalles desconocidos sobre la batalla y el papel que desempeñó en ella. Su relato contenía más de una afirmación errónea y múltiples exageraciones, pero pocos lectores se sintieron molestos por ello, y el libro fue reeditado en diversas ocasiones.

Devereux se retiró de los marines en 1948 como general de brigada y después

sirvió durante cuatro mandatos en el Congreso. Pasó sus últimos años criando caballos de pura raza en una pintoresca granja de Maryland, y mantuvo contactos frecuentes con muchos de los hombres que combatieron a sus órdenes hasta su muerte en 1988.

Como testimonio del calibre de los hombres que lideraron la defensa de Wake, al menos otros seis oficiales de la guarnición de marines alcanzaron el rango de general antes de finalizar su carrera militar. Entre ellos se encontraban el comandante George H. Potter, segundo de Devereux; su homólogo Walter L. J. Bayler, el último hombre que abandonó el atolón; el teniente Woodrow M. Kessler, que capitaneó la Batería B en Peale; el comandante Paul A. Putnam, del VMF-211; y otros dos miembros del escuadrón de cazas, el capitán Frank C. Tharin y el teniente John F. Kinney.

El capitán Wesley McCoy Platt sin duda se habría convertido en el sexto marine de Wake en obtener el rango de general si no hubiese perdido la vida de forma trágica. El 27 de septiembre de 1951, el líder del contraataque que repelió a las fuerzas japonesas en la isla de Wilkes resultó herido de muerte por la metralla de un proyectil enemigo en Corea.

Por aquellas fechas, el entonces coronel Platt servía en el Estado Mayor de la 1.^a División de Marines. Nunca había sido un hombre de retaguardia, y abandonó la seguridad del puesto de mando para inspeccionar a las tropas del frente, que estaban librando un intenso combate. Platt, que sólo tenía treinta y siete años cuando falleció, fue el oficial de mayor rango muerto en acción durante la guerra de Corea. Le fue concedida la Legión al Mérito a título póstumo, que sumó a la Estrella de Plata recibida por el coraje demostrado en Wilkes. Fue enterrado en el Arlington National Cemetery el 11 de enero de 1952, y dejó a su esposa Jane, a Thomas, su hijo de ocho años, y a Valeria, su hija de cuatro.

Sin embargo, el grueso de los defensores de Wake recibieron ínfimas condecoraciones en comparación con los estadounidenses que participaron en batallas posteriores en el Pacífico. En muchos casos, sus condecoraciones se demoraron durante décadas, y en el momento de escribir este libro, algunas todavía no habían sido concedidas.

Por su coraje tanto por aire como por tierra, el capitán Henry. T. «Hammering Hank» Elrod recibió póstumamente la única Medalla de Honor del Congreso impuesta a un excombatiente de Wake y también lleva su nombre una fragata de la Armada. Pero el teniente Robert M. Hanna, a quien muchos supervivientes de Wake también consideraban apto para el máximo galardón nacional al valor, tuvo que conformarse con una Cruz de la Armada. El capitán Herbert C. Freuler, del VMF-211, recibió una Cruz de la Armada y una Estrella de Bronce por sus valerosas hazañas en los cielos que coronaban el asediado atolón.

Hasta la fecha, la única medalla al valor otorgada al cabo Ralph J. Holewinski es la Estrella de Bronce, y la recibió cincuenta y nueve años después de la batalla. No obstante, Holewinski probablemente mató a tantos soldados enemigos como el

sargento Alvin York, el titular más célebre de la Medalla de Honor durante la primera guerra mundial, derribado en Francia. (A York se le atribuye la muerte de veinte alemanes, pero capturó él solo a otros 132). Holewinski, que después de la guerra sirvió durante treinta y cuatro años como *sheriff* del condado de Otsego, en su Michigan natal, también fue recomendado para la Cruz de la Armada, pero a comienzos de 2003 no se habían tomado medidas oficiales. El retraso todavía molesta a sus antiguos compañeros.

En muchos casos, incluso los Corazones Púrpuras han supuesto una ardua tarea. El cabo John S. Johnson, que fue herido en un brazo durante los últimos tiroteos en Wilkes —un combate que fue crucial para la victoria— tuvo que esperar su medalla hasta el año 2000. Y el soldado de primera clase Richard C. Gilbert no recibió su Corazón Púrpura, concedido por las lesiones permanentes de rodilla que sufrió en el campo de prisioneros, hasta el Día del Veterano de 2001, cosa que le supuso una «absoluta sorpresa». Otros candidatos siguen esperando, al igual que la gran mayoría de los civiles que resultaron heridos en la defensa de Wake.

El comandante Winfield Scott Cunningham se retiró como contraalmirante en 1950. También fue coautor de un libro publicado en 1961 bajo el título de *Wake Island Command*. Gran parte de él se limitaba a arremeter contra quienes no reconocieron su autoridad ni le profesaron el respeto que creía merecer como comandante de Wake. Le fue concedida una Cruz de la Armada por su servicio en la isla, pero jamás superó la omisión de su nombre y su papel en la mención del presidente Franklin Delano Roosevelt, y cuando recibió tardíamente una distinción especial, confesó que la había lucido «con cierto resentimiento».

Cunningham vertió críticas mordaces sobre el informe oficial del teniente coronel Heintz, *The Defense of Wake*, que fue confeccionado para el Cuerpo de Marines y le era muy favorable, pero contenía una perspectiva por lo general precisa del papel de Cunningham en la batalla. En un feroz artículo publicado por la revista *Cavalier*, Cunningham también clamó contra el «mito de los marines» que rodeaba a Wake.

Defendió incondicionalmente el papel desempeñado por los civiles durante los dieciséis días que duró el sitio, y con razón. Refutaba los informes que aseguraban que sólo algunos trabajadores participaron en la defensa de Wake, mientras que el resto eran «un grupo lastimoso» que se escondió en la maleza y sólo pensaba en sí mismo. Citó al menos a 312 civiles que habían colaborado activamente y luchado junto a sus compañeros militares. Por ello, y debido a su amistad con el jefe de obra Dan Teters, algunos civiles mostraron su simpatía hacia Cunningham y consideran que su rencor estaba justificado.

«Era todo un caballero que fue maltratado descarnadamente por la historia», aseguraba su otrora subordinado civil John Rogge. «Es trágico que nunca obtuviera el reconocimiento que merecía».



La frase que cierra el libro de Cunningham sintetiza la sed de reivindicación que dominó sus últimos años. «La leyenda de la isla de Wake continúa viva», escribió. «Estoy seguro de que algún día será reemplazada por la verdad».

Pero los historiadores y los expertos militares nunca han secundado la causa de Cunningham. Aunque consideran lamentable que su nombre no figurara en la mención a su unidad, por lo general coinciden en que le fue atribuido el mérito que merecía. «Ciñéndonos a las pruebas de las que ahora disponemos», escribía el autor Gregory Urwin, «el honor de haber dirigido la defensa de la isla de Wake debe recaer en Devereux y Putnam».

En todo caso, los desaires reales e imaginados de sus superiores y compatriotas fueron una espina que Cunningham tuvo clavada hasta su muerte, en 1986.

Si bien nunca recibió atención médica del doctor Shigeyoshi Ozeki, el marine retirado Joseph E. «Ed» Borne se convirtió en el mayor valedor del médico japonés en Estados Unidos después de la guerra. Tras la rendición de Wake, Borne fue designado como chófer de Ozeki en sus visitas a los heridos y se sintió profundamente impresionado por la humanidad y la compasión del médico. Junto con Wiley Sloman y otros excombatientes de Wake, Borne visitó a Ozeki en Japón en 1995, y más tarde fue anfitrión del doctor durante sus tres estancias en Estados Unidos. En 1999, Borne convenció al general James L. Jones, comandante del Cuerpo de Marines de Estados Unidos, para que escribiera una carta a Ozeki agradeciendo al médico sus «generosas, amables y decentes acciones» para con los prisioneros estadounidenses heridos y alabando su «coraje moral y su espléndido carácter». Cuando Ozeki falleció en octubre de 2002 tras varios años de deterioro, nadie lloró tanto su pérdida como Borne, que definió al médico japonés como su «mejor amigo». Borne vive en Haynes City, Florida.

A David D. Klierwer nunca se le atribuyó oficialmente la destrucción de un submarino enemigo, pero le fueron concedidas la Estrella de Bronce y dos medallas por su servicio incondicional en el VMF-211. Ingresó en la Facultad de Medicina de Harvard poco después de la baja del Ejército y obtuvo su licenciatura allí. Durante medio siglo ejerció la medicina. Siempre ha sido un hombre profundamente religioso, y afirma que las experiencias que vivió entre diciembre de 1941 y agosto de 1945 lo convirtieron en un pacifista de pro, e intenta evitar hacer o decir nada que pueda «glorificar la guerra». Reside en Corvallis, Oregón.

El jefe de obra Nathan Dan Teters, cuyas heroicas acciones en Wake y durante su cautiverio en China le hicieron merecedor de una Estrella de Bronce, siguió trabajando con Morrison-Knudsen después de la guerra. En 1957, el Gobierno francés lo nombró caballero de la Orden Nacional de la Legión de Honor por su papel en la construcción de bases aéreas galas en Marruecos. Falleció en 1960.

Tras servir en Corea y retirarse de los marines en 1958 con el grado de coronel, Bryghte D. Godbold, cuyas dotaciones de artillería en Peale infligieron cuantiosas bajas a la aviación enemiga, se trasladó a Dallas, donde continúa viviendo. Más tarde

fue subdirector del Southwest Center for Advanced Studies, actualmente la Universidad de Texas en Dallas. Viaja con frecuencia y participa activamente en varios proyectos empresariales.

Desde su retirada del Cuerpo de Marines en 1958, el otrora artillero Franklin D. Gross se ha convertido en una auténtica enciclopedia sobre los supervivientes de Wake. Durante los últimos treinta años ha escrito, publicado y distribuido *The Wake Island Wig-Wag*, un boletín trimestral que envía gratuitamente a sus viejos compañeros que siguen vivos y a las familias de muchos ya desaparecidos. Su último proyecto es el Wake Island Defenders Memorial Scholarship Foundation, establecido en la Southwest Missouri State University y destinado a ayudar a los jóvenes que lo merezcan a asistir a la universidad. Vive en Independence, Misuri.

No habiendo satisfecho su curiosidad y su búsqueda de fortuna que le había llevado a Wake, el civil Ed Doyle compró un elegante Packard de 1941 después de la guerra y se encaminó a Hollywood a probar suerte en el negocio del espectáculo. Cantó durante un tiempo con un grupo de jóvenes artistas en clubes nocturnos, pero el único trabajo fijo que encontró fue en un surtidor de soda en Beverly Hills. Al cabo de un año regresó para siempre a Boise y dio el salto a la restauración, regentando cinco establecimientos diferentes antes de jubilarse a finales de los años ochenta. Su hermano, Bob, estuvo apartado de Ed durante los dos últimos años de cautiverio y también regresó a Idaho. Murió de cáncer de huesos en 2001.

Otra pareja de hermanos civiles de Idaho, Glenn y Emmett Newell, también volvieron de manera permanente a su estado natal al ser liberados del campo de prisioneros. Glenn llegó a casa a finales de octubre de 1945 y pronto consiguió trabajo en la Idaho Power Company. Trabajó allí durante casi cuarenta años, parte de ese tiempo como encargado del tendido eléctrico, una labor que tachaba de «tan dura como cualquier otra» que hizo en Wake. Ahora está jubilado y reside en Boise. Emmett, que pasó más tiempo en Guam después de la guerra, falleció en un accidente de automóvil en 1987.

El artillero Charles Harrison, un soldado de primera clase destacado en Wake, sobrevivió a la larga pesadilla de un campo de prisioneros japonés para ser capturado de nuevo una década más tarde por tropas chinas en Corea, donde permaneció retenido cinco meses antes de poder escapar. También estuvo destinado en Vietnam en dos ocasiones. Los treinta años de Harrison en los marines empezaron cuando se alistó como soldado en 1939 y terminaron con su retirada como teniente coronel en 1969. «Corren buenos tiempos; yo viví los malos», declaraba en 2001 desde su casa de Grass Valley, California. «He aprendido a borrar de la memoria lo peor de las tres guerras en las que participé. De lo contrario, habría sucumbido a la presión hace mucho».

A finales de 1945, Robert E. Bourquin, del VMF-211, se casó con Charlotte

«Chotty» McLain, la chica por cuya foto estuvo a punto de morir y que conservó durante toda su estancia en el campo de prisioneros. Junto a la preciada imagen sobrevivió el diario manuscrito que llevó desde el 8 de diciembre de 1941 hasta el 26 de agosto de 1945. Una vez que abandonó el Ejército, regresó a la universidad y obtuvo una licenciatura en educación. Posteriormente, impartió clases de ciencias en secundaria durante más de tres décadas. Él y «Chotty» viven en Sequim, Washington.

Tras perder unos cuarenta amigos y parientes en la segunda guerra mundial, Artie J. Stocks decidió que ya había tenido suficiente de la vida militar. Pero tras el estallido de la guerra de Corea en 1950 y de la participación de los marines en ella, volvió a alistarse. «Yo era el cabo más longevo del cuerpo cuando volví en 1952», recordaba, «y probablemente el único que jamás había tenido en sus manos y mucho menos disparado un M-1». Se retiró con el grado de sargento de artillería en octubre de 1967, tras nueve meses perturbadores en Vietnam, durante los cuales perdió «a unos cuantos muchachos» porque les ordenaban no disparar hasta que les dispararan a ellos. Actualmente reside en Layton, Utah.

Walter A. Bowsher, que moldeó a un grupo de novatos civiles y los transformó en una dotación de artillería plenamente operativa en Peale y más tarde entró en combate en Corea, trocó un tipo de uniforme por otro cuando se retiró de los marines en 1954. Trabajó durante veinte años como agente de policía de la Autoridad Portuaria de San Francisco antes de retirarse de nuevo y regresar a un pintoresco rincón de las montañas Ozark que recordaba de su juventud. Ahora vive tranquilamente en las profundidades del bosque, junto a un gran lago, y recibe su correo en Bull Shoals, Arkansas.

Chalas Loveland, cuyo trabajo preparando batidos de leche en la cantina dio paso al transporte de munición para las ametralladoras y las baterías de 75 mm durante el sitio, ayudó a crear y dirigir un grupo de supervivientes civiles después de la guerra. En la actualidad es el presidente de Survivors of Wake, Guam and Cavite, Inc., que distribuye un boletín bimestral entre los supervivientes de Wake y sus familiares, y auspicia una convención anual. Como otros civiles que trabajaron en Wake, Loveland todavía vive en Boise.

Orgulloso de que 32 de sus conciudadanos de Oklahoma combatieran con él en Wake, Jack R. Skaggs ha sido una figura de mucho peso que ha ayudado a excombatientes de los marines y la Armada a mantener el contacto durante las últimas seis décadas. Durante muchos años, Skaggs, que perteneció a la asamblea legislativa de Oklahoma durante diez mandatos, celebró una reunión anual de excombatientes de Wake en Oklahoma City. También fue un elemento crucial en la creación de un monumento a los soldados de Wake, un testimonio de granito rojo que mostraba los nombres de todos los militares desplegados allí en diciembre de 1945 y erigido en un parque de Bristow, Oklahoma, a finales de los años ochenta. Skaggs regresó por primera vez a Wake en agosto de 2002 para participar en el rodaje de un documental televisivo sobre la batalla. Vive en Edmond, Oklahoma.

Arthur A. Poindexter, que recibió una Estrella de Bronce por su «conducta ejemplar» en el contraataque que dirigió en Wake el 23 de diciembre de 1941, abandonó el Cuerpo de Marines con el rango de coronel en 1963. Más tarde trabajó en la Facultad de Ciencias Políticas de la California State University en Long Beach, y a los setenta y tres años obtuvo un doctorado por la Universidad de Hawai. «Sin embargo, fue un militar hasta el final», declaraba su esposa, Patricia Poindexter, en una entrevista reciente. «Era grande y brusco, pero en el fondo era un encanto, un hombre extremadamente inteligente que amaba a la gente y mostraba interés por todo». Poindexter murió el 5 de enero de 2000 en Huntington Beach, California, y está enterrado a petición suya en el Arlington National Cemetery.

Retirado como sargento de sección tras una serie de operaciones para extraerle fragmentos de hueso y balas del cerebro, Wiley W. «Slick» Sloman finalmente llegó a casa en mayo de 1946 y no tardó en encontrar empleo como inspector de edificios para la ciudad de Texas. Menos de un año después, el 16 de abril de 1947, una de las peores catástrofes nacionales del siglo xx estuvieron a punto de borrar del mapa la ciudad de la costa del Golfo y, fiel a su historial, Sloman se hallaba en pleno epicentro.

Sloman se encontraba a escasas manzanas de distancia cuando un barco francés cargado de productos químicos, el *S. S. Grandcamp*, explotó en el canal intracostero de Texas y acabó con la vida de 512 personas e hirió a más de tres mil. No sólo escapó sin sufrir un rasguño, sino que ayudó a montar un hospital de campaña en el gimnasio de un instituto local en el que fueron atendidas decenas de heridos.

«Iba sentado en el coche del alcalde cuando estalló el barco», decía. «Salí deprisa y eché a correr hacia la parte posterior de un edificio, que quedaba a sotavento, y me tendí en el suelo justo antes de que llegara la sacudida. La explosión fue mucho más potente que cualquiera de las que vimos en Wake. El ancla cayó a dos kilómetros de distancia».

En 1995, Sloman viajó a Japón con otros ex defensores de Wake para un emotivo reencuentro con el doctor Ozeki, el hombre que, según él, le salvó la vida. «Fue una experiencia inolvidable», aseguraba Sloman, «como también lo era Ozeki».

Al igual que otros miembros de la dotación de artillería de la Batería L, que hundieron el primer barco enemigo de la guerra, Sloman no recibió ningún reconocimiento oficial por su histórica hazaña. Pero estaba orgulloso de una carta de encomio que recibió en 1992 del general de brigada ya retirado Woodrow Kessler. Publicada ese mismo año en *Fortitudine*, el boletín del programa histórico del Cuerpo de Marines, la carta dice:

A Wiley W. Sloman, cuya espléndida labor en la isla de Wake contribuyó a fraguar la victoria contra Kajioka el 11 de diciembre de 1941, y que sirvió como un auténtico marine durante toda la batalla.

La herida de Sloman le dejó una pronunciada cojera y una tendencia a arrastrar ligeramente el pie izquierdo que lo acompañó durante el resto de sus días. Por lo

demás, no mostró ningún efecto permanente por la bala que estuvo a punto de matarlo en diciembre de 1941. De su ordalía surgió una filosofía sencilla y sin pretensiones sobre su milagrosa travesía vital, que expresó en una de sus últimas entrevistas, en verano de 2002. «Es cosa del destino o pura suerte irlandesa», decía. «Es la única manera de explicar los últimos sesenta y un años».

El 23 de octubre de 2002, varios meses después de mudarse de Harlingen, Texas, a Houston y unas semanas antes de su 81.º cumpleaños, Sloman ingresó en un hospital de San Antonio para lo que supuestamente debía ser una cirugía oral rutinaria. Le fue administrada anestesia para la extracción de tres dientes y la operación se completó con éxito y sin problemas aparentes. Sin embargo, poco después Sloman fallecía en la sala de recuperación sin haber recobrado la conciencia.

«Después de todo lo que había pasado, que Wiley dejara este mundo plácidamente mientras dormía a los ochenta y un años es increíble», afirmaba su viejo amigo y compañero en Wake Frank Gross. «Si hubiese podido elegir el modo en que quería marcharse, probablemente habría sido éste».

Sólo sobreviven a Sloman su segunda mujer, Misty; un caniche llamado *Gigi*; y una «familia» cada vez más reducida de ancianos marines.

Epílogo: ¿Se pudo salvar la isla de Wake?

El valor de la isla de Wake para la Armada estadounidense a finales de 1941 —y para la totalidad de la campaña bélica de Estados Unidos en el Pacífico— iba mucho más allá de las ventajas estratégicas que pudiera entrañar el aferrarse a tres pedazos de coral aislados a las puertas de territorio enemigo.

Como dedujo correctamente el almirante Kimmel al ordenar el refuerzo de Wake, la Armada necesitaba más que nunca una victoria aplastante. Ocasionar daños importantes a los japoneses era la única manera de compensar el desastre de Pearl Harbor y la concatenación de derrotas que lo siguieron y, en esa coyuntura, Wake era el único lugar del Pacífico que brindaba una posibilidad para esta clase de victoria. La isla tal vez incitaría al enemigo a privar de toda protección a sus barcos en un punto en que las fuerzas estadounidenses podían «abatirse sobre ellos», como lo expresaba Kimmel.

Eso es exactamente lo que hicieron los japoneses el 23 de diciembre cuando enviaron a Wake una numerosa armada, que contaba con el apoyo de varios portaaviones. Habida cuenta de las vacilaciones y la ineptitud ya demostradas por el enemigo en Wake, amén de la petulante convicción de que la flota estadounidense del Pacífico estaba demasiado desmembrada como para lanzar una ofensiva eficaz, algunos historiadores creen que el contingente del almirante Kajioka era extremadamente vulnerable. Pero cuando Kimmel fue destituido del mando, los almirantes Pye y Fletcher desaprovecharon la oportunidad.



La verdadera clave para una victoria estadounidense arrolladora radicaba en que el 14.º Destacamento, encabezado por el *Saratoga*, llegara a Wake antes que los japoneses, desplegara a sus doscientos marines y atacara a la flota de Kajioka por aire y por mar antes de que pudiera efectuar un desembarco. Si el destacamento llegaba a destino el 22 de diciembre, como planeaba originalmente Kimmel, los bombarderos del *Saratoga* podrían haber causado estragos entre los barcos japoneses, en especial su línea de reconocimiento integrada por cuatro cruceros desprotegidos, antes de que los aviones enemigos del *Hiryu* y el *Soryu* pudieran intervenir desde una distancia de trescientos kilómetros. Sin duda, esto habría expuesto al *Saratoga* a ciertos riesgos, pero los portaaviones *Lexington* y *Enterprise* también se encontraban a unos centenares de kilómetros, lo bastante cerca para ofrecer apoyo aéreo y equilibrar sobradamente la balanza.

Aun cuando la indecisión de Pye y la parsimonia de Fletcher permitieron a los japoneses arribar a Wake y desplegar un contingente invasor en la costa, el destacamento de Fletcher podría haber asestado un golpe certero a la armada japonesa siguiendo el rumbo y enfrentándose a la desprevenida flotilla de Kajioka.

Parece dudoso que los doscientos cincuenta o trescientos efectivos que seguían vivos en Wake a las ocho de la mañana del 23 de diciembre tuvieran capacidad para someter a los defensores —o tan siquiera para mantener el terreno que ya habían conquistado— sin unos refuerzos considerables. Y si las fuerzas navales estadounidenses y japonesas hubiesen librado una batalla frente a las costas de Wake, al enemigo quizá le habría resultado imposible desplegar a más tropas.

«Estoy seguro de que podríamos haber expulsado a todos los japoneses que ya se encontraban en la isla», observaba Frank Gross sesenta años después, «pero mientras ellos pudieran seguir enviando más y más hombres, no habría servido de mucho. Si hubiésemos seguido luchando sin ayuda externa, ahora mismo estaríamos todos enterrados bajo el coral».

El destacado historiador de la segunda guerra mundial Samuel Eliot Morison se mostró particularmente crítico con Pye y Fletcher por su negativa a salir a la zaga de los barcos japoneses y forzar al menos una batalla naval en Wake. Como señalaba Morison: «Kimmel optó por esperar a ver qué se proponía el enemigo y actuar en consecuencia; Pye, por el contrario, sabía todo lo que iba a hacer el enemigo, pero prefería esperar y ver qué ocurría antes de hacer nada... La impresión general fue de irresolución en el cuartel general de la flota del Pacífico, y era correcta. Pero, con más razón, Fletcher debería haber presionado para enfrentarse al enemigo^[37]».

Las críticas de Morison se vieron respaldadas por las observaciones del comandante Cunningham tras la rendición del 23 de diciembre: «Vi una división de cruceros, que me parecieron cruceros pesados, cerca de la costa», decía Cunningham. «También se divisaban varios submarinos de vez en cuando. Creo que ese mismo día llegaron dos buques de transporte y echaron amarras al sur de la isla. Ante ello, los japoneses dieron una imagen de relajación absoluta, y se exponían a la posibilidad de sufrir cuantiosas bajas si nuestro destacamento atacaba incluso después de la rendición, que por supuesto es lo que yo esperaba fervientemente^[38]».

«Yo lo llamo el día más negro de la historia de la Armada estadounidense», añadía el oficial de la flota Ornar Pfeiffer. «Todos creíamos... que estaba a nuestro alcance una victoria gloriosa y que se dejó escapar».

Cuando un asistente del secretario de la Armada Frank Knox pidió al almirante Stark, jefe de operaciones navales, que comunicara al presidente Roosevelt que Wake había sido abandonada, Stark se negó. «No tuve valor», dijo el almirante. «Por favor, pídale al secretario Knox que lo haga él».

Knox aceptó el desagradable encargo, pero más tarde dijo a su ayudante que Roosevelt «consideró la retirada un golpe más duro que el de Pearl Harbor».

Sin embargo, existe sin duda otra cara de esta historia, y los defensores de Pye se han hecho oír tanto como sus detractores. «Si Fletcher se hubiese esforzado por avanzar hacia Wake, nuestras fuerzas habrían entrado en acción de manera poco

sistemática», decía el almirante Milo F. Draemel, jefe del Estado Mayor de Pye, respaldando la decisión de desechar la misión de refuerzo.

Al igual que Pye, que citaba la conservación de sus fuerzas como motivo principal para cancelar cualquier acción ofensiva en Wake, Draemel llamó a la «cautela, una cautela extrema». Wake y los estadounidenses allí atrapados, argüía, no merecían el riesgo de sufrir más pérdidas para una flota del Pacífico ya debilitada.

Al ordenar la retirada de los destacamentos 14.º y 11.º encabezada por el *Lexington*, Pye dice que se limitó a cumplir una serie de criterios dictados por el propio almirante Stark. Estos criterios incluían la creencia de que Wake se había convertido en un lastre estratégico, la preocupación por defender Midway, los temores de que Hawai corriera el peligro inminente de otro ataque aéreo o una invasión, y el interés por mantener abiertas las rutas marítimas a Australia^[39].

Otro factor, si bien no se reconoció en aquel momento, también secunda la decisión de no dedicar un contingente naval considerable a Wake. Los partidarios de la misión de rescate confiaban en que los catorce aviones del VMF-221, el escuadrón de cazas transportado por el *Saratoga* para reemplazar al diezmado VMF-211 de Wake, otorgaran una ventaja vital a las fuerzas estadounidenses en el aire. Pero estos aviones eran F2A-3 Brewster Buffalo, unos aparatos lentos, difíciles de manejar, y probablemente los peores jamás pilotados por el Ejército de Estados Unidos. Su impotencia quedó trágicamente demostrada cinco meses y medio después en la batalla de Midway, donde los Zero japoneses hicieron picadillo a casi todo el escuadrón y acabaron con la vida de trece de sus pilotos.

«A esos aviones los llamábamos “ataúdes voladores”, y eso es exactamente lo que eran», decía el sargento Bourquin, del VMF-211. «El Brewster Buffalo era una chapuza, un chiste mortal para quienes tenían que pilotarlo».

Sorprendentemente, quizá, incluso el comandante Devereux manifestó su conformidad con la decisión de Pye y sus subordinados que le costó tres años y medio en un campo de prisioneros japonés. «A la Armada le quedaba muy poco después de Pearl Harbor como para que sus barcos trataran de recuperar Wake», afirmaba. «Creo que hicieron lo correcto. Tenían una misión más importante: derrotar al enemigo en otro lugar». Varios años antes de la guerra, tanto Estados Unidos como Japón consideraban Wake un punto de una importancia estratégica extrema para el otro bando pero, en gran medida, esta idea resultó más una ilusión que una realidad.

Dada la superioridad aérea temporal de Japón y las nefastas condiciones de la flota del Pacífico, Wake hubiera tenido que sufrir razias aéreas y ataques por mar continuados —aunque tal vez no una tercera tentativa de invasión— si hubiese permanecido en manos estadounidenses. Siendo realistas, debido a su lejanía y a los problemas de avituallamiento que comportaba, la isla habría tenido pocas posibilidades de desempeñar un papel ofensivo viable para las fuerzas estadounidenses. Cubrir las necesidades básicas se habría convertido en una pesadilla para la Armada, y la idea de utilizar el atolón como base para ataques aéreos contra el

corazón del imperio de Japón en el Pacífico probablemente era un sueño imposible.

Por lo demás, aparte de privar a las fuerzas de su utilización durante el resto de la guerra y de negarles la victoria que podrían haber cosechado allí, la conquista de Wake supuso un valor práctico sorprendentemente escaso para los japoneses, que la consideraron mucho menos útil de lo que pensaban en un principio. Aunque sus bases se encontraban a medio camino del puesto de avanzada estadounidense más próximo, pertrechar Wake y defenderla contra los ataques enemigos suponía un dolor de cabeza constante para sus conquistadores. De hecho, una de las grandes ironías de la guerra, teniendo en cuenta lo mucho que habían sacrificado por conquistarla, es que Wake pronto se convirtió para los japoneses en lo que Stark, Pye y Draemel creían que sería para Estados Unidos: un lastre.

A partir de la primavera de 1942, Wake fue atacada regularmente por aviones estadounidenses y bombardeada por los acorazados que pasaban por allí de camino a objetivos de mayor prioridad. Los japoneses esperaban convertir la isla en una escala para la invasión de Midway, pero como los defensores de Wake alteraron su calendario, jamás pudieron utilizarla con efectividad. La aplastante derrota de los japoneses en la batalla de Midway a principios de junio de 1942 —en la que el *Hiryu* y el *Soryu* acabaron en el fondo del mar junto con otros dos portaaviones japoneses— despojaron a Wake de gran parte de su valor estratégico. Durante los últimos dieciocho meses de guerra, los pocos suministros que llegaron a su guarnición japonesa tuvieron que transportarse en submarino por la noche. Al final de la guerra, las tropas enemigas de Wake estaban muriendo literalmente de hambre.

Al culpar sin tapujos a Pye y Fletcher de la pérdida de Wake, Cunningham ignoró por conveniencia su papel crucial en dicha pérdida. Al fin y al cabo, fue el propio comandante de la isla quien asestó el «golpe de gracia» proverbial para la caída de Wake. La mañana del 23 de diciembre, Cunningham cometió dos errores graves, los cuales fueron decisivos en la derrota estadounidense. Dos horas y media antes de que dictara una orden de capitulación basada en buena medida en suposiciones e informaciones erróneas, el mensaje enviado por radio a Pearl desencadenó la decisión de cancelar la misión de rescate.

El principal fallo de Cunningham como comandante de la isla fue permanecer totalmente incomunicado de la guarnición y, por ende, haber sido ajeno a lo que ocurría entre sus subordinados. Devereux también cometió este error después de la invasión, pero como oficial al mando y como la persona que tenía el poder para transmitir información —e impresiones— al CINCPAC, Cunningham tenía una obligación más marcada y crucial.

Tenía autoridad, por ejemplo, para ordenar a Devereux que enviara patrullas para determinar el auténtico estado de las cosas en Wake e incluso en Wilkes. Al menos unos pocos hombres podrían haberse dirigido al canal de Wilkes para comprobar si se

escuchaban disparos en la isla más pequeña. De haberlo hecho, habrían oído lo suficiente para saber que los marines desplegados en Wilkes seguían luchando. Sin embargo, Cunningham al parecer no se planteó nunca esas medidas. Por el contrario, aceptó ciegamente la perspectiva equivocada de Devereux y no emprendió ninguna iniciativa de su propia cosecha. Hasta el final, Cunningham fue un comandante *in absentia*, como lo había sido en todo momento.

«Era una alegría tener a alguien como Devereux allí», ironizaba el comandante Walter Bayler, el «último hombre que abandonó la isla de Wake» después de la guerra. «Sólo veíamos a Cunningham al final del día, cuando habían terminado los combates, y lo único que quería saber era cuánta munición se había gastado y cuántos proyectiles se habían disparado. Nada más».

El segundo desacierto de Cunningham en aquella última mañana —y el que cerró de manera definitiva la puerta a cualquier intento de rescate por parte del 14.º Destacamento— fue el mensaje concienzudamente elaborado que envió por radio a Pearl Harbor:

«Enemigo en la isla. Situación incierta».

Cunningham creía que el mensaje resumaba cierto aire contundente, esperanzado, incluso poético, y le complació enterarse después de la guerra de que muchos estadounidenses lo interpretaron como un último gesto desafiante de los defensores. Sin embargo, él mantuvo categóricamente que no era su intención soltar una bravata.

«Cuando empecé a redactarlo», recordaba Cunningham, «me vino a la cabeza una frase que había leído dieciséis años antes. Era de *La rebelión de los ángeles*, de Anatole France. En él, el autor describía el ataque perpetrado contra las fortificaciones celestiales por las legiones de Satán. “Durante tres días”, escribió, “la situación fue incierta”».

En años posteriores, Cunningham negó rotundamente cualquier insinuación de que, según aquel mensaje, todo estaba perdido en Wake. En la historia de France, insistía, la victoria había caído del lado de los ángeles, y aunque sabía que los defensores del atolón estaban en inferioridad numérica y armamentística, «ni siquiera contemplaba la posibilidad de una derrota».

Si esto es cierto, Cunningham al parecer era capaz de cambiar de idea en un abrir y cerrar de ojos. Sólo dos horas y media después dictaría la orden de rendición. En lo que respecta a Pye y su Estado Mayor, descartaron a Wake en cuanto llegó el mensaje del comandante.

«El uso de acciones ofensivas para liberar Wake era mi intención y mi deseo», decía Pye en un mensaje remitido al almirante Stark, jefe de operaciones navales, «pero cuando el enemigo hubo desembarcado en la isla, la situación estratégica global adquirió prioridad, y la conservación de nuestras fuerzas navales se convirtió en nuestra principal consideración. Ordené la retirada con gran pesar».



En suma, el mensaje conseguía justo lo contrario de lo que debería haber deseado Cunningham. Si no hubiese estado tan ensimismado en la prosa dramática y el estilo literario, tal vez se hubiese dado cuenta de lo lúgubres —y carentes de esperanza o espíritu— que sonaban sus palabras cuando fueron descodificadas y leídas a 3000 kilómetros de distancia.

Por supuesto, es imposible discutir la verdad esencial que encerraba el mensaje. Había fuerzas enemigas en la isla, y la situación era incierta. Pero uno de los factores que motivaron esas dudas fue que todavía estaba demasiado oscuro para discernir dónde se hallaban concentradas las fuerzas enemigas y qué estaban haciendo. Como es comprensible, Cunningham sintió la necesidad de informar de la situación a sus superiores. El problema, no obstante, fue que no *conocía* la situación. Asimismo, los invasores ya llevaban dos horas y media en la costa, de modo que existía una causa justificada para esperar hasta que el sol arrojara algo de luz sobre la confusión.

El mensaje destilaba también cierta urgencia negativa que invitaba sutilmente a sus receptores a exagerar y distorsionar la verdad que contenía. La brevedad de la transmisión recordaba al SOS de un barco zozobrando en un mar embravecido. Su falta de detalle parecía implicar lo peor. Su tono de algún modo sugería que las tropas hostiles estaban aporreando la puerta en el momento mismo en que el operador de radio tecleaba el mensaje. (La película *Wake Island* incluía una escena en la que los japoneses irrumpían en la sala de comunicaciones y acribillaban a balazos al operador mientras pedía ayuda).

Sin embargo, en realidad nada de esto era cierto. El propio Cunningham recordaba más tarde que cuando se envió el mensaje el 23 de diciembre a las 5.30 la rendición era una idea remota. Pero lo que se podía leer entre líneas en el mensaje de Cunningham infundió a Pye el ímpetu necesario para ordenar al 14.º Destacamento que diese media vuelta.

Algunos podrán aducir que no tiene sentido sopesar hipótesis transcurridas más de seis décadas desde los hechos. Sin embargo, un elemento clave de la responsabilidad de Cunningham hacia sus subordinados era hacer todo lo posible por facilitarles la ayuda que precisaban, y su mensaje para el CINCPAC tuvo el efecto totalmente opuesto.



Es tentador preguntarse qué habría hecho Pye si Cunningham hubiese reformulado el mensaje para darle un tono menos poético y más positivo, informativo y conciso. Por ejemplo:

«Combates intensos en la isla. Lanchas de desembarco enemigas destruidas. Se necesitan refuerzos urgentes».

¿Habría reaccionado Pye de diferente modo a esa clase de exhortación? Nadie lo sabe, claro está, pero desde luego no le habría resultado fácil abandonar al hombre

que lo envió.

Basándose en la situación de combate predominante en Wake, Wilkes y Peale el 23 de diciembre a las ocho de la mañana, no había motivo militar válido para que las fuerzas estadounidenses depusieran las armas cuando se dictó la orden de rendición. Antiguos soldados que sobrevivieron a la batalla coinciden casi unánimemente en que los defensores de Wake podrían haber resistido al menos uno o dos días más — incluso sin refuerzos— si se les hubiese dado la oportunidad. Se habrían perdido muchas más vidas estadounidenses si hubiesen proseguido los combates y, privada de ayuda externa, la guarnición carecía de posibilidades reales de contener a los japoneses indefinidamente. En algún momento, la rendición probablemente se habría convertido en la única alternativa a la muerte de los defensores pero, dadas las circunstancias, la orden fue sin duda prematura.

El capitán Bryghte Godbold, comandante de puesto fortificado de Devereux en Pearl y el oficial de mayor rango destinado a Wake que seguía con vida en el momento de escribir este libro, ofreció una panorámica singular de la situación durante una entrevista concedida en 2002.

«Bajo mi punto de vista, no había necesidad inmediata de rendición», señalaba Godbold. «Creo que podríamos haber aguantado dos o tres días más pero, por supuesto, Devereux trabajaba con información incompleta y creía que habíamos perdido Wilkes. Los japoneses habían conquistado el aeródromo en aquel momento, de eso no cabe duda, pero ninguna de las baterías había sido destruida y el número de bajas que sufrimos era increíblemente reducido. Mi unidad sólo había contabilizado un muerto y unos cinco heridos en quince días de bombardeos, aunque éramos un objetivo constante».

Incluso los ataques masivos de los aviones japoneses en general fueron estériles. Horas y horas de incursiones de los Zero y los bombarderos Val el 23 de diciembre sólo causaron un muerto entre los marines, y el bombardeo naval no provocó nunca bajas de gravedad. Varias baterías de 75 mm sufrieron desperfectos durante los dos últimos días de vapuleo, pero salvo la Batería L de Wilkes, los cañones de 120 mm de los marines seguían funcionando cuando se izó la bandera blanca.

«Creo que no deberíamos haber capitulado bajo ninguna circunstancia», opinaba el soldado de primera clase “Ed” Borne. «Yo fui uno de los pocos estadounidenses que vieron las dos lanchas de desembarco japonesas encalladas en los arrecifes de coral, al igual que los dos barcos de transporte. Si nuestros cañones hubiesen seguido operativos cuando llegaron, podríamos haber hecho con ellas lo mismo que con aquellos barcos enormes. Si los japoneses hubiesen tratado de desplegar más hombres a plena luz del día antes de la rendición, habría sido una auténtica masacre».

Los estragos que causaron las baterías del litoral de Wake el 11 de diciembre habían suscitado el asombro de los japoneses ante los cañones de 120 mm y sus afinadas dotaciones de marines, hasta tal punto que creyeron estar lidiando con un armamento mucho más numeroso. Una y otra vez, mientras interrogaban a los

oficiales estadounidenses cautivos, los japoneses preguntaban: «¿Dónde tenéis las baterías de 400 mm? ¿Dónde están enterradas?».

No podían creerse que semejante devastación fuese obra de unos simples proyectiles de 120 mm, y el temor a los cañones fue el detonante para planificar el desembarco del 23 de diciembre durante el tramo más oscuro de la noche. Intentar desplegar una segunda oleada de tropas varias horas después con la ventaja de la luz diurna habría supuesto exponerse al desastre. Pero la gran cantidad de bajas sufridas por la primera riada invasora los debilitó demasiado como para asegurarse su objetivo sin ayuda. Si los estadounidenses no se hubieran rendido cuando lo hicieron, un segundo y disputado desembarco habría sido esencial para la victoria de Japón, y el enemigo tal vez se habría visto obligado a efectuar dicho desembarco sin respaldo aéreo.

Existen pruebas fehacientes de que el *Hiryu* y el *Soryu* acusaban una grave escasez de combustible para los 64 aviones de los que disponían en Wake (más de una tercera parte de sus aparatos eran bombarderos «Kate», inservibles para un ataque contra las fuerzas de infantería). De ser cierto, los escuadrones enemigos se habrían visto forzados a retirarse después de realizar sus últimas misiones el 23 de diciembre a mediodía. Aunque no se hubiese iniciado el proceso de capitulación, no habrían tenido elección.

Varios historiadores han hecho alusión a esta falta de combustible y a las advertencias del vicealmirante Chuichi Nagumo, comandante del contingente de ataque de Pearl Harbor, según las cuales, los portaaviones japoneses sólo transportaban gasolina suficiente para un número limitado de misiones en Wake.

«Nagumo avisó a la 4.^a Flota de que sólo quedaba combustible para una ofensiva aérea más sobre Wake», escribía el historiador Gregory J. W. Urwin en su libro *Facing Fearful Odds: The Siege of Wake Island*. «Después, los portaaviones tenían instrucciones de retirarse».

Como apuntaba Urwin, esta orden fue revocada después por los superiores de Nagumo, que insistieron en ataques reiterados para destruir la aviación, la artillería y las ametralladoras de Wake. Pero aunque Nagumo quizá exagerara un tanto la situación, la ausencia de combustible era real. Si bien no habían llegado a una fase crítica, pronto podía ocurrir, lo cual no sólo habría minado la posibilidad de que los japoneses continuaran con su ataque aéreo sobre Wake, sino también de defender sus barcos contra un ataque naval de Estados Unidos.

¿Pudo salvarse Wake? ¿Y pudo hacerse sin más pérdidas catastróficas para las fuerzas navales estadounidenses? Cualquier respuesta definitiva a estos interrogantes subyace bajo una confusa maraña de condicionantes.

Si se hubiese facilitado un equipo de radar como se prometió antes de que estallaran las hostilidades... Si no se hubiesen perdido dos tercios de los aviones del VMF-211 y más de la mitad de su personal en la primera razia aérea... Si las líneas telefónicas de los defensores hubiesen sido enterradas o si se hubiese contado con un

equipo de radio fiable... Si la plana mayor de Washington hubiese esperado unos días más a relevar al almirante Kimmel como comandante de la flota del Pacífico... Si el destacamento del almirante Fletcher hubiese avanzado con la rapidez y la decisión de las que era capaz...

Una vez que las fuerzas enemigas desembarcaron en el atolón y que sus naves lo rodearon por todos los flancos, probablemente era demasiado tarde para una victoria clara de Estados Unidos. Sin embargo, convertir alguno de los factores mencionados anteriormente en una realidad bien podría haber alterado el curso final de Wake.

Desde un punto de vista moral y militar, el desmedido retraso de la expedición de rescate parece más difícil de justificar que la decisión última de cancelar la misión tras el desembarco japonés.

Como afirmaba el teniente coronel R. D. Heinl en *The Defense of Wake*, el informe que le encargó el Cuerpo de Marines: «Si en algún momento hubiesen intervenido las tropas de tierra de Estados Unidos o si hubiesen llegado unos refuerzos considerables a Wake, los resultados podrían haber sido totalmente distintos».

La decisión de rendirse era «razonable», escribía Heinl, «teniendo en cuenta la situación de los civiles y que ya no era viable un rescate». Además, los defensores habían causado una «devastación más que honrosa» y los recursos defensivos de Wake se habían visto «socavados en gran medida».

«Sin más aviones, instrumentos de control de tiro, radares, repuestos y personal con los que organizar una defensa a pleno rendimiento (todo ello y mucho más viajaba junto al 14.º Destacamento)... Wake no podía continuar», concluía.

Justificada o no, esta derrota al menos satisfizo un fin militar positivo, pues supuso una valiosa experiencia para las fuerzas de combate de Estados Unidos. En los meses venideros, los estadounidenses que lucharon en Midway y Guadalcanal aprenderían de las amargas lecciones de Wake para infligir a los japoneses sus primeros grandes reveses y volver las tornas de la guerra del Pacífico. Si sus comandantes se hubiesen mostrado tan vacilantes y tan poco dispuestos a aceptar pérdidas o a correr riesgos en la primavera de 1942 como Pye y Fletcher el diciembre anterior, esas dos batallas cruciales podrían haber desembocado también en una derrota.



Debido fundamentalmente a que la rendición llegó cuando lo hizo, las pérdidas estadounidenses durante los dieciséis días de enfrentamiento fueron increíblemente bajas.

Entre el 8 y el 23 de diciembre de 1941, los 522 efectivos de los marines, la Armada y el Ejército de Estados Unidos desplegados en Wake sufrieron el ataque de decenas de miles de soldados japoneses. Durante este período, murieron en combate

49 marines y marineros de la Armada defendiendo Wake, y el soldado de primera clase Wiley Sloman fue uno de los 36 estadounidenses heridos de gravedad.

Sesenta y cinco trabajadores civiles de la construcción también perecieron durante la batalla, varios de ellos mientras luchaban hombro con hombro con los marines y los marineros, y una docena sufrieron heridas graves. Asimismo, diez chamorros contratados por Pan Am cayeron durante el primer bombardeo aéreo.

Pese a los intentos japoneses por ocultar el alcance de sus pérdidas en Wake, el atolón resultó un premio extremadamente costoso para sus conquistadores. La «conservadora» estimación del teniente coronel Heinl, que cifraba las muertes enemigas en setecientas o más el 11 de diciembre, sumada a la certidumbre de que un mínimo de quinientos o seiscientos invasores perdieron la vida el 23 de diciembre, situarían los japoneses muertos alrededor de los 1300. Además, el submarino que el teniente Kliewer envió al fondo del mar albergaba a unos sesenta tripulantes, y las pérdidas de la aviación japonesa —en su mayoría bombarderos bimotor con tripulaciones integradas por cinco hombres— añadirían otras cien o ciento cincuenta muertes enemigas. Varios tripulantes también fallecieron a bordo de un destructor enemigo que fue víctima del fuego estadounidense el 23 de diciembre. Teniendo en cuenta todas estas pérdidas, la campaña de Wake pudo costar a los japoneses 1500 bajas o más, o unas trece muertes enemigas por cada soldado y civil estadounidense muerto.

Los japoneses también acusaron sus primeras bajas materiales de consideración en Wake. Cuando la batería de 120 mm destacada en la isla de Wake partió por la mitad el destructor *Huyate*, éste fue el primer gran acorazado japonés engullido por las aguas del Pacífico. El hundimiento del destructor *Kisaragi* a manos del capitán Henry Elrod un par de horas después fue el segundo. Los dos destructores japoneses utilizados para el transporte de tropas el 23 de diciembre fueron bombardeados por la improvisada dotación de artillería del teniente Hanna, si bien no llegaron a hundirse. Al menos otros cinco barcos japoneses, entre ellos dos cruceros ligeros, quedaron inutilizados o maltrechos.

Según cálculos fiables, entre veintiuno y veintinueve aviones japoneses fueron derribados mientras sobrevolaban Wake. Algunos informes obtenidos de fuentes japonesas después de la guerra indicaban que se perdieron o resultaron dañados al menos 55 aparatos enemigos en la campaña de Wake.

Cuando la mañana del 21 de diciembre de 1941 no habían llegado refuerzos para la guarnición estadounidense, la caída de Wake era prácticamente inevitable. Sin duda, el atolón habría sucumbido mucho antes de no ser por el denuesto y la resistencia de sus defensores.

Su victoria el 11 de diciembre supuso la primera y única ocasión durante la guerra en que una fuerza de desembarco anfibia era repelida por los cañones de la costa. Wake fue el escenario del primer hundimiento de barcos enemigos, de la primera embarcación enemiga hundida por los aviones, y de la destrucción del primer

submarino enemigo. A «Hank» Elrod le fue concedida a título póstumo la primera Medalla de Honor del Congreso impuesta a un aviador de los marines.

Salvo por el rumor del oleaje, que todavía se abate sin cesar contra la barrera de coral, Wake es un lugar tranquilo. La mayoría de los estadounidenses del siglo XXI que llegan al atolón hoy en día se admiran de la lejanía y la soledad con la que se encontraban allí los viajeros de Pan Am a mediados de los años treinta.

«Es un lugar fantástico para tumbarse en la playa», decía Paul Golden, un geólogo de la Southern Methodist University que visita periódicamente Wake para llevar a cabo estudios de infrasonidos e hidroacústica con financiación federal. «Y te enamora con el tiempo».

El mismo aeródromo desde el que los intrépidos aviadores del VMF-211 pilotaban sus Wildcat en 1941 sigue en funcionamiento con numerosas mejoras, incluidas amplias pistas de cemento y una terminal bien equipada. Pero ya no existen vuelos regulares con destino a Wake —ni comerciales ni militares— y la pista se mantiene sólo para efectuar aterrizajes de emergencia.

En la actualidad, la población residente de Wake consiste en unos ciento veinte civiles. Dos o tres docenas de ellos son estadounidenses que viven en prolijos apartamentos cerca del lugar que antaño ocupó el Campamento Dos y disfrutan de servicios como un campo de golf de nueve hoyos, una bolera, una zona de baño protegida en la laguna y un acogedor bar. Algunos son empleados de las Fuerzas Aéreas, que asumieron la administración de las islas en octubre de 2002, y algunos miembros de la Aviación Federal también están destinados allí. Otros trabajan para el Space and Missile Defense Command, que realiza un seguimiento de posibles alteraciones submarinas y atmosféricas derivadas del incumplimiento de la normativa que prohíbe efectuar pruebas nucleares, o para diversas subcontratas que suministran avituallamiento o servicios al gobierno federal.

Desde hace años no se destina personal militar al atolón, pero recientemente se han realizado algunas pruebas secretas para el sistema de misiles estadounidense, aunque estas operaciones supuestamente se trasladaron a Kwajalein y la isla de Johnston a finales de 2002.

Gracias a un intenso programa de erradicación, las famosas ratas de Wake que asediaron a sus defensores junto con los japoneses en 1941 han desaparecido y fueron reemplazadas por gran cantidad de canarios, traídos originalmente a la isla como mascotas pero que ahora afloran en libertad. Entretanto, unas palmeras en su día inexistentes que se plantaron durante una campaña de posguerra iniciada por la Armada se balancean suavemente sobre las playas, aunque el follaje más predominante del atolón sigue siendo el sotobosque y unos árboles cubiertos de maleza.

En la isla de Peale todavía se yergue el oxidado esqueleto de acero del

desaparecido hotel de Pan Am, junto con una serie de grandes bloques de cemento que solían ocupar las tiendas y los almacenes de la aerolínea. Entre ellos hay varias cabañas construidas a mano que habitan decenas de trabajadores tailandeses de mantenimiento y servicios y sus respectivas familias, a los que se ha advertido que no excaven en Peale porque en la isla nunca se efectuaron labores exhaustivas de remoción de explosivos de la segunda guerra mundial.

La isla de Wilkes, declarada santuario ornitológico, sigue siendo un espacio mayoritariamente natural. Excepto por algunos depósitos de almacenamiento y un dique de protección, las edificaciones son prácticamente las mismas que en 1941. Sin embargo, en la actualidad un puente que cruza el canal de Wilkes la comunica con la isla principal, por lo que ya no sólo es accesible en barco.

Entre el goteo de visitantes, que necesitan una autorización previa del Gobierno de Estados Unidos para viajar a Wake, hay geólogos, meteorólogos, oceanógrafos, burócratas, algún que otro cineasta y más de un superviviente de la batalla. Los antiguos miembros de los marines y la Armada pueden viajar sin coste alguno a bordo de aviones militares, que los dejan allí en su ruta desde Hawai hacia el Lejano Oriente, y los recogen a su regreso unos días después. Durante los últimos quince años, docenas de viejos defensores de Wake han aprovechado la oportunidad de regresar, algunos en varias ocasiones.

«El comedor ofrece una variedad increíble de platos fantásticos, tan buenos como los que podrías encontrar en cualquier lugar, y todo ello servido elegantemente por unos camareros vestidos con chaqueta blanca», decía Jack Skaggs después de su primera visita en 2002. «Dista mucho de lo que teníamos allí en 1941».

Los excombatientes descubren que muchos de los signos externos de su lucha han quedado erosionados por el paso del tiempo y las marejadas provocadas por los tifones que barren periódicamente el atolón. Los cascos devastados de los *Patrulleros* n.º 32 y n.º 33, que seguían coronando el arrecife situado frente a la playa sur de Wake más de quince años después de que el cañón del teniente Hanna los destruyera, han desaparecido. Sin embargo, otros indicios de la batalla continúan allí.

«En el aire se respira cierto sentido de la historia», decía Paul Golden después de un viaje reciente a Wake. «Un par de baterías japonesas siguen allí, y se ven cráteres de proyectiles y bombas por todas partes».

Si los visitantes se internan en la maleza que cubre el este del aeródromo, puede que tropiecen con los restos del puesto de mando del comandante Devereux, cuyo tejado de barro está cubierto por un grueso manto de hierbas y enredaderas. Si excavan la arena y el coral a lo largo de la playa meridional de Wake, puede que desentierren fragmentos corroídos de metralla y otros desechos de la guerra, como dos vainas oxidadas de una ametralladora del calibre 50 que encontró Skaggs sesenta y un años después de que fueran disparados. Si buscan el lugar que ocupaba el Campamento Uno, donde los marines armaron sus tiendas, lo encontrarán disimulado bajo una maleza digna de una selva.

Y si se molestan en mirar, descubrirán tres monumentos a la memoria de quienes sufrieron, sangraron y murieron allí. Uno rinde tributo a los soldados estadounidenses y otro a los civiles que lucharon junto a ellos. Un tercero conmemora a los miles de japoneses que perdieron la vida en Wake.

Con los años, los excombatientes de Japón se han unido a quienes fueron sus enemigos para visitar de nuevo el atolón en el que combatieron. Aquí, en este escenario de luchas sin tregua, miembros de ambos bandos han hallado una sorprendente sensación de paz y cercanía. Para ellos, Wake es terreno sagrado.

En una carta dirigida al presidente George W. Bush, escrita en la primavera de 2002 en respuesta a la noticia de que Wake podría ser utilizada como vertedero de residuos peligrosos, Shigeyoshi Ozeki describía el atolón como «un lugar santo para los soldados estadounidenses y japoneses» que lucharon allí. Ozeki pidió a Bush que utilizara su influencia a fin de impedir cualquier vertido industrial en la isla.

Varios ancianos estadounidenses que sobrevivieron al conflicto —casi todos han rebasado los ochenta años de edad— también manifestaron su preocupación. Ninguno de los que estuvieron aquí en diciembre de 1941, con independencia del bando, regresa sin que lo invadan sentimientos encontrados. El retorno puede ser una experiencia inquietante y satisfactoria.

«No recordaba gran cosa de lo que vi, excepto por la red de acero que impedía a los tiburones acceder a nuestra zona de baño en la laguna», decía Artie Stocks, que pasó varios días allí en 2000. «Pero aquello es muy bonito, no como antes, y me hizo pararme a pensar. En cierto modo me entristeció y me enojó, pero también me ayudó a comprenderlo todo. Me alegro de haber ido».

El ex artillero Walter Bowsher, que también realizó su primer peregrinaje a Wake en 2000, volvió todavía más conmovido. Descubrió que el terreno coralífero manchado de sangre y despedazado por las bombas cincuenta y nueve años atrás se había transformado milagrosamente. Se había convertido en un lugar de una tranquilidad idílica que parecía tender las manos y abrazarlo.

«Todo había cambiado y era totalmente distinto», aseguraba Bowsher. «Pero me dio la sensación de haber vuelto a casa después de todo este tiempo, y deseé poder quedarme allí y no marcharme jamás. Si pudiese elegir un lugar del mundo en el que pasar el resto de mis días, puedo decir honestamente que sería la isla de Wake».



BILL SLOAN. Historiador militar respetado y autor de más de una docena de libros, entre ellos *Brotherhood of Heroes* (2005) y *The Ultimate Battle* (Okinawa: la última batalla, 2007). Escribió artículos de investigación para el *Dallas Times-Herald*, donde fue nominado para el Premio Pulitzer.

Sloan vive en Dallas, Texas.

Notas

[1] Las observaciones de Bayler sobre los inusuales pájaros de Wake pertenecen a su libro *Last Man Off Wake Island*. <<

[2] La carta del almirante Kimmel a su homólogo Stark se recoge en el libro *Facing Fearful Odds: The Siege of Wake Island*, del historiador Gregory Urwin. <<

[3] «Pura mierda». (*N. del t.*). <<

[4] Devereux describe con detalle este encuentro en su libro *The Story of Wake Island*, publicado después de la guerra, pero no identifica al diplomático británico ni a su esposa por su nombre. <<

[5] La cita de Cunningham y la descripción de sus actividades durante su primera jornada en Wake pertenecen al libro *Wake Island Command*, que escribió después de la guerra. <<

[6] Comedia televisiva muda producida por Keystone Film Company entre 1912 y 1917 (*N. del t.*). <<

[7] Cunningham revela la confusión interior que sentía en esos momentos en *Wake Island Command*. <<

[8] El libro de Cunningham detalla su reacción al ataque en el cuartel general. <<

[9] La cita del comandante pertenece a su libro *The Story of Wake Island*. <<

[10] La cifra de diecinueve bajas a bordo del *Oite* reconocida por los japoneses se cita en *Facing Fearful Odds: The Siege of Wake Island*, de Gregory Urwin. <<

[11] El recuento de bajas a bordo del *Yayoi* también aparece en el libro de Gregory Urwin. <<

[12] La confirmación de la pérdida del *Kisaragi* y otros barcos japoneses en el ataque perpetrado por los cuatro cazas de los marines se menciona en *Facing Fearful Odds: The Siege of Wake Island*. El hecho de que los japoneses rara vez desvelaran el alcance de sus bajas es reflejado por Devereux, Urwin y otros autores. <<

[13] «Las bajas que se produjeron entre el personal japonés sólo pueden establecerse de manera aproximada», decía el teniente coronel R. D. Heinl Jr. en *The Defense of Wake*, una recapitulación de posguerra sobre el enfrentamiento preparada para el Cuerpo de Marines. «Suponiendo que los dos destructores hundidos contaran con tripulaciones comparables a las necesarias para embarcaciones estadounidenses de características similares (unos doscientos cincuenta oficiales y hombres por barco), sería lógico cifrarlas en unas quinientas, dando por sentado que no hubo ningún superviviente en ambos casos. Otros siete barcos sufrieron desperfectos, pero no se conocen pérdidas personales. Doscientos no parece una cifra excesiva; si todo esto es más o menos correcto, cabe pensar que el desventurado ataque del 11 de diciembre costó a los japoneses al menos setecientas bajas, en su mayoría muertes, y posiblemente más». No figuran en los cálculos de Heinl los quince aviones japoneses que viajaban en tres bombarderos y cuya muerte se confirmaría más adelante, y los otros once que fueron alcanzados por el fuego antiaéreo y los Wildcat mientras sobrevolaban Wake ese día.

Basándose en informes obtenidos de fuentes japonesas, el comandante Devereux concluía más tarde que 5340 japoneses perdieron la vida el 11 de diciembre, pero se ha demostrado que esa cifra no es en modo alguno realista. Con toda franqueza, es probable que la flota invasora al completo no contara con semejante cantidad de personal y, sin embargo, los intentos japoneses por ocultar el alcance de sus pérdidas no han hecho sino contribuir a las conjeturas aventuradas. Los informes de la Armada japonesa indican que cada uno de los destructores perdidos albergaba a unos ciento sesenta y siete hombres, pero la validez de este número sigue generando dudas. <<

[14] Después de la guerra, el comandante Masatake Okumiya, un oficial de instrucción de vuelo de la Base Aérea de Kasumigaura, perteneciente a la Armada Imperial, ofrecía una sincera valoración sobre los acontecimientos del 11 de diciembre. «Considerando el poder acumulado para la invasión de la isla de Wake y las escasas fuerzas de los defensores», señalaba, «fue una de las derrotas más humillantes que habíamos sufrido jamás». Fue lamentable, añadía Okumiya en *Zero*, un libro que coescribió después del conflicto, que la concatenación de tempranas victorias de Japón permitiera que «las valiosas lecciones obtenidas a tan alto precio» en Wake fueran olvidadas con tanta rapidez por el alto mando japonés. «El país estaba demasiado contento con las noticias triunfales que llegaban desde todos los rincones del Pacífico como para prestar atención a la amarga experiencia de la isla de Wake», afirmaba. <<

[15] Esta conversación entre Cunningham y Hamas aparece en *Wake Island Command*, obra del primero. <<

[16] Cunningham describe su estado de ánimo y el encuentro con el operador de radio en su libro, pero al parecer se equivoca al afirmar que el hundimiento del submarino acaeció el 11 de diciembre. Otras versiones publicadas, así como fuentes entrevistadas por el autor, sitúan el hundimiento el 12 de diciembre. <<

[17] Afloraron más pruebas circunstanciales tras la caída de Wake, cuando el teniente Kinney y varios compañeros de escuadrón de Kliwer fueron interrogados por un oficial de espionaje japonés. Mientras hacía referencia a varias pérdidas bien documentadas de la Armada enemiga, el oficial preguntó específicamente por el destino que había corrido un submarino que desapareció cerca de Wake por aquellas fechas. El hecho de que las otras pérdidas se confirmaran sin ningún género de duda llevó a Kinney a la conclusión de que Kliwer realmente había destruido el submarino.

Otra prueba demuestra la afirmación de Kliwer, pese a ciertas discrepancias entre fuentes fiables sobre la fecha de su encuentro con el submarino. Tanto Devereux como Cunningham, así como un historiador respetado, sitúan la acción la tarde del 11 de diciembre. Cunningham llegó a describir cómo conoció la hazaña de Kliwer a su regreso del oficio funerario la noche del 11 de diciembre. Pero el teniente Kinney, el teniente coronel Heintz y otros observadores fiables —entre ellos el propio Kliwer— sitúan el momento del hundimiento un día después, la tarde del 12 de diciembre. «Siempre creí que fue el día 12, y todavía lo creo», declaraba Kliwer años después. «Estoy seguro de que lo recordaría si hubiese sucedido el mismo día que el intento de desembarco del día 11».

En cualquier caso, ni la remota posibilidad de que la fecha del 11 de diciembre sea correcta desmiente el hundimiento del submarino por parte de Kliwer. El único ataque que se produjo al día siguiente fue a primera hora de la mañana, y no a mediodía, y no lo protagonizaron los habituales Nell del Grupo Aéreo Chitose, con su base en Roi, sino hidroaviones del Grupo Aéreo Yokohama. Estos aviones llegaron de una base sita en Majuro, en las Marshall, a una distancia considerable de Roi, y su gran autonomía, de más de 4000 kilómetros, hacía que las misiones de larga distancia, sobrevolando el mar sin la orientación que proporcionaban los equipos de radio, resultaran menos arriesgadas.

Por último, los informes japoneses examinados después de la guerra confirmaron la pérdida de dos submarinos durante este período en el mismo lugar en el que Kliwer había soltado sus bombas. Uno de los hundimientos se atribuyó a «un accidente sufrido fuera del combate», y el otro a una «causa desconocida».

«No cabe duda de que la denominada “causa desconocida” fue Dave Kliwer», decía el sargento del VMF-211 Robert Bourquin, que llevó un diario detallado desde el primer día de la guerra. «Y, desde luego, alcanzó al submarino el día 12, porque lo tengo documentado. Normalmente, Dave era muy reservado, pero aquella tarde estaba fuera de sí». <<

[18] Las comunicaciones por radio de Stark con el almirante Kimmel y las posteriores acciones de éste se describen en *Facing Fearful Odds: The Siege of Wake Island*, de Gregory Urwin. <<

[19] Las observaciones del comandante Layton se recogen en el libro de Urwin. <<

[20] Este comentario se menciona en *Wake Island: The Heroic Gallant Fight*, de Duane Schultz, pero se atribuye únicamente a un «piloto de los marines» no identificado. <<

[21] El hábito de Murphy de mirar alternativamente al cielo del este y su reloj se describe en *Last Man Off Wake Island*, de Bayler. <<

[22] El destacado historiador de la segunda guerra mundial Gordon W. Prange, autor *At Dawn We Slept*, describió la muerte de Kanai como «un grave golpe» para la Armada japonesa, que necesitaba a todos y cada uno de sus pilotos con experiencia en combate. Hombres como Kanai eran extremadamente difíciles de reemplazar, ya que, a diferencia de Estados Unidos, Japón carecía de un programa de formación rápido y eficiente para generar gran cantidad de pilotos y artilleros. Japón contaba con numerosos soldados y marineros rasos, pero sufría una acuciante escasez de jóvenes con la preparación técnica o teórica necesaria para estas labores especializadas. De hecho, a los oficiales japoneses les resultaba difícil incluso encontrar reclutas que pudieran conducir un camión o un automóvil. <<

[23] Otros informes indicaban que parte del contingente japonés que respaldaba la inminente invasión de Wake se asustó y empezó a disparar a aviones imaginarios o «barcos fantasma» que no existían. Algunos historiadores señalan que unos confusos artilleros enemigos creyeron estar bombardeando la propia Wake, pero muchos de los marines interpretaron aquello como un mal augurio. «Sabíamos que quienes encendían las luces desde luego no eran amigos», relataba el soldado de primera clase Jesse Nowlin, de la Batería A, destacada en Peacock Point. El comandante Devereux, su homólogo Cunningham y otros oficiales que conocían los fogonazos de la artillería naval no dudaron que estaban presenciando disparos, pero no podían explicar la causa del fenómeno mejor que sus hombres. <<

[24] Este error podría explicar algunas de las luces vistas en aquella zona, pero no ofrece un razonamiento definitivo. El bombardeo se produjo alrededor de la una de la mañana, una hora antes de los primeros avistamientos en Wake. Además, sólo duró unos minutos, mientras que numerosos observadores estadounidenses afirmaron que los destellos se habían prolongado de manera continua durante una hora más o menos. <<

[25] Este incidente fue relatado por algunos tripulantes japoneses después de la guerra y mencionado en el libro *Facing Fearful Odds: The Siege of Wake Island*, de Gregory W. Urwin. Se desconoce la identidad del oficial. <<

[26] El informe del corresponsal japonés sobre la andanada del cañón de Hanna aparece en el libro de Urwin. <<

[27] Una traducción de este relato escrito por un testigo ocular japonés del desembarco en Wake aparece en el libro *Japan Fights for Asia*, de John Goette, publicado en 1943. <<

[28] Hasta hoy, nadie sabe con certeza qué ocurrió a los cien ocupantes de las dos lanchas de desembarco enemigas que Poindexter encontró vacías en la playa una hora antes. Si estos soldados hubieran permanecido al oeste del contingente de Poindexter, habrían podido atacar a los estadounidenses desde la retaguardia, y puede que algunos lo hicieran. Otros tal vez avanzaron hacia el este a través de la maleza y cruzaron la línea de Poindexter en medio de la oscuridad para unirse a los hombres del *Patrullero n.º 33*. <<

[29] La llamada telefónica del estadounidense no identificado y el relato de Devereux se recogen en *The Story of Wake Island*, de este último. <<

[30] El historiador Gregory Urwin cita la exhortación del oficial japonés a sus hombres en *Facing Fearful Odds: The Siege of Wake Island*. Ninguno de los oficiales que habían desembarcado con el contingente de Wilkes sobrevivió. <<

[31] La extensa denuncia que hace el corresponsal Toshio Miyake sobre los «lujos» estadounidenses descubiertos en Wake se cita al completo en *Facing Fearful Odds: The Siege of Wake Island*, de Gregory Urwin. <<

[32] El amenazador comentario del guardia japonés al sargento Malleck aparece en el libro de Urwin. <<

[33] La paliza que propinó el guardia a Platt y el comentario de éste se recogen en el libro de Cunningham *Wake Island Command*. <<

[34] Este relato se extrajo de una transcripción de un testimonio ante la Comisión Aliada de Crímenes de Guerra durante el juicio al teniente Saito, celebrado después de la guerra, extractos del cual aparecieron en *Wake Island Command*. El tripulante del *Nitta Maru* que ofreció el testimonio no es identificado. <<

[35] En inglés, *slick* significa «pulido», «atildado» (N. del t.). <<

[36] Los detalles sobre el juicio y la condena del almirante Sakaibara, amén de sus comentarios durante el juicio, se incluyeron en un artículo escrito en febrero de 1983 para la publicación *Proceedings*, del U. S. Naval Institute, por el capitán de la Armada ya retirado Earl A. Junghans. <<

[37] Los comentarios de Morison se extraen de su libro *History of United States Naval Operations in World War II, Volume III: The Rising Sun in the Pacific, 1931 - April 1942*. <<

[38] Las observaciones de Cunningham sobre la vulnerabilidad de las naves japonesas en Wake pertenecen a su libro *Wake Island Command*. <<

[39] Las citas atribuidas al coronel Ornar Pfeiffer, el almirante Harold Stark y el secretario de la Armada Frank Knox aparecieron en *Facing Fearful Odds: The Siege of Wake Island*. <<